

Ángel M^o de Lera

LOS CLARINES DEL

MIEDO



Lectulandia

Ángel M^a de Lera nació en el año 1912 en Baidés (Guadalajara), criándose en el País Vasco y en Castilla. Estudió Humanidades y Filosofía en el Seminario de Vitoria y Derecho en Granada. Ha desempeñado diversos oficios: vendedor de gaseosas, albañil, fabricante de caramelos, contable... Ha publicado la novela «Los olvidados». Pero su nombre llega definitivamente al público al quedar en tercer lugar del Premio Eugenio Nadal 1956 con su novela «Los clarines del miedo». Este relato estremecedor y veraz es la auténtica y esperada novela de la fiesta de los toros, por la que desfilan personajes inolvidables y en la que el autor acierta a crear un clima patético; un lienzo de Zuloaga cobra, de repente, vida y movimiento. «Los clarines del miedo» es, sin duda, llena de dureza y ternura, la mejor novela de toros aparecida hasta ahora en España. Un verdadero documento social y humano por la autenticidad con que ha sabido captar su fiereza y su barbarie, y por la extraordinaria maestría narrativa de que se ha valido para evocar la vida y costumbres de todo un pueblo.

Lectulandia

Ángel María de Lera

Los clarines del miedo

ePub r1.1

SoporAeternus 29.01.15

Título original: *Los clarines del miedo*

Ángel María de Lera, 1958

Diseño de portada: SoporAeternus

Editor digital: SoporAeternus

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

A los héroes del hambre y del miedo. Nadie los recuerda porque no alcanzaron un nombre. Muchos de ellos, sin embargo, dejaron su vida en las capeas, y, todos, su juventud.

I

(¡FUEA todo el mundo! Tú, «Aceituno», quédate a mi vera por si tienes que echarme un capote. Así. Bueno: vamos a ver cómo se porta el marrajo este... ¡Eh, toro! ¡Vamos! ¡Vamos! Esa banderilla suelta me va a dar algún palotazo al pasar... Parece que me pesa el estómago... ¡Cuidado! La gente se calla y el toro me mira. Parece que todo el mundo tiene miedo. Que lo tenga el toro después de lo que le han cascado los picadores... Pero el público ¿por qué? El bicho saca la lengua porque está sin aliento... ¡Y qué pitones tiene el tío! En cuanto me descuide, me echa el mondongo fuera... ¡Ah, toro! ¡Dios mío, se arranca! Tengo que doblar la cintura y estirar el brazo... No sé, pero creo que no voy a poder... ¡Ay! ¡Ya pasó, ya pasó! No sé si me ha tocado, pero un terrible viento me ha barrido las piernas... ¡Cómo ha gritado la gente: «¡Ah!», como si estuviera yo desatascando un carro! Pero ahora se vuelve el marrajo... ¡Se me viene encima otra vez! Tengo que jugar la derecha... ¡Cómo resopla! Esto es fácil, muy fácil... ¡Vaya, el bicho se va! Tendré que ir a buscarlo... ¡Eh, toro! Pero si está muerto de miedo... ¡Ya tenía que haber acabado esto! ¿Por dónde andará mi apoderado? Seguro que está pensando en la noche que le espera con la «gachí» rubia aquella. Conque yo no y él sí, ¿eh? Que yo tengo que conservar mis fuerzas... ¡El cipote de toro este! ¡Eh! ¡Ja! ¡Ya viene! ¡Y qué despacio! ¡Qué despacio, qué despacio! ¿Se estará riendo de mí? ¡Dios, qué grande es! ¡Hala, pasa, hijo de...! ¡A... sí! ¡Vamos, termina de pasar! Dicen: «¡Olé! ¡O... le!» Otra vez. Otra vez. Más. Ahora, a mirar al tendido. No veo nada. ¡Nada! ¿Dónde está el toro? ¡Ah, sí; ahí lo tengo! Quisieras cogermé, ¿eh? ¡Madre mía, qué cuernos! Parece que ya no puede más, pero si me empitonara... Joselito, Granero, Sánchez Mejías, Manolete... Los enganchó un toro cansado y los mató... Y ahora tengo que darle unos naturales... ¡A ver! En cuanto junte un millón no toreo más. ¡Quiero un millón, sí, un millón! Pondré un negocio y ¡a vivir! ¡Que toreen los demás! ¡Para ellos todo! Un poco de suerte esta temporada y se acabó. ¡Por mi madre, por mis hermanas, Dios mío! ¡Una túnica bordada en oro para el Nazareno! ¡La daré! Ahora, los naturales... ¡Vamos, torito! Me doblo..., el brazo... Gritan: «¡Olé!» Otro más. ¡Cómo gritan! Otro más. Otro. Otro. ¡Gritan, gritan! Estoy como borracho. No veo nada. Esto es más fácil que comer... ¡Soy el más grande! ¡Toma, el de pecho! Ahora ya podéis gritar. ¡Esto vale la pena, sí, señor! Peor es cavar y pasar hambre... Peor es pasarse la vida escribiendo en una oficina... Ahora, en cuanto se cuadre, me lo cargo. Si me sale bien, me darán la oreja. Mañana la Prensa me pondrá por las nubes. Esta noche le quito la rubia a mi apoderado... ¡Cuádrate, marrajo! ¡Así! Más. ¡Baja el hocico! La punta de ese pitón es negra. No quiero ni pensarlo... ¡Dios mío, dame suerte! En aquel punto rojo tengo que clavar el estoque... Pero todo me parece rojo... ¡Toma, castrón! No sé dónde estoy. No veo nada. Me duele la muñeca derecha y he recibido

un golpe en el pecho... Ha debido ser una banderilla, aquella descolgada... ¡Aplauden, aplauden! ¡Y estoy de pie! Rugen, gritan... ¡Se ha pasado el miedo! ¡Ojú, debo estar chorreando! Tengo sueño, mucho sueño, ahora... Siguen aplaudiendo... ¿Y el toro? ¡Ah, sí, el toro! Ahí está. Se tambalea. Le he metido la espada hasta el puño. ¡Cómo salta la sangre! ¡Ah, tengo la mano chorreando sangre caliente y pegajosa! Así deben tenerlas los descuartizadores y los asesinos que clavan puñales... Se cae el toro. ¡Se cae! ¡Pero, calla, piden la oreja! ¡Cuántos pañuelos blancos! ¡Ojú, cuántos! ¡He triunfado, he triunfado! Pero pasado mañana, dos toros en Zaragoza... No quiero pensarlo ahora. ¡No y no! La puntilla. ¡Ya está! Siguen los pañuelos. ¡Una oreja en la plaza de las Ventas, chiquillo! ¿Tú sabes lo que es eso? ¡Soy el más grande! Ahí viene el «Aceituno» con la oreja. Siguen los pañuelos y aumentan las voces. ¡Dos orejas, madre mía, dos orejas! ¡Esto es el disloque, niño, el disloque! El «Aceituno» se vuelve y corta la otra oreja. Viene, me abraza y me las da. El «Aceituno» huele a estiércol, pero me quiere y está tan contento como yo. Las orejas están calientes y chorrean sangre. Ahora me doy cuenta de que tengo la chaquetilla manchada de sangre, y también la camisa. ¡Pero es sangre del toro y no mía! Tenía mucha sangre el bicho este. ¡Dios, qué gusto! Tengo que dar la vuelta al ruedo. Me acompaña el «Aceituno». Me tiran sombreros... Y flores... Me duelen los riñones, pero me agacho, cojo los sombreros y los devuelvo. ¡Otra vez caen dentro del anillo! ¡Ahora, un zapato de mujer! Esa «gachí» debe estar hecha agua... ¿Cuál será? Aquella no sé qué me grita. Y aquella. ¡Qué gachonas! Esta noche me voy con la rubia. ¿Y qué estará haciendo el sinvergonzón de mi apoderado? ¡Bien se aprovecha de mí, bien! Pero ya subiré, ya subiré, y entonces... ¡Anda, la gente se tira al ruedo! Vienen por mí. Me cogen. ¡Hala, muchachos! ¡Eh, no me rompáis la pierna! Estoy empapado de sudor. Me pica todo el cuerpo. Llevo las orejas del toro en las manos y no puedo rascarme la nariz. Me dirá la rubia: «¡Ven aquí, torerito mío, torerito valiente!» Huele bien. Tiene unas carnes blancas, blancas... ¡Me la voy a comer esta noche! ¿Tú sabes, chiquillo, lo que esto supone? ¡Salir a hombros de la plaza de las Ventas! ¡Yo, el uno! No hay más. ¡Viva mi madre! ¡Viva yo! Si fuera siempre así... Hay cornadas de muerte, pero también hay otras... ¡A olvidarlo! Quisiera bañarme y descansar... Estoy baldado, roto... ¡Si me viese ahora mi madrecita de mi alma...! Pero esta nariz... Me pica, me pica y no puedo rascarme. No puedo rascarme...)

Abrió un ojo después de dar un salto en la cama y se vio unas motas negras en la punta de la nariz. Se sacudió la cabeza y las moscas salieron volando. Cerró de nuevo el ojo, pero los animalitos tornaron al mismo sitio. Entonces se las espantó de un manotazo. Había abierto ya los dos ojos y se quedó contemplando el hueco de la ventana en cuyo marco se recortaba la figura del «Aceituno» en calzoncillos, y a través de la cual entraba un ascendente rumor de voces humanas.

—¡Eh, toro!

—¡Cógele bien de un cuerno!

Y hombres y chiquillos gritando a la vez:

—¡Toro, toro!

De un salto quedó sentado sobre la cama. ¿Qué era lo que estaba oyendo? Sobre el claro de la pared de enfrente se destacaban las largas piernas negruscas del «Aceituno», que brotaban de los anchos calzoncillos. Más arriba, su negra espalda desnuda y su cogote en el cuadro de luz de la ventana. El techo de la habitación estaba formado por gruesas vigas de madera oscura y añosa. Unas telarañas pendían de lo alto, rotas en jirones, y temblaban... A su derecha, una vieja cama de hierro con la ropa revuelta y, debajo, la bacinaja de noche, de porcelana descascarillada. Esta visión confusa sirvió para despertarle y recordar de pronto.

—Pero ¿qué es lo que pasa, «Aceituno»? —preguntó.

El ruido y las voces se habían detenido justamente debajo de la ventana y el «Aceituno» no se volvió. Levantó su brazo y le hizo una seña para que se acercase.

—¿Quieres decirme por qué gritan tanto, hombre?

El «Aceituno» se volvió entonces. Brillaron sus grandes dientes.

—¡Ven, corre! —le gritó.

Saltó de la cama y corrió hacia la ventana en ropas menores y con los pies desnudos sobre las grandes losas rojas. La fuerte luz de la mañana le hizo entornar los ojos. Sintió entonces un olor a era y respiró un aire de polvo y de tamo. Una bandada de moscas se levantó del alféizar al apoyar sus brazos en él.

—¡Mira, Rafa, fíjate bien! —le dijo el «Aceituno».

Era un tropel de hombres, mozalbetes y bestias. Unos mozos en mangas de camisa llevaban cogidos por los cuernos, las patas y los rabos a tres cornúpetas. Otros, armados de estacas, les pinchaban y les soltaban unos garrotazos tremendos. Los pobres animales forcejeaban por soltarse, pero era inútil porque los hombres se colgaban de los cuernos, les hacían doblar una pata y les tiraban del rabo. Los chiquillos rodeaban estos grupos y algunos gritaban a los animales, citándoles a una embestida con sus blusas y chaquetas. A todo esto, las mujeres, desde ventanas y balcones, contemplaban gozosas el espectáculo y muchas animaban con sus voces a los que conducían las bestias.

—¡Dale fuerte, Romualdo!

Uno de los mozos dio un puñetazo en el vientre del animal y luego miró al balcón para ver la moza que había pronunciado su nombre. Ella reía locamente. Y el mozo agitó en el aire su puño triunfal, saludando a la aguerrida dama del balcón.

Rafa y el «Aceituno» tenían las pelambres revueltas, respiraban con la boca abierta y reflejaban en sus ojos el asombro del despertar. Ambos sentían aún sobre sus rostros esa sucia viscosidad de la noche y del sueño que tira de la piel y nubla la vista. Hacía ya calor, un calor seco de llanura polvorienta y, sin embargo, ninguno de

los dos pudo dominar los escalofríos que les corrían de la nuca a los pies. Rafa, con la boca seca, preguntó a su compañero:

—Pero ¿qué es lo que están haciendo?

El «Aceituno» se encogió de hombros.

—Esto debe ser el encierro, me pienso yo —contestó.

—¿El encierro? Pero si los van a reventar...

—El negro es tu novillo, Rafa. Los otros son las vaquillas para los mozos del pueblo.

Rafa fijó su atención entonces en el último de los cornúpetas, en el negro. Era un bello animal, lustroso, de ancas poderosas y robusto cuello. Tenía una hermosa testa de toro adolescente, adornada con unos curvos cuernos, no muy largos, pero anchos de cepa y muy agudos por la punta. Era, de los tres, el que menos se resignaba a dejarse llevar de aquella manera, tan poco digna de su brava alcurnia. De vez en vez bramaba y sacudía el testuz. Le llovían entonces los palos y los puñetazos. Cuando se enfurecía demasiado le doblaban una de las patas delanteras y el animal, al sentirse falto de apoyo, se veía obligado a ceder.

Al pasar frente a Rafa y el «Aceituno», el torito parecía fatigado por tan inútil lucha. Sacaba la lengua y se relamía el hocico. De los seis o siete mozos despechugados que iban colgados de sus cuernos, se destacó el que parecía el jefe de la banda, por las órdenes que lanzaba a grito pelado y por los gestos descomunales con que los acompañaba.

—¡Alto! —gritó a sus compañeros—. ¡Sooo!

Todos a una presionaron brutalmente al novillo hasta hacerle detener. Entonces el mozo aquel se dirigió a la ventana donde asomaban los rostros de Rafa y del «Aceituno».

—¡«Filigranas»! ¡Eh! —volvió a gritar, abriendo su enorme boca y quitándose de un manotazo las greñas rojizas que le caían sobre la frente—. ¿Qué te parece esto?

Señalaba las puntas de los cuernos del novillo y simuló que se pinchaba los dedos en ellas, llevándoselos seguidamente a la boca. Los demás comparsas, que ya esperaban alguna chusca salida del mozo, le corearon con sus risas y exclamaciones.

Después, el mozo pelirrojo se deslizó hasta la parte trasera del animal y, agachándose, le cogió con una mano los atributos masculinos y los puso a la vista de todos diciendo:

—¿Y esto, «Filigranas»?

Los demás prorrumpieron en gritos.

—¡Ahí va la...!

—¡Eres la órdiga, «Raposo»!

Pero Colás, el «Raposo», quiso redondear su gracia.

—Ya ves lo que te espera, «Filigranas»... ¡Ya veremos si tú los tienes mejor

puestos que él!

Y se echó a reír abriendo mucho los brazos. Una mujer le gritó:

—¡Colás, eres un bruto!

Otra, indignada, comentó:

—¡Vamos, mira que querer asustar al pobre torerillo! Este «Raposo» es un animal.

—¡Animal!

El «Raposo» paseó sus ojos azules por todos los balcones de alrededor tratando de averiguar de quién procedía aquella voz femenil, pero no lo logró. Entonces se volvió furioso contra el novillo, descargando su puño en uno de los flancos de la bestia.

—¡Arre! —gritó luego a sus compañeros.

Un remolino de garrotes se abatió sobre el lomo del animal. Este dio una súbita arrancada, arrastrando a sus aprehensores. Se levantó una nube de polvo más densa y se armó un fuerte estrépito de silbidos y juramentos.

Los chiquillos echaron a correr.

—¡Que se escapa, que se escapa!

Mujeres asustadas llamaron a gritos a sus rapazuelos:

—¡Juanín!

—¡Pepito!

—¡Muchacho!

Los mozos y el toro formaban una sola masa bullente.

—¡Sooo!

—¡Quieto!

Pudieron sujetarle a duras penas. Los hombres y el novillo jadeaban.

El «Raposo» se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisa.

—¡Sandiez, qué bicho! —dijo resoplando—. Que no se le ocurra a nadie arrearle un estacazo más porque si se arranca otra vez seguro que se escapa...

Los hombres y el novillo, exhaustos, respiraban el aire de polvo con la boca abierta. El «Raposo» ordenó:

—¡Venga! Despacito y sujetándolo bien.

La comitiva se puso en marcha otra vez. El toro parecía definitivamente resignado, pero los hombres no se fiaban mucho de sus buenas intenciones y le conducían con renovada cautela. Le llevaban bien sujeto por los cuernos, de donde se colgaban cuatro mozos. Dos más iban agarrados a cada pata y, tirando del rabo, como en un soka-tira vasco, los tres más forzudos y corpulentos. El miedo que hizo pasar a todos la anterior arremetida del bicho había apagado un tanto el jolgorio. Tal vez también el griterío disminuyera porque el aire caliente que llegaba del campo se había tornado casi irrespirable a causa del polvo levantado por la refriega. En medio de la

nube de polvo, y a paso lento y cansado, desaparecieron en ruta hacia la plaza. Los chiquillos, ya un poco atemorizados, los seguían por la línea de los soportales, prestos a refugiarse en las casas a la menor señal de peligro. Y las mujeres se dieron cuenta, de pronto, de que les aguardaban urgentes quehaceres dentro de sus casas, y desaparecieron poco a poco.

—¡Qué bruto es el tipo ese, el «Raposo»! —dijo Rafa a su compañero, separándose de la ventana.

—Un bestiajo, sí —contestó el «Aceituno».

—Ha querido asustarme, desde luego.

—No le hagas caso. Es un tío «malage» que ha querido hacer una gracia.

—Pues maldita la gracia que tiene.

—Lo que yo te digo: un «malage».

—Y por lo visto es el jefe de la pandilla de mozos.

—Claro. Para eso es el más bruto.

Rafa se encogió de hombros. Ambos amigos habían vuelto a sus camas y se habían sentado cada uno en la suya frente a frente.

—¿Tú crees que habrán toreado al novillo, «Aceituno»?

—Seguro, hombre, seguro.

—Pues cualquiera lo mete después en vereda. Va a estar más resabiado que las vaquillas. ¡Como para lucirse con él, vamos!

—Te advierto que por una parte está bien que lo hayan corrido. Así lo cogerás cansado, y eso ya es una ventaja. Un torete de estos sin picar es muy duro de pelar con la muleta. Llegan al último tercio con demasiada fuerza.

—Pero con un toro toreado no se puede hacer nada. Tú lo sabes bien, «Aceituno».

—Claro que lo sé. ¿Pero es que tú piensas hacer algo delante de estos palurdos? ¿Para qué?

—Hombre, es que yo creo que a torear se aprende toreando.

—Si está bien, pero aquí no intentes hacer filigranas. A estas corridas se viene a ver los toros, a acostumbrarse a ellos. Trae uno mucho toreo de salón en la cabeza, muchas monerías, vamos... Y lo más importante es saber si responde el izquierdo. Y eso es lo que se averigua en corridas como esta. Pero nada más. Hombre, a no ser que tengas la suerte de que aparezca algún personaje que interese: un ganadero, un apoderado de postín, un crítico... En ese caso...

Rafa abrió mucho los ojos infantiles. El «Aceituno» se espantaba las moscas que le picaban en la espalda.

—¿Y tú crees que puede venir algún tío de esos a esta corrida?

«Aceituno» cazó una mosca al vuelo.

—A lo mejor —dijo—. Son gente caprichosa, ¿sabes? Les gusta descubrir caras nuevas. ¡Ahí está su negocio! Si encuentran algún desconocido que promete, lo

apadrinan y lo lanzan. En los primeros años lo explotan a mansalva hasta forrarse. Claro, el novato tiene que aguantarse hasta que consigue hacerse un cartel, y así, los dos o tres primeros millones son para el apoderado... Esto lo sabe todo el mundo. Ahí tienes lo que hizo don José, el «Primores», con «Reverte» y con el «Algecireño»... Pues así siempre...

—Es natural. Pero «Reverte» y el «Algecireño»...

—Son los que mandan. Exigen porque pueden exigir. Pero también han tenido que pasar lo suyo, no creas.

Hubo una pausa en que «Aceituno» se quedó mirando sus largos pies juanetudos de uñas rotas. Rafa, asido a los bordes de la cama, tenía los ojos perdidos en el estrecho contorno del cuarto.

—Si tuviéramos la suerte de que viniera alguno de esos fulanos... —dijo luego Rafa sin cambiar de postura y con la mirada fija en los dos viejos trajes de luces que pendían de los respaldos de dos sucias sillas de anea.

El «Aceituno» se restregaba sus negros piesazos uno contra otro.

—¡Quién sabe! —dijo—. A mí ya me ocurrió eso alguna vez. Pero como si no. Era cuando yo empezaba...

Miró a su amigo. Por la cara del «Aceituno» se notaba el paso de una amarga sombra, a pesar del color verdoso de su piel.

—No tuviste suerte, ¿eh?

—Me falló el izquierdo. Me ha fallado siempre, Rafa. Yo quería ser torero, pero no podía... Tenía más miedo que hambre y eso que casi ningún día comía caliente. ¡Maldita sea!

Rafa le sonrió amistosamente.

—Eso del miedo... —dijo—. Yo creo que todos salen con el suyo a la plaza, ¿no?

—Sí, pero algunos lo dominan. Yo no pude dominarlo nunca.

—Pues yo tengo que conseguirlo.

—¡Ojalá!

—Ya verás.

—¡Ojalá, te digo!

Rafa se puso en pie. Era alto, delgado y muy pálido. Blancura y estrechez de cuerpo aún adolescente y sin curtir. El «Aceituno», que lo miraba, se fijó en los puntitos rojos que se extendían por su garganta y sus brazos.

—Te aseguro, «Aceituno», que como a mí se me presente la ocasión, me la juego... —exclamó Rafa, blandiendo el puño en el aire—. Que me la juego lo saben hasta los negros...

Entonces el «Aceituno» se levantó también y, señalándole los puntitos rojos que habían llamado su atención, le dijo riendo:

—¿Pero te has dado cuenta de cómo te han puesto las chinches esta noche?

El brusco cambio de tema dejó suspenso a Rafa un instante, como si no hubiera oído bien. Se pasó la mano por el cuello instintivamente.

—Sí. Me han estado picando toda la noche. La primera vez levanté la almohada y me pareció, de pronto, que habían volcado allí un plato de lentejas, hasta que los bichitos empezaron a moverse.

—Por suerte yo no las siento.

—No, no... Ya vi que te andaban por la cara y tú ni te movías.

—Ni las chinches ni las moscas, niño. Estoy acostumbrado. Y anoche, cuando vi cómo estaba la pared, comprendí que se iban a dar el banquete. Pero no quise decirte nada. ¿Para qué?

—Podíamos haber pedido que nos diesen otro cuarto.

—¡Bah, ganas de perder el tiempo! Seguramente este es el que destinan todos los años para los «maletas», como ellos nos llaman. Creen que nos pasamos las noches en el tope de los trenes o al raso y que cuando cogemos unas camas como estas, en un cuarto como este, tienen que parecernos una gloria. De todas maneras no creas que los demás cuartos de este fonducho serán mejores.

El «Aceituno» bostezó y estiró los brazos. Era negro y sarmentoso. Entre sus labios cárdenos asomó su poderosa dentadura de amarillos dientes.

—¡Tengo hambre! —exclamó, silabeando entre los bostezos.

Rafa, que le había estado contemplando en silencio, dijo:

—Pues sabes que por todas partes tienen una bonita idea de nosotros...

—Son unos bestiajos.

—¿Y en todos los pueblos nos miran igual?

—Sí; pero no te preocupes. Después, cuando seas una figura, correrán detrás de ti y tendrán que pagar un buen dinero para verte. Es la vida, Rafa.

—Sí, claro.

—Bueno, vamos a chapuzamos un poco y vestirnos. También te digo que nos darán de comer hasta hartarnos. Y es porque se piensan que no comemos hasta que llegamos a su pueblo...

El «Aceituno» se dirigió al lavabo de hierro pintado de azul que había en un rincón y Rafa se quedó pensativo mirando la pared. En torno a las cabeceras de las camas parecía que alguien o muchos habían pretendido pintar un extraño cielo de desiguales estrellas rojas. Sobre la dudosa blancura del muro se destacaban incontables salpicaduras de sangre, testimonio fehaciente de las batallas sostenidas entre los huéspedes torturados y las chinches hemofílicas... Batallas libradas a zapatazos, con los ojos reventando de sueño, con las pelambres en punta, con un odio feroz... Sobre los restos de estas carnicerías colgaban, un tanto aburridos e incongruentes, dos viejos cromos religiosos, de santos ignorados, descoloridos y sucios por las irreverencias sacrílegas de las moscas.

Sonaban el agua en la jofaina y los resoplidos del «Aceituno». Rafa se adelantó hasta la ventana, apoyándose de codos en ella.

El aire empezaba ya a estar caliente y las moscas revoloteaban, zumbadoras e incansables. Moscas gordas, relucientes, hartas de comer...

El «Aceituno» se había vuelto hacia Rafa enjugándose el rostro con una áspera toalla de cuartel.

—Si será mala el agua, que no hace espuma el jabón —dijo.

Pero Rafa seguía otros pensamientos.

—He soñado, «Aceituno». Justamente cuando me despertaron los del encierro, estaba soñando.

El «Aceituno» dejó de frotarse la cara.

—Toreaba...

—¿Dónde? ¿En la Maestranza de Sevilla?

—No. En las Ventas de Madrid.

—Ya. Sueños, claro.

—Triunfaba. Tú me traías las dos orejas. Luego me sacaban a hombros...

—Eso nos ha pasado a todos. Claro que quién sabe...

—Es que este sueño fue lo que me predijo una gitana cuando todavía estudiaba el bachillerato en el Instituto... Era igual, igual...

—¡Sueños, sueños!

Fue una exclamación despectiva, desilusionada, dolorida, del «Aceituno».

—¿Tú no crees que se cumplen?

El «Aceituno» se había vuelto de espaldas, tirando la toalla sobre los pies de la cama. Luego, empezó a ponerse los pantalones lentamente.

—A mí también me echó las cartas una vieja en Sevilla. Hace ya muchos años, cuando yo quería ser torero. Y me dijo que le cortaría las dos orejas y el rabo a un toro negro. No me dijo dónde porque no lo veía claro. Y ya ves: no se ha cumplido ni se cumplirá. Lo más que conseguí es que unos pocos me aplaudieran alguna vez con palmas de tango. Ahora sólo te acompaño para ayudarte y cuidar de ti en lo que buenamente pueda...

Movió tristemente la cabeza y añadió:

—Ya tengo treinta años y no me importa un pito todo esto. ¡Ya no puede ser!

Rafa se había vuelto a mirar por la ventana. Le dolía el espectáculo de su amigo vencido.

—Estás hoy muy pesimista, «Aceituno».

—¿Qué quieres? Me las sé todas. Además, que se me revuelven las bilis cuando tengo que ponerme el traje de luces. Y cada vez más. Se me encogen las tripas, niño.

Sonreía con una mueca triste. Sus ojos oscuros, de globos ictéricos, miraban con una humilde impudicia. Él ya no tenía que fingir valor ni majeza ninguna. Podía

demostrar su miedo enteramente, sin avergonzarse, como los mendigos profesionales exhiben sus lacras y su miseria.

Rafa sintió un involuntario estremecimiento. No quería pensar en el miedo ni en el fracaso.

—Sin embargo, los sueños se cumplen, «Aceituno» —murmuró como hablándose a sí mismo mientras miraba a los lejanos campos calcinados, crujientes bajo el sol.

—Está bien, pero anda, date prisa, que tenemos que almorzar...

De los campos ardorosos y secos se levantaba una ola de polvo... Y es que el aire se tornaba blanco como una llama, y hería los ojos. Rafa tuvo que cerrarlos. Luego corrió al lavabo. El agua era caliza y áspera, pero era agua, y Rafa se ablucionó con profundo gozo...

II

LA taberna se iba llenando ya de alegres bebedores a pesar de la hora relativamente temprana. Pero era el día de la fiesta y había que comenzarlo bebiendo. Eso lo sabía muy bien el «Quebrao», que no paraba de llenar copas, muchas sin que las hubiesen pedido siquiera. El «Quebrao» llevaba muchos años regentando su negocio y conocía muy bien los gustos de todos y de cada uno de sus clientes.

—¿Qué me das, «Quebrao»?

—Aguardiente, hombre. Hay que empezar con el aguardiente.

—Está bien.

Y el cliente levantaba la copa y la apuraba de un trago. El aguardiente era de orujo y quemaba la garganta, pero había que ahogar la tos para aparecer como un hombre hecho y derecho y evitar que los demás se riesen.

—¡Otra copa, «Quebrao»!

Otro le gritaba:

—¿Y a nosotros no nos sirves o qué?

El «Quebrao» se multiplicaba sin perder de ojo a los bebedores que, en la euforia del alcohol, solían olvidarse de pagar.

—¡Eh, tú, Matías! Son seis copas. Me debes tres pesetas.

En estas ocasiones él apelaba a una técnica de sumar muy positiva: «Dos y dos son cinco. Bastantes copas se me quedan sin cobrar», se decía.

—¿Seis copas has dicho? Pero si somos dos y no nos has echado más que un par de rondas...

El «Quebrao» sabía reír como nadie: con toda la boca, con toda la cara. Los ojos le quedaban ocultos por los pliegues de los carrillos. Era como una explosión. Luego entreabría los ojuelos corrosivos y la risa se quedaba quieta en sus gruesos labios.

—¿Ya estamos así, Matías? ¿Nada más empezar y ya se te ha echado el nublo encima? Parece mentira, hombre, parece mentira... ¿Qué vas a hacer entonces, dormirla desde por la mañana?

—Pero, hombre... —y el otro se dirigía a su compañero en busca de ayuda—, ¿qué te parece? ¿Es que tú no dices nada?

—Este bebe mejor que tú, Matías —decía entonces el tabernero, interviniendo rápidamente—. Otra ronda, ¿no?

Les llenaba las copas y se marchaba a atender a otros, remachando:

—Ahora son cuatro pesetas.

—¡Potroso este!

—Mira que es aprovechado...

El «Quebrao» era el posadero y el tabernero más acreditado del lugar: una

institución. Y, como toda verdadera institución natural, se sostenía gracias al odio, al rencor y a la envidia de los demás.

Los hombres entraban mascando cacahuets y escupiendo las cáscaras y, en seguida, se acercaban al mostrador a beber. Nuevas voces se unían al rumor general y el estruendo crecía. El aire estaba saturado de olor de anís.

Entró un grupo de mozos despechugados y sudorosos. Tenían ya manchada de sudor la blanca camisa de los días de fiesta. Camisa que planchara la noche anterior la madre o la hermana, esmerándose todo lo posible y que amaneció tiesa sobre el respaldo de una silla. Se vio en seguida que padecían una sed incontenible por la expeditiva manera con que se abrieron camino hasta el mostrador y por el tono ronco de sus voces.

—¡«Quebrao»!

—¡Ven para acá, potroso!

—¡Eeeeh!

—¡Voy, voy! —contestó el «Quebrao», que les había visto llegar y acudía solícito a servirles.

—¡Vino! —aullaban dando fuertes manotazos sobre el mostrador.

—Paciencia, un poco de paciencia —les pidió el tabernero mientras les llenaba los vasos de un vino de color ámbar—. ¡Parecéis chotos!

El vino estaba fresco y lo bebieron con delicia. Las lenguas chascaron. Pero uno de los bebedores puso mala cara.

—Oye, «Quebrao»: me parece que te has equivocado, o es que yo no distingo. Lo que nos has dado, ¿es vino o es agua?

El tabernero rompió a reír con toda su cara, según costumbre. Y, como de costumbre también, luego se quedó mirando maliciosamente al protestón.

—Mira tú que preguntar si es vino o si es agua... ¡Tiene gracia, hombre, tiene gracia!

—Déjate de coplas, «Quebrao».

—¿Pero no ves que hay que templar, hombre? Hay que empezar flojo. ¿No vas a torear hoy, Acisclo?

—Hombre, claro.

—¿Y quieres chisparte ya?

—Es que yo no me chispo tan fácil...

—Venga, pon otro vaso —terció un impaciente.

—Venís del encierro, ¿eh? —preguntó el «Quebrao», volviendo a llenar los vasos—. He visto el ganado. Me gusta. Si no fuera por la potra, esta tarde le iba yo a quitar el tipo al «Algecireño».

—Hombre, no está mal. ¡Mejor con la potra y todo! —exclamó Acisclo, ya desmalhumorado.

—De verdad, Acisclo: el novillo es majó.

—¡Superior, «Quebrao»! Nos ha hecho pasar las negras. En el último achuchón creí que se nos escapaba. Es que el «Raposo» tuvo un golpe... Ya le conoces.

—¿Qué, qué hizo ese barbián? —preguntó el tabernero, interesado.

Acisclo le contó la hazaña del «Raposo» frente a la ventana donde estaban los toreros asomados. El «Quebrao» rio de buena gana, hasta desternillarse.

—¡Dios, qué tío! ¿Y qué hace que no ha venido con vosotros? —dijo, pasándose el dorso de las manos por los párpados.

—Por ahí. Arreglándolo todo, como siempre.

Otro de los mozos despechugados intervino:

—Lo que es hogaño no pasa lo del año pasado.

—Seguro que no —aseveró Acisclo—. Lo hemos corrido bien en las eras y le hemos dado lo suyo, pero todavía tiene fuerza para volcar un carro, ¿no es verdad, Maxi?

Maxi asintió meneando la cabeza. El «Quebrao» llenó otra vez los vasos. Le llamaron desde otro grupo.

—¡Voy! —contestó, pero siguió preguntando a Acisclo—: ¿Y crees que peleará bien?

—Que si peleará... No le arriendo las ganancias al «Filigranas» ese, no.

—Pues entonces vamos a ver poca cosa. El «Filigranas» tiene tanta pinta de torero como yo de fraile, Acisclo. Si parece un estudiante de cura... ¿De dónde lo habéis sacado?

—Es paisano de Manolete, hombre —dijo entonces Maxi, muy serio.

—¡Y eso qué tiene que ver! ¿Es que van a ser toreros todos los cordobeses? También dicen que nació aquí Don Quijote, ¿y qué? Yo os digo que el muchachete ese no es capaz de matar bien al novillo si es que tiene tanta casta como decís. Y, si no, al tiempo. Mira tú, con esa cara sin pelo de barba, tan espirituado, con esas manos de señorita...

—¿Pero nos sirves o qué, «Quebrao»? —le gritaron desde la otra punta del mostrador.

Él les hizo una seña con la mano para que aguardasen un momento, y siguió:

—Que es demasiado enclenque, vamos. Siquiera fuera el otro, el «Aceituno», el matador... Ese es otra cosa. Tiene más planta, más aquel... ¡Ahora voy, Celes!

—Pues nos han dicho que el «Filigranas» es un torero muy fino, que promete mucho. Tú no te fíes de las apariencias. Ya sabes que los toreros de hoy son señoritos. «Posturas», el del año pasado, parecía muy macho, y ¿qué paso, vamos a ver?

—Tiene razón Maxi —dijo Acisclo—. Para ser torero hay que ser torero y lo demás son cuentos, ¿no?

—¡«Quebrao»! ¡Eh!

—Ya lo veremos luego —convino el tabernero, impacientado ya por las llamadas, cada vez más estentóreas, de los bebedores—. ¡Hoy todo el mundo quiere beber de prisa, maldita sea la...! No le dejan a uno ni un momento para hablar a gusto.

—Anda, hombre, que es la fiesta...

—Si es que luego, al ajustar las cuentas, se creen que han bebido la mitad, de lo rápido que lo han hecho...

—Bueno, ya te apañarás tú para cobrárselo. Eso se te da como la órdiga. Anda, anda, vete a servir al Celes, que está desesperado. Y oye: ¿se han levantado ya los toreros?

—En el comedor los tienes almorzando como lebreles.

El «Quebrao» no miraba ya a Acisclo. Había cogido maquinalmente el frasco del vino y se dirigía hacia donde le llamaban con tan apremiantes voces. A medio camino oyó, sin embargo, que Acisclo le gritaba:

—¡Eh! Esto lo apuntas a la cuenta de la comisión.

Eran dos litros de vino, vino de fiesta por supuesto, pero dos litros. Se volvió rápido.

—¡Quiá! Estos os los apunto a ti y al Maxi. No quiero más cuentas con la comisión.

Acisclo y Maxi se echaron a reír. Este dijo:

—¡Que se lo cuente luego al «Raposo»!

—¿Echas el vino o no? —gritó otra vez Celes, dando un palmotazo sobre el mostrador.

—Que se lo apunte a la comisión... —iba murmurando el «Quebrao»; y encarándose después con Celes le dijo—: Si es que luego no pagan, Celes. ¡Cualquiera convence después al «Raposo»!

—Y a mí, ¿qué me importa, hombre? —contestó Celes, encogiéndose de hombros mientras el tabernero le llenaba el vaso.

Acisclo y Maxi, mientras el «Quebrao» seguía farfullando, se dirigieron al fondo de la taberna donde se hallaba la puerta que comunicaba con el comedor. Subieron el alto escalón y desaparecieron...

* * *

El «Aceituno» estaba rebañando su plato con un trozo de pan y decía a Rafa, que se había contentado con un vaso de leche:

—¡Lo que te has perdido, niño! Estos huevos con tomate estaban estupendos. Ya te dije que comer sí que se come por estos andurriales...

Tenía los labios relucientes de grasa y los ojos, de satisfacción y de contento. Una botella casi vacía que bostezaba de pie sobre el grasiento hule rameado testificaba la

afición del «Aceituno» al morapio.

—¡A los buenos días!

Acisclo y Maxi les miraban desde la puerta, sonriendo socarronamente.

—Digo, ¡al buen apetito, compañeros! —remachó Acisclo.

El «Aceituno» se relamió apresuradamente los labios y Rafa hizo un leve movimiento con la cabeza. Contestó:

—¡Buenos días!

—Somos yo y el Acisclo, de la comisión.

Rafa se levantó y lo mismo hizo el «Aceituno». Rafa iba a extender la mano, pero se retuvo al ver que los dos mozos les habían vuelto la espalda en busca de una silla cada uno. Cuando la cogieron, se acercaron a la mesa llevándola a rastras.

—Pues sí, somos los encargados de atenderos en todo lo que necesitéis —dijo Acisclo, sentándose a horcajadas sobre la silla.

Como observara que los toreros le miraban indecisos, agregó:

—Pero por nosotros no os paréis. Lo primero es rematar el almuerzo.

—Creo que ya hemos terminado —dijo Rafa, sentándose.

—¡Bah! Siempre se podrá echar un trago, ¿no os parece?

El «Aceituno» mostró la botella vacía y dijo con aire de disculpa:

—No quedan más que cuatro gotas.

Maxi entonces dio unas fuertes palmadas.

—Ya verás —dijo—. Si aquí lo que sobra es vino...

Apareció una mujer en la puerta de la cocina secándose las manos con un delantal negrusco y brillante.

—Tráete un litrejo y unos vasos para nosotros, Agustina —exclamó Acisclo; y luego, volviéndose a los toreros, cuando la mujer desapareció para cumplir la orden, agregó—: Esta es la patrona, la mujer del «Quebrao». Es la más guarra del pueblo, pero guisa muy bien, con pelos y todo...

Se echó a reír, acompañado de Maxi, que había sacado ya su navaja y empezado a afinar la punta de su garrote. Hubo una pausa. Se oía el aleteo de las moscas recién apresadas en la larga cinta engomada que pendía del techo en medio de la habitación. De la calle llegaban los primeros pitidos del concierto infantil de la feria. Rafa no sabía qué decir y el «Aceituno» se entretenía en hacer montoncitos con las migas de pan esparcidas en torno a su plato.

Agustina apareció de nuevo y dejó la botella y los vasos sin decir nada, tratando en vano de sujetarse los mechones de pelo que le bailaban sobre la frente. El «Aceituno» paseó su mirada por todos los rostros y entendió que debía llenar los vasos. Llenó tres, pues Rafa no bebía.

—¿Tú no bebes? —preguntó Acisclo a Rafa.

Rafa meneó la cabeza.

—Malo, malo. Tú eres el «Filigranas», ¿no?

—Es que no acostumbra a beber antes de torear —dijo el «Aceituno», interviniendo para aclarar debidamente la postura de su amigo.

—¡Ah, si es por eso...! Hay que tener la cabeza despejada, ¿no? Claro, luego queda tiempo para el desquite...

Rafa sonrió forzosamente. Los otros tres hombres bebieron. El «Aceituno» sintió que Rafa le pisaba el pie y que luego le decía:

—Que tú también tienes que torear...

—Es que tenía una miguillas que no me pasaban.

Y poniendo boca abajo su vaso agregó:

—Pero ya no bebo más.

—Tú eres el «Aceituno», ¿eh?

—Claro.

—Yo ya lo había comprendido —dijo Maxi, afilando su vara.

—Pues aquí lo peor es el agua, ¿eh, Maxi?

—Para los forasteros es como una purga. Agarran cada cagalera...

—Ya, ya... Se llevan retortijones para un mes.

El «Aceituno» se echó a reír. Rafa se aburría claramente.

—Bueno, ¿qué tal se ha dormido?

Rafa miró a Acisclo y se encogió de hombros.

—¿Dormir? —preguntó, enarcando las cejas.

—Yo, bien —dijo el «Aceituno»—, pero este yo creo que no ha podido pegar el ojo en toda la noche.

—Mieditis, ¿eh, «Filigranas»? —Y Acisclo guiñó un ojo.

—¡Qué va! Las chinches, amigos, las chinches. En nuestro cuarto las hay a espuestas —contestó el «Aceituno».

—¿Y por eso...?

Acisclo dio un manotazo en la ancha espalda de Maxi.

Este suspendió un momento su faena de aguzar la vara y se le quedó mirando estúpidamente. Luego dijo:

—¿Es que en Córdoba no hay chinches o qué?

—No sé. Puede que las haya, pero como aquí... —contestó Rafa, haciendo un gesto despectivo.

—Hombre, no las habrá en las casas de los ricos, pero en las otras, en las de los pobres, tiene que haberlas. En todas partes pasa igual. Tú es que eres muy señorito por lo que se ve...

Rafa se encogió de hombros, desentendiéndose de la cuestión. Le parecía absurdo todo aquello y no quería discutir. Por otra parte, se daba cuenta de que insistir sobre aquel punto podría ser considerado por los mozos como una desconsideración, hasta

como un insulto para el pueblo.

—¿Es cierto que conociste a Manolete? —le preguntó Acisclo después de un corto silencio.

—Sí. En Córdoba todo el mundo le conocía.

—¿Y le viste torear?

—Claro.

—Era un tío grande, ¿eh? ¿Tanto como dicen?

—¡Lo más grande que se ha visto nunca! —exclamó espontáneamente el «Aceituno».

—¿Más que Joselito y que Belmonte?

—Más. Como Manolete no ha nacido otro.

Hablando de Manolete, el «Aceituno» se exaltaba en seguida. El diestro de Córdoba era para el pobre torerillo un semidiós. Siempre que en su presencia se hablaba del gran torero, acababa contando la misma anécdota:

—Yo iba a ir de peón con él... Me lo dijo aquel invierno mientras le limpiaba los zapatos: «“Aceituno”, voy a ver si este año te puedo llevar de peón». Para mí hubiera sido como si me tocara el gordo. Era tan generoso, tan llano... Dicen que era orgulloso, pero no hagáis caso. Lo sería con los ricos, pero no con los pobres. ¡Cuántas veces me puso a mí la mano en el hombro después de darme un duro por la limpieza de los zapatos! Él era así. ¡Manolete! No era nadie el gachó... Y yo iba a ir de peón con él. Pero un marrajo de mala madre lo quitó de en medio en Linares... ¡Así me pasa a mí con todo!

Los mozos habían estado pendientes de los labios del «Aceituno», fuertemente impresionados por el tono ronco de su voz y por sus gestos apasionados. Ambos le miraban con la boca abierta. Cuando calló se hizo el silencio, un silencio oneroso y sobrecogedor, como si sobre ellos hubiese pasado la sombra trágica del gran torero desaparecido. Rafa mantenía los ojos clavados en los círculos que las moscas formaban sobre la mesa, en torno a las migas de pan y a los charquitos de vino.

Acisclo se limpió la boca con el dorso de la mano y Maxi comenzó a afilar otra vez el garrote. Y el «Aceituno», como si quisiera ahuyentar el maleficio de la triste evocación, cogió la botella y llenó los vasos de los mozos. Se oyó el gorgoteo del vino.

—Dicen que toreaba mirando al tendido. ¿Es verdad? —preguntó Acisclo después de una pausa.

El «Aceituno» se le quedó mirando con la botella en el aire y plegó sus labios con desprecio.

—¡Bah! Eso era lo de menos, hombre.

—¿Pero es verdad? —insistió el otro.

—¡Cómo que si es verdad! Y que no se te olvide esto: ese hacía todo todo lo que

se puede hacer con un toro y... más.

—Como ninguno del pueblo lo vio nunca torear...

—¡Aquí iba a venir, hombre, aquí iba a venir!

Los mozos tornaron a beber calladamente. Después Acisclo preguntó a Rafa:

—Y tú, ¿también toreas mirando al tendido?

—Hombre, a veces...

—Este tiene mucho de Manolete —intervino el «Aceituno»—. Ha cogido su estilo. Claro que está empezando, pero si tiene suerte, como la tendrá, llegará también a ser un fenómeno. Yo entiendo de esto lo mío, porque he visto a muchos empezar. Así que ya podéis decir que tenéis suerte con verlo hoy aquí. Para otra vez tendréis que ir a una capital y pagar un buen dinero por la entrada.

—¡Ojalá! ¿Y lleva mucho toreado?

—Bastante —continuó diciendo el «Aceituno»—. Esta es la primera vez que sale a un pueblo, pero ha toreado en muchas tientas. Y en Córdoba fue el que mejor quedó en dos becerradas benéficas. Cortó orejas y rabos en las dos...

Brillaron de entusiasmo los ojos de Acisclo. Dio otro nuevo palmotazo en la espalda de Maxi y exclamó:

—¡Mira tú por donde vamos a ver una cosa buena!

Rafa miraba distraídamente la cortina de la ventana.

El «Aceituno» levantó la mano.

—Se hará lo que se pueda —dijo—. Rafa trae muchas ganas de arrimarse y torear como Dios manda. Como aquel que dice, hoy es su «debut». Pero no siempre se puede hacer lo que se quiere. Depende también del ganado.

—Pues como sea por eso... El novillo que hemos traído hogaño tiene la sangre bien encendida. Embiste como un «cobete». ¡Y más majo que es! Bueno, ya lo habéis visto en el encierro...

—Claro que lo hemos visto, y no nos ha parecido mal. Si es tan bravo como dices, Acisclo, Rafa podrá torear a gusto, ¿eh, tú?

El torerillo, pálido, sonrió levemente. Sus grandes ojos negros, siempre tristes y distantes, brillaron como los de un niño. Se pasó la mano por la lacia cabellera castaña y dijo:

—Ya veremos, ya veremos... Desde luego estoy dispuesto a jugármela.

—¡Olé! —gritó Acisclo.

—¡Así se habla, macho! —Y Maxi soltó un palo en la mesa haciendo saltar los vasos y la botella. Las moscas se sobresaltaron y salieron disparadas para volver en seguida sobre el plato y los desperdicios.

—Lo que más siento es que lo hayáis toreado. Así va a ir a la plaza con unas manías... —dijo Rafa con voz suave.

—No será para tanto, hombre. Lo que se dice torearle, no. Lo que hemos hecho es

correrle por las eras para ver si era bravo. No había más remedio que experimentarlo así. Es que después de lo del año pasado...

Rafa y el «Aceituno» miraron a Acisclo. Rafa, con un repentino interés que acentuó adelantándose sobre la silla. Hasta entonces pareció más bien aburrido, muy lejos de lo que allí se estaba hablando. En realidad, molesto por el acoso a que le sometían los gañanes. Pero la alusión a lo «del año pasado» picó su curiosidad. ¿Qué pudo haber pasado allí el año anterior? Acisclo percibió la pregunta en los ojos del torerillo, pero en vez de contestar prefirió mantener la expectación. Abriendo mucho la boca y enarcando las cejas, miró y preguntó a los toreros:

—Pero... ¿es que no sabéis lo que pasó?

El «Aceituno» denegó blandamente con la cabeza. Rafa fue más vehemente.

—¡Cómo quieres que lo sepamos, hombre!

—Pues una «risión», «Filigranas». ¡Pero se formó una! ¡Huy, la que se formó! —dijo entonces Maxi, haciendo un aspaviento cómico—. Anda, cuéntaselo, Acisclo.

Acisclo no deseaba otra cosa, pero, como buen aldeano, quería relamerse todo lo posible antes de comenzar.

—¿Y por qué no se lo cuentas tú? Lo sabes lo mismo que yo.

—Que no, hombre. Tú tienes más labia.

Rafa no se pudo ya contener.

—¡Venga ya, hombre! —exclamó.

Acisclo se acomodó en la silla y hasta carraspeó un poco. Luego dijo:

—Si para el caso no fue nada como quien dice... Veréis. Es que nos trajeron un toro que no era toro ni Dios que lo hizo. Era un buey cansino, harto de trabajar y con más años que el tío Ciruelo. ¿Correr? Pero, hombre, si no había hecho otra cosa en su vida que tirar del arado uncido al yugo... Como siempre, habíamos traído dos toreros contratados, como vosotros. Al matador le llamaban «Posturas», y era gitano. A ellos les pareció que el bicho no era un novillo sino un torazo y quisieron renunciar. ¡Figuraos la que se arma en el pueblo si llegan a renunciar! Los mozos estábamos dispuestos a llegar a todos los trámites... ¡Menos mal que el alcalde pudo arreglar aquello con cincuenta duros! Pero que si quieres arroz, Catalina. Cuando llegó la hora de la verdad, el toro se acostó y no hubo forma de hacerle salir a la plaza. En vista de ello no sabíamos qué hacer. Pero por algo el «Raposo» es el «Raposo»... ¿Qué os parece que inventó? Bueno, es que tiene unas salidas para todo...

Acisclo se pasó un dedo por la nariz como si tocase el pito de un afilador, e hizo una pausa. Sentía sobre sí el pinchazo taladrante de las cuatro pupilas de los toreros, y se detenía adrede para saborear la emoción que trasudaban. Era el suyo un modo campero de aliñar el tiempo y estirarlo como una golosina.

—Sigue, sigue... —le instó Rafa.

Pero Acisclo sacó la petaca y ofreció tabaco. Rafa rehusó con un ligero

movimiento de cabeza y la petaca pasó a manos del «Aceituno».

—Ya veréis, ya, la que lio el «Raposo» —dijo cachazudamente Acisclo.

La petaca llegó a poder de Maxi. Este, mientras se servía, dijo:

—Es que lo que se le ocurre al «Raposo» no se le ocurre al más pintado.

Rafa sudaba. Seguían sonando los pitos de la feria en la calle, ahora más fuertes y molestos. Las cien agonías de las moscas formaban un sordo zumbido que irritaba los nervios. En la taberna sonaban voces airadas, como de bronca...

Al fin la petaca tornó a su dueño. Acisclo lio parsimoniosamente un pitillo. Cuando hizo intención de buscarse el chisquero, el «Aceituno» le ofreció lumbre con un fósforo encendido. Acisclo arrimó la cara a la lumbre y dio dos grandes chupadas al cigarrillo. Y mientras expulsaba el humo por las narices se dispuso a proseguir.

—La cosa fue que —y Acisclo miraba fijamente la lumbre del cigarro al tiempo que la espabilaba hurgándola con el meñique y soplando— el «Raposo» había apañado unas docenas de guindillas secas, de esas que pican como diablos, y las había cocido en un cubo. Y entre el tratante que nos había vendido el toro y él le pusieron al bicho una «indición» de no sé qué y le arrearon una lavativa con el agua de las guindillas... ¿Que qué pasó? Pues casi nada: que el toro se puso como loco. Menos mal que la puerta del corralillo estaba abierta y pudo salir derecho. Llegó a la plaza igual que una centella. Y lo mismo arrastraba el culo por el suelo que se ponía de patas. ¡Dios, qué saltos! ¡Y cómo bramaba! ¡La de San Quintín, muchachos! La gente que lo vio de aquella forma se meó de miedo. El que más y el que menos ya lo veía saltando la barrera. Las mujeres empezaron a chillar, y muchos hombres salieron corriendo. Y los toreros... ¡más blancos que la cera detrás del burladero, sin atreverse a asomar la jeta! Los quisieron echar de allí, pero el «Posturas» decía que era mejor que lo degollasen allí mismo que obligarle a matar aquel toro de aviación, porque no era un toro, sino un trimotor con cuernos. Que no se podía hacer nada con él... ¡qué sé yo! Los mozos nos «inritemos» y algunos estaban dispuestos a llegar al «trámite» con el mandria aquel. Tuvo que intervenir el alcalde y protegerlo con la guardia civil. Si no es por los civiles, yo creo que algo malo hubiera sucedido, porque algunos mozos estaban ya empalmados... Mientras tanto, el sobresaliente se había caído redondo después de vomitar todo lo que había comido... Total, que los civiles tuvieron que matar al toro a tiros desde la barrera. Pero mira tú: cuando en el pueblo se oyeron los tiros, la gente pensó que en la plaza se estaba matando todo el mundo. Las mujeres recogieron a los chiquillos, cerraron los portales y empezaron a rezar y a llorar... El campanero subió a la torre y se lio a tocar las campanas como si hubiera estallado la guerra... A mí me dijo mi madre después que ya me creía muerto. Menos mal que duró poco el estropicio, que, si no, no se sabe lo que hubiera pasado. Verdaderamente después de todo no fue nada: una miaja de follón. ¡Pero se formó una! Luego, nada, claro, nada. Risa y cuento para todo el año. ¡Eso es!

Acisclo y Maxi se rieron a dúo recordando el gracioso zafarrancho que armó el «Raposo» con sus guindillas.

—¡Qué timbiramba! —exclamó Maxi entre carcajadas.

El «Aceituno» tragó saliva. Por la frente grasienta le resbalaba el sudor y tenía el rostro más verde y los ojos más amarillos. No sabía qué decir y miró a Rafa. Este se mordía los labios, y luego, ante la risa larga de los mozos, ensayó una sonrisa leve y fugaz. La indignación y la rabia le habían helado el sudor que le corría por todo el cuerpo.

—¿Y qué le hicieron al «Raposo», qué le pasó? —preguntó el torerillo a los mozos—. Le meterían en la cárcel, ¿no?

Maxi y Acisclo se miraron con ojos de asombro y dejaron de reír. Luego, Acisclo, con la boca redonda y el gesto bonachón, contestó:

—¿El «Raposo» en la cárcel? ¿Por eso y en fiestas? ¡Quiá, hombre!

—Pero si fue una salvajada lo que hicieron él y el tratante...

—Cosa del mocerío, hombre —dijo Maxi—. Y, además, que no pasó nada.

—Era en fiestas, y en fiestas ya se sabe... —reiteró Acisclo.

—Entonces, en fiestas...

—Todo está permitido. Ya lo sabes, Rafa —dijo el «Aceituno».

—Hombre, a no ser que haya alguna «pinchaílla». Pero eso no ocurre hace ya muchos años...

Hubo una pausa. Los mozos bebieron. El «Aceituno» rascaba la ceniza de su cigarrillo apagado. Rafa se resistía a admitir aquella lógica lugareña que concedía carácter de circunstancia eximente para toda clase de barbaridades la de ser realizadas en fiestas. Por otra parte, desde la escena del encierro había concebido una temerosa prevención contra el «Raposo». Le parecía un bárbaro capaz de las mayores atrocidades. Y le daba miedo pensar que aquel hombre anduviese suelto por el pueblo, imponiendo su voluntad y su capricho en un día de excesos y de impunidad. La noche anterior, cuando llegaron al pueblo, le pareció uno de tantos, pero ahora comprendía que se trataba de una de las personalidades más destacadas de la localidad.

—Ese fulano, el «Raposo», es alguien aquí, ¿no? —preguntó.

—¿Cómo alguien? —Y Acisclo le miraba sin comprender.

—Sí, hombre, alguien... Por ejemplo, el jefe de los mozos o algo parecido.

—Es el mozo más viejo del pueblo —aclaró Maxi—. Tiene lo menos treinta y cinco años y está soltero y sin novia. Y mientras viva la Fina no se casa ese. La Fina es la perdida del pueblo. Bueno, en todos los pueblos hay alguna perdida, digo yo. Pues aquí lo es la Fina. La perdió Juanito, el hijo del médico, cuando ella servía en Madrid. Luego se la trajeron al pueblo unos cuantos señores para querida a medias. Pero el «Raposo» se aprovecha y hace lo que quiere con la Fina, y los demás tienen

que aguantarse. Es que el «Raposo» es muy sanguino.

Había hablado demasiado y se le acabó la saliva. Y mientras se servía vino para aclararse la garganta y las ideas, continuó Acisclo:

—Algo exagerado nada más. Yo no lo he conocido de chico porque me lleva diez años, pero todos cuentan de él y no acaban. Ha hecho más fechorías que nadie y siempre con suerte. Cuando tenía quince años se dedicaba a cazar raposas. Persiguiendo a una llegó a entrar tras ella en la madriguera y tuvo el acierto de agarrarla bien por la garganta. La sacó, la ató y la metió en el saco. Luego volvió a entrar por las crías e hizo lo mismo. Y apareció en el pueblo con la zorra y sus cuatro cachorros, todos vivos. En el Ayuntamiento tuvieron que pagarle el doble de lo que estaba estipulado, porque nunca se había visto otra cosa igual, y porque, si no, las hubiera soltado en medio de la plaza. Creo que le decían: «¿Dónde vas, Colás?», y que él contestaba: «A hacer el raposo por ahí». Y desde entonces se quedó con el «Raposo».

—¡Vaya tío!... —exclamó involuntariamente el «Aceituno» cuando Acisclo inició una pausa.

—Muy sanguino —repitió Maxi.

—Algo exagerado. En la Semana Santa es el que hace de capitán de los judíos. Y en cuanto llega el mes de mayo, ya está el «Raposo» organizando los «mayos». ¡Les pinta cada burrada a las mozas en las puertas y en las paredes de sus casas! A la mañana siguiente tienen que dedicarse ellas a blanquearlas y rasparlas. En las fiestas es el presidente de la comisión, porque durante todo el año es el encargado de ir recogiendo los dineros y guardarlos para cuando llega Santiago y poder pagar el toro y los «cobetes», y las meriendas. Lo que yo he dicho: exagerado, pero nada más, y que le gustan mucho los follones.

Cuando calló Acisclo, la botella estaba ya vacía, y los cigarrillos se habían consumido, y la charla declinaba. La charla declinaba porque los mozos ya no encontraron nada interesante que contar sin la ayuda del vino, y porque los dos forasteros se habían quedado mudos también, miraban distraídamente y tenían cara de aburrimiento. Los ruidos de la taberna y de la calle engordaban continuamente. Y el aire se condensaba en su torno, y era una palpitación de alas de moscas, unánime, sorda, obsesionante.

—¡Se acabó el trinque! —y Maxi mostró la botella vacía.

—Como ellos no quieren beber... —dijo Acisclo.

—Por nosotros no os preocupéis —replicó el «Aceituno».

Rafa se puso en pie, sofocado.

—¿Y por qué no nos damos una vuelta por el pueblo? —dijo.

Acisclo se desperezó estirando los brazos y abriendo la boca.

—Poco hay que ver —murmuró, bostezando.

—Pero al menos se podrá respirar.

—Hombre, tanto como eso...

—Vámonos nosotros, «Aceituno».

—Bien. Os acompañaremos. —Y Acisclo dio un manotazo a Maxi al levantarse.

—Muchas gracias, pero vosotros podéis quedaros, si queréis.

Los mozos no replicaron, pero echaron a andar tras ellos. Cruzaron la taberna, alfombrada de cáscaras de cacahuets, que crujían bajo las pisadas. La atmósfera era densa de humo y de olores excitantes. El «Quebrao» los señaló a todos desde su puesto de mando:

—¡Los toreros!

Callaron las voces y todos los ojos se volvieron a ellos.

—¿Cuál es el «Filigranas», «Quebrao»?

—El más joven, el que parece «némico».

—¡Leñe, qué «esmirriao»!

Los convidaron a beber, pero Acisclo movía los brazos en el aire como defendiéndolos.

—No pueden beber antes de torear. ¡A la noche, a la noche!

Al trasponer la cortina de flecos se encontraron sin defensa frente al sol que avanzaba por un cielo limpio de nubes. Un cielo interminable y un sol informe que parecía derretirse en el aire. La cáustica claridad les hizo cerrar los ojos sin poder evitar, a pesar de ello, la sensación de una quemadura en las pupilas. Y cuando los abrieron bajo la protección de las manos en forma de visera se encontraron bloqueados por una bandada de chicuelos que se habían detenido para mirarles. Con sus gorros de papel y tocando el pito de feria con verdadera furia, se movían en su torno como una nube de avispas.

—¡Eh, los toreros, los toreros!

Acudieron más muchachos. El coro de pitidos creció desgarrando los tímpanos. La osadía de alguno llegó hasta tocar a los toreros y salir corriendo y gritando:

—¡Lo toqué! ¡Lo toqué!

El más valiente de todos se encaró con el «Aceituno», diciéndole:

—Dame una peseta para buñuelos.

El «Aceituno» le contestó con un taco y Maxi, haciendo silbar la vara en el aire, les gritó, amenazador:

—¡Hala, que parecéis moscas borriquetas! ¡Si no os estáis quietos y no dejáis de jorobar, os rompo el alma!

La chiquillería retrocedió un poco, pero como las moscas: para volver de nuevo con más ahínco.

—Me cabrean los chavales —dijo el «Aceituno»—. Vámonos por ahí...

Los chiquillos tocaban sus pitos todos a una. Su algarabía picaba tanto como el

sol.

—Ven, ¡vámonos! —y el «Aceituno» cogió del brazo a Rafa, que se había quedado absorto leyendo el gran cartel anunciador de la corrida, pegado en la pared de enfrente. Era un papelón con el margen izquierdo cogido, de arriba abajo, por una franja con los colores nacionales. En la parte superior, una cabeza de toro. Después, unas líneas en caracteres medianos. Y debajo, destacándose las letras de su nombre, lo siguiente:

Matador:

RAFAEL GARCÍA, «FILIGRANAS»

Sobresaliente:

ABUNDIO HERNÁNDEZ, «ACEITUNO»

—Está bien —accedió mecánicamente.

Era la primera vez que leía su nombre en un cartel de feria, tan destacado y en letras tan grandes. Y el muchacho se sintió acariciado por una sutil emoción que era como un suspiro muy hondo.

—Tira primero para la plaza, «Aceituno» —dijo Acisclo.

El «Aceituno», que se había adelantado llevándose a Rafa de un brazo, se volvió.

—Vosotros podéis quedaros, muchachos.

—¡Quiá!

—¿Y eso?

—Nada, que tenemos que acompañaros.

Rafa intervino:

—No creo que haga falta, hombre...

Los mozos cruzaron entre sí una mirada. Y Maxi dijo:

—Hombre, tanto como hacer falta...

—Pues entonces...

Después, Rafa se quedó mirando fijamente a los ojos de Acisclo. Este pareció enfurecerse de pronto.

—¡Joroba! ¿Es que queréis saberlo todo? —exclamó brutalmente.

Rafa se quedó sorprendido por la inesperada alteración del mozo. Entonces, el «Aceituno», adelantándose, preguntó:

—¿Se puede saber qué es lo que pasa, hombre?

—Pues nada. Que tenemos que ir con vosotros a todas partes.

—Bueno, pero será para algo, ¿no?

—¡Y tanto que por algo!

—Mira —terció Maxi—: es que el año «antipasado», cuando llegó la hora de la

corrida, no se pudo encontrar a los toreros por ninguna parte. Debieron coger un «canguelo»... Total: que habían aprovechado un descuido para fugarse a campo traviesa. Y, claro, no hubo corrida. Comprenderás que no nos vamos a estar chupando el dedo hogaño, ¿no?

Acisclo, mientras hablaba su compañero, miraba a los torerillos de hito en hito, como si tratase de sorprender en ellos cualquier vacilación. Pero Rafa y el «Aceituno» no hicieron sino cruzar una mirada y encogerse de hombros...

—Vamos, que estamos como presos, ¿no? —preguntó el «Aceituno».

—Hombre, presos, no. Es que... —Y Maxi sustituyó el final de la frase por una raya que trazó en el suelo con la punta afilada de su garrote.

Acisclo, por el contrario, seguía mirando de frente a los toreros. Y quiso reír cuando dijo:

—¡Lo que es hogaño no se raja ningún hijo de madre!

Rafa no desplegó los labios. Había vuelto a mirar su nombre, un nombre gigantesco, en el cartel de la corrida. Era para él como una sorpresa, como un descubrimiento y, a la vez, como un augurio feliz. Ya su nombre iría saltando de cartel en cartel, con letras cada vez más grandes. Su nombre, como un pregón, brillando en todas las esquinas de España, en todos los cafés, en todos los «colmaos»... Su nombre, acariciado por los labios de todas las mujeres guapas... Su nombre, como un grito en las gargantas de todos los aficionados... Siempre su nombre, su nombre... Por todas partes las grandes letras, como altas columnas, sosteniendo en triunfo su nombre...

Rafa sintió calor. Tuvo que desabrocharse la americana y abanicarse con ella.

En aquel momento habían doblado la esquina y desembocaban en la plaza del pueblo, seguidos del estruendo de los pitos y de las voces de la chiquillería:

—¡Los toreros! ¡Los toreros!

III

EN realidad, la plaza, destartalada y sin árboles, había quedado reducida a bien poca cosa: a un simple callejón alrededor del tinglado erigido en su centro para celebrar la corrida de toros. El circuito taurino estaba delimitado por una línea de galerías manchegas, trabadas unas con otras. Encima de ellas habían dispuesto grandes tabloneros, a modo de tarimas, sobre los que, de pie o sentada en sillas de anea, la gente presenciaría el espectáculo. La circunferencia sólo se rompía en el espacio correspondiente a la fachada del Ayuntamiento. A todo lo largo de ella habían levantado un tablado o tribuna grande sobre postes clavados en el suelo, sin duda destinada a las autoridades y a los invitados de importancia.

Los toreros sintieron, unánimes, una contracción nerviosa, como un encogimiento de vísceras, al ver el improvisado coso taurino donde, pocas horas después, deberían correr una aventura peligrosa. Esta angustia física se la comunicaron entre sí con una mutua mirada sin brillo y de corto vuelo. El «Aceituno» paladeó saliva con amargor de bilis y a Rafa le rompieron a sudar las manos. Y ninguno de los dos quiso contestar a Acisclo cuando dijo:

—¿Qué os parece la plaza, compañeros?

Tenían que abrirse paso entre la gente que obstruía el angosto callejón. Los chiquillos, con sus pitos y sus gorros de papel, seguían pegados a ellos. Además, sus voces, atrayendo la atención general sobre los toreros, hacían que el número de curiosos engrosase continuamente con nuevas adhesiones.

—¡Los toreros! ¡Los toreros!

Otras caras se volvían a mirarles, unas burlonas, asombradas muchas, curiosas todas.

—Mira tú cómo son.

—Fíjate en aquel. Si parece un chico...

—¿Y así son los toreros?

—No llevan coleta, padre.

—Se la ponen luego, tonto.

—¿Y el traje de luces?

—Igual.

—¡Ah!

Palabras y miradas que levantaban una molesta polvareda en su torno. Ellos, Rafa y el «Aceituno», se hacían los sordos y los ciegos, pero empezaban a sentirse cansados de aquella curiosidad pegajosa que los envolvía. Su deseo era salir cuanto antes de entre aquella masa humana, romper el círculo de rostros simplones, pasmados y maliciosos.

—Ese debe ser el «Filigranas».

—Entonces el otro es el «Aceituno».

—¡Pues te has quedado calvo!

Sin embargo, los confundían.

—Claro, el matador tiene que ser el más viejo.

Era la hora en que llegaban las camionetas trayendo a los forasteros de los pueblos cercanos, que acudían a la fiesta, unos invitados por familiares y amigos, y otros espontáneamente. Las camionetas se detenían en los accesos a la plaza y dejaban allí su carga de gentes que empezaban por gritar a los que les estaban esperando o a los conocidos que descubrían entre la muchedumbre.

—¡Celedonio!

—¡Tío, soy yo!

—¡Eh, que ya hemos llegado!

Otras voces les contestaban:

—¡Tía Milagros!

—¡Periquillo! ¿Cómo has venido?

—¡Viva Santiago!

—¡Vivaaa!

Gestos y gritos simultáneos y explosivos. La atmósfera se hizo irrespirable entre el polvo y el olor a gasolina y, bajo la algarabía de los saludos y de las interjecciones, sonaba también el runruneo de los viejos motores sedientos, que dejaban escapar chorros de vapor por las bocas redondas de los radiadores.

Los viajeros descendían de los coches cargados de paquetes, casi siempre iguales: parejas de pollos atados con bramante, que traían las crestas dobladas y los picos abiertos, ya sin fuerzas para aletear, medio asfixiados y sin esperanzas de indulto; cestos de mimbre llenos de rosquillas y mantecados oliendo todavía a horno y chorreando aceite y miel... Era lo primero que mostraban, como un pasaporte o una tarjeta de recomendación, a los ojillos entornados de los que les esperaban, diciendo:

—Unas golosinejas para los muchachos...

—Esto es casi todo lo que nos ha dejado la peste. Y por aquí, ¿ha hecho también extravío?

Les contestaban:

—No haberte molestado, mujer.

—¡También, también ha hecho lo suyo!

Los abrazos y los apretones de manos, breves y tímidos. Luego, las preguntas sobre las respectivas familias. Si eran gente madura, ellos vestían de pana negra, y ellas, de negro también, se cubrían la cabeza con los negros pañolones anudados bajo la barbilla. Esos horrorosos pañuelos para el sol, el polvo y el viento, que ahorran tanta higiene y que son como el pudor de la fealdad y de la mugre.

Los mozos forasteros llegaban con aire de jarana, cada uno con su bota y su

garrote, arrebolados de sol y de vino. Las frentes arrugadas, los ojos desconfiados, las bocas muy sensuales. En cuanto ponían pie en el suelo se apiñaban formando un grupo compacto, un solo bloque de muchos pares de ojos y oídos, de muchas manos y pies, pero de una sola alma y de una sola voluntad. Los de cada pueblo, en un grupo distinto, pero todos con el mismo denominador común de forasteros, y esto les servía para reconocerse y establecer una tácita e instintiva alianza contra los del lugar.

Andaban con cautela y prevención, como una vanguardia en terreno enemigo, y, aunque muchos tuvieran parientes allí, no por eso abandonaban la pandilla. Permanecerían unidos hasta que emprendieran el retorno a su pueblo, ebrios y roncós, pero con más ganas aún de vaquillas y vino.

Los del pueblo les miraban pasar con inquina y los iban nombrando:

—¡Ya están aquí los de El Pozo!

—¡Mira, tú, los «currinches»!

Esta última exclamación había salido de los labios de Maxi, y el «Aceituno», extrañado de aquel nombre tan singular, le preguntó:

—¿«Currinches»?

—Sí, «currinches». Es el mote que tienen.

—¿Y por qué?

—¡Y qué sé yo! También a nosotros nos llaman «rabudos».

Los «currinches» eran unos cuantos fuertes mocetones, todos rubiáscos, más bien pelirrojos, con ciertos rasgos fisonómicos idénticos, como si fueran todos entre sí parientes cercanos.

—Si parecen una carnada de primos... —dijo el «Aceituno».

Todos, igualmente, llevaban un clavel —marchito ya— tras la oreja, y pañuelos multicolores anudados al cuello.

—Son los más chulos de por aquí —dijo Acisclo entre dientes—, pero hogaño, como se pongan tontos, van a llevar lo suyo. Siempre quieren torear ellos y nunca son capaces de organizar una corrida en su pueblo... ¡No tienen más que fantasía!

—Y mala leche —añadió Maxi—. En sus fiestas hacen los bailes cerrados, para ellos solos. Y aquí quieren bailar más que nadie para luego andar diciendo por ahí que nuestras mozas son las más calientes de la comarca...

Por fin pudieron salir de aquel atasco de gentes y alcanzar el cobijo de los soportales. Allí el sol entraba oblicuamente, cortando como un cuchillo la sombra densa y gelatinosa. A cada paso se levantaban enjambres de moscas que volaban a ciegas e iban a estrellarse contra las caras de los transeúntes. Nubes de ellas se movían en torno a los corderos descuartizados que mostraban las dos carnicerías colgados en sus puertas. Las carnicerías eran, aparte las tabernas, los únicos establecimientos abiertos para que, hasta última hora, pudieran surtirse de carne los sorprendidos por un número de huéspedes superior al calculado. Y eran muchas las

mujeres que se apresuraban a completar sus provisiones y que, al entrar y al salir, tenían que apartar con las manos aquellos despojos colgantes, so pena de toparse con ellos. A cada uno de estos vaivenes, las moscas, siempre asustadizas, que se estaban cebando en los jugos de aquella carne fresca, se levantaban en un vuelo corto para volver luego a la carga con la voracidad centuplicada de día tan excepcional.

Los mozos, de noche, y los chiquillos, de día, tenían la inveterada costumbre de elegir como diana de sus evacuaciones menores los postes, carcomidos ya y cancerosos, que sostenían a modo de columnas el saliente de las casas. La emanación de esas secreciones evaporizadas por el fuerte sol, junto con la de las carnicerías, formaban un olor crudo y revuelto capaz de poner a prueba el estómago forastero más firme.

Rafa hizo una mueca de asco y se tapó las narices con el pañuelo. El «Aceituno» mismo escupió, pero ni el uno ni el otro se atrevieron a decir nada por temor a enojar a los mozos, tan sensibles en cuestiones del honor local. Entonces dijo Acisclo:

—En vino tal vez nos gane Valdepeñas, pero lo que es en corderos... En ninguna parte se comen tan sabrosos como aquí. Tienen fama.

Los torerillos respondieron acelerando el paso. Pronto salieron a zona libre, donde terminaban los soportales y comenzaba la calle mayor, la cual terminaba en el campo después de pasar por la plaza de la iglesia. Aparecía adornada con gallardetes y flámulas de papel, y en sus márgenes se alineaban los puestos de los feriantes: carricoches con helados, tenderetes de golosinas, puestos de tiro al blanco... A la entrada de la calle y frente a frente, dos hornillos de churreros ahumaban el ambiente con sus aromas de masa frita. Los churreros sudaban la gota gorda, cortaban la masa con los dedos y relucían como bañados en aceite. A su alrededor, los chicuelos se relamían los labios y se apretaban contra el hombre estorbando sus maniobras y obligándole a luchar desesperadamente. Los chicos y las moscas eran sus grandes enemigos. De vez en vez soltaba un taco y se ensanchaba el círculo y se producía una alarma en el aire zumbón. Pero el respiro duraba sólo un segundo. Los mirones se sentían de tal manera atraídos por los dorados rodetes de masa frita, crepitantes en la sartén, que, sin poderlo remediar, volvían a amontonarse sobre ella.

—Pero ¿estáis ciegos, muchachos? —gritó un churrero desesperado, sosteniendo con una mano la enorme jeringa y pasándose el dorso de la otra por la curva de la nariz, donde una mosca se estaba cebando sin piedad—. ¡Nada, y que se meten en la sartén! ¡Maldita sea!

Toda la calle mayor estaba como erizada de pitos que sonaban por todas partes sin intermitencias. Allí aumentó el cortejo sonoro y admirativo de los toreros, porque muchos de los muchachos que merodeaban alrededor de las golosinas y de los churros se juntaron a los acompañantes.

También las mujeres, desde las ventanas y puertas de sus casas, se gritaban unas a

otras:

—¡Mira, chica: los toreros!

Al oír estas voces se asomaban otras, que las repetían. Ello hacía estirarse al «Aceituno» y sonreír a Rafa, halagados ambos por la admiración femenina. Pero para los mozos que se habían constituido en sus guardianes y «cicerones», aquellos entusiasmos de las mujeres eran como públicas manifestaciones de desvergüenza.

—¿Te quieres callar, Fonsa? ¡Anda para adentro, que seguramente tendrás pelusa debajo de las camas! —gritó Acisclo a una de ellas.

Pero Fonsa no se arredró. Era una hermosa muchacha rebotante de salud, con los ojos y el pelo oscuros y brillantes, vestida con una modesta pero limpiísima bata, que dejaba al descubierto sus brazos, redondos y nacarados. Vio que no estaba sola, que podía contar con el apoyo de las demás vecinas, y se sintió valerosa.

—¡Mira tú este! —exclamó con un mohín de desprecio—. ¿Por qué no le dices eso mismo a quien yo me sé, que cría pollos debajo de su cama? ¡Tú debes saberlo bien! ¡En mi casa se pueden comer sopas en cualquier rincón, hijo! ¡Sopas! ¿Me entiendes?

Acisclo se puso pálido en medio de la rechifla general. Estuvo un instante dudando entre si estallar o no, pero optó por encogerse de hombros.

—Con las mujeres no se puede —dijo resoplando.

—Luego, los forasteros... —insinuó Maxi.

—Claro.

Todavía gritó una mujer:

—El que va por lana... ya sabe.

Siguieron calle arriba. En la puerta de una taberna había un grupo de mozos. Maxi les preguntó:

—Y el «Raposos», ¿por dónde anda?

—¿El «Raposos»? ¿Pero no sabéis que todavía no ha aparecido la banda de música?

—¡Ahí va la...!

—Lo que te digo, Maxi. Y el «Raposos» está desesperado. No se podía aguantar más y ha salido corriendo a la carretera a ver si se entera de algo, porque ha tenido que ocurrirles alguna avería, ¿no te parece?

Maxi se encogió de hombros.

—Entonces, la comitiva...

—Si la banda no llega a tiempo, pues como no sea con pitos...

En ese momento apareció por el extremo de la calle un ómnibus que avanzaba como un toro desmandado, envuelto en nubes de polvo y de tumulto. Los chiquillos y los perros huían despavoridos. Las mujeres gritaron asustadas. Todo el mundo tuvo que dejar vía libre, y los feriantes, aterrados, abandonaron sus puestos. Los torerillos

y sus acompañantes se arrimaron a la pared por instinto de conservación.

—Es la «Manchega» —dijo alguien.

En lo alto de la baca, expuestos a salir despedidos o a romperse la cabeza contra los balcones y saledizos, unos jóvenes lanzaban gritos estentóreos:

—¡Viva Santiago!

—¡Vivan los quintos del cuarenta y nueve!

Tenían ya rota la voz. El conductor, con la gorra de plato en el cogote y manejando el volante con presteza, parecía gozar extraordinariamente mirando el desconcierto y el pánico que levantara la irrupción del ómnibus. De entre los viajeros del interior, unos asomaban a las ventanillas sus ojos de susto, y otros se encogían en sus asientos, como si hubieran sido acometidos de repente por un agudo dolor de tripas.

—¡Ahí va! Son el Tomás, el «Cano» y el «Pausa», que han cogido el permiso para la fiesta —exclamó uno de los mozos.

El ómnibus aminoró la marcha al llegar a la altura de los toreros, pero aun así, al detenerse a la entrada de la plaza, los que iban en la baca rodaron entre los paquetes y los equipajes, cesando de esta manera sus vivas entusiastas a Santiago y a los quintos del cuarenta y nueve.

* * *

—Te digo que ese granuja va a matar a disgustos a nuestra hija.

—Sí que es algo tarambana ese Juanito.

La mujer, que estaba colocando sobre la cama matrimonial el traje de fiesta de su marido, se volvió a él para decir con rabia:

—Nada de tarambana, Román. ¡Un granuja!

Román levantó la vista de los zapatos que se estaba poniendo a duras penas. Tenía un rostro enjuto y unos ojos claros y quietos.

—Tú siempre tienes ligera la lengua —dijo con voz sosegada, posando las claras pupilas en su mujer—. Te lo tengo dicho muchas veces, Antonia. Por menos de nada te formas unos infundios... El chico es algo alocado y presumidillo. Pero de eso a granuja... Tienes que tener en cuenta que está estudiando en Madrid.

—Alocado y presumidillo, ¿eh? ¿Es que no es una granujada lo que le hizo a la Fina? ¡Aprovecharse de que no tiene padres para perderla!

Antonia estaba indignada ante la serena actitud con que su marido acogía, como siempre, sus vehemencias.

—Si la Fina hubiera tenido siquiera un hermano, seguro que él no se hubiese atrevido a llegar tan lejos...

Román terminó de abrocharse los cordones de los zapatos. Luego, se enderezó y,

cogiendo la almidonada camisa, preguntó:

—¿Le has puesto los gemelos?

La mujer lanzó un profundo suspiro.

—Sí, le he puesto los gemelos —dijo mordiendo las palabras—. ¡Claro que se los he puesto! Y a lo que se ve no quieres seguir hablando de Juanito, ¿no es eso?

—Pero, mujer, ¿para qué darle vueltas a lo que ya no tiene remedio? Eso ya lo sabíamos cuando se hizo novio de nuestra hija. ¿O es que me lo vas a negar ahora?

—Saberlo, lo sabíamos, claro que sí.

—Entonces... Nos pareció un buen partido para Antoñita y se lo perdonamos todo. Ella también lo sabía y no hizo muchos remilgos. Pues ¿a qué volver de nuevo sobre el asunto?

—Pero fue una canallada, ¿sí o no?

El hombre se abotonaba la camisa de espaldas a su mujer y contestó sin volverse:

—Pues claro que sí. Pero tiene un perdón: la poca edad. Eso es lo que pensamos todos después. Además que la Fina tuvo tanta culpa como él de lo que pasó. Es que en estos casos toda la culpa se le echa a los hombres, pero la verdad es que las mujeres se las traen también.

—No, si los hombres sabéis taparos muy bien las cosas...

—Y vosotras siempre viendo cerros por todas partes.

—Entonces te parecerá bien lo que está haciendo con nuestra hija, ¿no?

Román se volvió de perfil y se quedó con las manos quietas sobre el pecho.

—¿Y qué es lo que está haciendo con la chica? ¿Se puede saber?

—Algún infundio mío, hombre.

—¡Contesta!

Sin subir apenas el tono de la voz, la orden, sin embargo, sonó inapelable.

—Pues pregúntaselo a ella. ¿O es que no te has dado cuenta de que se pasa los días sufriendo y llorando? Se le ha ido la carne a puñados y no tiene más que ojeras.

Román se había acercado a su mujer, movido por un ciego impulso irresistible. No hizo ningún gesto desesperado, pero sus pupilas se oscurecieron. Puso su diestra, grande y sarmentosa, sobre un brazo de su mujer y apretó.

—Bueno, ¿y qué es lo que le pasa a Antoñita?

Antonia sabía sobradamente lo que significaba aquel fulgor de vidrios de botella en los ojos de su marido. La ira y el miedo los expresaba así aquel hombre. Y las sospechas atroces, también. Sabía que por dentro se estaba matando y que ya no se le podía azuzar más, so pena de que estallase.

—Que Juanito ha vuelto con la Fina. Anoche la pasó con ella.

La mano de Román alivió la muñeca de Antonia y sus ojos se aclararon.

—¿Y quién te ha venido con el cuento? Seguramente la Paula, ¿no?

—La Paula, sí.

—Ya sabes que no nos quiere desde que no fui su marido. No me lo perdonan. Ni a ti tampoco. Parece mentira que le hagáis caso... Yo creí que era otra cosa...

Y Román volvió a atender su camisa, levantando la cabeza y tratando de abrocharse el botón del cuello, que tanto le molestaba. Antonia, que Dios la perdonase, sintió en aquel momento odio por su marido.

—¿Y cómo se te ha ocurrido pensar tal cosa?

Él, sin mirarla, contestó:

—Porque siempre se piensa lo peor, mujer.

—Claro. Así lo demás no te importa.

—Ya les hablaré a don Juan y a Juanito, mujer...

No acertaba a abrocharse el botón y tuvo que hacerlo Antonia. Todo lo que él tenía de alto y seco, lo tenía ella de pequeña y redonda, y tuvo que empinarse para poder ver el botón y el ojal que trataba de casar. Después hubo un largo silencio durante el cual el hombre se fue colocando parsimoniosamente el resto de las prendas. A medida que se iba vistiendo, su figura adquiría empaque y señorío, y su mujer sentía desvanecerse el odio y despertar en ella la antigua admiración por su hombre. Román terminó su tocado pasándose la mano por la cabeza y aplastándose sobre la frente el canoso flequillo. Marido y mujer se miraron. Entonces dijo ella:

—Podrías hacer otra cosa, además.

—¿Cuál?

—Echar a la Fina del pueblo.

—¡Mujer!

—¿Eres o no el alcalde?

—Lo soy.

—¿Puedes o no echarla?

—Puedo.

—Entonces...

—Bueno, puedo y no puedo. Están don Dimas y don Fernando y otros. Y está también el «Raposo». En estos asuntos de faldas hay que andarse con mucho tiento, Antonia. Además que no sería justo echarla a ella sola. Las hay peores que la Fina; las hay.

—Pues échalas a todas.

—Claro, ya está. Las mujeres lo arregláis todo en seguida. Mira, mujer: es ese un asunto que no tiene remedio. Algunas tienen que ser como la Fina para que otras no lo sean. A los hombres no se les puede meter a frailes. Y no me tires más de la lengua porque estas cosas no son para hablarlas entre nosotros.

Antonia no podía admitir aquellos especiosos razonamientos tras los que se encubría el egoísmo masculino, pero no se sentía con valor para continuar la polémica en terreno tan peligroso. Román era un hombre que en su hogar no toleraba

la menor alusión a ciertas cosas. Tenía un sentido de la dignidad y de la hombría tan sutil, que ni aun en los momentos de mayor intimidad se permitía la más mínima licencia verbal. Obraba en silencio y luego parecía olvidarlo, como si el amor fuese una flaqueza.

—Pues entonces le diré a Antoñita que se aguante —dijo la mujer, suspirando muy hondo.

—No hace falta. Ya te he dicho que hablaré al muchacho y a su padre. Si fuese mi yerno ya, la cosa cambiaría... Pero es mozo. Y hay que haber sido mozo para saber lo que pasa.

—Y hay que ser mujer para saber lo que se sufre con estas cosas.

—Conformes. Pero Juanito no es malo. Va a ser médico el año que viene y no podemos echar las patas por alto y estropearlo todo. Verás cómo cuando se case se le acaba el bravío...

—¡Dios te oiga, Román, Dios te oiga!

—Bueno, y que no se hable más del asunto. Yo me encargo de todo.

—Tienes que decirle algo a ella.

—Ya lo pensaba.

El pañuelo, blanquísimo; el sombrero, como el traje, de color de ala de cuervo. Ya estaba listo Román para salir. Antonia olvidó todas sus preocupaciones para admirarle una vez más.

—Nada más verte, todos los forasteros sabrán que eres el alcalde...

Román carraspeó para pasar disimulado un ramalazo de vanidad. Se abanicó con el sombrero.

—Me parece que voy a sudar a chorros. Todos los años me pasa lo mismo —dijo, poniendo la mano sobre el picaporte de la puerta.

—Pues quítate el chaleco.

Él se miró por delante de arriba abajo y repasó todos los botones abrochados de su traje de lana. Luego movió gravemente la cabeza.

—No estaría bien. Hay que aguantar. Uno no puede hacer siempre lo que quisiera.

Se puso el sombrero y salió. Su mujer se quedó en el marco de la puerta mirando, embelesada, cómo la negra y esbelta figura transponía el pasillo de grandes losas coloradas y abría la puerta de la sala.

Antoñita, de codos en el balcón, se volvió al oír el ruido de los pasos y sus ojos sorprendieron la mirada más dulce de su padre, que sólo ella conocía. Para disimular su mimo, dijo alegremente:

—Son los toreros que pasan, padre. Venga usted a verlos.

Román se quedó plantado en medio de la sala. Antoñita se había vuelto a mirar a la calle y decía:

—Hay uno que es un chiquillo. ¡Pobre! Es tan flaco y tan paliducho que parece

que anda muerto.

En la calle, y señalando a la muchacha asomada al balcón, decía Acisclo a los toreros:

—Esa es la presidenta de la corrida, la hija del alcalde.

Ambos la estaban mirando. Rafa se pasó la mano por los cabellos que le caían sobre la frente y sonrió, enviándole un mudo piropo con la mirada. «Aceituno» dijo:

—Es rubia y blanca, como a mí me gustan. ¿Y a ti?

—También me gusta, «Aceituno».

—Pues está copada, ya muchachos —intervino Acisclo, riendo—. Es la novia de Juanito, el hijo del médico. ¡Un sinvergüenza!

Antoñita se apartó del balcón al sentir en su cara el aire de los comentarios de los hombres. Su padre no se había movido.

—Oye, Antoñita.

La muchacha se acercó a él. Román, mientras buscaba las palabras que tenía que decirle, examinaba atentamente las huellas del sufrimiento, impresas en el rostro y en el cuerpo de su hija. Era verdad que había perdido carnes, y era verdad que tenía ojeras. Le dolió.

—¿Te quieres marchar un par de meses a Manzanares con tu tía Martina? Lo pasarías bien. Allí hay más diversiones y más movimiento. Ya sabes que mi hermana me está pidiendo siempre que te deje ir.

—¿Irme a Manzanares? ¿Ahora?

—Cuando pase la fiesta.

La muchacha trabajó con la imaginación rápidamente. Su padre, entre tanto, se enorgullecía una vez más de sus grandes ojos azules, de su pelo rubio y abundante, de su piel blanca sin la roña del sol.

—No sé, padre. Ya se lo diré mañana.

—Está bien. Pero no quiero más lloros, ¿eh?

—Pero si no lloro...

—Lloras.

—Bueno, es que...

—¡No me digas nada!

Román cogió entre los dedos la barbilla de la muchacha.

—Yo lo arreglaré todo, ¿sabes? —le dijo—. Hoy es la fiesta y tienes que presidir la corrida conmigo. ¡No te digo más! Guapa, más que ninguna...

Antoñita sintió un dulce calor por todo el cuerpo.

—Hala, que ya me estarán esperando en el Ayuntamiento.

Román se había vuelto y desaparecía tras la puerta. Su hija le oyó bajar los escalones, uno a uno, con pisada fuerte y segura. Cuando ya no sonaron más taconazos, llamó a su madre:

—¡Madre! ¡Madre!

Acudió Antonia, un poco sobresaltada.

—Venga, madre —y la llevó hasta el balcón.

No por la acera, buscando la sombra, sino por medio de la calle, marchaba Román, derecho como un huso, desafiando al sol, como para ser bien visto. Saludaba y le saludaban, y hasta los mozos festeros sentían el paso del alcalde como el de una sombra que les quitase el sol.

—Da gusto verle. ¡Qué hombre! —exclamó Antoñita.

—Y que lo digas, ¡qué hombre!

Hubo una pausa. Luego, dijo la madre:

—Ahora, ya ves... Pero de mozo, no creas, también tuvo sus resabios.

—¿También, madre?

—También.

—Y usted, ¿qué hizo?

La mujer seguía mirando la cada vez más borrosa figura de su marido, que ya entraba en la plaza.

—Me tuve que marchar del pueblo para encelarlo. ¡Qué cosas! Fue idea de mi padre, que resultó muy bien...

La imaginación de la chiquilla volaba como una mariposa en el sol.

—Sí, ¡qué cosas! —dijo como un eco.

Las dos mujeres suspiraron.

* * *

—Siempre estoy nervioso el día de Santiago. Esto de las corridas de toros en los pueblos es una barbaridad. Si le ocurriera un percance a un torero, no sé lo que pasaría.

Don Juan, de pie ante la mesa de su despacho, contemplaba el entreabierto maletín de urgencia en cuyo fondo brillaba el exiguo instrumental de su cirugía. Despatarrado en un sillón, y con ojos de sueño, le escuchaba su hijo.

—No pasará nada, papá. Ya lo verás —dijo Juanito, bostezando—. Esos tipos tienen carne de perro. Yo no sé por qué, pero la verdad es que se curan solos. Hay dos tipos de hombre: el de los que necesitan médico y el de los que no. Y los toreros, como los gitanos, son de este último.

Don Juan miraba ahora a su hijo con visible indignación.

—No se te ocurren más que tonterías, Juanito.

—No son tonterías, papá. —Y Juanito se incorporó para mirar a su padre—. Estamos hartos de leer los partes facultativos de las cogidas. —Y siguió hablando con sonsonete—: Heridas de quince centímetros con grandes desgarros de músculos,

rotura de vasos importantes, afección del paquete intestinal... ¡Una puñalada en toda regla que le costaría la vida a cualquier otro! Pues a ellos, nada. A los quince o veinte días, tan campantes. ¿Tú lo entiendes?

Al médico le brillaba la gran calva, perlada de sudor. Tenía los ojos aovados y una permanente expresión de desconcierto en el rostro. Sacó el pañuelo y se secó la calva.

—Mira, no estoy para bromas. Una intervención rápida, realizada por unas manos hábiles y contando con los medios precisos, resuelven casi siempre ese problema, porque son gente joven, robusta, llena de vida. Pero uno no es un cirujano, ni mucho menos. Y no dispongo de quirófano, ni de instrumental, ni de nada. ¡Dios quiera que no ocurra! Créeme que no he podido dormir en toda la noche pensándolo. Ligar arterias, sabía, pero no sé, no sé si ahora... ¡Que yo suprimiría estos espectáculos, vamos!

—Pero ¿es que tienes tú la culpa de que se celebren?

—Claro que no. El médico no tiene la culpa de nada, pero tiene que resolver luego la papeleta, y si sale mal, todas las responsabilidades son para él. Ya verás cuando ejerzas la profesión si no te pasa lo que a mí... Uno llega a conocer a su gente. Te llaman sin necesidad muchas veces y, otras, demasiado tarde. Y la gente se muere. Tiene que morir un día. Pero se muere en su cama, entre sus familiares que se han ido haciendo a la idea poco a poco. La habitación huele a medicinas y todos han visto al médico hacer todo lo que estaba en su mano, teniendo que saltar de la cama en más de una ocasión para ir a verle, y a medio comer, y abandonar la partida del casino en el mejor momento... El médico no es una eminencia. Eso lo sabe el pueblo entero y por eso ejerce allí. La familia del muerto se queda tan tranquila. Y el médico también. No ha habido engaño para nadie. Pero en un caso de estos... ¡quita allá! La gente está fuera de sí. Y el torero, aunque en el fondo sea un desgraciado, adquiere la importancia de un héroe en aquel momento. ¡Todo el mundo alrededor de uno! ¡Y uno sin saber qué hacer! ¡Me pongo malo de pensarlo!

Paseaba por el despacho ante la mirada turbia y ligeramente burlona de su hijo. Y hablaba como si contase una terrible pesadilla vivida en sueños.

—Vendrá don Pedro, el de El Pozo, papá.

Don Juan se detuvo bruscamente.

—¿Y qué? Pedro sabe tanto como yo de estas cosas.

—Bien, pero estando los dos, la responsabilidad...

No le dejó terminar.

—Estamos aquí y no en El Pozo. Me estarían mirando a mí, y no a él, Román, el secretario, don Dimas y todos. Y Pedro se excusaría conmigo. Si se tratase de un parto, no. Querría presumir entonces porque se las da de tocólogo. Pero ante un hombre despanzurrado se limitaría a ayudarme. ¿Es que no comprendes?

Su excitación y el calor sofocante que reinaba en el cuarto, con puertas y ventanas

cerradas para evitar la invasión de las moscas, le hacían sudar copiosamente. El sudor le resbalaba hasta las cejas y desde allí le goteaba. Se le pegaba la camisa al cuerpo y todo él se sentía húmedo. Esta molesta sensación física le desazonaba aún más. Dejó de pasear y se derrumbó en un sillón. Mientras se enjugaba la frente con el pañuelo, Juanito trató de calmarle.

—Bueno, papá; no creo que debas ponerte así. Todavía no ha pasado nada ni es probable que ocurra. La verdad es que ningún año ha sucedido nada... Es que te empeñas en dar por hecho lo peor. Y eso, tampoco. En todo caso se haría lo que se pudiera y, luego, ya veríamos...

Pero don Juan seguía, obseso, el hilo de sus cavilaciones.

—Siempre me lo he preguntado —dijo—, por qué se permiten estos espectáculos en los pueblos. Los toreros no saben torear; los toros, de mala casta y por eso más peligrosos, no saben embestir como es debido. Y, luego, la gente, que se pone como loca de tanto beber y de tanto gritar. Y a todo esto nadie se acuerda de traer un cirujano con experiencia ni de preparar los medios indispensables para poder practicar una intervención de urgencia. ¡Como si los cuernos fueran de goma, vamos!

Levantó los ojos hasta la ventana, como dirigiéndose a todos los invisibles habitantes del pueblo, y cerrando nerviosamente la mano, añadió:

—¡Habría que suprimirlos de un plumazo! ¡De un plumazo! No sirven más que para embrutecer a estos bárbaros aún más. Porque son unos bárbaros. Y mientras en España no se acaben estas costumbres, no seremos nunca nada. ¡Escuelas y cultura es lo que necesitan y no toros!

Se calló resoplando. Juanito hizo un esfuerzo y se levantó. Se acercó a su padre y le puso una mano en el hombro.

—Casi estoy por darte la razón, papá. Pero es la costumbre y con ella no hay quien pueda. ¡Cualquiera es el majo que les suprime la corrida a los mozos! Ya sabes cómo son y cómo durante todo el año no hacen otra cosa que pensar y hablar sobre la dichosa corrida del día de Santiago. ¡Serían capaces de prender fuego al pueblo! Así es, y no se te ocurra decir a nadie una palabra de lo que piensas sobre esto.

—¿Que no se lo diga a nadie? ¡Al mismísimo Román se lo planto yo en la cara! Tan serio y tan autoritario y luego, cuando llega una ocasión como esta para demostrarlo, no hace sino seguir la corriente...

—No se te olvide que él ha sido mozo también...

Don Juan se revolvió en el asiento. Sabía que eran inútiles todos los razonamientos, en primer lugar porque él tenía toda la razón y, en segundo, porque nadie se la daría jamás. Juanito hizo ademán de marcharse.

—Voy a dar un paseo por ahí a ver si me espabilo.

—Espera.

El padre se puso en pie resoplando. Todas sus adiposidades le temblaban.

—Además quería hablarte.

—¿A mí? —Y Juanito levantó las cejas con cándido asombro.

—Sí, a ti. ¿Quieres decirme hasta cuándo vas a estar haciendo el idiota? Tu madre no me ha dejado dormir en toda la noche, pincha que te pincha. Por lo visto es que entre todos os habéis propuesto que yo reviente como una traca...

Juanito puso cara de aburrimiento y se encogió de hombros.

—No tengo ni idea —dijo.

—Lo que no tienes es vergüenza ni sentido común. ¿Dónde estuviste anoche? ¡Contesta!

El muchacho se balanceaba sobre los tacones. Quería ser petulante a veces, pero le traicionaban sus ojos caninos y su pobreza física. Su fuerza terminaba en el mismo punto que el instinto. Con el instinto, alumbrado por él, iba como el jabalí entre la maleza, arrollándolo todo, sin ver, y cuando salía al claro ya no sabía dónde se encontraba.

—Por ahí... —contestó con voz opaca.

—¡Cómo por ahí! Has vuelto con la Fina.

Juanito no supo qué contestar. Como siempre, su inteligencia había quedado paralizada. Sólo veía a su padre accionando con los puños cerrados y mirándole con sus ojos reventones, congestionados de sangre.

—¿Es que no tienes bastante con el escándalo que diste? Por lo visto quieres remachar el clavo bien, ¿eh? ¡Eres un imbécil!

Se secó el sudor de la cara de un manotazo. Juanito no se movió ni dijo una palabra. Todo aquello era para el muchacho como una tormenta que se la ve venir, que se rompe luego encima de uno, pero contra la que nada se puede hacer.

—Mira que jugarte el porvenir, la mejor oportunidad que tienes... Yo te hubiera casado con la Fina. ¡Ese hubiera sido mi deber y tu castigo! Pero tu madre, como siempre, se mezcló en el asunto para quitarme las mejores intenciones.

Dejó caer los brazos y volvió la espalda a su hijo, dirigiéndose hacia la ventana.

—Antoñita es una monada de criatura, la más rica del pueblo además. ¡La hija única de Román!

Desanduvo lo andado y se acercó otra vez a Juanito.

—Y con Román no se juega, ¿entiendes? Óyeme bien: a la Fina no tienes que volver a verla ni con la imaginación. ¡Que no se te ocurra volver a las andadas porque no te miro más a la cara en mi vida! Eso puede que no te importe mucho, pero es que, además, no te volveré a dar un céntimo. Y esto puede que te haga pensarlo mejor.

Juanito aguantó el chaparrón, impasible. Vio que su padre le volvía de nuevo la espalda y que le decía, por último, en un tono de voz que denotaba cansancio:

—Y ahora, vete a dar una satisfacción a tu novia. A ver si te defiendes mejor con ella...

Juanito desapareció sacudiéndose como un perro al salir del agua. Y don Juan, que sabía que se estaba ahogando, se fue a la ventana y la abrió de par en par. Aunque caliente y denso el aire de la calle, lo sorbió con ansia. No vio el color de la fiesta, ni oyó el mosconeo que empezó a formarse en su torno, ni el estridor de los pitos infantiles. El hombre arqueó las piernas para ahuecarse los pantalones mientras se enjugaba la frente y las mejillas con el pañuelo ya mojado. Miraba al aire y hablaba a solas.

(Este hijo mío es un imbécil. Volver a las andadas, exponiéndose a perder a Antoñita... Román no dice nada, pero su mujer no se fía... Y malo es que la futura suegra desconfíe... Y mi mujer, siempre dándome la lata. La verdad es que no me deja vivir. Cuando se huele que he abierto la ventana, va a poner el grito en el cielo. Que si las moscas, que si tal y que si cual... ¡Es que tengo que ahogarme, vamos! ¡También he tenido yo suerte en la vida! ¡Cómo se me pega la ropa a la carne y cómo me escuece todo el cuerpo! Estudiar una carrera, ¿para qué? Vivir siempre hundido en un pueblo, olvidar lo que sabía y no tratar más que con gañanes. Médico, ¿eh? Sólo cuando se mueren se acuerdan de que ha habido un médico entre medias. Si se curan, no. Y hoy... ¡Dios quiera que no pase nada! ¡Cómo se alegraría Pedro! ¡Calla, si me parece que vienen por ahí los toreros! ¡Vaya! Un chiquilicuatro y un «calé»... Y los chiquillos detrás... Y Acisclo y Maxi. ¡Valiente par de bestias!)

—Ese que está asomado a la ventana es el matasanos del pueblo.

Maxi añadió:

—Lo tienen aburrido su mujer y su hijo.

—¿Y es buen médico?

—Es buena persona —contestó Acisclo—, pero como médico... Aquí le hacemos poco caso. Para las roturas de huesos tenemos un cabrero que lo apaña todo. Si uno se pone tísico, pues lo mandamos a la capital. Y si hay que operarle, pues lo mismo. Así que don Juan tiene poco trabajo.

Rafa se quedó pensativo. Después de un silencio, volvió a preguntar al mozo:

—Y si ocurre un accidente, ¿qué?

Acisclo se rascó la cabeza.

—¿Si ocurre un accidente? ¡Pues que Dios le ampare a quien sea!

* * *

La tía Josefa entreabrió la puerta de la alcoba y se asomó, pero retiró rápidamente la cara como si la hubiese escaldado la visión de la desnudez redonda y morena de Fina. Luego llamó:

—¡Fina!

Estaba completamente desnuda sobre la cama, cuya ropa aparecía arrollada a los pies. La voz de la vieja la hizo estremecerse ligeramente.

—¡Fina!

Fina entreabrió los ojos. Como a través de un velo vio el rostro huidizo de su tía asomando por la estrecha abertura de la puerta. Se incorporó súbitamente y tiró de la sábana para cubrirse.

—Pero, mujer, que ya es muy tarde.

La muchacha, que se había dejado caer para atrás, bostezó y estiró los brazos.

—Tengo mucho sueño —dijo, y cerró de nuevo los ojos.

La vieja abrió del todo la puerta y entró en la alcoba.

—Venga, venga, que ya hace rato que pasaron las burras de leche.

—Pero si tengo mucho sueño, tía. Ande, déjeme... —y se rebulló, perezosa.

—Tú siempre tienes sueño.

—Siempre...

La tía Josefa se agachó entonces a recoger una prenda que yacía tendida en el suelo. Le pincharon los riñones y gimió un poco.

—Aquí tienes la bata. No sé por qué has de tirarla todas las noches al suelo.

Fina, sin abrir los ojos, contestó:

—Ya le tengo dicho que la tiran ellos.

—¡Qué asco de hombres!

—Eso mismo digo yo.

Fina bostezó otra vez. Como sabía por experiencia que no le dejaría dormir más, se sentó en la cama sosteniendo la sábana con los sobacos. Apoyó los codos en las rodillas y empezó a rascarse la cabeza con ambas manos.

—Pues, hija, lo que no tiene explicación es que le pongas buena cara todavía a Juanito. Con don Dimas y con don Fernando se explica. Dan. Poco, pero dan. Y más darían si fueras más formal con ellos. Que tienes que pensarlo porque pueden cansarse de ti, y porque pronto serán dos cazcarrias. Y si para entreverar necesitas un bruto, bien está el «Raposos». Pero con Juanito... ¡Hay que ver las cosas que te ha hecho!

Era el sermón de todas las mañanas con huellas del estudiante.

—Sí, es un pillo —dijo la muchacha, que seguía rascándose maquinalmente.

La vieja respiró entonces por la herida de su odio.

—Además, ¿qué? No te sigue dando más que disgustos. Eso ahora, que cuando se case... Ahora porque no tiene un céntimo, pero no te pienses que luego... ¡Menudo es Román! Como que va a consentir que el yerno se gaste sus dineros con una querida...

—Si no es por eso, tía, si no es por eso...

No quería mirar a la vieja, quizá por no tener valor para enfrentarse una vez más

con una verdad amarga e irrefutable. Dejó de rascarse y se tapó la cara con las manos, unas manos gordezuelas de dedos redondos.

—Entonces, ¿qué?

—No sé... Fue el primero... Yo le quería.

—Pero si él no te quiso a ti nunca.

—Lo sé, lo sé... Me engañó. ¡Sí, me engañó! —y Fina levantó entonces la cabeza para mirar cara a cara a su tía con los ojos brillantes—. Yo era la más guapa del pueblo. Eso decía la gente y usted lo sabe. Y aunque él era hijo del médico, yo valía la pena, vamos. Don Juan no oponía muchos reparos según se dijo entonces. Pero Juanito era un falso y echó mano de su madre. ¡Esa hipócrita y orgullosa que es también hija de un gañán como yo! Ella fue la que estropeó la boda. ¿Cree usted que se me ha olvidado eso? ¡Ni hablar! ¿Sabe usted por qué me consiento con Juanito y me acuesto con él? Pues precisamente porque no se me ha olvidado nada del mucho mal que me hizo. He de conseguir que rompa con Antoñita. Juanito me ha hecho una pérdida, pero él no se casa con Antoñita mientras yo tenga lo que tengo, ¡ea!

Hizo un gesto obscuro y añadió:

—¡Le juro que me las pagan la madre y el hijo!

Brillaba en sus ojos la luz de un odio animal, que la hacía aún más hermosa. Había fruncido sus labios lívidos de morena y las crenchas, fuertemente sacudidas, se le desflecaban sobre la cara.

La vieja, sin embargo, no se fiaba de aquellos arrebatos.

—Pues no te creo.

—¡Se lo juro! —y señalando con el dedo el cromo que parecía presidir la habitación desde encima de la cómoda, agregó—: ¡Por las ánimas benditas se lo juro!

Era una devota fanática de las almas del Purgatorio. Frente a aquella estampa, arrodillada y llorando muchas veces, realizaba todas sus devociones. Solía decir que al infierno no iría, porque no hacía mal para ello, pero que al Purgatorio, sí, porque cometía muchos pecados contra su cuerpo y contra su alma, y los tendría que redimir por el fuego. Por eso, cuando contemplaba aquellas figuras dolientes que volvían los ojos hacia un cielo lejano desde el valle de altas rocas, abrazadas por lenguas de fuego rojas y amarillas, se veía a sí misma después de muerta. Rezaba por ellas y mantenía casi siempre encendida ante el cuadro la lamparilla de aceite, porque esperaba que cuando llegasen limpias al cielo serían sus valedoras. Y a ellas recurría cada vez que se encontraba en una mala situación o deseaba algo con vehemencia.

Tía Josefa respetó el juramento de la muchacha sin que, por eso, se desvanecieran todas sus dudas.

—Pues lo haces muy bien —le dijo—. Cualquiera diría que te relames con él.

Fina cambió de expresión repentinamente. El fulgor de los ojos quedó velado por un vaho sensual. Pasó las manos sobre sus pechos y dijo con voz opaca:

—Bueno, eso es diferente. —Dudó un momento en la elección de las palabras—. Es usted tan meticona... ¡Y eso que ha sido casada!

—¡Y qué que haya sido casada, vamos a ver!

—Pues... eso. Su marido que... ¡Coña, lo que una piensa cuando no lo sabe!

La vieja rio en falso.

—¿Mi marido a mí? Cuando me casé supe que era mentira todo lo que nos habían contado cuando éramos mozas. Y todas mis amigas estaban tan desengañadas como yo. ¡Bah!

Fina sintió entonces deseos de vengarse de la ácida malignidad de su tía.

—¿De verdad? ¡Entonces es que las antiguas eran ustedes muy ignorantes!

Y se dejó caer para atrás, riéndose con un repentino alborozo, que aumentó al ver el desconcierto y la ira reflejados, en cómicas muecas, en el rostro de su tía. Esta iba seguramente a estallar, pero optó por salir de la alcoba dando un portazo, como una tía verdaderamente ofendida.

La muchacha dejó de reír al quedar sola, y saltó de la cama. Quedó de pie sobre la esterilla, llenándose el aire de un olor a mujer desnuda. Fue una visión rápida y fugaz de carne muy sombreada en las vertientes y amenazando desbordarse ya por todos los contornos. Estaba en un punto crítico de madurez prematura, tal como un fruto que empieza a hacer almíbar. Sólo sus piernas parecían fuertes y duras sobre los pies anchos y cortos de campesina. Ni siquiera se miró al espejo que tenía enfrente, sino que comenzó a vestirse con prisas.

Apenas ceñida la bata y cuando iba a recogerse los cabellos hacia atrás con una cinta negra, se vio sorprendida por un ruido sordo que entraba por el balcón. Corrió hacia él y, efectivamente, a poco vio asomar por entre los barrotes la ancha y maliciosa cara del «Raposo». Trepando por la reja de la ventana de abajo, había conseguido asirse a los barrotes y levantarse a pulso mientras sus pies se balanceaban en el vacío. Los músculos de sus brazos saltaban bajo la piel, y la tensión de su rostro denunciaba el enorme esfuerzo que estaba realizando.

Fina abrió de par en par los batientes con gesto nervioso y rápido.

—Pero, hombre, ¿no te das cuenta de que te está viendo todo el mundo? —le dijo, haciendo un mohín de miedo.

El «Raposo» sonreía y en sus ojos brillaba un violento deseo.

—Si no fuera porque tengo que ir a buscar a los músicos, entraba ahora mismo...

Reunió sus fuerzas para poder sostenerse con una sola mano y lanzar con la otra un zarpazo a la muchacha.

—Trae que te tiente —dijo silbando las palabras.

Fina retrocedió instintivamente. Su aire dio en la cara al mozo, que tuvo que agarrarse otra vez con las dos manos para no caerse.

—¡Huy! —bufó.

—Anda, bájate, que te vas a caer, hombre —le dijo ella, un poco atemorizada.

—Pues a la noche vengo.

Fina frunció entonces el ceño y contestó airada:

—¡Ni hablar! Esta noche es fiesta para mí también.

—Que vengo...

—Te digo que no, que es mi fiesta.

—¿Con quién? Vamos, di con quién.

—Con nadie. Esta noche es para mí sola.

—Pues como no me abras, te acuerdas...

Ya no podía más y se dejó caer después de medir la altura con la vista y prepararse para el salto. Fina apenas percibió el ruido del choque, que fue suave y ahogado, y no quiso asomarse. Pero en seguida vio nuevamente al «Raposo» sacudiéndose las manos y que luego se volvía a mirarla para hacerle una seña desvergonzada, a la que la muchacha contestó moviendo enérgicamente la cabeza en sentido negativo.

El «Raposo» se alejó al fin por la carretera desdibujándose en el aire fúlgido y polvoriento. Fina se quedó en el balcón mirando la llanura encendida. Su casa era la última. Más allá, y como un promontorio solitario, se alzaba el cementerio con sus dos cipreses, únicos árboles que se veían en los contornos. La fuerza del sol convertía el aire en una llama amarilla, y el campo aparecía amarillento también, raso, uniforme, monótono. Cielo y campo, confundidos, formaban un mar de oro que avanzaba desde la línea del horizonte para estrellarse en las rompientes del cementerio y de la casa de Fina. El campo envolvía al pueblo y lo estrujaba, como el mar a un islote, amenazándole con sumergirle bajo sus espumas de eriales y rastrojeras.

Por la curva del cementerio apareció de pronto, envuelto en una nube blanca, un coche de viajeros de la «Manchega», y la muchacha sintió atraída momentáneamente su atención por las voces y el estruendo que se acercaban. Unos hombres de pie en la baca cantaban y gritaban:

—¡Viva Santiago!

—¡Vivan los quintos del cuarenta y nueve!

El autobús pasó casi rozando la esquina de la casa de la muchacha. Los cantores la vieron, enardeciéndose. Ya no fueron cantos y vivas de fiesta, sino alaridos, y Fina hubo de esconder la cabeza entre los hombros como si la estuvieran apedreando.

—Pero, chica, ¿vas a venir a almorzar? —gritó la vieja desde la cocina.

Fina ni se movió. Pasada la ráfaga de peligro, reinó un largo silencio durante el cual la muchacha permaneció mirando la lejanía, tal vez ausente de todo, tal vez con el alma fundida con el campo y con el sol.

—¡Muchacha! —Y la vieja estaba ya en la puerta de la alcoba—. ¿En qué

piensas?

Fina parpadeó y preguntó luego malhumorada:

—¿Qué es lo que quiere?

—Digo que en qué piensas.

—En lo de siempre —contestó Fina con un suspiro.

—Tonterías.

—No son tonterías: que me marchó. ¡Que no aguanto más tiempo presa, ea! Todo el mundo entra y sale, viene y va menos yo. Me gustaría ir a misa mayor y no puedo ir. A la corrida, tampoco puedo ir. Quisiera bailar esta noche en la plaza, y tampoco. ¿Cree usted que se puede vivir siempre así?

—Pero, mujer; ya vas a Madrid de cuando en cuando. ¿Te parece poco? Allí sí que te divertirás.

—A Madrid, sí, pero a divertir a don Dimas, que aquí no se atreve —dijo la muchacha con un gesto de amargura y desprecio—. Por eso voy a Madrid: por capricho de otra persona. Todo el día encerrada en la pensión y saliendo de noche como las lechuzas y con don Dimas pegadito a mí. Pero esto tiene que acabarse, y se acabará muy pronto. O lo hago ahora, que soy joven, o después mi única salida será con los pies para adelante hacia allá —y señalaba el cementerio.

Josefa se había acercado a Fina meneando la empañolada cabeza.

—Sí que estás hoy agorera... En cuanto a lo de marcharte, siempre que se empareje una buena proporción, no me parece mal. Pero a tontas y a locas, no. Ya sé que ha estado el «Raposo» y oído todo lo demás. Y, claro, estás como si te hubiera picado la mosca...

Una voz de hombre la llamó desde la calle y la muchacha, al asomarse, vio un grupo de mozos entre los que había dos desconocidos. Ya iba a retirarse por miedo cuando Maxi dijo:

—Aquí tienes a los toreros, Fina. Este es el «Filigranas», el matador, y este, el «Aceituno», su ayudante.

Los toreros la saludaron con la mano. De los dos, a ella le llamó más la atención Rafa, por su poca edad y por la blancura de su tez. Ya más confiada, salió al balcón.

—¡Que tengan mucha suerte esta tarde! —les gritó.

—Se agradece, morena —contestó el «Aceituno», estirándose—. Irás a vernos, ¿eh?

Ella denegó con la cabeza mirando siempre a Rafa. El torerillo no había dejado de mirarla tampoco, impresionado por los efluvios cálidos y sensuales que irradiaba la mujer. Hubiera querido decirle algo, pero no se le ocurría nada ingenioso. Fue ella quien le preguntó:

—¿Tú quisieras que fuese, chaval?

Rafa tembló sin saber por qué y se puso muy serio.

—Si vas, te brindo el toro —dijo al fin, rompiendo su perplejidad y su timidez.

—¡Hala! —exclamó Acisclo—. ¡Menuda timbiramba se forma si va Fina a la plaza!

Rafa miró a Acisclo con ojos relampagueantes; pero el mozo no percibió el desafío de la mirada. Con la risa en la boca todavía se había vuelto a mirar a la carretera.

—Toca hierro, niño —dijo entonces el «Aceituno»—. ¡Mira lo que hay allí! —y señalaba el cementerio.

Fina lo oyó, y antes de que Rafa se volviese a seguir la indicación del «Aceituno», gritó al torerillo:

—¡Eh, ahí va un clavel!

Y le lanzó un beso con la mano y desapareció rápidamente sin que Rafa tuviese ya tiempo de ver otra cosa que el revoloteo de su bata entre los hierros del balcón.

Fina volvió al centro de la alcoba visiblemente emocionada. Sus grandes ojos castaños brillaban de júbilo, y sus labios habían perdido la lividez reseca del despertar y aparecían hinchidos y húmedos como dos rajadas de sandía.

—Tiene usted que sacarme, tía, las sábanas buenas, las de encaje de Almagro, y la colcha de seda roja.

Tía Josefa, con las manos cruzadas sobre el seco vientre, la oía sin inmutarse. Sus ojos, sin pestañas, hundidos en sombras, miraban con la astucia y la frialdad de siempre, desde una cumbre de tiempo perdido y amargo. La vieja era un sarmiento que nunca pudo arder y por eso, cuando veía a su sobrina quemarse, lo achacaba a locura. El drama de la carne se le antojaba una gran mentira, un chisme más de la gente para engañarse entre sí y pasar el tiempo.

—Bueno, ¿no habías dicho que esta noche iba a ser de fiesta para ti?

—Pues claro. Por eso quiero poner la ropa mejor. Él se la merece. Es fino y pálido como un lirio.

—Pero ¿de quién me estás hablando?

—Del torero, tía, del más joven, del que me miraba como un novio. Tiene usted que traérmelo esta noche.

—¿Traértelo yo?

—Va y le dice al «Quebrao» que le diga que le espero...

La vieja se encogió de hombros.

—Cuando yo digo que tú no estás bien de la cabeza... Las sábanas de Almagro y la colcha de seda, que te regaló don Fernando, para ese andarríos... Te digo que...

Pero Fina ya no la oía. Se había puesto frente al cuadro de las Ánimas del Purgatorio. Tenía cerrados los ojos y movía en silencio los labios jugosos y sensuales. Fina rezaba...

Los toreros y sus acompañantes permanecieron aún bajo el balcón de Fina hasta que Maxi dijo:

—No se ve ni rastro de los músicos ni del «Raposo»... Y van a tocar a misa mayor en seguida. Más vale que nos vayamos para la plaza...

Emprendieron el retorno. Acisclo iba diciendo:

—El pueblo tiene poco que ver. Ya os lo dije antes. Únicamente, al otro lado del cementerio, hay una cueva del tiempo de los moros. Dicen que tiene mucho mérito. Iríamos a verla si no fuera tan tarde. Por lo que dicen, hubo allí un castillo, y la cueva era donde encerraban a los prisioneros cristianos. Mira, tú: historias de moros y cristianos todavía... Y también el altar mayor de la iglesia vale lo suyo. Lo regaló un rey cuando lo de los moros también...

Pasaron por la trasera de un corral bajo la sombra de cuya tapia terrosa había surgido un pequeño mercado de ganado. Unos hombres de blusas negras y pelo aceitoso discutían con unos campesinos que les miraban socarronamente y que, antes de hablar, se pasaban los dedos por las comisuras de los labios. Tres asnos y una mula eran toda la mercancía. Las bestias parecían cansadas y soñolientas. Tenían cerrados los párpados, en cuyos bordes lacrimosos se arracimaban las moscas borriquetas, estremeciéndolos de vez en vez para espantarlas. También estremecían la piel de las patas y del vientre con sacudidas nerviosas y movían el rabo con el mismo objeto.

Los chalanos de las blusas negras y de las garrotas prendidas de las muñecas, que, más que hablar, mordisqueaban un chorro de palabras aprendidas en los tratos y las repetían incansablemente como un sonsonete, se apartaban por turno del corro donde discutían y se iban a dar una palmada en la grupa de la bestia. El animal se ladeaba un poco y agachaba las orejas, pero continuaba con los ojos dormidos y con el rabo en acompasado movimiento de vaivén. El chalán volvía al corro accionando desmesuradamente. Entonces sus compinches se ponían a hablar todos a la vez y a accionar de consuno, formando una algarabía ininteligible. Pero los campesinos no se dejaban impresionar ni aturdir por ello. No hablaban, sonreían los «payos» de la tierra, y su única acción era mover pausadamente la cabeza de un lado para otro. Allí no parecía cerrarse ningún trato porque nadie demostraba claros deseos de comprar. Quizá más tarde, chalán y campesino, entre copa y copa y con palabras indiferentes, llegaron a algo definitivo tras haberse engañado mutuamente.

En todas las esquinas aparecían letreros alusivos a la gran aventura de la gente joven, escritos con la más heterodoxa ortografía: «¡Quintos: la mili os espera!»... «¡Madres que tenéis hijos: de la mili se vuelve!»...

Fueron muchos los mendigos que vieron pasar como si salieran de oscuros rincones de los confines del pueblo o hubiesen acampado en las afueras, y que ya se

fueran concentrando al olor de la pitanza. Se veía bien a las claras que eran mendigos profesionales y vagabundos empedernidos que seguían un itinerario de ferias, al igual de los toreros y de los feriantes. Hombres de incierta edad, de barbas híspidas, de ojos ávidos... Nadie sabe de dónde vienen ni adónde van, ni cómo se llaman, ni cuándo han nacido, ni cuándo se mueren. Las generaciones de campesinos se suceden y los pueblos, aunque con gran lentitud, se transforman, pero ellos parecen siempre los mismos. El aldeano los recuerda vistos ya en su infancia y, cuando ya es viejo y se sienta a su puerta para tomar el sol, los verá tarde tras tarde con el mismo saco para los corruscos, con los mismos harapos, con el mismo chambergo agujereado mirando por el rabillo de los ojos, silentes, sin historia, ni más viejos ni más jóvenes, siempre iguales... El aldeano muere un día y, al siguiente, el mendigo volverá a llamar a su puerta, donde ya no está él sino su hijo o su nieto, con las palabras y el son lastimero de ayer y de mañana. Parece que los mendigos de las aldeas son los únicos para los que no pasa el tiempo, como si fueran en realidad su sombra y no hicieran más que dar vueltas y vueltas con él...

La calle ya olía a guisotes y a bodrios, cuyos agrios aromas se escapaban de las cocinas anunciando las copiosas cuchipandas que preparaban las mujeres. Raros eran la portalada o el corral donde no se vieran plumas de ave o pieles sangrantes tendidas al sol. Y es que la noche anterior fue la de San Bartolomé de los corrales. Una ola sanguinaria abatió las crestas más orgullosas, los machos sobrantes de los conejares, los cabritos y los corderos más mantecosos. Las mil agonías de los animales, con sus gritos y estertores, fueron el anuncio de la fiesta. Antaño era sangre de esclavos o de prisioneros lo que aplacaba a los dioses y alegraba las orgías de los hombres. Entre eso y la muerte de unos animales en la víspera de Santiago mediaban muchos siglos de progreso, pero el rito de la sangre persistía aunque degenerado.

Al llegar frente a la iglesia vieron que los mendigos habían empezado a organizarse en dos filas a ambos lados de la puerta del templo. Iba a empezar la función para ellos y cada cual quería representar bien su papel. Salieron al aire muñones y llagas, y sobre los rostros de los comediantes quedó fija una máscara doliente. Sus posturas y sus gestos carecían de pasión, como de quienes cumplen una rutina profesional. Realmente habían sido convocados por la costumbre y estaban allí, como todos los años, formando la imprescindible comparsa de la fiesta.

Sonaron las campanas de la torre, las campanas grandes con nombres de la Virgen: la «Santa María», la «Rosario»... ¡Tolón, ton ton, tolón, ton ton...! El aire se llenó de sonido, se hinchó, y empezó a temblar como sacudido por unos enormes aletazos. Acisclo dijo entonces:

—Hay que aligerar porque al segundo toque sale la comitiva.

El callejón que rodeaba al coso taurino hasta la puerta del Ayuntamiento estaba repleto de gente y, gracias a la expectación que producían y a las voces de Acisclo y

Maxi, les fue posible a los toreros llegar hasta debajo de la tribuna levantada para las autoridades y que quedaba frente al portalón consistorial. Y los chiquillos del cortejo, como un reguero de hormigas, se colaron tras ellos por la brecha que abrían al pasar. Incansables y con una monotonía exasperante continuaban su concierto los grillos...

Debajo de la tribuna habían improvisado los toriles; dos: uno para las vaquillas y otro para el novillo. Las vaquillas, sin duda acostumbradas a los espectáculos como viejas comediantes, yacían tumbadas tranquilamente, sin pudor y sin miedo. Tenían cerrados los ojos y rumiaban pensativas y ausentes, mientras con los rabos se espantaban las moscas, acariciándose sensualmente las ancas. El novillo, por el contrario, estaba nervioso y, plantado en el centro del cubículo, respondía con miradas y bruscos movimientos de cabeza a las incitaciones de los chiquillos y de los mozos, que le gritaban y le hostilizaban a través de los huecos de la valla. Por una de esas rendijas se pusieron a contemplarle Rafa y el «Aceituno». Alguien dio un golpe con la vara en los tablones, un golpe más fuerte y más sonoro que los demás, y el toro agachó la cabeza y encogió el cuello, a la defensiva, dejando ver el contraste entre su musculosa anatomía y la expresión cándida y suplicante de sus ojos. A seguido le tocaron por detrás con una pértiga y se revolvió rápidamente para recibir de cara al posible enemigo. Entonces el «Aceituno» alargó un brazo y pudo darle una palmada en la grupa. El novillo ya no se revolvió. Acosado por todas partes por un enemigo múltiple e inconcreto, cerró los ojos, estiró el cuello y rompió a llorar con un mugido largo y tembloroso. Al oírlo, los mozos y los muchachos se apartaron prestamente. Fue una retirada unánime, producida por un chispazo de miedo. Algunos trataron en seguida de reír, avergonzados de su palidez y de su temblor. Hasta el «Aceituno» había retrocedido. Sólo Rafa permaneció quieto, con el rostro pegado a la abertura de las tablas.

—Tiene miedo el pobre —dijo Rafa, volviéndose hacia su compañero.

—¿Quién? —preguntó el «Aceituno», aparentando serenidad.

—Pues el novillo. ¿No ves que está asustado? Con tanto recelo va a ser difícil meterlo después en el engaño.

—Pues no te confíes. Un torete de estos así es como un niño con una navaja en la mano. En cuanto te descuidas te la clava. De puro miedo te la clava.

Acisclo y Maxi, que habían estado hablando con otros mozos componentes de la comisión, volvieron junto a los torerillos con caras de mal humor, trayendo cada uno un mazo de cohetes.

—Mal empieza esto —dijo Acisclo—. Está para caer el segundo toque y no han llegado los músicos. Nunca se ha visto que salga la comitiva sin la banda detrás.

—Y el «Raposos» sin aparecer —añadió Maxi.

—Nada, que hogaño va a ser la «risión». Para la primera vez que somos de la comisión, nos hemos lucido, Maxi.

—¡Calla, hombre, que tengo un «inrite»...!

Rafa, que no comprendía tanto disgusto por un simple incidente como aquel, intervino:

—No es para tanto, creo yo. Nadie tiene la culpa de que se haya averiado el coche.

—Eso no vale, «Filigranas» —y Acisclo se golpeó los muslos con los rabos de los cohetes—. ¡Verás como se cachondean de nosotros los de El Pozo, los «currinches» y todo dios! Y cualquiera escucha luego al alcalde, a él que le gusta todo tan justo y cabal...

—Dirá que los hubiéramos traído anoche, y no lo hicimos por ahorrarnos la cena y la posada, mira tú.

El segundo toque se lanzó al vuelo desde el campanil, estremeciendo el aire.

—¡Mierda! —exclamó Acisclo con rabia.

La gente se apretujó para acercarse al Ayuntamiento y al conjuro de las campanas se poblaron de curiosos los balcones engalanados, especialmente de muchachas tocadas ya con velos y mantillas para asistir a la misa mayor. En el portón consistorial apareció un grupo de hombres rabiosamente endomingados. Allí estaba la corporación municipal en pleno y las demás autoridades menores. El cabo comandante de la guardia civil, de gala, esplendía en trance de plenitud. Él se mostraba como el cabo más cabo que se puede ser en este mundo. Y don Juan seguía secándose el sudor que le escurría de la calva, y, en medio de todos, tieso de majestad, el alcalde.

Todos parecían inquietos. Sólo Román estaba tranquilo y escuchaba con desdén y sin descomponerse los comentarios que circulaban en torno suyo, como un rey que está muy por encima de las intrigas y rumores de sus gentileshombres. Tenía calado el sombrero y abrochado completamente el negro traje de lana. Que él era allí la primera autoridad podía adivinarlo hasta el más lerdo.

—¡Nada, que vamos hogaño sin música! —y Acisclo encendió su chisquero.

—¡Maldita sea la...! —exclamó Maxi, imitándole.

Los demás mozos de la comisión encendieron también sus chisqueros de largas mechas coloradas y prepararon el primer cohete en espera de la señal para prenderlo y lanzarlo al aire.

Uno de los acompañantes habló al oído a Román. Este sacó entonces su gran reloj de tapas de oro y, después de consultar la hora y de guardárselo muy despaciosamente, dijo con voz clara y tranquilo además:

—El cura también puede aguardar diez minutos más como nosotros.

—Es que don Primitivo, el hombre, está todavía en ayunas —le replicó el que le hablara al oído.

—Y yo estoy que me ahogo, que es peor. ¡Cada cual que aguante lo suyo!

Se produjo entonces un estremecimiento entre la muchedumbre. Alguien pedía paso a toda costa. La masa compacta de espectadores se fue quebrando y por la grieta aparecieron unos hombres sudorosos que empuñaban instrumentos musicales: una trompeta, un requinto, un clarinete, un saxofón. El más viejo y pequeño de todos, andando ya a trompicones y casi inconsciente, llevaba el bajo. Detrás de ellos venía el «Raposo» agitando su vara como un pastor. Hubo aplausos generales y algunos vivas a Colás.

—Me los encontré tirados en la carretera porque a la camioneta se le ha roto no sé qué, y me los he tenido que traer al trote, a todos menos al del bombo —se explicó el «Raposo» ante Román y su acompañamiento.

Los músicos jadeaban y se pasaban la lengua por los reseos labios.

—Está bien, Colás. Que les den de beber, porque así no van a poder soplar.

Unas cuantas botas pasaron de mano en mano hasta llegar a las de los músicos. Bebieron con ansia, sobre todo el del bajo, que desenroscó el gollete para beber a caño libre.

—¡Hala, hala! —tuvo que decir Román para que los músicos soltaran las botas.

Se preparó la banda. La dirigía el hombre pequeño, el del bajo, que marcaba el compás con movimientos de cabeza.

—No nos va a salir muy bien porque nos faltan el bombo y los platillos —murmuró el director.

—Es lo mismo, hombre —le contestó el «Raposo»—. Aquí nadie entiende de música. Lo que hace falta es zafarrancho.

Entonces el alcalde hizo una señal con la mano y una veintena de cohetes partió estruendosamente hacia el cielo.

Abriendo y cerrando marcha iban los mozos que tiraban los cohetes. En medio, las autoridades, seguidas de la banda, que había atacado briosamente un pasodoble español. Detrás, la alegre y ruidosa muchedumbre.

—¡Ahí va la! —exclamó Maxi, reventando de orgullo—. ¡Los «cobetes» de hogaño tienen cuatro tiros!

Un mozo, que no era de la comisión, pero que miraba al cielo con la boca abierta para seguir la estela blanca de los cohetes, gritó, de pronto, estremecido de voluptuosidad:

—¡Dios, qué «cobeterío»!

Campanas. Cohetes. Un pasodoble. En lo alto, un sol lujurioso como un macho cabrío. Abajo, una multitud enardecida.

—¡Viva Santiago!

—¡Vivaaa!

La fiesta había comenzado.

IV

EL sol parecía haberse parado en la vertical del pueblo. Desde abajo se veía sol por todas partes, sol ocupando todo el cielo. Por las calles, amarillas y refulgentes, sin un brochazo de sombra, no transitaban ni hombres ni bestias. Hasta los perros habían desaparecido, y las moscas permanecían amodorradas en los filos oscuros de los balconajes y de las puertas. Ni un pelo se movía en el aire. Flámulas y gallardetes colgaban lacios a punto de arder.

Ya no había distancias ni perspectivas para los ojos. Ni el espacio existía. Sólo una luz cruel, una luz cegadora que fundía los planos. La torre de la iglesia desaparecía en aquella luz, y lo mismo las casas y las calles. Una luz batida con espejos que daba imágenes derretidas, licuadas y móviles, como un hervor de contornos y formas.

Ni un ruido. Ni un movimiento. Calor tórrido. Sequedad de tierra quemada. Asfixia. Parálisis. El campo y el pueblo —una arruga del campo— en éxtasis bajo el sol, el íncubo furioso e insaciable.

La gente se hallaba recluida en sus casas, entornados los postigos.

Las mujeres sudaban sobre el fogón removiendo cazuelas y sartenes; y los hombres, en mangas de camisa, esperaban el momento de empezar a comer dando tientos al zurracapote.

El orgullo de aquel día era reunir a la mesa el mayor número posible de forasteros y darles de comer hasta que ya no pudieran más.

—La pringue, que chorree —tenían advertido los anfitriones a sus esposas.

Los forasteros tenían que quedar ahítos, con asco de comida. Cuando se negasen a admitir más, les diría el dueño de la casa:

—¡Hala, un trago de vino para limpiar, y adelante!

Las mujeres tenían licencia para abstenerse, pero los hombres no. Debían aflojarse cinturones y fajas y desabrocharse el cuello de la camisa. Pero el anfitrión no cejaría hasta verlos completamente derrotados pidiendo merced con miradas turbias y angustiosas:

—Un bocado más y reviento.

—Está bien, hombre, está bien —replicaría el anfitrión sonriendo burlescamente—. Anda, mujer, saca las rosquillas y los mantecados, que estos son unos flojos, y los chicos tendrán ganas ya de golosinas.

Después de la copa de anís y del cigarro puro, el forastero quedará en estado de inconsciencia, sintiendo que el vientre le pesa y le ahoga. Ya durante el resto del día será atormentado por la sed, por una sed que en vano tratará de aplacar a fuerza de vino. Más de una vez tendrá que sentarse y, aplicándose la palma de la mano a la frente, exclamar:

—¡Tengo un nubló!

* * *

Los mozos de la comisión, junto con los toreros y los músicos, a quienes se había unido ya el del bombo y los platillos, fueron a comer, como todos los años, a la fonda del «Quebrao». Previamente hicieron antesala en la taberna para refrescar.

Los chicuelos de los gorros y los pitos les acompañaron hasta la misma puerta, tercios en su admiración e incansables en su manía filarmónica, aunque muchos de los pitos se habían quedado ya mudos a fuerza de aire y de saliva.

—¡Venga, a berrear a vuestras casas! —les gritó Maxi, blandiendo su vara.

Los muchachos aún permanecieron unos minutos remoloneando en torno a la puerta, hasta que uno de ellos inició la dispersión. Luego, el grupo se deshizo y cada cual se fue para su casa pensando en la envidiable vida de los toreros, siempre de feria en feria, de banquete en banquete y sin tener que ir al campo a trabajar. Y más de un chiquillo, de camino para su casa, iría alanceando con la imaginación toros invisibles que le iban saliendo de todas las esquinas...

En la taberna quedaban ya solamente los rezagados, que sentían pereza para cruzar la calle llena de ascuas. El «Raposo» entró dando voces.

—¡«Quebrao», venimos fritos!

El «Quebrao» revolvió los vasos en el fregadero y empezó a ponerlos en fila sobre el mostrador.

—¿Qué tal ha resultado todo hasta ahora, «Quebrao»?

—Hombre, no va mal la cosa —contestó—. Vamos, que si llega a faltar la música...

—Pues en un tris estuvo. ¡Muchacho, cómo tuvimos que apretar para llegar a tiempo! El maestro se me rajaba, pero le dije que comería y bebería todo lo que quisiera, y aquí lo tienes hecho un caballo. Así que ya lo sabes.

—¡Que coma hasta que reviente! —gritó uno.

El frasco del vino corría por encima de los vasos llenándolos. El pequeño director de la banda, abrazando a su enorme instrumento musical, sonrió a todos con sus dientes alternos renegridos por el tabaco, y dijo:

—Yo no reviento, señores, por mucho que coma. ¡Me apuesto con el que quiera a comer!

—¡A beber te apuesto yo!

—¡Y yo!

—¡Y yo!

Fueron varios los retadores. Cada cual había cogido un vaso.

—A beber no hay quien nos gane a los del pueblo. Aquí hay quien se bebe una

cuartilla sin respirar —dijo el «Quebrao».

—¡Y más! —exclamó el «Raposo».

—Yo he dicho que a comer. A beber, no. A mí el vino sólo me sirve para pasar la comida.

Rafa sólo se mojó los labios y el «Aceituno» bebió un poco, pero los demás vaciaron sus vasos de un envite.

—¿A que no has bebido nunca un vino como este, maestro?

—Está fresco y rico de verdad —contestó el músico chascando la lengua.

—¿Y tú presumes de comilón? —le preguntó, encarándose con él, Bienvenido, otro de los componentes de la comisión, largo y seco como un varal, con una enorme nuez que le bajaba y le subía constantemente por el cuello de avestruz.

—Hombre, presumir, no. Que lo digan estos.

El músico de la trompeta intervino entonces:

—Que si come... ¡Este tío es una ruina si se pone a tragar! Claro que igual se pasa con la comida que le cabe en el hueco de una mano... Yo no sé cómo se las apaña, pero nosotros le hemos visto ganar siempre todas las apuestas.

—Pero si no tiene cuerpo para nada... —arguyó Bienvenido, estirándose y doblándose luego sobre el pequeño director de la banda.

—Pues aquí donde le ves se comió un cordero de una sentada.

Todos miraban con cómico asombro al supuesto Gargantúa y, sobre todos, Bienvenido, que no acababa de admitir que un hombre tan pequeño pudiese realizar hazañas tan descomunales. Tragó saliva haciendo que la nuez le subiese y le bajase por la garganta como si se le hubiera atragantado una bola.

—Pero ¿dónde puede meter este hombre un cordero, vamos a ver?

—¡Ah, ese es mi secreto!

—Pero ¿dónde lo metes?

—Mira, hombre: según pasan las tajadas o lo que sea por aquí —y señalaba la garganta— y llegan aquí —indicando el estómago— se convierten en aire. La cosa está clara, ¿no?

Todos se echaron a reír, excepto Bienvenido, que había torcido la jeta, barruntándose ser víctima de una broma general, ya que él era un tragón jactancioso.

—Por eso el amigo toca el bajo, ¿eh? —y el «Raposo» dejó caer una mano sobre la espalda del pequeño músico, haciéndole tambalearse.

Agustina se asomó a la puerta que comunicaba al mostrador con la cocina. Barriando con el dorso de la mano los pelos pegados a la frente por el sudor, dijo a su marido:

—Que ya pueden pasar, tú.

Agustina parecía rendida, sudada y triste. Sin esperar que el «Quebrao» se volviese siquiera, desapareció tras los sucios flecos de la cortina. El tabernero habló

entonces con el «Raposo», y este gritó después a todos:

—¡Vamos, muchachos, que ya tenemos listo el pienso! ¡Hala!

—¿Dónde dejamos los instrumentos? —preguntó un músico.

—Pues en el patio —contestó el «Quebrao».

—Ahora te vas a hinchar, maestro —murmuró el «Raposo» al oído del director.

—Pero ¿qué nos van a dar? ¿Habrán albóndigas?

—Yo qué sé, hombre. Ya lo verás.

—Es que si hubiera albóndigas...

La mesa se hallaba dispuesta en el patio. Estaba formada con los tablones y caballetes del maestro albañil, que era concejal. La cubrían morenas sábanas de la fonda, casi avergonzadas de descubrir las huellas de tanto feo desnudo, y, partiéndola en dos, se divisaba, como una cresta, la batería de los porrónes de cristal conteniendo el fresco vino recién subido de la cueva. Imparcialmente distribuidas se veían también medias hogazas de blanco pan, y lebrillos de barro con ensalada de lechuga y tomate. Todo bajo la sombra caliente de la parra, cuyas hojas pendían lacias, como cocidas. Las moscas bordeaban los lebrillos y volaban por la sombra en enjambres lentos y zumbadores.

—Cada cual que vaya cogiendo sitio.

Fue la voz del «Quebrao», que contemplaba la mesa con una sonrisa de triunfo. Los comensales no esperaron más y se fueron sentando alrededor de la mesa. El «Raposo» se situó entre los dos toreros. Alguien sacudió un pañuelo sobre los lebrillos para espantar las moscas, pero otro dijo:

—Déjalas, que también son de Dios.

Crujió el pan, y los mozos del pueblo, despreciando los tenedores, sacaron sus relucientes navajas y empezaron a trinchar hábilmente la ensalada con ellas.

El «Aceituno» se animó en seguida, pero Rafa observaba todo aquel movimiento con una invencible tristeza, y aunque hablaba y sonreía para no desentonar demasiado en aquel coro de euforias elementales, su silencio y su pasividad le situaban a enorme distancia. El «Raposo» le miraba con el rabillo del ojo.

—¡Vamos, tú, anímate! —le dijo, masticando una gran raja de tomate—. Todo esto y lo que traigan es para comerlo, hombre. ¡Aprovéchate hoy, no seas tonto, que ya te vendrán días de ayuno!

Y soltó una sorda carcajada. Rafa hizo como que lo tomaba a broma.

—No te preocupes por mí. Comeré un poco.

—¡Cómo un poco!

—Es que tengo que torear después.

—Entonces, bebe.

—De beber, nada. ¡Que tengo que torear, hombre, te digo!

—Que tienes que torear... Bueno, ¿y qué? También tiene que torear el

«Aceituno», y yo, y todos...

Rafa se encogió de hombros, pero el «Aceituno» intervino rápidamente:

—Es diferente, Colas. Rafa tiene que matar un toro. No puede comer mucho, y menos beber. A la noche ya será otra cosa.

El «Raposo», con otra raja de tomate izada en la punta de su navaja, se quedó mirando al «Aceituno».

—¡Qué vida! Unas veces porque no tenéis y otras porque no podéis... Total, que no coméis nunca...

Cuando una mosca pateaba por un trozo de lechuga o de tomate, el comensal lo tiraba al suelo, lanzando al aire algunas gotas de aceite. Los porrones, de chorro tan fino, apenas descansaban un momento. Unas manos los dejaban y otras los cogían. Se hablaba poco. El frescor relativo de la ensalada y del vino eran una incitación irresistible en aquel ambiente de horno.

Habían regado el suelo, pero el calor levantaba humo de los guijos...

—Tengo ganas de verte torear, «Filigranas». Y, como yo, todo el pueblo. Aquí hay mucha afición a los toros.

El «Raposo» hablaba sin mirar a su interlocutor. Rafa le veía de perfil mover la mandíbula. Tenía el «Raposo» un perfil agresivo, voluntarioso y voraz. Era un hombre fuerte, todo él un haz de músculos y tendones.

—Haré todo lo que sé y lo que el novillo me consienta. He venido aquí a eso: a torear.

—Pues el novillo es bueno.

—Pero tal vez lo hayáis estropeado esta mañana al correrlo por las eras.

—Había que probarlo, hombre.

—Pero no así. Para eso están las tientas. Lo que habréis conseguido con ello es resabiarle.

El «Raposo» se volvió a mirar a Rafa. Sus ojos no chispeaban de malicia ni se burlaban. Se habían hecho profundos y la luz se había remansado en sus pupilas. Su voz dejó también de ser desgarrada al tomar un tono grave e íntimo.

—Nos la diñaron el año pasado con el toro, ¿sabes?, y no había más remedio. Pero no te preocupes. Tú torea sin miedo, que yo estaré al tanto de lo que pueda pasar. Te lo digo yo y basta.

Le echó un brazo por encima del hombro y añadió:

—Y no hagas caso de lo de esta mañana. Hay buenos rumores de ti. Yo quisiera que quedases bien. Nada de miedo, ¿eh?, que el «Raposo» —así me llaman, ya lo sabes— estará al quite en todo. Lo que yo digo va a misa. Ahora, que si demuestras canguelo... Aquí somos muy brutos, ¿comprendes?

El director de la banda, situado frente a los toreros, decía a Bienvenido:

—El año pasado, en Ocaña, me comí...

No pudo terminar la frase porque acababan de aparecer el «Quebrao» y Agustina portando dos enormes fuentes rebosantes de albondiguillas.

—¡La Virgen, albondiguillas! —exclamó.

—Pero ¿qué es lo que te comiste? —le preguntó Bienvenido.

Pero el músico no le escuchaba. Sus ojos seguían como hipnotizados el viaje de las fuentes. Cuando vio una de ellas frente a sí sonrió estúpidamente.

—¡Albóndigas! —volvió a exclamar con cara de arrobamiento.

—Pero ¿qué es lo que te comiste, hombre? —y la abultada nuez de Bienvenido subía y bajaba por su gznate como una disforme albóndiga indecisa.

—¿A cuántas tocamos?

La pregunta iba dirigida al «Raposo», pero este no lo entendió.

—Puedes comer las que quieras, maestro —contestó el «Quebrao». Hay para todos y más. Así que puedes comer sin miedo.

—Pero ¿qué es lo que pasa con las albóndigas? —preguntó entonces el «Raposo» al «Quebrao».

—Ese, que tiene miedo, por lo visto, de que no haya bastantes.

—¿Tanto te gustan, maestro?

—Es capaz de comérselas todas —dijo el del requinto.

—¿De verdad, maestro?

—Sí que me gustan, sí —contestó el director con la boca llena de saliva—. ¡A perder!

—¿Y te atreverías a comértelas todas?

—Por apuesta, sí.

—Va apostado lo que quieras a que no —y el «Raposo» dio un puñetazo sobre la mesa.

El director de la banda aceptó todas las apuestas: cigarros puros, copas, dinero...

—Me apuesto a que me como todas las albóndigas que quepan en el bajo.

La proposición fue acogida con algazara. El «Raposo» se levantó y fue por el instrumento.

—Aquí no aguantamos faroles —dijo después, entregándoselo a su dueño—. Lo que se dice, se hace, o se paga...

Luego cogió una de las fuentes y volcó su contenido en el ancho y profundo embudo del bajo. Aún quedaba hueco y vertió asimismo la otra fuente. Las albóndigas superaron el ras del instrumento, formando un copete.

—Lo del copete no estaba hablado, pero no me importa. Lo acepto también —dijo el director.

—Te las tienes que comer todas, ¿entendido? Con una que dejes, pierdes —le advirtió el «Raposo».

—¡Que nos quedamos sin música, Colas! —gritó Acisclo.

—¡Que va! En Ocaña hizo lo mismo y ganó.

El pequeño músico se colocó bien y pidió:

—A ver, pan y vino para ayudarme.

—¡Dios, que revienta! —exclamó Maxi, soltando un varazo sobre la mesa.

El director de la banda empezó a comer. Los demás comensales le contemplaban con ojos incrédulos mientras los músicos sonreían y la nuez de Bienvenido demostraba una inquietud alarmante.

—¡Esto es una barbaridad! —exclamó Rafa.

—¡Déjalo! ¡Aquí no aguantamos faroles!

Seis u ocho albóndigas habían desaparecido ya, produciendo múltiples insalivaciones en el asombrado Bienvenido. Para ayudarse, cogió entonces el músico el porrón y echó un largo trago.

—Y nosotros, ¿qué, «Quebrao»?

Este y su mujer asomaron trayendo los corderos asados, partidos en grandes tajadas. A pesar de las voces, el que más y el que menos se sentía cohibido antes de empezar a comer.

—¡Hala, hala, Rafa empieza tú!

Y Rafa, accediendo al deseo del «Raposos», se levantó y trinchó un trozo. Fue la señal. Los demás le imitaron, pero el torerillo pudo observar, no sin cierto asombro por su parte, que aquellos hombres de aspecto rústico y de ademanes tan desmesurados eran comedidos e, incluso, elegantes comiendo. Usaban la navaja con destreza y masticaban lentamente. Y se miraban unos a otros y se sonreían para disimular su timidez y un cierto rubor que les asomaba a los ojos. Su fuerte, sin duda, no era comer sino beber.

Los porrones se habían quedado vacíos y el «Quebrao» se dedicada a rellenarlos con el vino de unas garrafas que iba subiendo de la cueva.

—Oye, «Filigranas», ¿qué te dije de los corderos? Mejores no los hay en el mundo. ¡Esto es la admiración de España! Y no como por ahí, donde el pan no es pan, ni el vino vino; ni nada es nada —gritó Acisclo, enarbolando una chuleta.

Rafa asintió con un leve gesto. La carne le parecía, en efecto, apetitosa, pero apenas la comía por miedo a las consecuencias.

—¡Ahí va la! —gritó de pronto Bienvenido, señalando al del bajo—. ¡Ya se ha comido el copete!

El «Aceituno» levantó entonces la vista para mirar al músico. Había estado hasta entonces comiendo en silencio con voracidad furtiva, y ya mostraba los dedos y los labios relucientes de grasa.

—¡Ojú, hijo! —exclamó—. Este tío cipote es capaz de dar un «traquío».

El pequeño director sonreía mostrando entre los dientes el amasijo de las albóndigas. Bienvenido le miraba al vientre, asustado. Y «Aceituno» aprovechó el

momento para coger otra tajada...

... ..

—Estando yo en la mili me tropecé con una fulana que estaba como la misma órdiga. Servía en casa de un notario y me traía cada filete... Un domingo en que los amos habían salido para pasar el día fuera, entré en la casa. ¡Muchachos, cómo me puse!

—Estaba buena la tía, ¿eh?

—Frescachona, ¿eh?

—Los que estaban buenos eran los cigarros y los licores del notario. Fuma que te fuma, bebe que te bebe de esto y de lo otro... Cuando me quise dar cuenta, ya tenía el «tablón» encima.

—¿Y la morena?

—Ya no pude, hombre.

Y entre las generales carcajadas, Maxi puso punto final empuñando el porrón.

—Es que en la mili pasa cada cosa... —comentó otro mozo—. Al principio sabe mal, pero luego se le coge el gusto. Y que espabila, ¿eh? A mí me espabiló del todo. Tenía yo un teniente más flamenco que nadie y...

—Yo sí que tenía un capitán flamenco... Me hizo ver las estrellas, pero luego salí de asistente con él y fue para mí como un segundo padre. ¡Que hubiera hablado alguno mal de él!

—Sí que espabila, sí.

Había acabado la comida. En las fuentes se amontonaban los huesos mondos, y las bandejas de los polvorones y de los mantecados empezaban a ser atacadas, aunque con pocos bríos, por los comensales.

—¡«Quebrao»! —gritó el «Raposo»—. ¡Tráete los puros y el anís!

El director de la banda, un poco olvidado, seguía comiendo albondiguillas impertérrito, ayudándose con bocados de pan y tragos de vino. El embudo del bajo ya había sido descubierto hasta la mitad. Las moscas revoloteaban en su torno y, de cuando en cuando, sacudía la cabeza para desprenderse las gotas de sudor que se le remansaban en las cejas y en los orificios de la nariz.

Todos, incluso Rafa, habían tenido que desabrocharse las camisas hasta la cintura, dejando al descubierto los pechos, velludos o lampiños, negros o rojos... El de Rafa se hacía notar por su blancura y por su fragilidad.

—Si eres todavía un chico —le dijo el «Raposo».

—Eso lo veremos esta tarde —contestó el torerillo.

—¡Eso me gusta! ¡Flamenco!

El «Quebrao» trajo las botellas de anís y un mazo de cigarros puros españoles,

negros y retorcidos.

—¿Qué tal se ha comido? —preguntó, dirigiéndose a todos.

—¡Como los propios ángeles! —contestó el «Aceituno».

—No ha estado mal, no —dijo el «Raposo», y mordiendo una punta del cigarro añadió—: Ahora no hay nada mejor que una «faria».

—¿Sabéis lo que nos falta? —preguntó Acisclo—. ¡Una tía!

—¡Eso!

—¡Que me la traigan!

—¡Aquí te la van a traer!

—Aquella del notario quisiera yo ahora.

—O la Fina.

El «Raposo» se puso en pie.

—Bueno, ¡ojo con la Fina! Esa es punto y aparte, ¿eh? Y ahora otra cosa: no creo que vayamos a consentir que esta noche bailen los «currinches» con nuestras mozas...

—¿Y si quieren ellas? Ya sabes que la Patro habla con un «currinche», que es algo primo suyo.

—Pues ni esa. A la pareja que sea, le formamos el corro y la regamos con vino. ¡Y si hay que arrear, se arrea!

—¿Y cuándo te casas, «Raposo»?

El «Raposo» asaeteó con su mirada más penetrante al mozo de la pregunta.

—Cuando tú y con la que tú —contestó poniéndose pálido y mascando las palabras.

—¡Oye, tú! —y el otro trató de incorporarse, pero Maxi, que estaba a su lado, se lo impidió.

—¡Estate quieto, metepatas!

A pesar del angustioso calor y de los enervantes efectos de la comida y del alcohol, se sintió el chispazo de una culebrina de tormenta entre los dos hombres. Pero, de pronto, uno de los músicos empezó a golpear la mesa leve y rítmicamente. Una nueva emoción se apoderó de todos. El «Raposo» se sentó calladamente, y hasta las respiraciones se hicieron tímidas. Y en medio de un súbito silencio se oyó un ¡jay! trémulo que era grito y sollozo. Luego, la copla:

*Por aquella mujer mala
yo dejé a la «mare» mía.
Por aquella mujer mala...*

Era un canto de pena aleteante que revolvió los posos amargos y las negras ansias del alma. Rafa sintió como un tirón desde dentro y el «Aceituno» palideció un poco.

La faz del «Raposo» se serenó y todos los demás quedaron traspuestos. Tan sólo el comedor de albondiguillas proseguía su tarea sin dejarse dominar por el sentimiento.

Cuando la última nota del canto se perdió en el aire, Rafa se puso en pie.

—¡Vámonos, «Aceituno»! —dijo.

Sus palabras rompieron el encanto. El «Raposo» se volvió a mirarle y preguntó:

—¿Adónde?

—A la habitación. Tenemos que echarnos un rato.

—Es verdad —confirmó el «Aceituno», levantándose torpemente.

El «Raposo» se encogió de hombros.

—Está bien —dijo, y le dio al chisquero para encender de nuevo el puro—. Ya iremos luego a recogeros.

Hubo un breve silencio mientras los torerillos se separaban de la mesa. El «Aceituno» se pasó la mano por el vientre, dándose entonces cuenta de lo mucho que había comido. Maxi se puso en pie también y con un porrón en la mano gritó, sacudiendo la modorra general:

—¡A ver quién hace lo que yo!

Levantó la cara y dejó que el chorro de vino le cayera sobre la frente. El líquido, partiéndose allí en dos hilos, bajaba por los cauces de las arrugas que formaban las mejillas e iba a desaparecer en la boca abierta del mozo.

Los toreros abandonaron el patio mientras los demás contemplaban las habilidades de Maxi. Ya habían traspuesto la puerta cuando oyeron las voces de Bienvenido:

—¡Mi madre! ¡Pues no se ha comido todas las albondiguillas sin decir ni pío! ¿Dónde te las has metido, dónde?

Estalló la traca de las exclamaciones:

—¡La órdiga!

—¡Dios, qué fenómeno!

Luego, el ruido seco de un varazo sobre la mesa imponiendo silencio. Y, en seguida, unos palmoteos, y otra vez el ¡ay! de una copla...

Rafa sintió un escalofrío y echó a correr escaleras arriba...

V

SE desnudaron en silencio y luego se dejaron caer pesadamente sobre los camastros. Quedaron boca arriba y, después de mirar al techo, cerraron los ojos bajo el peso del bochorno y de las oscuras inquietudes. Por temor a la asfixia no se atrevieron a cerrar del todo la ventana, y la solina metía por entre los batientes su lengua de perro rabioso. Aquel camaranchón de los altos de la casa, torrado por el sol durante tantas horas, despedía fuego por los cuatro costados. Crujían los viejos tablazones y casi se les oía respirar con agoniosa fatiga. Era tangible, envolvente, el bochorno. Todo dormía en el cuarto aquel, incluso las moscas, y los mismos trajes de luces colgados de los respaldos de las sillas, daban la sensación de hombres dormidos en una inverosímil postura al ser sorprendidos por la irresistible modorra de la siesta. Y olía a ropa sucia y sudada, a carne transpirante.

—Me parece que has comido mucho. «Aceituno» —dijo Rafa al cabo de un rato y sin abrir los ojos.

El «Aceituno» estaba despatarrado y con los brazos en cruz.

—Puede —contestó—. Pero ¿a qué viene uno a estos sitios si no es a comer? Yo no pruebo la carne en todo el año, Rafa.

—Tampoco yo la como... ya.

—Bueno, pero tú... Tú tienes la ilusión de llegar a torero y eso alimenta, pero yo no. Yo no tengo más que la caja con los betunes y los cepillos... Y eso no da para nada.

(—¿Se limpia, don José Luis?)

—Bueno.

Arrodillarse ante don José Luis, coger su pie y colocarlo sobre el caballete. El cepillo pasado de una mano a otra con un chasquido. Luego, el pincel de la anilina.

—¡Cuidado con los calcetines, que siempre me los mancháis!

—Yo nunca los mancho. Habrá sido otro.

—¡Bah, todos sois iguales!

La crema, rebañada con mucho tiento y extendida sobre el zapato como un baño de oro. El cepillo, otra vez con cambios de mano y chasquidos. Finalmente, la bayeta. Ya están como espejos.

—¡Servido, don José Luis!

El señorito se levanta, se mira y se remira los zapatos y hace un gesto equívoco. De pronto grita:

—¡Hola, Pepe!

Habla con su amigo, olvidándose totalmente del limpiabotas. Un día, al cabo de muchas escenas semejantes, se acuerda de que el limpiabotas vive a pesar de todo. Se echa mano al bolsillo, saca un duro y se lo da.

—Toma, cóbrate lo que te debo —le dice—. Tú lo sabrás.)

El «Aceituno» abrió un momento los ojos, fijándolos en el techo.

—Bueno, Rafa, no fue sólo el comer lo que me hizo venir. Fue porque don Ventura vino un día al café y, después que le limpié los zapatos, fue y me dijo: «Oye, “Aceituno”: ¿conoces al “Filigranas”?» Yo te conocía de la becerrada del Hospital y le contesté que sí. Entonces me dijo él: «¿No está mal el niño, eh?» Yo le dije la verdad: que me parecía que tenías madera de buen torero. Y don Ventura volvió a hablar de ti: que si te hacía falta placearte antes de aparecer en una novillada con caballos en Córdoba. Le habían hablado de la corrida de este pueblo y quería mandarte. Fue y me dijo: «Pero el “Filigranas” no está maliciado ni conoce los trucos de los pueblos, y he pensado que nadie mejor que tú, “Aceituno”, que has toreado tanto por esas plazas, para acompañarle como sobresaliente». Yo, la verdad, no pensaba volver a vestirme el traje de luces, pero no pude negarme. Don Ventura se portó muy bien conmigo cuando a mí me picaba la afición, y tenía que corresponderle. Y él lo arregló todo: el alquiler de los trajes, los billetes para el viaje, las condiciones... ¡Todo!

Hubo un silencio. De pronto, «Aceituno», haciendo un esfuerzo, se incorporó sobre un codo.

—¡Eh, Rafa! —gritó a su amigo.

El «Aceituno» tenía la cara reluciente de sudor y respiraba con agobio. Rafa se estremeció y se volvió para mirarle.

—¿Qué quieres?

—Que no te duermas. Hay que descansar, pero sin dormir.

—Lo sé.

El «Aceituno» tornó a echarse boca arriba.

—Tenemos que hablar para no dormimos —dijo—. Yo casi no puedo resistirlo. He comido demasiado. Por eso.

De pronto preguntó Rafa:

—¿Tú tuviste de verdad afición, «Aceituno»?

—Hombre, creo que sí.

—Pues yo, no.

—Entonces, ¿por qué quieres ser torero?

Rafa suspiró. Luego contestó:

—Cuando murió mi padre, mi madre me dijo que ya no podía seguir estudiando. No teníamos un céntimo. Somos mi madre, mis tres hermanas y yo. Mi madre se buscó entonces una recomendación para colocarme de escribiente. Yo no tenía más conocimientos que los del bachillerato, pero eso no sirve para ganarse la vida. Así que, como un favor, me iban a dar setenta duros al mes. Pero yo dije que no. Mi madre me llamó de todo y luego se echó a llorar. Otro día me preguntó qué era lo que

yo pensaba hacer. Yo había visto a Manolete. Empezó más pobre y desgraciado que yo. Tú lo sabes. Y en poco tiempo se hizo millonario. Le compró una casa a su madre y un piano a su hermana. Amigos y admiradores le rodeaban siempre. Y la Prensa no hablaba más que de sus triunfos. Un día me arrimé a él, incluso llegué a tocarle, y vi que era de carne y hueso como yo. Hablaba también como cualquiera y de lo que todo el mundo. No tenía un cerebro extraordinario como Einstein o como García Lorca. Era, sencillamente, un hombre como yo, y como tú, como todos... Y si él había conseguido todo aquello sin ningún don especial, ¿por qué no habría de lograrlo yo también? Así que le contesté a mi madre que sería torero. Desde ese día tuve que luchar con ella, pero al fin me salí con la mía.

(—Don Ventura, quiero ser torero.

—Vaya, hombre; eso me están diciendo todos los días cinco o seis muchachos como tú.

—Es que yo necesito serlo. No quiero pasar hambre, don Ventura, ni que la pasen mi madre y mis hermanas.

—¿Has toreado alguna vez ya?

—No, señor.

—¿Y tienes afición, te gustan los toros?

—No, señor.

—Entonces...

—Si es caso de jugarse la vida, yo me la jugaré.

—Ya es un detalle.)

—Fui a una tienda y don Ventura me vio torear. Todavía no sé cómo, pero me salió todo bien. Eso dijeron los que me vieron. Así se tomó interés por mí don Ventura. Y tengo su promesa de sacarme a fin de temporada en una novillada con caballos. Y lo hará. Pero... no tengo afición. A esto yo no le puedo tener afición. La afición debe venir después, me pienso yo, cuando se llega a lo alto y se tiene dinero, y el nombre de uno lo repiten cientos de miles de bocas. ¡Entonces sí debe dar gusto ser torero! Es lo bueno y a eso, a lo bueno, se le coge afición. El «Reverte» y el «Alגעیرهño», que tienen ya millones, sólo torear por afición, y se comprende. Pero lo que es esto... ¿Cómo se puede tener afición a las moscas, a la mugre, a las chinches, a los mozos como el «Raposo», a comer con los dedos? Esto se hace por miedo al hambre y nada más, porque el hambre es peor todavía. Es mejor, me pienso yo, jugarse la vida por todo que irse perdiendo poco a poco entre miseria...

El «Aceituno» no replicó. En el silencio que siguió a las palabras de Rafa, se oyeron sus resoplidos. Rafa se incorporó a su vez para gritarle:

—¡Eh, «Aceituno», hombre!

El «Aceituno» abrió los ojos y se pasó la lengua por los resacos labios.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —balbució, todavía adormilado.

—Te has dormido, ¿eh?

El «Aceituno» parpadeó.

—¡Psché! Parece que tengo telarañas en los ojos y que se me pegan los párpados.

—Se incorporó de nuevo sobre el codo y quedó mirando a su amigo—. ¿Qué decías, Rafa?

—Que no me gustan los toros.

—Ni a mí, niño. Me dan cada repeluco...

—Ya ves, yo hubiera querido ser médico, cirujano. Tener una buena consulta y dirigir un hospital. ¡Eso es hermoso! Recibes a las gentes deshechas, llorando y, cuando se van, te bendicen, y luego te recuerdan siempre como a algo grande... ¡Ya ves, «Aceituno», pasarse la vida haciéndole quites a la muerte! Pero... hay que tener dinero para poder estudiar. ¡Sin el maldito «parné» no se va a ninguna parte!

El «Aceituno» arrollaba distraídamente los flecos de la colcha.

—Sí —dijo con voz opaca—. Se viene aquí.

—Ya. Pero no hay más remedio. Peor lo pasó Belmonte. ¡Y ya ves quien fue luego!

Ambos quedaron pensativos, viendo cada uno con su imaginación la increíble aventura del legendario torero.

(Noche de luna en las marismas. Una luna alta y redonda, y una llanura palpitante de sombras y de acechos. Un muchacho llega a la orilla del río y se desnuda rápidamente. Viene solo con su corazón. Lía una tela en la punta de un palo y se lanza al agua. La corriente no es muy impetuosa, pero el muchacho no es gran nadador y tiene que poner todo el esfuerzo físico de que es capaz en atravesar el río y evitar, además, que se moje la tela enrollada al palo. Cuando llega a la otra orilla tiene que detenerse para poder respirar a pleno pulmón. Jadea y, como está mojado, la leve brisa campera le hace estremecer. Ahora que está quieto y encogido y que la luna brillanta su piel mojada, se puede apreciar la desigual e inarmónica anatomía del nadador. No es un atleta elástico y de justas proporciones. No es siquiera un fornido gañán. Es apenas un adolescente de pobre contextura. Pero no vacila. Desenrolla la tela y, con ella en la mano, se adentra en las sombras donde mil pupilas le acechan. Hay toros insomnes en la manada que ventean el peligro. Le ven pronto y se asustan. Y el miedo empieza a afilar sus cuernos. Pero hay uno que se adelanta al encuentro del desconocido. Sin duda el macho más solicitado por las hembras y el más valiente. Esto es lo que desea el muchacho. Le grita:

—¡Eh, toro!

El toro se mueve cautelosamente hacia la voz, pero sin poder precisar bien al enemigo, que es móvil y brillante como el agua y como la luna. Pero la voz se lo va llevando... De pronto, el muchacho extiende la tela. El toro ve un bulto que se

mueve. ¡Allí está el enemigo! Y embiste. El bulto se desliza a un lado y pasa el toro, seguido de su sombra. El cornúpeta se encuentra sin enemigo, de cara a la luna deslumbrante. Así una y otra vez, burlado. El muchacho ya no tiritita. El muchacho arde. El cerebro del muchacho es un torbellino de sueños. El corazón del muchacho es un potro enardecido. El miedo está allí de testigo. La muerte está allí velando. Parece que suenan mil clarines en la plaza redonda de la noche y que todo se estremece. Una vaca celosa muge a lo lejos y un perro ladra en los negros confines. Y el toro sigue corneando a la luna...)

—¡Belmonte, niño! ¡Juan! ¡No has dicho tú nada! Pero dime de otro.

—Ya ves, «Aceituno»: tenía las piernas flojas, decían que «de trapo». No podía saltar ni correr. Por eso tuvo que torear en los cuernos.

—¿Y los que no llegan como Belmonte?

—Yo llegaré. —Se echó otra vez mirando a lo alto, y continuó—: Me espera mi madre, me esperan mis hermanas. ¡Tengo que llegar! Compraré entonces una casa grande en el campo rodeada de olivares...

—Y un caballo para ti, ¿no?

—¡Eso! Me gustan las sillas vaqueras con clavos de plata.

—Y otra casa en Córdoba con un farol de hierro en la puerta.

—Y con una cancela repujada. Y con un patio que tenga un surtidor en el centro.

—Y luego te casarás...

—Claro, pero no tengo prisa. Quiero ver antes muchas mujeres y elegir despacio la que más me guste. Y, mientras me caso, haré que mi madre tenga todo lo que quiera y mis hermanas también: alhajas, vestidos, diversiones... Verá mi madre entonces que yo tenía razón. Le diré: «Por cada lágrima que has echado por mí, te voy a regalar una perla». ¡No va a haber en el mundo un collar más hermoso que el de mi madre!

El «Aceituno» no replicó. Entonces Rafa, que había entornado los ojos para ver mejor su fascinante porvenir, sonrió involuntariamente.

—Para ti también habrá, «Aceituno». Serás como un apoderado mío, mi hombre de confianza, y vivirás como un señorito: bien comido, bien trajeado... De tus tiempos de limpia, ni el recuerdo. Ya verás...

Como el «Aceituno» siguiera callado, Rafa se volvió hacia él, sonriendo todavía, y entonces vio que su amigo tenía hundido el rostro en la almohada.

—¿Es que no te gusta mi plan, «Aceituno»?

El limpiabotas levantó la cara sudorosa, congestionada.

—Podías haberte callado —dijo en tono de reproche y frunciendo los abultados labios.

—¿Por qué? ¿Es que te he ofendido sin querer?

—Porque no has dicho más que tonterías. El cortijo, la casa en Córdoba, el

caballo, las alhajas... ¡Nada nuevo! ¡No, no me mires así! No has dicho nada nuevo. ¿Crees que no me eché yo esas mismas cuentas? Lo mismo que ahora tú, lo mismo que todos. ¿Y qué?

Se dejó caer de espaldas, abrumado, y siguió hablando con una voz amarga y resentida. Rafa veía su perfil de estrecha frente, de nariz hundida, de labios hinchados, y le escuchaba compadeciéndose de él.

—¿Y qué? —repitió el «Aceituno»—. Mi madre, que no se puede mover de tantos padecimientos como tiene, todavía anda lavando ropa por las casas. Mi hermana se casó con un peón de albañil. Tienen cuatro hijos y entre todos se quitan el hambre a bofetadas. Y yo, ya ves: con las manos negras de betún, arrodillado siempre delante de algún cabrón. Ni me he podido casar ni nada. ¡Digo, casarme! ¿Tú no conoces a mi querida? ¡Tienes que conocerla, hombre! Si todos los chavales de tu edad la conocen... Se llama Charo la «Vitaminas». ¿Tú no has ido nunca a su portalillo? Porque es puta, ¿sabes?, portalillera, y tiene sífilis hasta en los ojos. Pero a mí eso no me importa. Ella me guarda cigarrillos, yo llevo el aguardiente, y nos emborrachamos y nos acostamos juntos. ¡Más de un día he tenido que echar a algún chaval, que ha salido corriendo con el pantalón en la mano! Pero la «Vitaminas» no es mala. A oscuras canta bien. Me pellizca la oreja y me canta como una mocita cortijera. Otras veces tengo que echarla a patadas de la cama. Según la «jumera»...

Rafa se dio cuenta de que aquel hombre, al parecer romo e insensible, sabía que la vida le había burlado. Tenía anotadas en su recuerdo todas las partidas que le habían llevado a la quiebra. Conocía su fracaso y la hondura en que había caído. Bajo aquella frente también germinaron sueños de gloria. Aquella alma también había vibrado presintiendo los clarines triunfales. Y, como en el fondo no era un resignado, se vengaba de su destino ensuciándose de barro y abofeteándose.

—Tuviste mala suerte, «Aceituno». Pero no siempre ha de ser así. Cuando yo triunfe, cambiará también tu vida.

—¡Mentira!

—¡Te lo juro!

—Te digo que es mentira. Todo lo que has estado diciendo es mentira. Hablas así porque no sabes nada todavía.

—¿Y qué es lo que no sé?

El «Aceituno» dio un respingo y quedó medio sentado, con la espalda apoyada en la cabecera del lecho.

—Que no sabes nada, hombre. ¿Qué crees que vas a hacer hoy en la plaza? No sabes más que toreo de salón. Ya verás cuando empiecen a gritarte desde todos los sitios: «¡Anda, cobarde!» El toro está allí para matarte. Y toda la gente que te grita quiere que te coja por lo menos. Muchas veces el animal no tiene ganas de hacerlo, pero le obligan a fuerza de palos. —Hablaba mirando con gran fijeza a la pared,

como si lo estuviera viendo—. A uno de nosotros lo destripa un toro y no pasa nada. ¡No pasa nada, no! ¿Qué te creías? —Se rio ásperamente—. ¡Mi madre! Si no fuera así, todos hubiéramos logrado salir de los pueblos. Pero es así. Te verás frente a un marrajo de media embestida, que se queda, que derrota. Que, a veces después de mirarte y cuando parece que va a dar la arrancada, te vuelve el culo y se echa a trotar para otro lado. ¡Eso es lo que tendrás que torear! Y si te metes mucho, el cornalón, y te quedas tirado con el mondongo fuera. Les ha pasado eso a muchos que creían que en estas plazas todo era manteca fina de toreo de salón. ¡No hay nada que hacer, Rafa!

Se calló cuando la saliva empezaba a espumajearle en las comisuras de los labios. Una bola de aire le subía del estómago y le ahogaba. El sudor le corría por todo el cuerpo y su respiración era agitada como la de un calenturiento. Tras una pausa, continuó:

—Y el público... No se harta de verraquear. Oyes insultos por todas partes y tu madre sale a relucir...

—¡Cállate! —le gritó Rafa, pálido de indignación.

—¿Que me calle? —y el «Aceituno» se volvió a mirar a Rafa. Tenía los ojos saltones. Eructó—. ¡No me da la gana de callarme! Tú has tenido la culpa de que hablara... No podía aguantar tanta idiotez...

—Tú es que estás amargado, «Aceituno». Así, lo mejor que puedes hacer es callarte.

El «Aceituno» hizo un movimiento y fue a quedar sentado en el borde de la cama, con los pies desnudos sobre el suelo. Su olor agrio llegó hasta Rafa, que se recogió instintivamente y saltó hacia fuera también, quedando en igual postura que su compañero, y frente por frente a él. También Rafa sudaba, también estaba nervioso. La pequeña frente del «Aceituno», su enorme boca de dientes amarillos y grandes, la fija mirada de sus ojos, le estremecieron a pesar suyo, le inquietaron como si un gran peligro o una repugnante escena le amenazaran. Los dos torerillos se miraban en silencio, sólo turbado por el silbante rumor de las respiraciones.

—¿Pero es que no te das cuenta, Rafa? —dijo por fin el «Aceituno» con ojos de espanto, como si estuviera viendo algo espeluznante detrás de su amigo.

—Darme cuenta, ¿de qué?

—De que estamos en capilla. Dentro de un par de horas tal vez alguno de nosotros esté muerto, despanzurrado, comido de moscas, como esos corderos que vimos colgados en las puertas de las carnicerías...

Rafa se tapó los oídos con las manos y gritó otra vez desesperadamente:

—¡Cállate, por Dios!

—Escucha, cipote. A un amigo mío lo mató un toro en un pueblo de Salamanca. Le dio una cornada en el pecho. El pobre tenía a la novia preñada y se quería casar

con ella a fines de aquel verano. Pero un cuerno de buey le partió el corazón. Parece que lo estoy viendo...

—¡Pero te quieres callar!

Rafa se ahogaba de angustia y movía la cabeza de un lado para otro como si temiera que le estallase.

—Es que tienes miedo, ¿eh?

La palabra fatídica saltó de los labios del «Aceituno» como un ave negra y empezó a revolotear en torno de los dos torerillos con un zumbido enloquecedor.

—Pues yo sí lo tengo. Mucho miedo. ¿Y qué? Por culpa tuya. ¡Maldita sea la hora en que se me ocurrió venir contigo!

Y el «Aceituno» se puso en pie temblando, presa de un pavor irresistible.

—Pero todavía hay remedio. Todavía no estoy en la plaza. ¡Que toree el bestia del «Raposo», y tú, si quieres! Pero el hijo de mi madre, no. ¡Yo no torearé más en mi vida! Prefiero el hambre, prefiero la miseria. Con la «Vitaminas» lo puedo pasar bien todavía. Cuando está de vena me canta por las noches y me duermo. Que nos peleamos, ¿y qué? Que es una fulana, ¿y qué? ¿No te das cuenta, Rafa? Lo peor es morir de una «corná», abandonado de todo el mundo como un perro sarnoso... Y todo para hacer reír al «Raposo» y a todos los demás mamarrachos de aquí... Pero yo no... Yo no toreo más... ¡Que me den mi caja y mis betunes! Durante el día, limpiando los zapatos, y por las noches, «ajumándome» con la Charo...

Tiritaba a pesar del tremendo calor. Su aspecto era de carroña, de carnaza descompuesta, de cadáver blando... Se volvió para recoger a tientas, con las manos temblonas, el pantalón que dejara en los pies de la cama.

—¡Yo me voy ahora mismo! Me escapo aunque tenga que tirarme por esa ventana.

Entonces Rafa se abalanzó sobre él para sujetarle.

—¡Tú no te vas!

—¡Quita!

—¡Cobarde!

—¡Quita, te he dicho!

Sus ojos saltones y acuosos suplicaban. Suplicaban sus brazos tendidos al vacío. Pero Rafa se agarró a él más fuertemente. El «Aceituno» miró hacia la ventana salvadora y, luego, a su amigo. Una última reacción desesperada le hizo sacudirle y gritar, espurreando saliva:

—¡Suéltame, cipote!

La brusca sacudida del «Aceituno» hizo tambalearse a Rafa, que tuvo que soltar su presa. Pero se rehízo en seguida. El «Aceituno» cogió sus pantalones e intentó ponérselos, pero antes sintió sobre su cara el manotazo de Rafa. Se confundieron los sonidos de la bofetada y del insulto.

—¡Maricón!

El «Aceituno» quedó paralizado. El pantalón se le escurrió de las manos y cayó al suelo sin que se diese cuenta. Miraba a su antagonista con una extraña fijeza, y el belfo colgante acentuaba su expresión de estulticia y de asombro. Rafa, asimismo, se había quedado en actitud perpleja, tieso, contraídos todos sus músculos y tendones...

El breve silencio, por lo hondo y dramático, transcurrió muy lentamente hasta hacerles daño. Terminó de pronto con una especie de bramido del «Aceituno». Un rojo furor le estalló dentro y el odio le llenó de bilis la boca. De un salto se lanzó contra Rafa, que le vio venir encima sin poder hacer nada para esquivarle. El «Aceituno» era mucho más fuerte y por eso pudo fácilmente atenazarle por la garganta y derribarlo sobre el camastro. El limpiabotas apretaba los dientes y gruñía:

—¡Te voy a matar!

Rafa, desorbitados los ojos, intentaba en vano arrancar de su cuello las manazas del «Aceituno».

—No hay nadie que me haya tocado la cara todavía, ¿me oyes? Y tú no vas a contarlo.

Rafa abrió aún más los ojos, como una última llamarada. Entonces el «Aceituno» sintió un miedo súbito. Quedó otra vez paralizado, con un nuevo asombro en los ojos. Dejó de apretar la garganta del muchacho y este pudo gemir débilmente:

—¡Asesino!

Otro breve silencio interminable. Ambos se miraban a los ojos. El «Aceituno» estaba horrible de sudor y de negrura. Pero era una bestia vencida ya, aunque seguía teniendo entre las manos la vida o la muerte de Rafa. Este ya no trataba de defenderse y dejó caer las manos impotentes. Aquella situación duró tal vez un solo segundo. El «Aceituno» soltó totalmente su presa y corrió como un loco a la ventana, abriéndola de par en par, y entonces la solina penetró en el cuarto restallante y cegadora. Se detuvo otra vez indeciso. Luego se dirigió al aguamanil, cogió la toalla y la empapó en agua. Con ella chorreando se acercó a Rafa y se la puso sobre la frente. Rafa había cerrado los ojos y gemía suavemente. Al sentir el contacto de la toalla mojada respiró con fuerza.

—¡«Filigranas»! ¡Rafa! ¡«Filigranías»! —decía el «Aceituno», llamando a su amigo con voz suplicante.

Le miraba sin saber qué hacer para volverlo en sí. Le daba miedo tocarle. Así estuvo dudando hasta que se decidió a subirle las piernas a la cama con mucho cuidado. Luego lo estiró poniéndolo en la postura que se le antojó más cómoda. Y, por último, le alzó el busto, colocándole debajo la almohada doblada.

—¡«Filigranas»! ¡«Filigranías»! —seguía clamando el «Aceituno».

Le dio aire con su propia camisa.

—¡Rafa! ¡Rafa!

Como en un despertar, el muchacho abrió al fin los ojos, sorprendido, y el «Aceituno» rompió a reír nerviosamente. Rafa hizo un esfuerzo para incorporarse.

—¿Te duele algo, Rafa? —le preguntó.

Había dejado de reír y observaba los movimientos del muchacho con angustiada emoción. Rafa se pasó la mano por el cuello.

—Por poco me ahogas —dijo quejumbrosamente.

—No sé qué me pasó, Rafa.

—¡Eres un bruto, «Aceituno»!

—Sí, sí... —afirmó el «Aceituno», temblándole los labios.

—Y la culpa es del miedo. Los dos lo hemos tenido.

—Sí, sí...

—Yo creo que el miedo es lo peor que hay...

—Que sí, que sí...

—Pero hay que dominarlo y olvidar lo que ha pasado.

—No sé qué me pasó, Rafa. Estaba loco. Y luego la bofetada, ¿sabes?

—Si no te pego, te tiras por la ventana. No se me ocurrió otra cosa que pegarte. Hice mal. Lo sé.

—Igual que yo. Pero es que no pude remediarlo. El miedo me disparata.

—Comiste demasiado. ¡Y este calor! Pero ya ha pasado. Y menos mal que no apretaste del todo... —Y se sonrió suavemente—. Anda, cierra la ventana y échate. Ahora es cuando necesitamos descansar, creo yo. Y aún tenemos tiempo. Anda.

El «Aceituno» fue a entornar la ventana y luego se echó otra vez en su catre.

—Pero... ¿te duele algo, Rafa?

—Un poco el cuello, pero no tiene importancia.

—¿Podrás torear, niño?

—Pues claro que sí, hombre.

—Mira que si...

—¡Calla, hombre!

Y el «Aceituno» se calló. En el silencio que siguió volvieron a oírse los crujidos y la fatigosa respiración de los viejos tablazones. El calor se ciñó más a los cuerpos. La angustiada espera deberían soportarla ya sin sueño, minuto a minuto, luchando contra los fantasmas de la imaginación. Lejos de aquella alcoba, más allá del pueblo y pasados los inmensos campos que la circuían, estaba la vida y la tranquilidad, las costumbres de siempre, los rostros conocidos. Estaba la silla del café, aquella del rincón, donde se sentaba el «Aceituno» a leer las revistas taurinas cuando ningún cliente solicitaba sus servicios de betunero.

(—¿Qué hay, «Aceituno»? ¿Qué tal ha quedado el «Algecireño» ayer en Madrid?

Es otro betunero como él. Como él, aficionado a los toros y retirado ya de las capeas.

—¿Quién, el «Algecirenño», el niño bonito ese? Pero si no sabe torear más que becerros. Si no hace más que «fantochás» y siempre las mismas. Desde que murió Manolete, no hay nadie.

—Tienes razón. ¡Aquel sí que era un maestro! ¡Qué manoleteras! ¡Qué naturales! ¡Qué!...)

Estaba también el pequeño cuarto aquel donde Rafa estudiara antaño y donde luego, ya con el ansia de ser torero se retiraba a rumiar sus planes.

(—Pero, hijo mío, ¿no me oyes?

Es su madre, que le llama para cenar. El cuarto está decorado con retratos de toreros célebres y reproducciones de sus faenas más descollantes. Estampas recortadas de las revistas y fijadas en las paredes con chinchetas. Rafa, con una silla por delante y el trapo rojo en las manos, ensaya lances y suertes taurinos. La madre le sorprende toreando el aire.

—¡Pero, hijo mío, por Dios!

Rafa deja el trapo sobre la silla y va hacia su madre sonriendo. Le echa el brazo por la espalda y la lleva delante de uno de aquellos retratos.

—¿Ves ese, mamá? Es el «Reverte», el mandón de hoy en los toros. ¿Te gustaría verme así, hecho el amo?

La madre le mira a los ojos, ya sin fuerzas para oponerse a su voluntad, pero todavía incrédula.

—¡Ay, Rafa, tú estás loco! Si tu padre viviera...

—Si papá viviera, yo estaría estudiando medicina, mamá...)

Pero por delante de aquellos rostros y de aquellas escenas se levantaba, como un muro negro, la cabeza de aquel torete que les aguardaba en la plaza. Estaban aquel robusto cuello y aquellos cuernos afilados que podían producir la muerte, a pesar de la dulzura e inocencia de sus ojos...

El «Aceituno» oyó un gemido y se tiró de la cama rápidamente.

—¿Qué te pasa, Rafa?

Ahora era Rafa quien tenía el rostro hundido en la almohada y lloraba quedamente ahogando los sollozos.

El «Aceituno» se sentó en la cama de Rafa y le puso cariñosamente una mano sobre el hombro.

—¡«Filigranías»!

—¡Tengo miedo! —gimió el torerillo.

—¿Miedo, tú, chiquillo? ¡Vamos, hombre!

Pero Rafa no podía estrangular su congoja y el «Aceituno» le miraba con toda la ternura de que era capaz.

—¡Si tengo yo la culpa, maldita sea! Te he pegado el miedo. ¡Si esto es como para liarse a bofetadas con uno mismo! ¡Mala «puñalá» me peguen!

El «Aceituno» estaba desesperado. Se estrelló la mano sobre la frente y, mordiéndose los labios, exclamó:

—¡Huy!

Al chasquido levantó Rafa la cabeza. Se sorbió las lágrimas y dijo al «Aceituno»:

—No tienes tú la culpa. Es de mi miedo. Me lo he estado aguantando hasta que no he podido más. Cuando me he acordado de mi madre me ha entrado un ahogo...

El «Aceituno» movió la cabeza negativamente.

—¡He sido un patoso! No me digas que no. Tú, al fin y al cabo, eres un chaval. ¡Pero yo, yo que he venido a cuidar de ti...!

—No te disparates otra vez. Escucha: ¿tú crees de verdad que me puede coger tan fácilmente el toro?

Rafa le miraba fijamente a los ojos con toda su ingenuidad y su ansia de niño.

—Ni hablar de eso, hombre. Tú sigue mi consejo: nada de filigranas con el torito ese. Mantazos nada más. Y si quieres hacer un adorno, a cuerno pasado. Estos bestiajos de aquí no entienden y se quedarán tan contentos. Yo estaré al quite, desde luego. Pero es que, además, tú tienes facultades y recursos de sobra para salir bien del apuro. No te pasa lo que a mí, que no tengo ángel, que no sé moverme. Por eso tuve que dejarlo. Una de dos: o tenía que consentir que el toro me cogiese para emocionar, y eso no entraba en mis cálculos, o tenía que dar la «espantá». Y daba la «espantá». ¡Pero de qué manera! Peor que el «Gallo». Tiraba la muleta y la espada y salía corriendo como un desesperado aunque el toro no hiciera por mí. Si yo hubiera tenido entonces las facultades y la gracia que tú tienes ahora, ni el «Alגעireño», ni el «Reverte», ni nadie... ¡El amo hubiera sido yo, con todo lo feo que soy!

El «Aceituno» se dio un azote en el muslo riendo.

—Porque mira que soy feo, ¿eh? Me lo dice siempre la «Vitaminas». Pero le gusto, ya ves tú. Di que no quiero chulearla... Porque eso, no. Yo de chulo no tengo un tanto así. Me hubiera dejado querer de una marquesa con mucho «parné». Pero el pan de... ¿me entiendes?, no me gusta. ¡Tú sí que tendrás marquesas, niño! Claro que no necesitarás dinero de ellas. Pero ¿verdad que tiene que estar superior eso de acostarse con una marquesa y pasearla por todas partes como tu querida?

Rafa tenía la mente llena de sombras y un temor oscuro le apretaba el corazón. Le hacían sonreír los gestos y las ocurrencias del «Aceituno», pero seguía su charla al acecho de una ocasión para plantearle las dudas y las preocupaciones que le afligían. Y el «Aceituno», que sin duda sospechaba este deseo de su amigo, charlaba y charlaba sin parar, saltando de un asunto a otro. Pero, en una pausa inevitable, se le interpuso Rafa.

—Entonces, «Aceituno», no debo apretarme, ¿verdad? Los pies separados, y los

brazos extendidos. ¿Es eso?

—Aliñar, aliñar, Rafa... Si acaso, como te dije, sacar la tripa un poco o mirar al tendido cuando hayan pasado los cuernos, y no muy cerca. Aquí no te importa más que aprender. ¡Y a estos «malages», que les den morcilla! Mantazos, mantazos, Rafa... Hazme caso, niño.

Rafa asentía con la cabeza. Una de las veces le interrumpió poniéndole una mano en el hombro y mirándole fijamente a los ojos, para decirle:

—Y si me ocurriera algo, un coche y a Madrid.

—Desde luego, hombre. Contigo no se ensaya ningún matasanos de por aquí. ¡De eso puedes estar seguro, Rafa!

—Un coche y a Madrid, ¿eh? —insistió el otro.

—Claro, claro.

—¿Me lo juras?

El «Aceituno» se besó los dedos en cruz y dijo:

—¡Que me quede ciego!

Rafa suspiró más tranquilo, y el «Aceituno» cogió otra vez el hilo:

—A lo que íbamos de las «gachís»... Aquí hemos visto dos que están superiores. La del alcalde es una rosquilla, hijo. Pero vamos de paso y no tenemos tiempo para trabajarla. Queda la Fina esa... ¡Niño, qué morenaza! Y ahí lo tienes todo hecho, ¡eh! —Y como Rafa sonriera incrédulo, prosiguió—: Yo entiendo más que tú de eso y sé lo que me digo. Que la tienes en el saco, hombre. Milagro será que esta noche... Bueno, yo lo apañaré después de la corrida, ¿quieres?

Sonaron unos porrazos en la puerta y ambos se volvieron a mirar. Después de los golpes levantaron el pestillo. Se abrió la puerta y en ella apareció el «Raposo» con la vara en la mano.

—¿Se puede pasar? —gritó ya dentro.

Venía sudoroso, como de una pelea.

—Pero, hombre... ¿Es que no pensáis torear o qué? Ya está llegando el personal a la plaza y vosotros aquí tan tranquilos de plástica. ¡Venga, venga!

Dio un varazo en la puerta que retumbó en toda la casa, y los toreros, después de cruzar una mirada entre sí, se pusieron en pie rápidamente, sosteniéndose los calzoncillos con las manos...

VI

EL «Aceituno» se rasuraba la barba, apenas enjabonada, dándose fuertes tirones con la maquinilla. La siega de los duros pelos producía un ruido áspero y monótono. Soltó un taco y luego dijo:

—¡Nada, que me degüello!

Rafa, mientras tanto, se contemplaba la taleguilla que acababa de ponerse, demasiado ancha para sus escurridas piernas. Fue, originariamente, de raso blanco, pero ya su albura había envejecido y traslucía una amarillez sospechosa de sudores y sangre tercamente indelebles. Y la franja bordada de los lados había perdido su brillo áureo y tenía una opacidad roñosa de plata vieja. La cintura le estaba excesivamente holgada y tuvo que hacer unos dobleces en ella para adaptarla a su perímetro. Se ajustó luego el cinturón y se quedó expectante mirando a su amigo.

—Date prisa, hombre, que el «Raposo» no tardará nada en volver.

El «Aceituno» se había agarrado la nariz y empezaba a pasarse la cuchilla por el labio superior. Tiró un tajo. Después otro. Brotaron unos hilillos de sangre.

—¡Me estoy haciendo una carnicería! —exclamó—. ¡Tener que afeitarme sin espuma y de prisa es una barbaridad!

—Pues no te apures tanto.

—¿Apurarme? Mira. —Y el «Aceituno» se pasó las yemas de los dedos por la cara—. Corros de pelos como si fueran lunares. Menos mal que soy negro que, si no, iba a parecer mi cara un tablero de ajedrez...

Luego se chapuzó renegando.

Se vistieron de prisa ayudándose el uno al otro.

—¡Igualito que las figuras! —dijo el «Aceituno»—. El maestro se sienta muy cómodamente mientras uno le hace la coleta y otro le ajusta los machos... Los amigos le rodean contándole chistes para echar fuera el «fario»... ¡Igualito que nosotros!

Si el traje de Rafa había sido de oro y blanco, el del «Aceituno» lo fue de azul y plata. Cuando se embutieron las pesadas chaquetillas se miraron.

—A ver, date media vuelta —dijo el «Aceituno».

Rafa giró sobre sus pies.

—Algo grande te está la chaquetilla y la taleguilla te hace una bolsa atrás, pero no estás del todo mal. ¿Y yo?

El «Aceituno» se estiró y se le quejaron todas las costuras. Sus piernas parecían más largas y más combas. Los nudos de los juanetes querían estallar dentro de las livianas zapatillas. La camisola se le arrebujaba y la roja corbatilla parecía estrangularle.

—A ti te está todo estrecho y pequeño —contestó Rafa sonriendo—. La verdad es

que estos trajes nos caen como dos pistolas a un santo. ¡Y lo mal que huelen! ¡Y lo que pesan! Cuántos los habrán sudado ya, ¿eh?

—¡A ver! También nosotros vamos a echar pringue con ellos, no creas.

—Bueno, pero lo que hace falta es que podamos quitárnoslos luego nosotros mismos.

—¡Eso!

Se quedaron serios de pronto. Una oculta preocupación les sombreó el rostro y les apretó las vísceras. Entonces Rafa se volvió buscando con la vista las estampas religiosas, de santos ignorados, que pendían sobre las cabeceras de las camas.

—¿Tú no rezas, «Aceituno»?

El limpiabotas palideció y cerró los ojos como si hubiera visto de pronto algo temible, o como si sintiera un vahído. Su compañero avanzó un par de pasos y, después de santiguarse, dejó caer la cabeza con los ojos cerrados. El «Aceituno» no se pudo mover porque le temblaban las largas piernas, pero se santiguó torpemente. Durante la pausa del rezo silencioso se percibió en la estancia el rumor lejano de la multitud que aguardaba, impaciente e incómoda, el comienzo del espectáculo. Los torerillos se estremecieron.

Terminado el rezo, se santiguaron otra vez, besándose el pulgar de las diestras, y al volverse se encontraron con los ojos del «Raposo», que les estaba contemplando desde la puerta. No hizo ninguno de sus acostumbrados gestos. Sólo dijo:

—Vamos, que ya es tarde.

Sobre las camas yacían extendidos los capotes de paseo y las monteras. Sin decir una palabra inútil, Rafa y el «Aceituno» se encasquetaron estas y se terciaron aquellos. Después de mirarse de arriba abajo, para comprobar el aire de las prendas, dirigieron su mirada al mozo. Este entonces dio media vuelta y salió de la estancia. Los torerillos le siguieron silenciosamente.

Según descendían por la escalera fueron percibiendo, cada vez más gruesos, los rumores de la calle y de la taberna. Otra vez sonaban los pitos de la chiquillería...

En la taberna se callaron todos los concurrentes al verlos entrar. Y las miradas, en haz, fueron a clavarse en ellos. Ya no eran los mismos de la mañana, con sus trajecillos ligeros de «paisano» y sus camisas desabrochadas. Los barrocos trajes de seda con relumbres de metal, tal vez la diferente luz o acaso la proximidad del drama, los había transformado a los ojos de aquellos hombres. Y Rafa y el «Aceituno» pasaron entre ellos como triunfadores...

Al pisar la calle estalló un cohete de señal. Los chiquillos acudieron como moscas, pero dejaron de tocar los pitos para mirarlos, enteramente fascinados. Grupos de curiosos se agolparon sobre ellos y los torerillos hubieron de detenerse hasta que el «Raposo» y los demás mozos de la comisión formaron una muralla protectora en su torno. Escudados así pudieron desembocar en la plaza. Su presencia levantó un

clamor general entre el inmenso gentío que ocupaba los balcones y las galerías, un clamor repetido en mil tonos y ecos diferentes. El sol, ya algo caído, dominaba plenamente aún la escena. El aire quemaba.

Se detuvieron bajo la tarima presidencial y allí se preparó el cortejo. Lo encabezaban los dos toreros y seguían los mozos que iban a lidiar las vaquillas, entre ellos Maxi y Acisclo, todos con camisas blancas, pantalones de pana oscura sujetos con las anchas fajas negras, y calzados con alpargatas. Cerraba la comitiva el «Raposo», jinete en el mismo caballo que empleaba en las procesiones de Semana Santa, cuando era capitán de judíos, y tocado con un extraño bicornio negro procedente, según voces, de cuando la francesada.

Se abrió la puerta de acceso al redondel, y Rafa y el «Aceituno» se encontraron, de pronto, con un sol deslumbrante y con un estallido de voces calientes que les llegó a la cara como un vaho. En ese momento empezó a tocar la banda un pasodoble torero. El «Raposo» les había dicho antes de salir:

—Tenéis que tirar por la derecha hasta dar la vuelta a la plaza.

Tras un momento de vacilación, y sin haber podido aún acomodar las pupilas a la llameante luz, iniciaron el paseíllo. Entonces empezaron a oírse los aplausos y las voces estentóreas que ahogaban los acordes de la música. En cada galera había un grupo de muchachas sentadas detrás de una cuerda donde habían colgado sus mantones, y, en su torno, se apiñaban los hombres, algunos en las posturas más inverosímiles, asidos a las cuerdas, a los palos... Docenas de cohetes estallaron de pronto, algunos de los cuales, intencionadamente mal tirados, iban a parar al ruedo o a los cogollos de mozas, levantando un espantoso griterío...

Los toreros, cuando lograron ver, se hallaron en medio de un círculo compacto y palpitante que se cernía sobre ellos como una culebra de monstruosas proporciones. Esa fue la primera impresión. Después distinguieron a las mujeres, que eran las más gesticulantes y gritadoras, y a los varones, todos enarbolando garrotes y pértigas y, la mayoría, con la bota de vino en bandolera. Como el paseíllo se efectuaba siguiendo la línea de palos cruzados que hacían de barrera, apenas separada de los carros por un pasillo de medio metro de ancho, los toreros sentían la presión física de la multitud que casi los tenía al alcance de la mano. Así, a pesar del clamor unánime, podían distinguir los comentarios y las exclamaciones de los espectadores a su paso. Y eran las mujeres las más explícitas y audaces.

—¡Olé, valiente!

—¡Olé, torero!

—¡Mira tú, si es un chiquillo!

—¡Jesús, qué feo es el negro!

A una de estas se volvió el «Aceituno» y le replicó:

—¡Gracias, mi alma, que tienes la cara como un girasol! —Y en voz más baja

masculló una atrocidad. La moza se echó a reír.

Rafa empezó a sentirse contagiado por el ambiente, como si respirara electricidad. Se fueron desvaneciendo sus temores y sus recuerdos... Poco a poco se fue apoderando de él una viril emoción, fuerte como un vendaval íntimo que parecía querer levantarlo sobre el suelo. Marchaba con los dientes apretados, erguido, desafiante...

—¡Viva el «Filigranas»! —gritó un mozalbete.

—¡Viva! —contestó el grupo de muchachas de la galería más próxima.

Para Rafa fue como un pinchazo que le hizo estremecer. Y entonces, el torerillo, por primera vez en su vida, supo lo que es el temblor de la gloria.

El paseíllo tocaba a su fin cuando salió un grito:

—¡Viva El Pozo!

Luego, otro grito:

—¡Vivan los «currinches»!

Maxi comentó a espaldas de Rafa:

—¡Ya están esos chulos metiendo la pata!

Como si aquellos gritos constituyeran un ultraje que fuera menester vengar en el acto, el discorde vocerío de la plaza se fundió en otro grito, potente y estremecedor como un cañonazo:

—¡Viva Santiagooo!

La tribuna de las autoridades estaba también repleta de público. Uno de los extremos lo ocupaba la banda de música con el devorador de albondiguillas al frente. Tras el antepecho central, adornado con mantones de Manila, descollaban las cabezas de las cinco muchachas que presidía la hija del alcalde. Seguidamente, Román, entre el juez y don Primitivo, el cura, y dos señores con gafas negras. En filas posteriores, don Juan, su hijo y los demás notables. Juanito se apoyaba en el respaldo del asiento de Antoñita. El cura y Román tenían, bien manifiestos, un aire de autoridad y de distancia. Los dos señores de las gafas negras charlaban animadamente entre sí. Don Juan sudaba acongojado todavía, y el cabo comandante de la guardia civil parecía una estatua de piedra.

Al quedar los toreros frente a la tribuna, terminó el pasodoble con un fuerte mazazo al bombo. El pequeño director se volvió entonces sudando y mostrando sus dientes alternos. Cesaron todas las conversaciones y las miradas fueron a convergir en los flamantes lidiadores. En ese momento Rafa y el «Aceituno», a una, se inclinaron ante la presidencia llevándose la mano a la montera. Después se volvieron de espaldas, al tiempo que se desliaban los capotes de lujo en un movimiento rápido y gracioso, ofreciéndoselos luego a Antoñita y su corte. Las muchachas los aceptaron colocándoselos en el antepecho de la tribuna. Realizada esta previa fase del rito, los toreros, tomando los capotes de brega, los desplegaron en torno a sus pies.

La atención general saltó sobre el «Raposo», que había permanecido a caballo en el centro del redondel y que, tras un sonoro estacazo en la grupa de la bestia, iniciaba una frenética galopada. El caballo era un torpe trotón de arado, pero el «Raposo» le obligaba a galopar a talonazos, a gritos y a palos. El mozo saltaba sobre la silla y mientras le fustigaba con una mano tenía que sujetarse con la otra el bicornio. La gente aplaudía y vociferaba:

—¡Arreeee!

—¡Que pierdes la cobertera, Colás!

Dio tres vueltas a la plaza y se detuvo ante la tribuna. El jinete sonreía, sobreponiéndose a duras penas a la agitación de la carrera, pero al pobre caballo apenas si le quedaba resuello. El «Raposo» se destocó y esperó con la mano tendida. Entonces la hija del alcalde le tiró una simbólica llave adornada con un lacito de los colores nacionales. Aunque el tiro resulto corto, el «Raposo» se estiró ágilmente y la llave cayó dentro del bicornio.

—¡Bien tirada, Valentín! —gritó alguien, y hubo un coro de risas.

El «Raposo» dio una última vuelta al ruedo, al trote ya de su cansada montura, llevando en alto el bicornio, pero la gente empezaba ya a impacientarse y le despidió con pocos aplausos entreverados de pitos.

El cura decía al alcalde:

—Y digo yo, Román, ¿hasta cuándo va a estar moceando el «Raposo»?

—Pues ya lo sabe usted, don Primitivo: hasta que salga otro mozo con menos años y más agallas que él —contestó el alcalde; y luego, moviendo tristemente la cabeza, añadió—: A todos nos ha pasado igual...

Hubo una pausa y, de repente, sonó el metal agudo de un cornetín. El aire estaba amodorrado de calor y de polvo y gravitaba sobre la gente, pero el toque fue como una furiosa sacudida que lo rasgó en mil pedazos. Sus duras vibraciones levantaron una violenta emoción en el público. Todo el mundo, instintivamente, se echó hacia adelante.

—¡Mira tú qué bien ha aprendido a tocar el «Pausa» en la mili! —saltó un chusco, pero nadie le hizo caso ya.

Se abrió la puerta del toril, pero nada asomó por ella. Así pasaron unos instantes. Debido al silencio reinante en el coso pudo oírse el ruido de la brega sostenida por los encargados de echar las reses al ruedo. Al fin salió huyendo una nerviosa vaquilla con los pitones embolados.

—¡Ahí va: la Matea!

Acisclo, Maxi y los demás mozos, con un pie puesto en el primer tablón de la barrera o a horcajadas en el último de ellos, contemplaban a la vaquilla sin atreverse a desafiarla. Los toreros, apoyados displicentemente en las tablas de la barrera y con los capotes recogidos sobre el brazo, eran unos espectadores más.

La vaquilla, girando muy lentamente sobre sus pezuñas, recorrió todo el círculo con su aviesa mirada en busca de un enemigo valiente. Pero nadie osó adelantarse hacia ella. Los mozos empezaron a gritarle:

—¡Je, Matea, je!

Pero la vaquilla, ducha en estas lides, no hizo caso de aquellas voces engañosas que querían atraerla a los lugares de peligro por donde asomaban los temidos garrotes.

Acisclo se descolgó de la barrera y dio una patada en el suelo, pero la Matea respondió moviendo las orejas solamente. Duraba demasiado aquella tensión y tuvo que romperse. Primero fue un palo el que sonó; luego, dos; después, doscientos. Y un pitido, y dos, y mil se unieron al batir de las estacas. Se armó un jaleo ensordecedor y los mozos se sintieron abochornados. Los que más alboroto levantaban eran los forasteros, que se habían agrupado todos en la misma zona, junto a la tribuna presidencial.

Román dirigió a los forasteros una mirada terrible y luego se volvió para preguntar a los que estaban detrás de él:

—Pero ¿dónde anda Colas?

Pero antes de que tuvieran tiempo de contestarle, el «Raposo» apareció en el ruedo. La vaquilla le daba la grupa en aquel momento y el mozo, agachándose todo lo que pudo, echó a correr hacia ella. Y cuando la Matea percibió su movimiento, ya el «Raposo» se le había agarrado al rabo. La multitud prorrumpió en un grito de victoria. Las mujeres aplaudieron puestas en pie.

Debajo de las galeras, los mozalbetes, que llevaban largo rato al acecho de una oportunidad, se disputaban un sitio en las rendijas de los tablones para mirar hacia arriba.

—¡Ahí va!

—¡Déjame, déjame mirar!

—¡Quita!

—¿Qué es lo que ves tú?

—¡Uy, las ligas!

—¿De quién?

—¡Cállate!

—¡Pues yo no veo nada, maldita sea la...!

—¡Cómo se despatarra la Alfonsa, muchacho!

—¡Pues y la Matilde!

La vaquilla se había vuelto rápidamente para atacar al «Raposo», pero este, aferrado a la cola del animal, giraba en el mismo sentido y a la misma velocidad que él, y así a la Matea le era imposible cornearle. Los demás mozos acudieron entonces a la pugna.

En realidad no se trataba de lidiar la vaquilla, sino de luchar con ella a cuerpo limpio hasta reducirla a la impotencia. Por ello, los mozos se lanzaron sobre la bestia tratando de sujetarla por los cuernos y por las patas. La Matea forcejeaba desesperadamente para escapar a tantas manos. Hubo momentos en que hombres y bestia formaban una sola masa ondulante y fluida que daba vueltas sobre sí, cambiando de centro de gravedad continuamente. De vez en vez se veía a un mozo que, aferrándose a los cuernos, se aupaba sobre la cabeza del animal y luego resbalaba por uno de sus costados. Alguno subía por la cola y la jineteaba, rodando finalmente al suelo empujado por otro que quería repetir la misma hazaña.

Las risas, las voces, los pitidos y el repiqueteo de los garrotes formaban un escándalo atronador. La multitud gozaba estruendosamente y el mismo eco de su griterío la excitaba más y más. Gentes de tierra silenciosa y seca, de tierra sin árboles, horra de sensualidad, guardaban en cada pecho un polvorín de frenesí que estallaba solamente una vez al año, en la fiesta. Su vida, de aire y contornos forzosamente ascéticos, se recobraba en aquella vacación con una fuerza elemental e irresistible.

Uno de los mozos que se sostenía difícilmente agarrado al palo de una galera, quiso aprovecharse de aquella confusión. En uno de los momentos en que la muchacha que tenía delante se puso en pie, impelida por el entusiasmo, dejó caer su mano sobre el respaldo de la silla que ella ocupaba. Y cuando la moza volvió a sentarse pudo rozarle la espalda, diciéndole al mismo tiempo con voz trémula:

—¡Ay, Mariquita!

Pero la tal Mariquita se volvió rápida, como si la hubieran pinchado. Ni corta ni perezosa, y sin dejar de reír con toda su boca joven y exultante, le dio una sonora bofetada.

—¡Toma, por sinvergüenza! ¡Y cuando quieras vuelves por otra!

Después volvió a sentarse y comentó con sus amigas:

—Si le estaba viendo venir... Le he estado mirando de reojo porque comprendía sus intenciones. Siempre anda detrás de mí comiéndome con sus ojos de carnero a medio morir, pero sin decirme nunca nada el muy zaino. Pero conmigo no le vale. Y ahora le he cogido en un renuncio bien claro.

Para el mozo fue aquella bofetada como un bautismo de amor. Se quedó sonriendo con la boca redonda y los ojos relucientes.

—¡Mariquita, Mariquita...! —exclamó como reconviniéndola, pero fue tal el gozo que le entró en el pecho, que le era imposible contenerse. Y para no cometer ninguna locura más, de un salto se lanzó a la arena, corriendo después hacia el grupo de los que luchaban con la vaquilla.

Mariquita rompió a aplaudir entre grititos y exclamaciones incongruentes, hasta que sus mismas amigas tuvieron que sujetarle las manos y taponarle la boca. Entonces se puso de pronto muy colorada y se quedó quieta.

—Le digo a usted, don Primitivo, que si el «Raposos» no llega a hacer lo que ha hecho, me hubiera tirado yo a agarrar a la vaquilla.

—¿Usted, Román? Pero, hombre, ¿usted, la primera autoridad, lanzarse así a la plaza?

—¡Por eso mismo! El pueblo no podía quedar en mal lugar y al no salir otro...

—Pero usted ya no es ningún mozo, que digamos...

—Ya, pero de lo que hubo siempre queda algo, don Primitivo.

Y los claros ojos de Román centelleaban. Sus manos sarmentosas se aferraban a sus rodillas como si tuviera que estar sujetándoselas para no saltar al ruedo. Dijo como para sí:

—Uno nunca pierde todo el bravío...

Los mozos habían conseguido inmovilizar a la Matea. Entonces unos cuantos se quitaron las camisas y se pusieron delante de ella, incitándola a embestir.

—¡Je, Matea, je!

—¡Vaca!

Los que la tenían sujeta la soltaron. La vaquilla no se lanzó a ciegas como era de esperar. Se quedó inmóvil y agachó el testuz. Las camisas revoloteaban a su alrededor, pero ella no se dejaba engañar por los trapos. Los mozos se fueron confiando y cada vez se acercaban más, creyéndola acobardada y sin fuerzas. Pero cuando menos se lo podían temer, la Matea, sin esfuerzo apenas, no tuvo sino que alargar el cuello y describir un círculo con sus defensas para que varios de los mozos resultasen aparatosamente volteados. Acisclo cayó de espaldas como un costal de trigo. A otro, el cuerno le enganchó por la boca del pantalón, rasgándoselo, y el infeliz tuvo que salir corriendo, ocultándose las vergüenzas con la mano, en medio de la rechifla general. La Matea pudo ensañarse entonces con los caídos, apaleándoles sin piedad con sus cuernos embolados. Cuando se cansó, les volvió grupas y los coceó furiosamente.

Entre los espectadores de la tribuna presidencial, el más viejo de los dos que usaban gafas negras, decía a su compañero:

—¡Cómo quieres que las toreen, hombre! Ni el mismo Manolete redivivo podría hacerlo. ¿No ves que estas vaquillas llevan años y años saliendo en las capeas de los pueblos? Saben de estas cosas más que Lepe. Fíjate cómo no consiguen arrancarla del centro del redondel y llevársela hacia las barreras. Ella sabe muy bien que en cuanto se acerque a la valla la muelen a palos. Y no embiste, gatea. Y menos mal que lleva los pitones embolados. Precisamente esta y otra a quien llaman Tomasa, son célebres en toda la provincia por las muertes que llevan hechas. Esta, la Matea, ha matado ya a cuatro o cinco maletas y mozos que se atrevieron a torearla de verdad. Es una asesina que se va derecha al cuerpo. Ya has visto cómo ha esperado que se le acercasen los mozos, y entonces ¡zas!, ha hecho un molinete con la cabeza y los ha enganchado.

¡Imagínate lo que hubiese ocurrido de no llevar bolas en las puntas de los pitones! Los hubiera apuñalado a mansalva.

—Pero lo que yo no me explico —replicó el otro— qué es lo que sacan en limpio esos fulanos revolcándose con vacas. No me digas que esto no es bárbaro.

—¡Psché! ¿Qué quieres que te diga? Todas las muchedumbres, cuando obran como tales, se conducen siempre desorbitantemente. En el fondo, tú lo sabes, llevan una fuerza agresiva que necesitan desahogar de alguna manera. Y yo creo que mejor que liarse a mamporros los hombres entre sí es que luchen con un animal de estos. Además, muchos de los que ves ahí luchando a brazo partido con la Matea, están efectuando, ni más ni menos, una prueba de virilidad ante la mirada de alguna moza que les gusta.

El interlocutor más joven movió dubitativamente la cabeza.

—Mira, para eso, para desahogar esa agresividad de que tú hablas, existen los deportes, el fútbol, por ejemplo. No me negarás que tiene su emoción y que, al fin y al cabo, son juegos sometidos a normas racionales...

—¡No me hables de fútbol, por Dios! —saltó el otro, interrumpiéndole con vehemencia—. No compares esto con el espectáculo de veintidós hombres en calzoncillos persiguiendo una pelota sobre un campo de césped... Bien está eso para colegiales, pero sólo para colegiales, ¿me entiendes? Vamos a ver: ¿es que se puede pintar a un jugador de esos, que a lo mejor hasta tiene ya hijos, dándole una patada a un balón? ¡Vete a un pintor de verdad con esa embajada! En el fútbol no hay drama. Todo es pueril y grotesco en él.

—¿Que no hay drama? Vete un domingo a Chamartín y verás como hay quien se exacerba hasta el paroxismo y es capaz de llegar a la mayor violencia...

—Pero no por el juego en sí, hombre. Desengáñate. El furor de los espectadores proviene de otra causa. Es el partidismo, que allí va con sus banderas y sus himnos. Es el tribalismo, la taifa, la guerra civil que todos los españoles llevamos dentro sin saber por qué. Lo mismo da para eso que se juegue al fútbol, que se tronquen troncos o que se arrastren piedras... ¿No lo comprendes? Yo te digo una cosa: si fuera pintor, pintaría esto, y si fuera novelista como tú, aquí buscaría inspiración para mis relatos españoles. Esto es España y no los cafés de Madrid. Esto es auténtico folklore y no las ensaimadas que nos dan allá.

Al terminar tiró del nudo de la corbata y se desabrochó el cuello de la camisa. Estaba excitado. Su joven amigo, que vestía sahariana y camisa sport, le miraba sonriendo.

—¡Eres un auténtico celtíbero! —le dijo.

—¡Y que lo digas! —contestó el otro resoplando y secándose con el pañuelo el sudor de la frente—. ¿Y tú no?

El joven se encogió de hombros.

—Pues a mí me contagia esta fiebre, no lo puedo remediar. Y estoy seguro que acabará por contagiarte a ti también. Te he traído aquí para eso. Necesitas un espectáculo fuerte que te haga eliminar todo el té que tomas. Ya verás cuando llegue el toro de muerte, ya verás... —Y de pronto exclamó, señalando lo que ocurría en el ruedo—: ¡Mira, mira!

—¡Qué bárbaro! —comentó el joven.

Los mozos se habían vuelto a lanzar sobre la vaquilla. Otra vez los hombres rodearon la bestia, la abrazaron, la inmovilizaron. La Matea les dejaba hacer, oponiendo una débil resistencia, más aparente que real, como una experimentada actriz que tiene que dejarse asesinar en escena. Los mozos le hicieron doblar las patas y luego la obligaron a acostarse sobre la arena. Entonces, el «Raposo» se llegó a la valla a recoger una bota de vino. Volvió y se puso frente a la vaquilla. El animal le miraba sin miedo, y no le faltaba más que poderse sonreír. El «Raposo» apretó la bota bajo el sobaco y soltó un chorro invisible de vino sobre el hocico del animal. Prodújole sin duda un vivo cosquilleo, porque arrugó el morro y resopló; pero en seguida debió calmar sus nervios el frescor del vino, porque sacó la lengua y comenzó a relamerse. Los mozos la soltaron entonces, pero ella no se movió. Y así quedaron frente a frente el «Raposo» y la Matea, aquel apretando la bota y esta relamiéndose, en una insólita suerte de lidia. Hasta que en medio de las risas y la algazara general sonó el cornetín del «Pausa» poniendo fin al pintoresco episodio. La Matea fue obligada a ponerse en pie y, acompañada hasta la puerta por sus antagonistas, a entrar en el toril. Ella, tan quisquillosa, se dejó llevar mansamente, como si se diese cuenta que su papel había terminado en la representación.

Sonó otra vez el cornetín del «Pausa», y después de un momento de silencio en que apareció vacía la puerta del toril, salió corriendo y amagando el anca otra vaca astifina y elástica. Presentaba también bolas en las puntas de los cuernos y, nada más tropezar con el aire vacío del ruedo, fue a situarse en su punto central, cautelosa, desconfiada, retráctil...

—¡Ahí va, la Tomasa!

Era la vaquilla para los forasteros. Los mozos de la localidad se habían retirado de la arena y saltaron a ella los «currinches» primeramente, seguidos de los otros grupos extraños. En seguida formaron un corro alrededor de la vaquilla, cogidos de las manos, y empezaron a dar vueltas cantando:

¡Ahí va, ahí va!

Marena te quiero yo.

¡Ahí va, ahí va!

La madre que te parió.

La Tomasa humilló el testuz, reculó, empezó a dar vueltas... Los mozos siguieron cantando. La vaca veía pasar las piernas como una tentación irresistible. Tenía que lanzarse, y se lanzó, pero los «currinches» aguantaron el topetazo sin ceder, que era lo bonito. La Tomasa retrocedió para tomar fuerza e intentar romper el corro por otro sitio, pero fue en vano. Otro intento más, y los mozos se le echaron encima, se le abrazaron y la hicieron rodar por el suelo.

Durante toda esta brega de los mozos y las vaquillas, Rafa y el «Aceituno» habían estado cambiando impresiones sobre las condiciones del coso y sobre la conducta de los espectadores. Rafa había sido el más explícito y comunicativo, quejándose del excesivo sol, de la desigualdad del suelo y, sobre todo, de la larga espera. Le desazonaba el calor. El peso del traje y la prolongada tensión nerviosa le abatían bajo una dolorosa sensación de cansancio. El «Aceituno», por su parte, demostraba pocas ganas de hablar, y contestaba a su amigo con monosílabos. Continuamente repetía:

—¡Ya podía haber acabado todo esto!

El «Aceituno» sudaba como si le resbalase aceite por el rostro, y los globos de los ojos se le habían puesto de color limón. Escupía muy a menudo y no lograba fumarse un cigarrillo entero. Sólo de cuando en cuando parecía animarse, y era cuando detenía los ojos en el busto exuberante de alguna moza que al rebullir o saltar mostraba más agudos y temblorosos los senos, y entonces comentaba:

—Esa es la única clase de vacas que a mí me gustan, niño.

La atmósfera era sofocante. El calor, acumulado durante toda la mañana, era transpirado ya por el suelo, por las paredes de las casas y por los tablones del tinglado, concentrándose en el estrecho círculo. Los hombres combatían la sequedad y el calor con el ordeño incesante de las botas de vino. Rafa tenía la boca reseca y pidió de beber. Entonces le ofrecieron una bota y él la rehusó.

—Prefiero agua —dijo.

El mozo que le ofreció la bota se echó a reír.

—¿Agua? —dijo escandalizado—. ¡Aquí los hombres no bebemos más que vino!

...

Rafa se volvió de espaldas sin replicar.

Había llamado mucho la atención de los dos toreros la presencia en la tribuna presidencial de aquellos señores de las gafas negras.

—¿Quiénes serán, «Aceituno»?

El limpiabotas contestó:

—A veces me parece conocer a uno de ellos, al de más edad, pero no puedo caer en quién es... No sé... Desde luego me apostaría a que no son de aquí y que a ese le he visto yo en alguna otra parte...

—Puede. Se ve a la legua que no son de aquí. Por eso me intrigan. Tienen aire de ciudad. ¿No serán periodistas, o ganaderos, o cosa así?

—¡Quién sabe!

—¿Y cómo podríamos saberlo?

El «Aceituno» se encogió de hombros.

Durante la pelea de los forasteros con la Tomasa, el «Raposo» fue a situarse junto a los toreros. A Rafa le faltó tiempo para preguntarle:

—Oye, Colás: ¿conoces tú a aquellos señores de las gafas negras?

El «Raposo» volvió la cabeza para mirar en la dirección que le señalaba el torerillo.

—Al más viejo, sí. Viene todos los años —contestó.

—¿Y quién es?

—No sé cómo le dicen.

—Quiero decir que qué es y de dónde viene.

—De Madrid, según creo. Es de los que escriben en los papeles.

—¿Periodista, entonces?

El «Raposo» miraba ya, muy interesado, la lucha de los mozos con la vaquilla y no contestó.

—Di, ¿periodista? —insistió Rafa, muy excitado.

El «Raposo» movió afirmativamente la cabeza.

—¡Periodista, niño! —exclamó el «Aceituno»—. ¡Lo que tú querías!

—Sí —dijo Rafa estremeciéndose—. ¡Qué suerte! ¡Te aseguro que ese tío habla mañana de mí!

El «Aceituno» miró para otro lado meneando la cabeza. Sentía la bilis en la boca y tuvo que escupir. El «Raposo» exclamó, sin poder dominar su admiración por lo que estaba viendo:

—¡Dios, cómo aguantan esos «currinches»!

Cuando se llevaron a la Tomasa al toril, el sol asomaba ya por el filo de los tejados y trazaba una línea al ras de las cabezas más altas de la tribuna. En el ruedo quedaba una sombra transparente, sin guiños y sin cabrilleos, que a Rafa le pareció una luz ideal para la lidia. La muchedumbre, pasada la irritación de la solina, y tal vez un poco fatigada, parecía haberse calmado un tanto. Sólo los mozalbetes, ajenos en absoluto a la capea, seguían discutiendo debajo de las galeras.

—¡Tú que vas a ver!

—¿Que no? ¿Te apuestas algo?

—Lo que quieras. ¿Qué?

—¡Yo sé que he visto! Estaba despatarrada justamente encima de mí.

—¿Y qué? ¿Y qué? Anda, dilo.

Pero el afortunado no quiso contestar. Lo único que hizo fue chascar la lengua y poner los ojos en blanco...

VII

Los dos espectadores de gafas negras miraban a los toreros, que en aquel instante salían a la arena. Rafa, sereno y pálido. El «Aceituno» llevaba un poco ladeada la montera y se movía sobre un lado como si le pesase un hombro más que otro. Escupió lejos. Después, los dos torerillos se abrieron de piernas y desplegaron los capotes.

—¡Fíjate qué pareja! —decía el presunto periodista—. ¿No te recuerdan a Zuloaga? ¡El negro tiene una estampa estupenda!

—Es cierto —contestó el más joven, a quien su amigo había llamado novelista—. Y a Goya y a Solana. Tiene algo trágico y grotesco a la par.

—Ya verás... Este es un toreo macho y no de confitura. Ya verás qué difícil.

—¿Crees que tendrán mucho miedo?

—¡Mucho! Ellos saben que el toro es malo, de poca casta, resabiado. ¡Aquí no hay afeitados, ni ahormados, ni nada que se le parezca! El bicho sale entero y casi siempre toreado ya. Y no se puede esperar nada de los picadores porque está suprimido ese tercio, desde luego el más zafio y menos vistoso del toreo. ¡Aquí no hay cáscaras, amigo! Es necesario poder con el toro y matarlo sin más recursos que los propios. ¡Cómo no van a tener miedo! En el oficio de torero se empieza por el final, haciendo, de aprendiz, lo que no se osaría intentar siendo maestro. Y ahora no te pierdas ningún detalle, ni de lo que ocurra en el ruedo ni entre el público.

El joven paseó su mirada curiosa por el amplio y vistoso cuadro que ofrecía la plaza. Había callado su amigo, que seguía con sus ojos el mismo itinerario que él. Después, el joven dijo:

—¿Sabes que se nota en la gente una calma sospechosa?

—Claro, es el miedo. Ahora todo está lleno de miedo. La muerte ha entrado en la plaza y se ha sentado a mirar donde nadie sabe. Esto puede parecer literatura, pero es la verdad. Y todo el mundo sabe que es verdad. Si no fuera por el miedo, esto no valdría la pena. La muerte es quien pone aquí su sal. ¿No lo comprendes todavía?

El joven no debió encontrar ya ironías que aducir.

—Ya, ya... ¡Es tremendo! —dijo.

—Yo me quito las gafas —añadió el periodista, uniendo la acción a la palabra—. Porque esto hay que verlo en su color...

—Claro que sí —dijo el novelista, y le imitó.

Román estaba otra vez sereno y su mirada, clara e inmóvil, se posó en el rostro del cura.

—Ahora viene el toro de muerte, don Primitivo. A ver si hogaño lo podemos ver tranquilamente hasta el final. Esos torerillos no me disgustan y me parece que tendremos más suerte que el año pasado.

—¡Dios quiera, Román, Dios quiera! —contestó don Primitivo santiguándose.

Antoñita seguía rehuyendo el pertinaz mosconeo de Juanito. Sus amigas se habían echado de brazos sobre la barandilla y esperaban.

—¡Que no te hago caso, Juanito! Ahora va a salir el toro de muerte y no quiero escuchar tus cuentos...

El galán crispó las manos sobre el respaldo del asiento de la muchacha.

—No creí que pudiera gustarte tanto esta payasada.

—Payasada, ¿eh? Algo que tú no eres capaz de hacer. Anda, ¿a que no te tiras a la plaza cuando salga el toro?

Él sonrió con desprecio.

—Eso se queda para esos maletas y no para estudiantes de medicina. Cada uno a lo suyo, mujer.

—¡Ay, tu carrera, qué gracia! —exclamó ella riendo falsamente—. Mira, más vale no hablar... Porque te tendría que decir... —Pero en aquel momento tropezó con los ojos de Román y no terminó la frase.

—Alguna habladuría seguramente —dijo Juanito.

—Que va a salir el toro. Anda, cállate.

Antoñita apoyó también sus codos sobre la baranda. Y sus dedos empezaron a acariciar distraídamente los bordados del capote torero. Rafa se había vuelto a mirarla y sus ojos se encontraron y la muchacha sonrió. Juanito lo había observado todo y apretó los dientes...

Don Juan había cogido del brazo a su colega don Pedro, el de El Pozo.

—Que tienes que echarme una mano si pasa algo, ¿eh?

Don Pedro se quitó el puro de la boca.

—Descuida, Juan. Entre compañeros... Pero no creo que ocurra nada.

—Mira, Pedro, si hay que intervenir, que se salga todo el mundo fuera. Nadie mejor que tú para decirlo porque no eres de aquí.

—¿Habéis preparado alguna habitación, por si acaso?

—Pues no.

—Yo siempre preparo una en mi casa. Por lo menos tienes todo a mano y la gente no puede fisgar.

—Es cierto. No había caído yo en eso. Me he traído el instrumental, pero... Bueno, lo llevaríamos a mi casa.

Don Pedro se llevó el puro a los labios y habló, ya mascándolo:

—De todas maneras no hay que apurarse tanto, hombre. Las cornadas, o matan sin remedio, o no son nada.

—¿Tú crees? Eso mismo dice Juanito.

—Pues claro, hombre. Peor es un parto cuando el feto se te presenta... Bueno, ya sabes tú que yo para eso...

—Hombre, tú eres un buen tocólogo. ¡Ojalá se tratase de un parto! —y don Juan trató de halagarle, además, con una sonrisa.

—Pues en caso de una cornada, ligamos y ya está. Luego, que se lo lleven a Madrid. Es lo mejor.

—Pues es una buena idea. Que se lo lleven a Madrid.

«Ahora va a salir el toro de muerte» fue como un aliento que salió de todas las bocas y llegó a todos los oídos. La arena había quedado solitaria. Los mozos que habían lidiado las vaquillas y otros cuantos más que bajaron de los carros, se habían situado en los callejones dispuestos a formar con sus estacas y sus pértigas un cerco hostil al toro e impedirle que se querenciase en tablas. Las mujeres, momentáneamente calladas, recomponían sus peinados y sus posturas.

—Ahora va a salir el toro de muerte —se decían unos a otros.

—A ver si sucede lo del año pasado...

—¿Y quién le tiene que matar? ¿El más joven?

—Sí, es el «Filigranas».

—¡Jesús, y qué poca cosa parece el muchacho!

—Bueno, callaros ya.

Los hombres dieron otro tiento a las botas, limpiándose luego con el dorso de las manos.

—¡En cuanto se arrime, palo que te crío!

—Mira, Perico, ¡la guardia civil!

La pareja de la guardia civil, que se había mantenido hasta entonces oculta a la mirada del público, acababa de subir a la tribuna y hablaba con el cabo comandante. Pequeños rayos de luz, antes de caer en la sombra, saltaban sobre el charol de los tricornos. Los guardias tenían ceñido el barboquejo y empuñaban los fusiles casi por la boca de los cañones. Breves palabras de su jefe, y ambos quedaron inhiestos tras él, mudos y serios, mirándolo y viéndolo todo a la luz del reglamento.

El «Aceituno» se cimbrió haciendo crujir las articulaciones de sus rodillas. Miraba al suelo y hablaba entre dientes:

—Lo que te tengo dicho, ¿sabes?: al avío y nada más.

Rafa miraba otra vez al público, alta la cabeza, apretados los dientes. No contestó.

(—¿Te gustaría verme hecho el mandón en los toros, mamá? ¿Como ese, como el «Reverte»?)

La madre tiene una lágrima en los ojos.

—Ten cuidado, hijo mío. ¡Hazlo por mí!

—No tengas miedo, madre. Seremos ricos. Tengo que ganar mucho dinero para que seamos felices tú, las niñas y yo.)

—No hagas tonterías, Rafa. No vale la pena exponer aquí. Piensa en tu madre,

Rafa.

En los ojos de Rafa había otra lágrima involuntaria y vergonzosa que él hubiera querido secar.

—De ella me estaba acordando ahora mismo, «Aceituno», y sé lo que tengo que hacer.

Lo vio tan fuera de sí, que el «Aceituno» exclamó:

—¡«Chiquiyo»!

Pero la larga espera había terminado al fin. Un como carraspeo del cornetín, y luego la aguda nota que arranca y se estira. Pero el excesivo impulso del «Pausa» truncó el toque, porque le faltó aire, y la nota cayó desde lo alto, arrugada y derretida, hasta apagarse. El «Pausa» hubo de intentarlo nuevamente y ya con éxito, pero la interrupción produjo malestar entre los espectadores. El «Aceituno» sintió un escalofrío y a Rafa le sudaron las manos.

—Mal empieza esto —dijo alguien.

Sin embargo se produjo un silencio tan claro que se percibió el roce de las telas de la gente al echarse hacia adelante, y se oyeron algunos siseos imperativos. Todos los ojos estaban clavados en la puerta del toril y la móvil multitud se quedó quieta y muda, conteniendo la respiración. Sonó el golpe de la puerta del toril al abrirse violentamente, seguido de las voces y de los porrazos en las tablas dados por los que trataban de echar fuera el novillo.

—¡Je, toro, je!

El toro asomó su hermosa cabeza astada de pelo tan brillante y se quedó mirando las galerías atestadas de gente con una tranquila curiosidad. Salió paso a paso y cuando ya tenía fuera del chiquero más de medio cuerpo, uno de los mozos que estaba parapetado tras la barrera le clavó una aijada en el anca.

El toro se revolvió rápido y entonces todo el círculo de la barrera vibró con un bronco tableteo producido por los garrotes golpeando los tablones. Algunos mozos se metieron los dedos en la boca y prorrumpieron en hirientes silbidos que se mezclaban a la batahola general en un dúo irresistible. Otros gritaban hasta enronquecer:

—¡Toro, toro!

—¡Je, morucho, je!

El novillo rastreó la cabeza e intentó acometerles por uno de los intersticios de la valla, pero apenas se hubo acercado a ella recibió sobre el lomo una lluvia de palos y pinchazos. Entonces salió huyendo, pero de tan aturdida e inocente manera, que corría junto a las tablas, tal vez buscando la salida, y así fue recibiendo el sucesivo varapalo de todo el mocerío.

Detrás del toro, y con los capotes desplegados, corrían Rafa y el «Aceituno» dando voces y patadas en la arena, con objeto de llamar la atención del animal y poder fijarlo e intentar la suerte de capa.

—¡Je, toro, je!

—¡Vamos, torito, vamos!

Pero sus voces eran inaudibles entre el confuso torbellino de las demás, y el toro corría desalado y aturdido. Viendo que era imposible pararlo, y temblando de rabia por ello, Rafa empezó a increpar a los alborotadores. El «Aceituno» se unió a él y entre los dos, levantando los capotes y haciendo gestos rabiosos, lograron que amainase un poco el estruendo. Lo suficiente para que pudiera oírse la voz del «Raposos», ronca de furia:

—¡Callaros, callaros! ¡Todo el mundo quieto!

Acisclo, Maxi y algunos otros le secundaron y fue cediendo el ruido paulatinamente, como si el viento lo arrastrase lejos, hasta que cesaron el golpeteo y los pitidos, y enmudecieron las voces que habían estado llamando al toro desde todos los puntos de la plaza. El cornúpeto, escarmentado por el castigo, se refugió en el centro del redondel y allí hubo de ir a buscarlo Rafa, seguido del «Aceituno».

Rafa desplegó el capote y, pasito a pasito, dando patadas en la arena y moviendo el engaño bruscamente a cada golpe del pie, se fue acercando al novillo. Al mismo tiempo le llamaba:

—¡Toro, toro!

Al verlo venir el toro agachó el testuz y empezó a recular. Rafa seguía avanzando de cara a él... Y el toro se detuvo mirándole con miedo y escarbando con las patas delanteras.

—¡Cuidado, Rafa! —le advirtió el «Aceituno».

—¡No te confíes, «Filigranas», que es un zaino! —le gritó desde el público un inteligente.

Pero Rafa estaba decidido a llevárselo con la capa y no hizo caso de tales advertencias. El toro parecía encogerse a medida que el torerillo se le acercaba. Ya podía el animal rozar la tela con la punta de los pitones... El torero estaba fuera de sí, ciego de coraje.

—¡Vamos! ¡Toro! —le gritaba casi encima de él, tendida la capa, pisándole el terreno.

Pero el toro respiraba agitadamente. Le temblaba la soberbia papada. Bastó un leve movimiento de su cabeza para que el torero iniciase el giro con la mano. Pero el novillo no se arrancó. Como por la mañana en el toril, alargó el cuello y lanzó al aire un acongojado mugido que transió de angustia el aire enfebrecido de la plaza.

—Este bicho tiene un pánico cerval —dijo el novelista a su amigo.

—Está loco de miedo. Le han asustado demasiado y ahora va a ser muy difícil confiarlo.

—No quisiera estar en la piel del torerillo ese.

—Ni yo. Este es el mérito de esos muchachos: apechar con todo lo malo que tiene

la fiesta y, además, sin pena ni gloria. Pero aún no ha empezado esto. Ya verás, ya verás...

Del público partieron invectivas contra el cobarde animal:

—¡Marrajo!

—¡Castrón!

A la par, este mismo público seguía anhelosamente los movimientos de Rafa. El torerillo había vuelto a situarse en el terreno de peligro y movía la capa entre los pitones, jugueteando, tratando, sin duda, de alegrar a la bestia y centrar su atención en los rizos del trapo rojo. Y lo consiguió. Aquel leve cosquilleo debió despertar en el torete un repentino deseo de corvetear porque saltó hacia adelante moviendo la cabeza para los lados. Toda la plaza entonces resonó en un tremendo y angustioso ¡ay! Pero Rafa pudo doblar la cintura y hacer girar el capote. El novillo pasó brincando y la verónica resultó desencajada y descompuesta. Un ancho suspiro aleteó en el aire y luego estalló el grito:

—¡Ooolé!

Después, los comentarios:

—¡Cómo se la ha jugado el «Filigranas»!

—¡Tiene «reaños» el mozo!

—¡Cómo que si los tiene! ¡Más que el caballo de Santiago!

—¡Por poco le engancha, eh!

—¡Jesús, qué susto!

El toro salió suelto, trotando, y Rafa fue tras él con el capote desplegado.

La gente estaba contenta porque se prometía un interesante espectáculo, y las mujeres sobre todo se retorcían las manos y se pellizcaban unas a otras sin poder contener los nervios.

El animal fue atraído entonces por una camisa que flameó inoportunamente sobre una barrera y, al querer cornearla, recibió otra tanda de garrotazos. Al volverse para seguir huyendo, se encontró otra vez frente al capote de «Filigranas», pero lo rehuyó. Inútilmente lo persiguió el torerillo llamándole, cortándole la carrera y enfrentándose con él. Todas las veces el animal dio media vuelta y escapó berreando.

Rafa estaba desesperado. Así no era posible torear y no encontraba, en su escasa experiencia y reducido repertorio, el recurso preciso para dominar aquel manso, que le huía siempre arrebatado por un oscuro miedo insuperable. Entonces se acercó al «Aceituno», que últimamente se había estado quieto sin desplegar el capote siquiera.

—¿Qué tengo que hacer, «Aceituno»? ¿Tú qué harías?

El limpiabotas se encogió de hombros.

—Mientras la gente no se esté quieta y callada, no hay nada que hacer, niño.

—¿Y si no se calla ni se está quieta? Algo habrá que hacer. Podríamos acorralarle entre los dos, ¿no te parece? Es que yo quiero dar al menos un par de verónicas para

que sepan lo que es bueno. Antes no he podido.

—¡Cómo ibas a poder si ha estado en un pelo que no te trincase! No hagas eso más, por tu madre. Demasiado bien te ha salido, cipote. Otra así y no lo cuentas.

—¡Bah! —y Rafa dio media vuelta para mirar al público.

El «Aceituno» le cogió de un brazo.

—No seas así, Rafa. Escucha... —le dijo.

Pero Rafa no quiso escucharle.

El público se impacientaba. Otra vez sonaba el repiqueteo de los garrotes. Pronto empezaría los silbidos y, tal vez, los insultos. La bronca se iba condensando como una tormenta próxima a estallar. El novillo se había detenido y escarbaba otra vez. De cuando en cuando estiraba el cuello y berreaba.

—Todo el mundo nos mira y nosotros sin hacer nada —exclamó Rafa con desesperación—. Ahora empezará otra vez el jaleo, pero por nosotros. ¡Y ya se acabó! ¡Vamos a quedar peor que unos maletas! Y en cuanto se cabreen los mozos... ¡No sé cómo vamos a salir de esta!

—De eso no te preocupes —le contestó el «Aceituno»—. Para algo están allí los civiles.

—¿Los civiles? ¿Y para eso hemos venido aquí?

—Ya te dije que no podrías torear como Dios manda.

Rafa mordía el capote y temía echarse a llorar de impotencia y de rabia. Mientras tanto, el rumor de la protesta había crecido. La inmovilidad de los toreros estaba a punto de producir una explosión, cuando alguien gritó:

—¡Banderillas! ¡Banderillas!

Aquella voz fue acompañada inmediatamente por quinientas voces más que se aglutinaron en un canturreo acompasado y unánime:

—¡Ban-de-ri-llas! ¡Ban-de-ri-llas!

El sonsonete atronaba y entonces el «Pausa» tocó a banderillas.

—¡Ban-de-ri-llas! ¡Ban-de-ri-llas! —seguía canturreando la gente, acompañándose con el tableteo de los garrotes y el estridor de los silbidos.

Los toreros se acercaron a la barrera, allí bajo la tribuna de las autoridades, donde estaba el alguacil, que hacía de mozo de estoques. Rafa quiso coger un par de banderillas, pero el «Aceituno» le hizo desistir.

—Esto es cosa mía —le dijo—. Tú no has puesto nunca banderillas, ni es esta tu misión. Yo me sé bien la rutina, ya lo verás. A este marrajo lo aliño yo en menos que canta un gallo.

Cogió los palitroques y les ensalivó con los dedos las puntas de los pequeños arpones. Luego salió andando despacio, contoneándose, cruzándose los pies, con los brazos en alto y apuntando hacia el toro con el hierro de los rehiletos. Al mismo tiempo movía los labios con un gesto insultante y retador...

Bastó esta actitud del «Aceituno», este su gesto gallardo, para que cesaran los gritos y enmudecieran los silbadores. Todo el mundo quedó prendido en el embrujo de aquellos movimientos, llenos de garbo y de ritmo como pasos de baile.

—¡Ese sí que tiene estampa de torero! —gritó un entusiasta desde la tribuna, haciendo que Rafa sintiera un involuntario escalofrío de envidia.

El «Aceituno» se detuvo. Entonces flexionó los pies hasta ponerse de puntillas y enarcó los brazos... Nadie veía sus ojos ictéricos, ni su estrecha frente, ni el color verdoso de su piel, ni sus labios negroides... Y estaba bello, con esa belleza cimbreada del junco y de la palmera... Nadie más que él pudo escuchar tampoco el crujido de todas las costuras de su traje de prendería, ni oír sus quedas y angustiosas palabras:

—¡No te muevas, marrajo! ¡No te muevas, por tu madre!

Estaba bello, impresionantemente bello, a diez pasos de distancia del toro, que le miraba, también sugestionado, abiertas las patas delanteras, estirado el pescuezo...

(¡Se ponen las banderillas así! ¡Sí, señor: así deben ponerse! Hay que echarle sabor. ¿Qué os parece su menda, catetos? ¡Catetos, más que catetos, que no habéis visto nunca nada si sabéis lo que es bueno! Pero os vais a quedar con las ganas... ¡Tú, quieto, marrajo! No me busques la ruina...)

El toro no se movió. El «Aceituno» bajó los brazos y, asentándose ya firmemente sobre sus piernas, se dirigió al público con un gesto teatral con el que daba a entender la imposibilidad de hacer nada lucido con aquel toro inmóvil y falto de bravura. Entonces unas manos femeninas, irrefrenables, aplaudieron... Fue como una señal. Y el aplauso se corrió por todo el redondel rápidamente. La ovación fue larga y clamorosa. El «Aceituno» llegó casi a conmoverse y a Rafa le vibraron todos los nervios.

Ya el «Aceituno» descompuso la figura y echó a andar de prisa y con los brazos caídos, siguiendo la línea de la barrera, hasta situarse a la grupa del toro. Desde allí se fue derecho a él y, cuando llegó a su altura, se lanzó a la carrera, hincándole de paso las banderillas. El toro no se dio cuenta hasta que las tuvo clavadas en su paletilla izquierda. Entonces dio un salto y lanzó un berrido. No se preocupó de perseguir a su enemigo, que ya estaba a salvo, sino que empezó a dar vueltas sobre sí con intención de arrancarse los palos a fuerza de cabezadas. Pero los pequeños arpones estaban bien clavados. Las banderillas daban las vueltas con él y no podía alcanzarlas, consiguiendo sólo que le golpearan las patas y le rasgasen la carne. Cuando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos se paró. Ya tenía espuma en la boca y, al resollar, le temblaba todo el cuerpo. Desde los agujones de hierro bajaban dos chorros de sangre oscura...

Tan rápida había sido la artera maniobra del «Aceituno», que los espectadores no

tuvieron tiempo de reaccionar. Todo el público se quedó callado, sorprendido, y los mozos se miraban entre sí interrogativamente y luego meneaban la cabeza.

El «Aceituno» pidió otro par de rehiletes al alguacil.

—¿Ves cómo yo conozco a mi gente? ¡Son unos abejarucos! —dijo en voz baja a su compañero—. ¡Esto hay que acabarlo rápido!

El periodista decía a su amigo, que acababa de hacer un gesto de burla:

—Te advierto que no podía hacer otra cosa. Ese bicho es un poste.

—Bueno, bueno —contestó el otro—, pero no me negarás que ese fulano es un ventajista.

Don Juan había suspirado hondo.

—Pero ¿qué te creías, que estos fulanos vienen a dejarse aquí la piel? ¡Pues no tienen martingalas ni nada! A esta gente no la pilla un toro como no les tire los cuernos. —Y don Pedro, el de El Pozo, se echó a reír de buena gana—. La verdad es que habías conseguido meterme el corazón en un puño, Juan.

Román y el cura no hablaban. Se iban sintiendo un poco cansados de su postura hierática, pues eran los únicos que permanecían sin descomponerse, con todos los botones abrochados, sin empinar la bota, y sin aprovecharse de los respaldos de los asientos, ni ponerse de bruces sobre la barandilla... Y eran los únicos quizá, aparte de los toreros, que estaban deseando que aquello acabase lo antes posible para irse a sus casas a ponerse frescos y tentar el porrón...

Las muchachas de la presidencia ya tenían pocas cosas que cuchichearse. Y Antoñita cruzaba miradas con el torerillo pálido.

—Ese me gusta. El otro, no. El otro parece un gitano —dijo a una amiga.

—Puede que te brinde el toro, Antoñita.

—¿Y qué tengo yo que hacer entonces?

—Yo le tiraré un beso...

—¿Tengo que tirarle un beso, Juanito? —y se volvió a su novio, que, lívido de rabia, se roía las uñas...

El «Aceituno» repitió la faena, poco más o menos, dos veces más. A la segunda ya le gritaron:

—¡Eh!

A la tercera se le cayó la montera mientras corría. Entonces se levantaron otra vez los silbidos. Otra vez sonó el redoble de las estacas. Le insultaron:

—¡Maleta!

—¡Badanas!

—¡Pezuño!

—¡Ma-le-ta! ¡Ma-le-ta! ¡Ma-le-ta!

—¡A man-tear-lo!... ¡A man-tear-lo! ¡A man-tear-lo!

El círculo se erizó de estacas iracundas y el aire vibró con el clamor furioso de

mil gargantas. El novillo corveteaba y se daba hocicazos a uno y otro lado para desprenderse las banderillas. Pero, a cada brusco movimiento, los aguijones de acero se le clavaban más. Así, tan pronto corría como giraba sobre sí mismo. Tan pronto se asustaba de las barreras como se acercaba a ellas y entonces las estacas iracundas se abatían sobre él.

—¡Estampa, pero nada más, «Aceituno»! —volvió a gritarle el entusiasta de la tribuna.

—Pero ¿qué querrán estos cabrones que haga uno? Por mí pueden estar chillando hasta mañana si quieren —decía el «Aceituno» a Rafa—. Yo he cumplido como mejor se podía. ¿Es que no lo han visto? ¡Catetos! Tú haz como yo. En cuanto puedas te lo cargas. ¡Como sea!

Seguía el estruendo de los palos y las voces:

—¡A man-tear-lo!... ¡A man-tear-lo!... ¡A man-tear-lo!

Mientras cogía los trastos de matar que le entregaba el alguacil, Rafa, muy serio, dijo al «Aceituno»:

—Arriba hay un periodista. Y un periodista de Madrid. Es una oportunidad que yo no puedo perder.

—Pero es que el bicho, Rafa...

—Lo intentaré, por lo menos.

El «Raposo» se le acercó y, cogiéndole de un brazo, se lo llevó aparte para decirle:

—Ya sabes lo que te tengo dicho. Yo, con el Maxi y el Acisclo, estaré al tanto de lo que pueda pasar y, a la menor, me tiro para el toro como un lebrél. Así es que puedes torear tranquilo. Del «Aceituno» no me fío, ¿sabes? Es un cagón. —Le dio una palmada cariñosa y añadió—: ¡Hala, muchacho!

El toque de muerte abrió la gran interrogación dramática de la tarde. Todos los preparativos, gastos, esfuerzos, ilusiones; la larga espera de un año, la profunda excitación del día; los cohetes, el vino, el sol... Todo esto no tenía más que un objetivo: la muerte del toro. Esa era la razón única de la fiesta. Allí estaba todo el pueblo congregado para estremecerse, para sufrir, para sentir la muerte como un aire frío, y, después, gozar con el triunfo de la vida, como si para valorar esta, el pueblo necesitase verla cara a cara con la muerte...

Rafa, con la espada y la muleta en la mano izquierda, se destocó y brindó mirando a Antoñita:

—¡Por usted y por todas las muchachas del pueblo!

Rápidamente se volvió de espaldas al tiempo de lanzar la montera a la tribuna. Cayó entre las muchachas, pero Antoñita se apoderó de ella diciendo:

—¡Esta es para mí! —y se la colocó sobre el halda roja de su vestido de fiesta.

El sol ya iluminaba solamente las crestas de los tejados y sobre el redondel se iba

entristeciendo la luz, cada vez más gris. Sin embargo, el calor era más asfixiante y pegajoso que nunca. Los hombres se despechugaban y las mujeres, ya sin ningún rebozo ni dengue, se ahuecaban los vestidos, se soplaban por el escote y se abanicaban con furia. Y hombres y mujeres tenían las caras brillantes de sudor y empurpuradas. Por todas las venas corría la fiebre del aire...

Cuando Rafa, desde el centro del ruedo, se volvió para todos los lados impetrando silencio y calma, se produjo el gran colapso. Cesó todo movimiento, todo ruido, y el muchacho pudo percibir el jadeo de la multitud, como el de un animal después de una larga carrera. Después Rafa señaló un sitio a su compañero:

—Tú, ahí, «Aceituno», por si tienes que echarme un capote...

Armó la muleta y, paso a paso, se dirigió hacia el novillo. Este se había quedado quieto, harto ya de corretear y recibir el castigo de las estacas, con sus seis banderillas clavadas en los omoplatos. Cuando alguna de ellas se le corría hacia delante, se daba un hocicazo y entonces todas las demás temblaban y le dolían más. Las seis banderillas eran seis pinceladas de colores, seis regueros de sangre que se confundían, chorreaban por las patas e iban a teñir de rojo las pezuñas. El novillo miraba ya con ojos extravagantes. El miedo y el horror le mantenían paralizado. El ver acercársele a Rafa, como una sombra ondulante, debió ser para el novillo como una amenaza espantosa porque el pobre animal cerró los ojos...

Rafa movía la muleta.

—¡Eh, toro! —le gritaba.

(—Esas banderillas tan caídas me van a dar algún palotazo al pasar. ¡Qué quieto está el toro! ¡Y qué silencio! Si parece que nos hemos muerto todos... ¡Dios mío, qué pitones! Sí me embistiera bien... ¡Está temblando! ¡Como yo!)

—¡Toro, toro! ¡Je!

Le abanicaban el morro con el trapo. Era tal el silencio que se oyó el piar de unos vencejos que pasaron rizando serpentinas en el aire. Todo el mundo sabía que la muerte estaba allí, mirando desde no se sabía dónde. Y el miedo lo dominaba todo. El miedo, que atenazaba como un pulpo.

El novillo abrió los ojos y embistió para librarse de aquel fantasma del trapo rojo. Rafa giró la muleta y sintió un fuerte viento en las pantorrillas, y el golpe de los palitroques en el costado. ¡Se había pasado todo el toro por la faja!

—¡Ooolé!

El grito fue unánime, un grito de liberación, un estampido secó que rasgó el aire.

—¡Huy! —exclamó una muchacha—. ¡Me lo comería! —y retorció nerviosamente el pañuelito entre las manos.

A muchas mozas les resbalaban gotas de sudor frío desde las axilas. Y la mirada de todas las mujeres acompañaba al lidiador como si él fuera el amante de cada una.

Una nube de inocentes efluvios eróticos de las hembras envolvía al héroe...

—¡Qué jabato, chica!

—¡Qué majo!

—¡Ay, Virgen, que no le pase nada!

Los mozos se miraban entre sí, satisfechos. Por fin iban a ver torear como en Madrid.

—¡Esto es una corrida y no lo que hacen en El Pozo! —dijo uno del pueblo orgullosamente para que le oyeran los forasteros. Pero estos no contestaron.

Rafa, que siguió tras el toro, había logrado pararle y le citaba de nuevo, casi encima de él. Como siempre, el animal se había quedado inmóvil, con la cabeza baja, pero parecía mirar ya al torero con menos terror, quizá porque todavía no le había hecho ningún daño. Así, en cuanto la tela le rozó los cuernos, en uno de aquellos vaivenes que le imprimía la mano de Rafa, embistió otra vez y el torero pudo hacerlo pasar limpiamente bajo la muleta en un ayudado por alto.

—¡Ooolé! —clamó de nuevo la muchedumbre, que empezaba a embriagarse.

En la presidencia no se hablaba. Incluso el periodista y el novelista se habían contagiado del entusiasmo colectivo. La pelea del grotesco pelele y del novillo zaino se teñía de heroica grandeza. La emoción se henchía como una ola. Y en aquel aire cargado de pasión y de temblores febriles adquiría un poder de sugestión alucinante. Ya la tarde era de color de ala de mosca y empezaba a llegar de los campos la dulce congoja del crepúsculo...

Otro pase hizo quedar al toro frente a la presidencia. En ese momento sonó la música, una música alegre y valiente de pasodoble torero que fue como una descarga eléctrica. La tensión de actores y espectadores alcanzó el punto del frenesí. La muchedumbre hubiera querido gritar, danzar, reír, correr... El toro mismo, fatigado y resollante, se estremeció, levantó la cabeza y erizó las orejas. La hermosa papada le tembló y sonaron los palos de las banderillas al chocar entre sí.

Rafa juntó los pies y desplegó bajo el engaño, cogido con la mano izquierda...

—¡Al natural, no; que no pasa! —le gritó despavorido el «Aceituno».

Pero Rafa había alzado ya los ojos hasta los de Antoñita. La muchacha le miraba absorta y el muchacho la miraba orgullosamente.

(—¡Qué pelo tan rubio! ¡Qué carne tan fina! Quisiera dormir contigo y poner mi cara junto a la tuya. Tengo sueño. Estoy cansado. Quisiera dormir contigo...)

Ella no cerró los ojos. Los abrió más y, de repente, lanzó un grito desgarrado, se puso en pie y extendió hacia él las manos crispadas. ¡Toda la plaza se puso en pie y gritó! Fue un alarido de espanto:

—¡Oh!

Rafa había sentido el golpe y el escozor de una quemadura en la ingle. Una fuerza

brutal lo levantó y luego le hizo caer. Entonces empezó a ver todo invertido e incierto. Antoñita, con los brazos levantados, le miraba como desde el brocal de un pozo, horrorizada. Sobre su pelo rubio estaba el cielo profundo de la tarde...

Los mozalbetes, al oír el grito, se levantaron también.

—¿Qué pasa? —preguntó uno.

Estaban cansados y les dolía el cuello de tanto mirar hacia arriba. No obstante, uno de ellos insistió. Y llamó a los demás, entusiasmado.

—¡Ahora, ahora sí que sí!

Todos acudieron rápidamente a sus puestos de observación, pero se desanimaron pronto.

—Yo no veo nada. Está todo oscuro.

—Es verdad. Está todo oscuro.

—Aquí también.

—Y aquí. ¡Qué mala suerte, ahora que se han levantado todas!

El toro se había lanzado tras la muleta, pero al llegar a la altura del torero se detuvo. Entonces derrotó hacia un lado y enganchó a Rafa por la ingle. Lo levantó y lo sacudió en el aire para quitarse de encima aquel peso. Y fue cuando el torero extendió los brazos con ansias de asirse a algo. Pero sus manos sólo podían agarrar el vacío, y se dobló hacia atrás, quedando colgado de sus propias entrañas.

El «Aceituno» se había quedado paralizado por el terror, fundido en piedra.

—¡El quite! ¡El quite! —le gritaron, pero el «Aceituno» no fue capaz de moverse.

El toro, con la piltrafa humana colgando de su pitón izquierdo, había ladeado la cabeza y permanecía indeciso, a la expectativa, sin conciencia de su acción... Fueron unos instantes de pesadilla. Nadie sabía qué hacer. Nadie se atrevía a actuar. La música se rompió con el grito, pero los músicos seguían pegados a sus instrumentos mirando al torero y al toro y sin saber qué era lo que esperaban...

Entonces apareció en el ruedo un hombre. De un salto se asió al pitón libre del toro y le cruzó las piernas alrededor del hocico, obligándole a humillar la cabeza. Así se desprendió el cuerpo de Rafa, que quedó tendido en el suelo. Aquel hombre era el «Raposo», que así cumplía la promesa que hiciera al torerillo. Después de él se lanzaron veinte hombres más y entre todos consiguieron inmovilizar totalmente a la bestia.

—¡Todo el mundo quieto! —gritó Román a las mujeres, que, con los nervios sueltos, empezaban a provocar el pánico con sus gritos y sus carreras— ¡Que nadie se mueva! ¡A ver, el médico!

El cabo comandante de la guardia civil y la pareja a sus órdenes entraron en funciones. El cabo se adelantó hasta el borde de la tribuna haciendo enérgicos ademanes a la gente para que se estuviera en su sitio. La pareja desapareció del tablado y en seguida se vio a los tricornios moverse por el callejón paralizando a su

paso el pavor desencadenado.

Don Juan, al oír la voz del alcalde, dijo a don Pedro:

—¡Si parece que me lo estaban diciendo desde esta mañana!... ¡Vamos, vamos, Pedro! ¡Juanito, el instrumental! ¡Corriendo!

El cura se puso la teja, que tenía sobre las rodillas, y se levantó precipitadamente, diciendo a Román:

—Voy a mandar traer los óleos corriendo. Y voy a ver si me da tiempo de confesarle, porque me parece que los médicos van a tener poco que hacer...

Acisclo y Maxi levantaron a Rafa del suelo, sosteniéndole en volandas.

El pobre torerillo se apretaba la ingle con la mano crispada, pero la sangre le escurría por entre los dedos y teñía de rojo su taleguilla y las blancas camisas de los mozos.

—¡«Aceituno»!... ¿Dónde está el «Aceituno»?... —gemía.

Alguien empujó hasta allí al limpiabotas, que llegó junto a Rafa tambaleándose. Parecía haberse quedado exangüe, tan amarillo estaba. Y sobre la amarillez del rostro resaltaban sus labios cárdenos de cadáver. Aún no había reaccionado.

—¡Que me cosan lo que sea, «Aceituno», y, en seguida, un coche y a Madrid!

Rafa estaba ya blanco como una oblea. Incluyó la cabeza sobre el hombro de Maxi y cerró los ojos. Cuando ya se lo llevaban, el «Aceituno» empezaba a recobrar la conciencia. Quiso echar a correr tras él, pero le contuvo una dura mano que se le agarró al pecho.

—¡Quieto! ¡Tú, a matar el toro ahora! ¡Mandria! ¡Capón!

Era el «Raposo», pálido como la venganza, con los pelos rojizos sobre la frente, mirándole con ojos de asesino.

—¡Rafa! ¡Rafa! —balbució el limpiabotas, temblándole la barbilla y anudándosele la voz en la garganta—. ¡«Filigranías»!

El «Aceituno» rompió a llorar duramente, con una congoja que le rompía el pecho. Con las manos engarfiadas sobre el capote de paseo lloraba también Antoñita...

VIII

NADIE se acordaba del toro. El animal, temeroso de las iras desencadenadas de la gente que corría hacia la presidencia por el pasillo de la barrera o saltando de carro en carro, se fue al otro extremo de la plaza. Y allí se quedó mirándolo todo como un espectador intruso, con su pitón bermejo y su media cara teñida con la sangre del «Filigranas».

Los civiles, duchos en la táctica de los alborotos, se fueron replegando hasta situarse hombro con hombro bajo el tablado de las autoridades. Las barbillas de los civiles, más agudas, parecían querer escaparse de los barboquejos; sus manos, morenas y vellosas, apretaban más fuertemente las bocas de los fusiles; los ojos, ensombrecidos por las fruncidas cejas, miraban con más recelo...

El «Aceituno», cuando desapareció el grupo que transportaba a su compañero, se dio cuenta de la terrible amenaza que se cernía sobre él. Junto a su cara, veinte rostros ceñudos, veinte pares de ojos ardiendo de alcohol y furia y, sobre él, veinte garrotes en el aire... Y, detrás, la masa borrosa, como una mole que se le venía encima. De un tirón se arrancó de las manos del «Raposo» y se fue corriendo en busca del amparo de los guardias cuyos tricornios divisó a la primera ojeada. El pobre torero trataba de reír al tiempo que le caían las lágrimas de los ojos, pero los guardias permanecieron impasibles.

—¡Señor alcalde, señor alcalde! —gritó a Román, con los brazos extendidos, implorantes.

—¡Cállate, badanas! —le gritaron.

—¡Cobarde!

—¡Capón!

Le pinchaban los silbidos por más que se tapaba las orejas. Y era una feroz pedrea de insultos mientras él seguía gritando desesperadamente:

—¡Señor alcalde, señor alcalde!

Pero su voz se perdía sin poder llegar a los oídos de Román. Ya los mozos se habían echado sobre él y más de unos puños arteros habían conseguido golpearle. Menos mal que los guardias le habían dejado colocarse entre ellos, guardándole así los flancos, y cerraron tras él los fusiles levantados para protegerle la retaguardia. Ya los civiles estaban pálidos y nerviosos. La presión física de los asaltantes había despertado en ellos todas las advertencias reglamentarias y empezaron a dar codazos y a amenazar con las culatas. Pero su actitud, en vez de calmar los ánimos, produjo una irritación más violenta en la multitud, especialmente en los que estaban más detrás y venían empujando y vociferando sin inmediato riesgo. Y las mujeres, puestas en pie, llamaban con voces histéricas a los hombres de su familia...

El torero, aterrorizado, gesticulaba con tal vehemencia y desesperación que

parecía querer trepar por los postes y huir por la tribuna. Todavía los guardias y los fusiles le salvaban de los zarpazos de la furia moceril, pero la situación se hacía por segundos irresistible y era de temer que la masa venciera y le pulverizase. El «Aceituno» lloraba, gemía, alzaba los brazos suplicantes...

—¡Señor alcalde, por Dios!

Román miraba la revuelta con una terrible calma, aunque rugía por dentro. Estaba en uno de esos momentos en que sus ojos fulgían como vidrios de botella y en que apretaba de tal forma los puños cerrados que los huesos de los dedos le crujían. Se le acercó el cabo de la guardia civil y le habló confidencialmente, moviendo las manos con energía. Pero Román le rechazó y mandó llamar al «Pausa».

—¡Toca atención como en la mili! —le dijo al del cornetín cuando este se le acercó corriendo.

El toque, inesperado, sobrecogió a la multitud. La marea se detuvo y el alboroto decreció lo suficiente para que todos pudieran oír la voz del alcalde:

—¡A ver si os estáis quietos! ¡Los forasteros, a vuestro sitio! Y tú, Colás, o me echas fuera a toda esa gente o bajo yo a echarla. ¡Venga!

Los «currinches» fueron los primeros en replegarse y los demás forasteros, luego de mirarse entre sí, dieron unos pasos atrás. Los del pueblo se hacían los remolones, pero el «Raposo» los puso en movimiento diciéndoles:

—¡Hala, hala! ¡Hay que hacer lo que manda el señor Román! Este fulano, desde luego, matará el toro. ¡Ya veréis cómo lo mata!

Las mujeres también se calmaron. Estaban cansadas, con los nervios deshechos por tantas excitaciones seguidas. Ya ni siquiera ponían cuidado en estirar sus galas, ni en recogerse los rizos desmandados, ni en provocar admiraciones masculinas. Se dejaron caer en sus asientos con un suspiro de alivio. Algunas murmuraban:

—¡Jesús, cuándo acabará esto!

El «Aceituno» aprovechó aquel compás de espera para volver a clamar desesperadamente:

—¡Señor alcalde!

Entonces Román se inclinó para mirarle.

—Bueno, y a ti ¿qué te pasa, muchacho?

El limpiabotas volvía a tener aquel su aspecto de carroña, de carnaza descompuesta, de cadáver blando. Las palabras le salían atropelladamente:

—¡«Filigranias»! Ya le dije que no torease así. Ahora hay que mandarlo a Madrid. En un coche. ¡Rápidamente! Se lo prometí... ¡Tengo que llevarlo a Madrid, señor alcalde!

Román le hizo un gesto paternal y tranquilizador con las manos.

—No te preocupes, hombre. Los médicos sabrán lo que tienen que hacer. Puede que la cosa no sea tan grave... Pero si hubiera peligro, descuida, que ellos serán los

primeros en mandarlo a Madrid.

—¡Que le cosan lo que sea y lo manden a Madrid, de todas maneras! ¡Me lo ha dicho él! Allí hay sanatorios y buenos cirujanos... ¡No quiero que muera! ¡No!

El «Raposos» le cogió de un brazo.

—Ahora mismo voy a ver cómo está, «Aceituno». Y si la cosa se presenta mal, cogemos en seguida un coche y ¡hala! Pero tú... termina pronto si no quieres que te ocurra algo feo. ¡Si a ese toro soy capaz de matarlo yo a navajazos!

El «Aceituno» sintió la sacudida que el otro le dio en el brazo, y luego le vio dar un brinco y desaparecer. Entonces le habló Román:

—¡Hala, «Aceituno»! Termina pronto, que se está haciendo demasiado tarde y todos tenemos ya ganas de marcharnos.

El «Aceituno» se volvió a mirarle.

—Pero si no puedo... —dijo, abriendo mucho la boca.

—¡Cómo que no puedes!

El «Aceituno» meneó la cabeza.

—¿Es que quieres que esto termine como el rosario de la aurora?

—¡Venga, «Aceituno», que tú tienes facultades! —gritó el inteligente.

Un mozo lanzó la voz:

—¡A mantearlo!

La masa, contenida a duras penas, empezó a encrespase de nuevo. Sonaron unos silbidos. Se inició el zambombear de las estacas. Los insultos feroces saltaban y estallaban como cohetes... Ya la luz era totalmente gris y los rostros se veían pálidos, y la multitud encaramada en las galerías empezaba a ser una mancha confusa sobre el blanco de las casas enjalbegadas.

Un mozo le trajo la muleta y el estoque, y se los hizo coger. Arreciaron los silbidos y las voces. Y ya no se pudo oír al pobre limpiabotas cuando clamó, mirando al alcalde y temblándole todo el cuerpo:

—¡Tengo miedo!

Le empujaron violentamente y salió a la arena tambaleándose.

Román entonces se sentó e hizo señas imperiosas a los demás para que le imitasen. El novelista exclamó:

—¡A ese hombre lo va a matar el toro!

—¡Ni hablar! —le contestó su amigo—. Este muchacho tiene más picardía que el otro.

—Pero ¿no ves que está borracho de miedo?

—¿Y no es todo esto una gran borrachera? Yo creo que no pasará nada. ¿No ves que no hay toro? ¡Míralo!

El toro se había echado en el suelo tranquilamente. El «Aceituno» se le acercó andando con mucho tiento. Cuando estuvo a un par de metros de distancia del astado,

desplegó la tela y esperó. El animal levantó la cabeza y se le quedó mirando, pero sin hacer ningún extraño ni demostrar la más mínima intención de ponerse en pie siquiera. Entonces el «Aceituno» concibió rápidamente la maniobra. Primeramente movió la muleta con cierta arrogancia y llamando al toro:

—¡Je, je!

Como él esperaba, el novillo no se movió. Y el «Aceituno» se volvió a mirar al público, recogida la muleta bajo el brazo. El rumor protestatario de la gente continuaba y por eso no pudo oírse lo que decía, pero por sus gestos se comprendió lo que quería decir: que era imposible la lidia de aquel animal tumbado en la arena y que no hacía caso de su desafío. El público siguió gritando a pesar de ello, pero el torero, decidido a acabar sin contemplaciones, se fue acercando al toro más y más, a pasos lentos y cautelosos, empuñando firmemente el estoque. Su intención era clara y los espectadores lo advirtieron.

—¡Eso, no, carnicero! —le gritaron—. ¡Fuera!... ¡Fuera!

Entonces saltaron de la barrera unos mozos y, antes de que el «Aceituno» pudiese llevar a cabo la faena de acuchillar a la bestia en la posición en que estaba, consiguieron ponerlo en pie a fuerza de golpes y de aguijonazos. Al ver levantarse al toro, el «Aceituno» sufrió un ataque de pánico. Tiró los trastos de matar y echó a correr, despavorido, hacia la barrera. Pero allí le esperaban los mozos blandiendo los garrotes.

—¡Cobarde!

—¡Badanas!

El «Aceituno» siguió corriendo a todo lo largo del círculo buscando un hueco por donde saltar, mientras el toro, quieto en medio del redondel, le veía huir sin inmutarse y sin mover ni una oreja... Los mozos le impedían acercarse a la barrera, pero el «Aceituno» seguía corriendo, loco de pavor. De repente se detuvo. Frente a él estaba el «Raposo» mirándole. El «Aceituno» quiso preguntarle algo, pero sólo pudo hacer un gesto de ansiedad. Estaba despeinado, sudoroso, con la taleguilla caída, con la camisola saliéndosele por el descote del chaleco...

El «Raposo» le miraba impasible y el «Aceituno» cerró los ojos. El griterío se hizo ensordecedor. Los mozos seguían insultándole con voces roncadas, levantando las terribles estacas... Y el novillo, otra vez olvidado, empezaba a escarbar con intención de echarse en el suelo...

Inesperadamente cayó sobre la plaza, como un débil gemido, primero, y después con creciente claridad, el triste son de las esquilas de la iglesia: tin, ton, tin, ton... El toque de agonizantes.

El ruido de la plaza se fue apagando paulatinamente hasta cesar del todo. Entonces la voz de las campanas estremeció el aire, y la gente, sobrecogida, se quedó sin habla. Todo el mundo quería saber y miraba a un lado y a otro, y al cielo, en busca

de una respuesta. Pero nadie sabía contestar, y el cielo sólo era una lejana indiferencia donde la luz huía... Por el pavoroso silencio sólo cruzaban los gritos insensatos de las golondrinas que jugaban en el crepúsculo...

Las mujeres se santiguaron y empezaron a murmurar las preces de la vieja fe. Antoñita estaba enferma de angustia y se atrevió a decir en voz baja a su padre que quería irse a casa. Pero Román tuvo fuerzas para sonreír.

—Puede ser por el «Camorra» o la Patro, que están para morir en cualquier momento...

La muchacha, sin embargo, no podía dominar su congoja.

—Pero si estaba ya muerto, padre, cuando se lo llevaron...

Román perdió la sonrisa.

—Tenemos que estar aquí hasta que termine esto —replicó ásperamente a su hija—. Nosotros tenemos que marcharnos los últimos...

El «Aceituno» había abierto los ojos. Un grito tremendo le desgarraba la garganta, pero no pudo salir. Frente por frente a él vio al toro asesino, con su pitón bermejo y su media cara teñida con la sangre de Rafa. Y el pobre limpiabotas tembló. Un golpe de furia le hizo temblar. Y entonces pudo sollozar y gemir.

—¡Cobarde! ¡Asesino! —gritó, mirando al toro y dirigiéndose hacia él agitando los brazos, golpeándose el pecho, llorando...

En ese momento, Román, que había vuelto la espalda a su hija, ordenó en voz alta:

—¡A ver, maestro, una miaja de música!

El maestro se volvió tropezando e hizo la señal a sus compañeros. Y empezaron a sonar los instrumentos, tartamudeantes, desacordes, desafinados. El «Aceituno» había recogido la muleta y el estoque y marchaba hacia el toro. El animal empezó a recular, pero el torero hizo entonces señas a los mozos para que le fustigasen. Así que cuando el novillo, siempre andando para atrás, se acercó a la valla, recibió una lluvia de golpes y de agujonazos que le obligó a arremeter hacia delante. El «Aceituno» le esperaba y lo recogió con la muleta. El torero se arqueó. Con una mano sostenía el estoque en alto y con la otra hizo girar la tela, empapada de toro. Al terminar el pase, ambos quedaron frente a frente otra vez. Ya la música sonaba con brío y compás, apagando el llanto de las campanas, y la gente, aunque todavía silenciosa, volvía a sentirse atraída por el drama vivo de la lidia. Cuando el «Aceituno» empalmó el segundo pase en redondo, realizado con temple y lentitud, el público se estremeció y, aunque todavía tímido y ahogado, estalló un ¡olé! irreprimible.

Ya la luz se marchaba de prisa. Y, sin embargo, aquellos momentos eran los mejores de la tarde. El sol crudo, flameando sobre la plaza, da colorido a la fiesta y exalta la pasión, desencadena la furia, pero cincela una belleza demasiado bronca. Mas cuando la plaza se queda gris, todo adquiere un ritmo más suave, y la emoción

es más intensa, más lírica. Hay una pena crepuscular en el aire que es congoja y perfume sensual. La fiesta está acabando. Es la fiesta la que se está muriendo con el día, y entonces la angustia aprieta más y el drama, más bien la tragedia, está en la sombra envolviéndolo todo...

El «Aceituno» y el novillo se miraban. El animal era una pelota de carne negra que palpitaba. Se recogía sobre sí mismo, jadeante, con la lengua fuera. Y el torero era un rebujo de ropas, con la cara lívida comida de greñas. Se miraban con odio. Iban a matarse.

(¡Anda, marrajo, mátame si puedes! ¡Aquí me tienes, castrón! ¡Si no me matas tú, te mato yo! ¡Por mi madre que te mato! ¿Te creías que iba a ser yo como Rafa, eh? Él es un chiquillo sin malicia y creyó que tú eras un toro de verdad. Pero tú eres un bastardo. ¡Dios, cómo le enganchaste!)

El «Aceituno», viendo que el toro no se arrancaba, le pinchó en el hocico con el estoque. El animal dio un berrido y embistió. Y ya no fue un solo pase aislado, sino muchos y encadenados, los que el torero consiguió. El «Aceituno», aspaventoso, fuera de sí, se movía entre los pitones de la fiera y aprovechaba todas las oportunidades para pincharle y apalearle con la espada y darle puntapiés. Y le gritaba entre ahogos:

—¡Soy más macho que tú! ¡Tengo más «reaños» que tú!

La música llevaba ya empalmado el tercer pasodoble sin descansar. El público había vuelto a embriagarse y se entregaba sin reservas, extenuado, al temerario valor del limpiabotas.

—¡Olé! ¡Ooolé! ¡Oooooolé!

Se gritaba cada vez más fuerte, y se repetía, siguiendo el ritmo acelerado de la faena del torero, hasta formar un solo alarido. Las mujeres ya no gritaban. Desgarraban los pañuelitos y se mordían los labios y miraban con ojos absortos.

En la tribuna, sólo Antoñita se mantenía libre del contagio y sin olvidarse de la tragedia de Rafa. Ella había visto la muerte en los ojos del muchacho, y la terrible escena seguía ante sus ojos como impresa en el aire. Román se daba de cuando en cuando manotazos en los muslos y exclamaba con voz grave:

—¡Bien! ¡Olé! ¡Sí, señor!

El novelista y el periodista seguían, arrebatados, la faena del «Aceituno». Aquel olor de tragedia, de tarde de pueblo y de muchedumbre les había embriagado. Sólo lacónicas exclamaciones se les escapaban en algunos movimientos del torero:

—¡Formidable!

—¡Tremendo!

—¡Esto es torear!

—¡Qué tío!

Pero llegó un momento en que el novillo, agotado, ya no pudo responder a los desafíos del «Aceituno», ni a sus voces, ni a los pinchazos y golpes de la espada. Realmente apenas podía mantenerse en pie, y toda la masa oscura de su cuerpo temblaba como si estuviera agonizando. La lengua ya no le cabía en la boca, y en el hocico se le formaban madejas de espuma. El torero llegó hasta tocarle la punta de los pitones y darle unos palmotazos en el testuz sin que el animal se moviera. Aquel gesto puso en pie a los espectadores y desató el delirio. La música, los olés, los aplausos... El aire se encendía, crepitaba...

El «Aceituno» intentó por última vez hacer pasar el toro cogiéndole por un pitón. No lo pudo conseguir, pero entonces se dio cuenta de que tenía la mano pegajosa. Había cogido el pitón de la muerte y aquella viscosidad era la de la sangre de Rafa. El público le vio mirarse la mano y luego tirar el estoque y la muleta y ponerse de rodillas delante del novillo. Le vieron mover los labios y hablar al toro...

De rodillas, con los brazos abiertos en cruz y mostrando el pecho desnudo, el torero se arrastraba hacia la fiera. Esta reculó, atemorizada. Así se vio al hombre perseguir a la fiera. Era demasiado. Le gritaron:

—¡Mátalo ya! ¡Mátalo ya!

(—¡Perdóname, Rafa! Entonces no pude salir al quite. No pude. ¡Fui un cobarde! Dejé que te cogiese este marrajo. Y ya ves: me tiene miedo a mí... Pero entonces no pude. Me falló el izquierdo. Me falló como siempre. Y es que hay que tener coraje como tengo ahora... ¡Dios mío, que no muera! ¡Rafa, Rafa! Te llevaré a Madrid quieran o no quieran. ¡Como sea! Ahora voy, Rafa...)

Se puso en pie y fue a recoger los trastos de matar. Otra vez se miraron con odio el toro y el torero. Una mirada relampagueante que sólo duró unos segundos. En seguida, el limpiabotas cegó a su enemigo con la muleta, alzó el estoque y apretó los dientes. El toro tenía baja la cabeza y el «Aceituno» se dejó caer sobre él gritándole:

—¡Toma, asesino!

Hombre y bestia se confundieron en una sola sombra. El estoque mientras tanto se había hundido hasta la empuñadura y el «Aceituno» sintió en la mano el primer borbotón de la sangre caliente del animal. La gente gritó:

—¡Ay!

Pero el toro no le había ensartado. El hombre pudo enderezarse apoyándose en la cruz de la espada. Con los pies juntos y los brazos en alto, el torero proclamó su victoria y recibió el aplauso delirante de la multitud.

El toro se despedía con un mugido, ahogado por las náuseas de la muerte. Dio unos pasos hacia atrás, tambaleándose, y, finalmente, se derrumbó. En el último espasmo agitó las patas traseras en tanto que la sangre de mala casta iba formando un charco sobre la arena...

Entonces todo el mocerío se tiró al ruedo. Ya el miedo había pasado como un mal aire y los espectadores tenían necesidad de exteriorizar su frenética alegría. Tras los mozos saltaron a la arena los mozalbetes y los chiquillos. Todos gritaban y corrían a asediar al triunfador. Las mujeres volvían a hablar:

—Es feo, pero no digas...

—Feo como el demonio, pero valiente...

—¡Qué hombre!

—¡Ha sido la mejor corrida de todos los años!

Por el momento, la tragedia de Rafa quedó olvidada. El toque de agonizantes se había extinguido. El entusiasmo hervía en torno al «Aceituno». Tuvo que beber de varias botas y dejarse coger en vilo. Un mozo le trajo las orejas y el rabo del novillo, todavía calientes y chorreando sangre. Eran los supremos trofeos de la victoria. Y empezó el paseo triunfal por el ruedo a hombros de los más entusiastas. Primeramente lo llevaron ante la tribuna de las autoridades. Allí le esperaba todo el mundo en pie, y hasta las muchachas, excepto Antoñita, le jalearon. Román extrajo del bolsillo superior de la chaqueta un gran cigarro habano envuelto en un billete de veinte duros y se lo lanzó a las manos diciéndole:

—¡Eso ha estado bien, «Aceituno»! Mañana ven a casa a recoger el regalo de la presidenta...

Siguió el paseo alrededor del coso entre aplausos y vivas. El «Aceituno», desgreñado, con la ropa en desorden, mostraba las orejas en una mano y, en la otra, el rabo del torete, sintiendo la sangre correrle por las muñecas y el pinchazo de los duros pelos... Llevaba en la cara una mueca que no se podía saber si era de alegría o de dolor. De cuando en cuando preguntaba a los mozos que le llevaban:

—¿Y el «Raposo»? ¿Dónde está el «Raposo»?

—¿El «Raposo»? Pues por ahí andará, hombre —le contestaban.

(Rafa, tendido en su blanca cama, le mira con sus ojos tristes. Está pálido y rezuma sudor frío, pero al ver al «Aceituno» se sonríe. El «Aceituno» llega con los brazos abiertos y le ofrece las orejas y el rabo del toro.

—¡Toma, son tuyos! Me los han dado para ti. Mañana el periodista hablará de ti. A mí ya no me importan estas pijotadas. ¡Tú serás matador de toros, Rafa; un torero grande! ¡Te lo digo, Rafa!)

Los que le paseaban se detuvieron al fin ante la puerta de salida. Y allí parado vio al «Raposo», que parecía esperarle.

—¡Colás! —gritó—. ¿Y Rafa?

Pero los mozos pretendían continuar con él a cuestas.

—¡Tira hasta la posada!

El «Aceituno» tuvo que realizar un esfuerzo desesperado para poder poner los

pies en el suelo, deslizándose entre tantos brazos y hombros. En el forcejeo perdió la chaquetilla, pero no se detuvo a recogerla. Corrió hacia el «Raposos» y, cogiéndole de un brazo, le preguntó con ansiedad:

—¿Cómo está Rafa? ¿Dónde está?

—Ahora lo verás —le contestó el otro con una extraña voz.

Echaron a andar, seguidos por la turba.

—Pero ¿cómo está? ¿Ha perdido mucha sangre? Me lo llevo ahora mismo a Madrid aunque tenga que ir todo el camino sujetándole las venas... —decía el «Aceituno» al «Raposos», sin conseguir que este desplegara los labios.

Se encontraron en el portón del Ayuntamiento y el «Aceituno» se extrañó.

—Pero si lo que yo quiero es ver a Rafa en seguida...

A la izquierda había una gran puerta de gruesas molduras, entornada. Señalándosela con un gesto, el «Raposos» dijo:

—Anda, ahí está Rafa.

El «Aceituno» miró al «Raposos» con perplejidad, pero el gesto sombrío de este le decidió. Como llevaba las manos ocupadas con los trofeos, tuvo que empujar la puerta con el pie. Entró gritando:

—¡Rafa! ¡«Filigranías»!

El limpiabotas se quedó inmóvil, con los brazos tendidos mostrando los trofeos. Frente a él yacía Rafa sobre una mesa escritorio cuan largo era. Apoyaba la cabeza sobre una pila de libracos municipales. Estaba desnudo de cintura para arriba y de ahí para abajo aparecía cubierto con el guardapolvo gris del auxiliar de la oficina. Entre su cuerpo y la tabla de la mesa se veían, a modo de sábanas, viejos diarios y folios de archivo.

—¡«Filigranías»! —y la voz se le secó en la garganta porque el yacente no se volvió para mirarle. Continuaba de perfil (un perfil de sombra) y con los ojos cerrados.

El «Aceituno» se acercó y pudo ver que las moscas picoteaban en sus párpados, en sus labios exangües y en los orificios de la nariz. No vio a nadie a los lados y tuvo que volverse. A su espalda estaba sólo el «Raposos», que le miraba como un juez.

—¿Pero es que se ha muerto? —preguntó con una mueca horrible.

El «Raposos» hizo solamente un breve gesto afirmativo con la cabeza. Y entonces las manos del «Aceituno» dejaron caer al suelo las prendas de la victoria. Con un hipo que le ahogaba, se lanzó sobre el cadáver de su amigo, llamándole dulce y desesperadamente:

—¡Pero, niño! ¡«Filigranías»! ¡«Rafaeliyo»!

Le besó, le acarició, dejándole en la cara huellas de la sangre de su asesino. Luego fue un grito espantoso:

—¡Rafa!

Grupos de chiquillos se habían encaramado a las ventanas y miraban la escena con ojos voraces. Por una punta del guardapolvo gris, empapado de sangre y humores, caían gruesas gotas lentas que formaban un charquito oscuro en el suelo...

IX

TODOS esperaban que el médico se explicase. El suceso era demasiado trágico, demasiado insólito para admitirle sin detalles, sin razones. ¡Había muerto un hombre! Y lo tenían de cuerpo presente allí al lado, pared por medio. Todos habían visto cómo sobrevino el accidente, pero ninguno sabía el porqué ni el cómo del funesto desenlace. Cuando entraron tras Román en el salón de concejos y se sentaron en los vetustos sillones, se hallaban bajo la deprimente impresión del macabro espectáculo. El que más y el que menos se escalofrió al ver el cadáver del pobre muchacho, casi desnudo, encima de la mesa del secretario. La extrema juventud del muerto, su rostro imberbe, la mueca infantil con que le sorprendiera la muerte, despertaron en ellos una oscura sensación de culpabilidad. «¡Si era todavía casi un niño, señor!», dijo alguien espontáneamente.

—¡Pobre madre cuando se entere! —comentó otro.

Entonces fue cuando Román dio orden de que se suspendieran los cohetes y el ruido en la plaza, y se retirase todo el mundo.

¿Cómo había sido posible aquello? Esta era la pregunta que todos se hacían interiormente, y cada cual miraba a los otros en espera de una respuesta que le exonerase de culpa. Estaban con la luz apagada, pero las bombillas de la plaza vertían una claridad temblorosa a través del balcón, abierto de par en par. Don Juan era el que estaba más al fondo y en su cara parecía detenerse aquella pálida reverberación.

—Usted tiene la palabra, don Juan —le dijo el alcalde en nombre de todos.

Don Juan se sobresaltó y empezó a rebullirse en el asiento y a enjugarse la frente, porque el sudor seguía manando de su calva sin interrupción. Llevaba el día entero sudando, sufriendo escozores de carne cocida en todo su cuerpo. El último pañuelo podía ya escurrirse y la piel se le había enrojecido y le dolía de tanto frotársela. Y se frotaba ya maquinalmente por hacer algo, porque las manos inquietas y aturdidas se le rebelaban. No podía con sus manos como le era imposible dominar el temblor de sus piernas y la angustia del estómago. Tenía barro en la boca e irritados y lagrimeantes los aovados ojos. Después de secarse una vez más, exclamó:

—¡Ha sido horrible, señores! Mucho peor de lo que yo me temía. ¡Espantoso!

Nadie se movió en su asiento y se oían las respiraciones de todos aquellos seres. A las palabras del médico siguió un espinoso silencio. Don Juan sabía que todos le miraban porque, aunque no podía ver los ojos de nadie, los sentía clavados en los suyos. Él hubiera querido expresarlo todo, contarle todo con una sola palabra, pero no era capaz de traducir sus ideas a palabras. Estaba tan nervioso, la emoción le atropellaba de tal manera; se sentía tan acongojado, tan a disgusto consigo mismo, que sus facultades se le habían dispersado, dejándole en el vacío. Su deseo era estar a solas, sin que nadie le preguntase nada. Y, sin embargo, tenía que dar cuenta de lo

inevitable a todos aquellos hombres que, sin derecho alguno, parecían sus jueces. Don Juan sabía que se buscaba un reo, alguien que cargara con toda la responsabilidad para dejarles a ellos libres y tranquilos. Pedro, el médico de El Pozo, estaba a su lado. Era el único que podía ayudarle. Era forastero, tenía fama de ayudar hábilmente a las mujeres a parir... A él le creerían... Adelantó el busto hacia la muda asamblea y dijo:

—Mi compañero se lo explicará a ustedes mejor que yo...

El médico de El Pozo ya lo esperaba, pero trató de excusarse:

—Hombre, yo... No he hecho otra cosa que ayudarte, Juan. Si acaso podría decir lo mismo que tú... En un caso tan claro como este no creo que pueda haber dudas.

—Pero es que yo quiero que te oigan a ti estos señores —insistió don Juan—. Tú puedes explicarte con más tranquilidad. Al fin y al cabo, yo soy el responsable, si es que hay alguna responsabilidad, y me resulta violento hablar de mí mismo...

—Nadie ha dicho nada al respectivo, don Juan —intervino el alcalde—. El asunto es grave, ya lo sabe usted. Tenemos que dar cuenta. Ahí, afuera, hay dos periodistas de Madrid. Además, algo habrá que decirle a la madre del muchacho cuando pregunte. ¿Qué le vamos a decir? Porque alguna explicación tendremos que darle, digo yo.

—Eso mismo —añadió una voz joven—. Necesitamos lo que se dice el parte facultativo.

Román se volvió hacia la voz joven con una expresión de contrariedad que el interesado no pudo ver. Pero sus palabras fueron secas y cortantes:

—Al grano y dejémonos de palabrería. El caso es que aquí ha muerto un muchacho, un torero. A lo mejor hay reclamaciones. Yo soy el alcalde y me encuentro en un compromiso al no saber lo que pasó desde que el «Filigranas» salió de la plaza. Tengo que saber por qué no se le pudo llevar a otro sitio más aparente. Tengo que saber por qué no se le mandó a Madrid. Tengo que saber si faltaba algo de lo poco que en un pueblo hay para estos casos. ¡Y esto es lo que yo quiero saber!

Hubo una pausa que se aprovechó para carraspear, que venía a ser una forma como otra cualquiera de adherirse a las manifestaciones de Román. Don Juan apretó el brazo de su compañero y este comenzó a hablar:

—Pues, señores... —carraspeó a su vez y prosiguió—: Verdaderamente ha sido una desgracia terrible, pero en medio de todo pueden ustedes estar satisfechos porque se ha hecho todo lo que se ha podido por el pobre «Filigranas». La verdad es que el muchacho salió ya muerto de la plaza. Verán. Cuando Juan y yo bajamos corriendo del tablado para atender al herido, acababan de sacarlo del redondel. Habíamos pensado que lo llevasen a casa de Juan para poder asistirle más cómodamente, pero, nada más verle, comprendimos que no había tiempo ni aun para eso. De la herida le manaba la sangre a caño libre. Por la desgarradura del traje se podía calcular el

tamaño y la importancia de la herida; y, en efecto, por el boquete asomaba la masa intestinal, rota y con derrame de heces. Juan y yo nos miramos y, sin necesidad de palabras, nos entendimos. No había tiempo que perder. Había necesidad de ver aquello en seguida. El hijo de mi compañero estaba junto a nosotros con el material de urgencia. ¿Adónde ir? Lo más cerca era el Ayuntamiento, y Juan dio orden a los muchachos de que lo entrasen aquí. Nos metimos con él en la primera habitación que encontramos al paso. No se podía esperar a que le preparasen una cama, ni siquiera un colchón. Por el camino había ido dejando un reguero de sangre imponente y era de temer un colapso mortal. Por eso lo pusimos sobre la mesa del secretario. Entre todos quitamos rápidamente todos los cacharros que había encima y la cubrimos con unos papeles que alguien trajo de no sé dónde. Debajo de la cabeza amontonamos unos libros y se le desnudó cortándole la ropa con bisturís y navajas. El señor cura estaba allí también y pudo verlo. No era una herida más o menos grande. Era un boquete tremendo. El muchacho apenas se quejaba y había cerrado los ojos. Señores: no había humanamente nada que hacer. Los mejores cirujanos del mundo no hubieran podido hacer nada tampoco. Sin embargo, Juan y yo, ayudándole, empezamos a ligar. Tenía rotas la femoral y la safena y otros vasos más. ¡Un desastre! El mismo «Filigranas» se había dado cuenta de que se estaba muriendo, porque le oí exclamar: «¡Ay, madre, me muero!» «¡No puedo más, Dios mío!», o palabras parecidas. Juan lloraba y yo tenía el corazón en un puño, porque veíamos que se nos iba sin remedio. Y así fue. La pobre criatura se murió en un suspiro. Yo me di cuenta porque en aquel momento le miré a la cara, pero Juan no quería creerlo. Sólo cuando le tomó el pulso se convenció. Estábamos de sangre hasta los codos, como dos carniceros. Nuestras cuatro manos, moviéndose con toda la rapidez posible, no habían podido contener la hemorragia en aquel amasijo de vasos, músculos e intestinos destrozados. La cornada, sin duda, penetró muy hondo, pero, a mi juicio, lo peor fue el estar tanto tiempo suspendido del asta. Su mismo peso hizo que el pitón se le hundiera profundamente en el vientre, perforándole y desgarrándole los intestinos. Aunque hubiéramos conseguido detener la sangría, la muerte era inevitable. ¡Inevitable! Mí compañero y yo así lo creímos desde el primer momento, y después que expiró, la detenida exploración de la herida nos lo vino a demostrar de una manera palmaria e indudable. Coincidimos de nuevo en el dictamen: ¡era una cornada mortal de necesidad! Cosimos por coser, y cosimos. ¡Todo en vano! ¡Y esto es lo que ha pasado, señores!

El médico forastero calló. El breve discurso le había hecho sudar y sacó el pañuelo para abanicarse. Sus palabras habían logrado canalizar la emoción dispersa, articulándola y dándole fuerza. Su relato sería el relato de todos. Con detalles y adornos a cargo de cada cual sería la versión que poco después correría por el pueblo y se convertiría en una historia más de las fiestas. Al terminar don Pedro, el auditorio

respiró fuerte como si no hubiese podido alentar durante el relato. Y antes de que surgieran los comentarios se oyó la voz de don Primitivo, voz grave, cargada de resonancias y resabios oratorios.

—Y yo tengo que decir que el muchacho murió cristianamente. Viendo que se moría, pues no era necesario saber medicina para comprenderlo, le di la absolución. Y cuando le estaba absolviendo abrió un poco los ojos, me miró y se sonrió. No me cabe duda de que se había dado cuenta de la importancia del acto que estábamos celebrando. Así habrá podido presentarse ante Dios limpio de pecado. Nuestro Señor le había reservado esa gracia especial que para nosotros queríamos también todos los cristianos... Luego le fue aplicado el viático. En medio de tan dolorosas circunstancias puede decirse, no obstante, que fue la suya una hermosa muerte. Se fue sin dolor propiamente dicho y confortado con los auxilios de nuestra santa religión. Por lo demás era casi un niño aún y es de suponer que la vida no le hubiera deparado demasiadas ocasiones de pecar. A estas horas es seguramente feliz y está gozando de la gloria de Dios.

Algunos se santiguaron inconscientemente como al final de un responso.

—Bueno, pues ya hemos quedado enterados —dijo entonces Román—. Y quedamos tranquilos sabiendo que se hizo por él todo lo que estaba a nuestro alcance.

—¿Y no se le pudo hacer una transfusión de sangre, don Juan? —preguntó, de improviso, la voz joven.

Don Juan abrió mucho los ojos.

—¿Una transfusión de sangre? Pero ¿cómo?, ¿con qué?

—Inútil —intervino don Pedro—. Hubiera sido como echar agua en un cesto. De haber sido posible, cualquiera hubiera cedido su sangre: yo mismo, el señor cura, ¿no es cierto?

—Pues claro —contestó don Primitivo.

—Pero no hubiera dado resultado positivo alguno. Ya les he dicho que no había nada que hacer. Nosotros lo intentamos porque esa es la obligación de los médicos. En nuestro caso, todos los médicos hubieran obrado igual. Y si no lo creen ustedes así, pueden llamar al que quieran y que examine el cadáver. Todavía está caliente y con la herida fresca. ¡Nada, que lo vea otro! Nosotros no tenemos ningún inconveniente, ¿eh, Juan?

—Ninguno, ninguno. ¡Que lo vean, que lo vean!

—¡Basta, don Pedro! Todo esto es hablar por hablar.

Aquellas palabras de Román guillotinaron la discusión entre el médico y el secretario.

—El «Filigranas» ha muerto —continuó Román—. Mejor dicho, al «Filigranas» lo ha matado un toro. Era torero y lo ha matado un toro. ¡No creo que esto sea cosa del otro jueves! Al fin y al cabo, aunque muy lamentable, son gajes del oficio. Todos

nos tenemos que morir, ¿no es eso? Antes o después, no hay quien se salve. Pues ya está. A ver, alguien que dé la luz, que todavía no se ha terminado el asunto.

La luz les hizo entornar los ojos de momento. Luego pudieron verse las caras. Se miraron con alegría, como al despertar de un mal sueño. En seguida salieron a relucir las petacas.

—La verdad es que el muchacho estuvo valiente —dijo uno mientras liaba el pitillo—. Nunca habíamos visto cosa igual aquí. ¡Lástima que le enganchase!

—Parecía debilucho, pero tenía nervios, tenía —comentó otro—. ¡El novillo sí que era un marrajo!

—Le perdió el querer hacer filigranas con él. ¡A quién se le ocurre darle un pase mirando al tendido! Si el toro no pasaba de ninguna forma...

—Ya se lo advirtió el otro. ¡Ese sí que vale! Es un blando, pero vale, vale...

El concurso fumaba con ganas y las hebras de humo de los cigarros formaban ovillos fugaces en torno a las luces.

El rumor de la calle había ido desapareciendo poco a poco y apenas se oía algún que otro pito de feria lejano. La plaza, sin duda, se había quedado desierta y, sin duda también, un religioso respeto había sobrecogido a la gente.

En la sala de concejos siguió durante un buen rato el debate en torno a la corrida. Se recordaron todas sus incidencias y se la comparó con las de años anteriores. Y todos estaban de acuerdo en considerarla muy superior a aquellas.

—Lo que es el año que viene hay que traer un novillo de casta, bravo de verdad. ¡Qué se arranque bien, puñeta, y no se acobarde! Si el de hoy llega a ser bravo, de seguro que no pasa nada.

—¡Bien dicho! ¡Hay que ver lo que ha tenido que bregar el «Aceituno» para hacerle entrar por uvas! No le ha faltado más que montarse en él...

—Y el año que viene hay que traer otra vez al «Aceituno».

—¡Quiá! Ese fulano tiene mucho miedo.

—Porque sabe lo que se hace.

—Pues puede que sea por eso.

Román dio un golpe sobre la mesa para llamar la atención de todos y tomó la palabra:

—Tenemos otro problema que resolver, amigos. Todo lo que estáis diciendo está bien dicho, pero tenemos un año por delante para irlo pensando. Pero ahora nos encontramos con un cadáver en medio de la fiesta. ¿Qué hacer?

De pronto el cadáver había venido a situarse en medio de la reunión. Y lo traía Román. Era una realidad ineludible. Los hombres quedaron perplejos y se miraron unos a otros sin saber qué decir. Uno, de pelo mezquino y ralo, de cara redonda, regordete, vestido con traje de pana negra, no vio problema alguno.

—Enterrarlo, mira tú —dijo—. ¿Tú qué quieres que hagamos con él, Román?

—¡Caray, qué listo eres, Cirilo! —exclamó Román, y los demás se rieron—. A todo el que se muere lo entierran, ¿no es eso? Y este no va a ser diferente. Lo que yo quiero decir es otra cosa, hombre. Aquí no lo podemos tener, digo yo, estando el pueblo en fiestas. No está ni medio bien que la gente se ponga a bailar delante de un muerto como quien dice. No es de buena ley.

—Pues es muy sencillo —dijo entonces el cura. Se suspende el baile de esta noche y en paz.

Román movió la cabeza.

—Usted siempre con lo mismo, don Primitivo. Se agarra usted a todo con tal de que no haya baile. Usted sabe más que nosotros de todo menos de lo que es necesario a la juventud. Usted no ha sido mozo como nosotros y por eso...

—Lo que pasa es que usted tiene la manga muy ancha para estas cosas —replicó el cura mientras Román ponía los labios como para sonreírse—. Pero yo sólo he pensado ahora en que esta desgracia debe tener su luto.

—Y lo tendrá, don Primitivo. Pero no parando la fiesta. También están muy malos el «Camorra» y la Patro, y son de aquí. Si tuviéramos que suspender los festejos cada vez que hay un muerto o un confesado, pues no habría fiesta casi ningún año.

Don Primitivo se encogió de hombros. Era inútil luchar contra la lógica parda de aquel hombre. Sin embargo, para dejar una vez más a salvo su criterio irreductible, dijo:

—Y siempre estaré contra el baile, ya lo sabe usted. El baile es la perdición de la juventud. Luego pasa lo que pasa...

—¡Quia! En el baile no pasa nada. Donde pasa es en las eras y en algunas puertas mal guardadas. Que es así, don Primitivo, que es así.

—Si no tuviéramos lo que tenemos... —terció Cirilo, chispeándole los ojos.

Hubo una comenzón de risa en todos, pero se contuvieron ante el gesto agrio del cura.

—Bueno, vamos al grano. Yo creo que lo más indicado —habló otra vez Román, volviendo a la cuestión— es que, como no podemos suspender el baile de esta noche, nos llevemos al muerto a otro sitio. Y no hay más que uno aparente: la capilla del cementerio. Allí lo pueden ir a velar los mozos tan pronto acabe el baile. Y mañana se le entierra. Yo ya lo tengo decidido. Le haremos funerales de primera con cargo al Ayuntamiento. También lo tengo decidido. Así que espero que a todos les parezca bien. Y ahora hay que llamar al «Raposo» para que los mozos lo vayan preparando todo. A ver, Basilio: anda y llámale...

Se levantó Basilio, que era el concejal más joven, y fue a cumplir la orden de Román. Hubo después una pausa que aprovechó el secretario para intervenir.

—Habría que avisar a la familia del «Filigranas» —dijo.

—Eso ya lo tengo yo pensado —contestó Román—. Usted se encargará de eso.

Pregúntele el nombre y la dirección al «Aceituno», y ponga después un telegrama a cargo del Ayuntamiento también. A ver si pudieran estar aquí sus familiares para la hora del entierro...

—Todo está cabal —y habló un viejo de cara enjuta—. El muchacho murió bien, con valor, como tienen que morir los hombres. ¡Todo se lo merece! Y el pueblo tiene que corresponder.

—Sí que murió bien, sí —dijo otro.

—Es verdad —murmuraron casi todos.

—Es virtud de nuestra raza —y sonó la voz joven del secretario— saber morir bien. A lo largo de nuestra historia lo tenemos bien demostrado. Es nuestra filosofía. Aprendemos a morir desde niños. Nos lo enseñan los lutos que vemos, las historias y las frases que oímos, hasta nuestro paisaje. Las campanas nos lo recuerdan constantemente. ¡Morir bien, he ahí nuestro ideal supremo! Porque, en definitiva, morir es...

—Bueno, bueno, don Luis, no se nos vaya por los cerros de Úbeda —le atajó Román, impaciente—. Ya lo ha dicho todo el señor Fidel sin tanto requilorio. Que usted tiene la manía de echarnos un discurso en cuanto puede. Si a mí me gusta oírle, hombre, porque habla usted muy bien. Pero eso está indicado para las sesiones, cuando cada uno empieza a tirar por un lado y hay que arrearlos a todos para que tiren juntos. Que el muchacho murió bien, ya está dicho y comprobado. Pues nosotros le haremos un entierro por todo lo alto. Ya está.

Entró Basilio acompañado de Bienvenido y Maxi.

—Al «Raposo» no se le encuentra por ninguna parte —dijo Basilio—, y me he traído a estos para que se enteren de lo que sea.

Bienvenido tragaba saliva con la boca abierta y el bulto de la nuez subía y bajaba como un émbolo. Maxi llevaba en la mano su inseparable garrote y tenía aún puesta la camisa manchada de sangre. Ambos mozos presentaban un aspecto de cansancio profundo, de depresión de ánimo, casi de inconsciencia. Los dos, sudorosos, sucios, despechugados, con las pelambres revueltas, con los labios hinchados y los labios secos.

—Está decidido —les dijo Román— que se lleve el cadáver a la capilla del cementerio antes de que empiece el baile. Y allí estará hasta que le demos sepultura. Así que ya podéis ir a casa del Satur para que os dé la caja que tiene de remanente. Le decís que la paga el Ayuntamiento. Metéis en ella el muerto y cuando esté lo llevaremos sin mucho ruido al cementerio. Todo en buena forma, sin escándalo. De que acabe el baile esta noche, organizáis el velatorio allí mismo, ¿estamos? Mañana, si Dios quiere, se harán los funerales y el entierro. —Se volvió a mirar a don Primitivo—. Podría usted avisar, señor cura, a su compañero de El Pozo y a algunos más. Cuantos más curas, mejor. Tiene que ser sonado.

Don Primitivo se levantó para unirse a los mozos. Estos esperaban no sabían bien qué y miraban al alcalde sin chistar hasta que este les hizo una seña.

—¡Hala! —les gritó.

Cuando desaparecieron el cura y los mozos, se produjo otra pausa. Los médicos se levantaron, pero entonces Cirilo, el del pelo ralo y la cara redonda, paseó sus ojillos chispeantes por la concurrencia hasta fijarlos finalmente en Román.

—Bueno —dijo—, ¿se ha acabado ya el asunto del entierro? Quiero decir si ya no hay más que hablar de eso.

—Por ahora nada más —contestó el alcalde.

—Pues entonces, ya que estamos reunidos, quisiera deciros lo que me ha contado un cuñado mío, el Tomás, que vive en el Tomelloso. No sé si será cierto. Allí es lo que dicen y siempre están bien enterados.

—Según de qué —le interrumpieron.

—De todo lo referente al vino. Y mira tú si es verdad lo que me ha dicho, que yo creo que algo habrá; ya podéis andar bien listos los que tengáis algún remanente.

—¿Y qué es lo que le pasa al vino? —preguntó Román.

—Al vino, nada. Verás: estábamos hablando de la cosecha que se presenta, que es superior por todas partes, cuando el Tomás, mi cuñado, va y me dice: «¿Qué, queda mucho vino todavía de la cosecha pasada en este pueblo?» Yo le contesté que aún queda bastante, como es la verdad, y entonces él me dijo: «Pues ya os podéis dar prisa en vender, si no queréis perder dinero, porque, según rumores, el Gobierno va a dar salida a los alcoholes retenidos...»

De momento produjo gran impresión. Aquel era, en efecto, un grave problema para la mayoría de los allí presentes. Hubo un chispazo de miedo. Pero el anciano de la cara enjuta fue el primero en reaccionar.

—¡Pues yo no vendo! —dijo, moviendo enérgicamente la cabeza.

Román dio un manotazo en la mesa.

—Ni yo —exclamó—. Esos son los rumores que lanzan todos los años los compradores por estas fechas en que hay pocos caldos y todos buenos. O tienen que cerrar las fábricas o comprar a precios decentes. Estos alcoholeros son así de vivos.

—¿Y qué va a hacer, si no, el Gobierno con todo el alcohol que tiene almacenado? Alguna vez tendrá que darle salida, digo yo —arguyó Basilio.

—Pero eso sería la ruina de mucha gente...

—¡Habrá que preguntárselo al gobernador!

—¡Pues yo no vendo! —repitió Román.

—Es que tú puedes aguantarte, Román.

—Cuando los del Tomelloso lo dicen...

—¿Los del Tomelloso? ¡Menudos pájaros! A ver si han lanzado la piedra para acertar de retuque...

Basilio estalló:

—¡Cuidado! Que mi cuñado me lo ha dicho a mí en confianza.

—¡A saber...!

—¡Que yo no me fío, vamos!

De pronto se encontraron hablando todos a la vez, excitados, coléricos. A Basilio le iban acorralando hasta que, poniéndose en pie, les desafió a todos con la mirada. Tan pequeño y regordete, parecía que la sangre le iba a saltar por todos los poros. Entonces Román dio otro puñetazo sobre la mesa y gritó:

—¡Silencio! —y después de una pausa, cuando todos se callaron, agregó—: ¡Estamos chillando como mujeres! Parece mentira, teniendo un hombre de cuerpo presente en esta misma casa...

Un aletazo de aire frío pasó sobre aquellas cabezas calientes. Y otra vez la muerte se situó entre ellos, dejándolos mudos y sobrecogidos. Se sintieron cansados, con vehementes deseos de marchar de allí. Román se levantó y, dirigiéndose al secretario, dijo:

—Me parece que se ha perdido una bonita ocasión para uno de sus discursos, don Luis...

Su voz era tranquila. Sus ojos miraban fríamente. Pero al secretario le pareció que le tiraban de las orejas...

* * *

Pronto los dejaron solos. Antes, alguien cubrió el rostro de Rafa con un pañuelo sudado. Cuando cerraron la puerta, el «Aceituno» ya no lloraba. Entonces miró detenidamente a su amigo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho desnudo. Toda su cara era de una blancura transparente como la del nácar. Le cogió una mano, rígida ya, y la dejó en seguida porque se asustó del contraste que ofrecían sobre ella sus dedos oscuros de betunero. Después atrajo su mirada el guardapolvo gris que le cubría. Vaciló. Por fin se decidió a tocarlo... Empezó a levantarlo... Cerró los ojos, pero, bruscamente, soltó la tela. Echó luego una ojeada en su torno, y es cuando se percató de que estaba a solas con él. Los chiquillos habían abandonado las ventanas y fue a cerrarlas. Entonces la habitación se hizo más íntima y mayor la soledad. Por último cogió una silla y fue a sentarse junto a la cabecera del muerto.

Las gotas de sangre y humor seguían cayendo lentamente, cada vez más lentamente, sobre el oscuro charquito. Las moscas, de inagotable avidez, revoloteaban sobre el cadáver. El aire de la habitación, al quedarse quieto, se tornó pegajoso, denso, asfixiante. Y empezó a oler, de pronto, a una cosa dulce y cruda. Mareaba. El «Aceituno» cerró los ojos.

(—Ya te dije, Rafa, que no toreas así, que a estas corridas se viene a perder el respeto a los toros nada más. Ya te dije que no toreas al natural. Te grité que el toro no pasaba, pero tú quisiste darle un pase mirando al tendido, mirando a la niña rubia esa... Pero la niña rubia se ha ido a su casa y tú te has quedado aquí... Tú te has quedado aquí... Y ahora todo el mundo dirá que tuve yo la culpa... Pero a mí me agarrotó el miedo. No pude salir al quite, no pude. Tú sabías que a mí no me responde el izquierdo, lo sabías... ¿Por qué lo hiciste, Rafa? La niña rubia no iba a ser para ti, ni tú ibas a ganar nada... ¡Tú te has matado! Y ahora, yo ¿qué? ¿Qué digo? ¿Qué hago? Yo no quería nada. ¡También es mala suerte que me hayan dado a mí las orejas del maldito marrajo! ¡A mí! Lo que me dijo la vieja de Sevilla: las orejas de un toro negro... Acertó la vieja y se equivocó tu gitana. ¡Tenían que haberse equivocado las dos! Nos hubiéramos marchado juntos a Córdoba mañana... «Aquí estamos, don Ventura, aquí estamos. Rafa, formidable. Este chaval llegará lejos. Tiene usted que ayudarle. Hay que darle esa novillada con caballos...» Al año que viene, novillero puntero. A lo mejor te hubieras olvidado de mí, pero no importa. Otros también se olvidaron de mí hace mucho tiempo. De mí se olvida todo el mundo... ¡Esto es mucho peor! ¿Qué le digo yo a don Ventura? «Don Ventura: le cogió un manso por querer darle un natural mirando al tendido. Lo enganchó por la ingle. Es que el toro no pasaba. ¿Que dónde estaba yo?» Eso me preguntarán todos: que dónde estaba yo. Y todos dirán que ha habido mala suerte, que el muerto debiera ser yo y no tú... Hasta la «Vitaminas» me preguntará cómo fue. Le tendré que dar un par de guantazos cuando se «ajume», porque me dirá que fui un cobarde. ¡He sido un cobarde! Toda mi vida un cobarde... Pero yo no tengo la culpa. Soy negro y cobarde, pero yo no tengo la culpa...)

Un rumor de voces próximas le hizo abrir los ojos. Junto a sus pies estaban las orejas y el rabo del novillo e, instintivamente, les dio una patada, y los macabros trofeos fueron a parar junto al negro charquito de humores y sangre. Se restregó luego los ojos. Las voces estaban ya en la puerta. Sonó un golpe hueco y triste. Entonces se abrió la puerta y apareció el negro ataúd que traían los mozos: Maxi, Acisclo, Bienvenido y otros muchos. Detrás asomaron un chiquillo con un farol y una campanilla, y el cura. Los mozos entraron hablando.

—Hay que darse prisa —dijo Acisclo—. Tenemos que aprovechar que la gente está cenando.

El «Aceituno» se levantó sobrecogido. Tuvo que apartarse porque los mozos tropezaban y no sabían dónde colocar el féretro. Le dieron un empujón. Estorbaba. Al fin los mozos colocaron el ataúd atropelladamente sobre dos sillas, una de ellas la que ocupaba el limpiabotas.

—¡Tened cuidado, tened cuidado! —les recomendó don Primitivo.

Quitaron la tapa, que sonó al arrastrarla por el suelo. Varios mozos, entre tanto, se habían situado alrededor del cadáver.

—Usted debe irse a descansar —le dijo el cura—. Tiene usted aspecto de estar terriblemente cansado...

El «Aceituno» miró al cura.

—Ande, váyase. Aquí ya no hace falta —le volvió a decir don Primitivo.

El «Aceituno» se atrevió a preguntarle:

—¿Y qué van a hacer con él?

—Llevarlo a la capilla del cementerio.

—¿Y se va a quedar solo allí?

Don Primitivo le puso una mano en el hombro.

—No se preocupe, joven. Los mozos le velarán toda la noche.

Los mozos se disponían en aquel momento a coger el cuerpo de Rafa.

—¡Espacio! —advirtió Acisclo.

Uno hizo intención de despojarle del guardapolvo gris.

—¡No, por Dios! —gritó el «Aceituno»—. ¡No lo desnudéis!

Ya no quiso ver más; salió de la secretaría y se tropezó con el secretario, que venía en su busca. El «Aceituno» quiso pasar de largo, pero el otro le detuvo. Entonces le miró con ojos de sonámbulo mientras el secretario le enseñaba su limpia dentadura.

—Perdone, pero necesito que me dé las señas de su amigo muerto. Tengo que poner un telegrama urgente a su familia.

—¿Un telegrama? ¡Ah, sí, un telegrama!

Le dio las señas y reanudó su camino sin despedirse del funcionario municipal, que se quedó escribiendo nerviosamente en un cuaderno de notas.

No había nadie en la plaza. La taberna estaba asimismo vacía aunque se oían voces en el patio. Le salió al paso el «Quebrao», que le habló al oído:

—La Fina te espera esta noche en su casa. Ha venido a decírmelo la Josefa, su tía.

El «Aceituno» le miró sin comprender.

—¿A mí? ¿La Fina?

—Sí, la Fina.

El «Aceituno» se encogió de hombros.

—Y el «Raposos», ¿dónde está?

—Vino por dos botellas de coñac y ya no se le ha vuelto a ver. Ahí están los músicos cenando en el patio.

El «Aceituno» le volvió la espalda y el tabernero le vio subir las escaleras despacio, tambaleándose casi.

—¿Te subimos la cena o bajas al patio? —gritó.

Pero el limpiabotas no contestó, desapareciendo por la vuelta de la escalera...

Al llegar al dormitorio, el torero se sentó en su cama. El silencio le envolvía. La ventana estaba negra de noche y por ella entraba una tenue brisa con olor de campo. Empezó a descalzarse y entonces se fijó en sus manos. Las sangres de Rafa y del toro, juntas, se habían secado ya, formando en torno a las uñas un barniz áspero y oscuro... Se puso en pie de un brinco y fue corriendo al lavabo. Lejos, en la noche, sonó el triste aullido de un perro. En seguida fue una cadena de aullidos, lúgubres y estremecedores, desparramados por todo el ámbito del pueblo en sombras...

X

LA mesa quedó encharcada de sangre y secreciones al levantar el cuerpo del «Filigranas». Los mozos pusieron todo el cuidado posible en que no perdiese su postura y así lo colocaron dentro del ataúd. Estaba ya rígido y como pesaba tan poco para aquellos forzudos brazos, la operación resultó rápida y perfecta. Nadie se había acordado de traer una mortaja y tuvo que ir desnudo, velado a medias por el guardapolvo gris, sucio de tinta. Se lo cargaron a hombros Acisclo, Maxi, Bienvenido y otro mozo más de la comisión.

—¡Quién podía pensar esta mañana que a la noche lo íbamos a llevar de esta manera! —dijo Acisclo gravemente.

—¡Calla, hombre, que tengo un «inrite»! ¡No somos nada, nada! —exclamó Maxi.

Salieron. En el portón les esperaban las autoridades. Se formó entonces la comitiva. Primero iba el acólito alumbrando con el farol y tocando tímidamente la campanilla. Detrás, el féretro, seguido del señor cura. Después, las autoridades. Y, finalmente, el pelotón de los mozos. Todos hombres. Ni una sola mujer. Todos estaban tristes, pero nadie lloraba.

Fueron siguiendo el callejón alrededor del tinglado de la corrida formado por las galerías. Pasaron por los soportales. Seguía oliendo mal allí y al paso del cortejo se levantaban los enjambres de moscas sorprendidas en pleno sueño. Todo el aire era de moscas. Los hombres tenían que sacudir las manos para ahuyentarlas... Por fin entraron en la calle mayor.

—Por aquí lo trajimos esta mañana. ¡Mira tú qué diferencia, Maxi! —dijo Acisclo.

—Ya, ya. ¡Hay que ver las cosas que pasan! ¡Y en qué poco tiempo! ¡No somos nada, nada!

Los hornillos de los churreros estaban apagados junto a las paredes. Los puestos de dulces y de tiro al blanco aparecían oscuros y entoldados. La comitiva levantaba un rumor de pies, de toses y de palabras sofocadas. Sonaba la campanilla encogiendo los corazones. De pronto el silencio rumoroso fue desgarrado por el aullido de un perro e, inmediatamente, empezaron a ladrar canes invisibles desde todas las corralizas y desde todos los portales...

La calle mayor estaba alumbrada escasamente por pequeñas y distantes bombillas eléctricas que daban una pobre luz temblorosa y soñolienta. A sus reflejos, ventanas y balcones aparecían cuajados de rostros fantasmales. Eran los de los viejos y mujeres asomados para ver el paso del fúnebre cortejo. Habían apagado las luces del interior de sus casas por respeto. Sin embargo, toda la calle olía a cocina revuelta.

Las muchachas se estiraban para verlo mejor. Algunas cruzaban sus miradas con

las de los mozos que, al pasar, levantaban la cabeza. Las madres apartaban a los chiquillos. Los viejos cerraban los ojos.

—¿Tendría novia el pobre?

—Puede. Era guapillo.

—Poca cosa.

—¡Mujer! Para todo hay gustos.

En cada ventana y en cada balcón alguien decía:

—¡Que Dios lo tenga en su santa gloria!

Después se rezaba un padrenuestro, un avemaría y un gloriapátris por el eterno descanso de su alma. Se hacían la señal de la cruz. Algunas mujeres, con el rezo en la boca, tenían que salir corriendo para la cocina, donde se quemaba algo. Las muchachas, curiosas, seguían mirando y cuchicheaban.

—¡Mira que si no hubiera baile, tú!

—Habría.

—¡La verdad es que ha sido una mala suerte! Esto casi le quita a una las ganas...

—¡Hija, qué se le va a hacer!

—¡Pues cómo estará Antoñita! Lo mató el toro por mirarla a ella.

—Dicen que ella no le había quitado el ojo de encima en toda la tarde. Dicen...

Rumores y siseos dejaba la comitiva funeraria tras de sí. Los hombres, sentados a las puertas de sus casas, se ponían en pie y se destocaban en silencio. Y los que estaban fumando, escondían además la lumbre del cigarrillo tras la palma de la mano. Las tabernas, que eran muchas en la calle mayor, habían entornado sus puertas. El cielo de la noche era de un azul evanescente y luminoso. El aullido de los perros mantenía en el aire un temblor largo y quejumbroso. Los pordioseros de la mañana, que salían de los rincones para desparramarse otra vez por los caminos, se iban uniendo también a la comitiva. Marchaban los últimos, huraños y silenciosos como siempre.

Sobre los últimos pasos de la comitiva se iban encendiendo las luces de las casas. Los balcones y ventanas se iluminaban alegremente. Parecía que las encendían los golpes de un pulso fuerte, incontenible. El mismo pulso que hacía que las mozas sintieran en su carne un retozo frenado a duras penas. Y es que el numen de la fiesta volvía a corretear por en medio de las calles como un chivo joven.

* * *

Antoñita había llegado a su casa sin sus amigas. La madre se asustó al verla tan pálida. Antonia sabía ya, por supuesto, que el toro había corneado al pobre torerillo, a aquel que parecía aún un muchacho. La voz de la desgracia había corrido por toda la calle, y ella la había recogido en el balcón donde permaneció toda la tarde. Todos los

años ocurría alguna cosa terrible en la dichosa corrida. Siempre estallaba un escándalo en la plaza. Era de esperar que la costumbre se repitiera. Por eso, lo de la cogida del «Filigranas» casi le pareció natural. Sería el suceso de aquel año. Se puso nerviosa, eso sí. Se santiguó, claro. Pero el maletilla era un ser tan lejano a ella... Pensó más en su marido y en su hija. Se imaginó a Román tal como se puso en la tribuna: con los ojos centelleantes, extendiendo los brazos, imponiéndose a todos... Antoñita se habría asustado, pero estando cerca de su padre... La noticia, además, corrió confusa y contradictoria. Cada uno que la transmitía decía una cosa. De balcón a balcón las voces se enredaron como serpentinatas. Las madres llamaron a los chiquillos, como si el toro fuera a salir corriendo por medio de las calles asesinandolos. Pero nadie pudo concretar nada porque ninguno de los que lo presenciaran había vuelto todavía. La primera en llegar fue Antoñita, sola, de prisa...

—¡Ay, madre!

Antoñita se dejó caer en uno de los sillones de la sala. La madre, corriendo a su lado, preguntó:

—Entonces, ¿es verdad que ha muerto?

—¿Que ha muerto?

Antoñita miraba angustiosamente a su madre.

—Eso dicen —contestó Antonia—. Yo creí que tú lo sabías. Pero si tú no lo sabes es que no es cierto.

—Yo he salido corriendo sin hablar con nadie. No podía más. ¿No ve que el toro le cogió delante de mí cuando me estaba mirando, madre?

En la calle crecía el rumor de los hombres que pasaban. Antonia se asomó al balcón. El aire era de tragedia, desde luego, pero, sin embargo, preguntó.

—Está tieso el pobre —le contestaron desde abajo.

—Pero ¿muerto? —insistió ella.

—¡Cómo muerto! Más que mi abuelo. Despanzurrado, señora Antonia, y sin gota de sangre. Peor que lo que dicen que fue lo de Manolete.

Entonces Antonia oyó a sus espaldas los gritos de su hija:

—¡Dios, Dios, Dios!

Se volvió rápidamente. Parecía que a Antoñita le iba a dar algo. Tenía echada la cabeza hacia atrás y se tapaba los ojos con las manos, presa de un ataque de desesperación. Entonces se fijó la madre en el desorden que, íntima y exteriormente, reflejaba su hija.

—¡Ay, Dios mío, Dios mío!... —gimió la muchacha.

Antonia le cogió una mano y se la acarició.

—Pero, hija, ¿qué es lo que te pasa? Bueno está lo bueno, pero no como para que te dé el histérico.

—Es que es una desgracia muy grande, madre, una desgracia muy grande para

mí.

Antonia se quedó perpleja. Acercó una silla y se sentó a su lado. Su voz se hizo confidencial.

—¿Quieres explicarte? Porque así, llorando, no hay quien te entienda. ¿Qué es eso de que es una desgracia muy grande para ti? Vamos, dime por qué.

La muchacha miró a su madre con los ojos llorosos. Y habló como defendiéndose de una acusación.

—Pero yo no tuve la culpa de lo que pasó. ¡Se lo juro!

—Pero ¿de qué ibas a tener tú la culpa, criatura?

—De que le cogiese el toro.

—Pues claro que no.

—Pues ahora, al pasar por entre la gente, muchos lo decían.

—¿Que tú tuviste la culpa? Pero ¿por qué?

—Porque me estaba mirando.

Antonia hizo un gesto con los labios. Creyó haber comprendido al fin. Y aquella actitud de su hija le pareció absurda.

—Eso son niñerías —dijo—. Igual podía haber mirado a la luna o al sol. Además, si a una la mira un hombre así, de repente, ¿qué puede hacer una? Como no sea cerrar los ojos o marcharse... Si al muchacho ese le pareciste guapa y te miró, ¿qué tiene eso de particular?

—Tiene, madre, tiene. Yo le había mirado también antes.

Antoñita ya se había calmado un poco, y ya no lloraba ni se retorció las manos.

—Pero, chica, ¿es que no se puede mirar a los toreros en la plaza o qué? ¿Qué pintan entonces allí? ¡Si van para que la gente los mire!

La muchacha movió la cabeza con desgana.

—No es eso, madre. Es que yo le miré... Vamos, que nos estuvimos mirando toda la tarde... No era de cualquier manera, no.

Antonia abrió mucho los ojos, asombrada.

—Pero ¿tan de repente? ¿Por un casual a ti te gustaba él?

—¡Qué va! Lo que pasó es que yo le miraba adrede para encelar a Juanito. Sólo por eso. Estaba Juanito detrás de mí dándome la lata y yo quería picarle. Por eso empecé a mirar al «Filigranas». El pobre muchacho se dio cuenta en seguida y ya no quitaba los ojos de mí. Todo su afán era traer al toro cerca de donde nosotros estábamos para poder lucirse mejor delante de mí. ¡Pobrecillo! El caso es que cuando colocó al bicho donde él quería... Había dado ya algunos pases muy buenos. La gente aplaudía y yo creo que el chico se puso loco. ¡Parece que le estoy viendo, madre! Estaba muy cerca del novillo y entonces se me quedó mirando muy fijamente, como si me estuviera hablando. Tenía una sonrisa tan triste... Yo vi que el toro arremetía contra él. Vi que le enganchaba por la ingle. Me puse en pie de un salto, horrorizada.

El toro lo había levantado en el aire y el pobre torero seguía mirándome, con los brazos tendidos hacia mí. Luego se quedó colgando del cuerno y aún seguía mirándome... Pero ¿no lo comprendes, madre? ¡Es horrible, horrible! —Se tapó los ojos como para borrar de su recuerdo la espantosa visión, y dijo después—: Cuando salía yo de la plaza a escape, he oído rumores de que si lo cogió el toro fue por mi causa, por mirarme. Y ya siempre dirán que tuve yo la culpa. ¡Qué sé yo lo que dirán a estas horas en el pueblo!

Hubo una pausa. Antonia se quedó pensando. Mientras, había ido oscureciendo y ya la sala estaba totalmente a oscuras. Seguía pasando el rumor de la gente por la calle, pero a los gritos y a las preguntas cruzados de lado a lado, de balcón a balcón, había sucedido un murmullo de voces sofocadas y temerosas. Hasta el aire parecía asustado. Antoñita volvió a hablar sin mirar a su madre.

—Puede que el muchacho se pensase otra cosa... Pero yo lo hice sólo por fastidiar a Juanito... Lo malo es que la gente... Ahora es cuando tengo que marcharme de aquí una temporada.

Antonia se levantó súbitamente.

—Sécate esa cara y arréglate ese pelo, ¡pronto! —le dijo—. Vamos al balcón ahora mismo para que te vea todo el mundo como si tal cosa. ¡Vamos!

Sobre la marcha tuvo que reparar Antoñita los desperfectos más visibles de su tocado y de su peinado pasándose las manos por la cara y por el pelo. Ya en el balcón, su madre volvió a decirle:

—Y ríete. No muy descarado porque se notaría. Como si tal cosa. Y de marcharte ahora de aquí, ni hablar. ¡Lo que faltaba!

Ya lucían las pálidas bombillas eléctricas de la calle.

Seguía pasando la gente y se veía en las puertas de las casas a los hombres en mangas de camisa esperando la hora de la cena. Madre e hija cambiaron algunos saludos y comentarios con los vecinos más próximos.

—¡Hay que ver! ¡Pobrecillo! Bueno, si tú lo viste mejor que nadie, Antoñita.

Antoñita asintió con un gesto, y su madre dijo:

—Claro, como que era la presidenta...

—Pues dicen que ha muerto sin sufrir apenas. Como quien dice sin decir Jesús.

—El señor cura le dio la absolución. Ya ves.

A poco pasó Juanito y se detuvo bajo el balcón de su novia.

—Ahora lo traen —les dijo—. Lo vamos a colocar en la capilla del cementerio. Yo voy a preparar aquello lo mejor posible.

Antonia preguntó:

—Eso es con idea de que haya baile, ¿no?

—El señor Román ha dicho que sí, que habrá baile. ¿Irás tú, Antoñita?

—Pues claro que irá.

Cuando Juanito se alejó calle adelante, dijo Antoñita:

—Hasta parece que se alegra...

—Sobre todo que tu padre no te vea con esa pinta de dolorosa. Ya le conoces. Como se entere de que alguien dice que si miraste al torero o que dejaste de mirarle, va a armar la de San Quintín.

—Pero yo no quisiera ir esta noche al baile.

—Pues tienes que ir.

Estuvieron calladas un largo rato hasta que vieron asomar la comitiva que venía de la plaza.

—Ya lo traen —dijo Antonia estremeciéndose.

—¡Vámonos para adentro, madre!

—Quieta y no hagas el tonto. Todo el mundo te mirará y tú tienes que aparentar lo mismo que aparentamos los demás.

Detrás del farolillo del acólito se percibía el bulto negro del ataúd sobre las camisas blancas de sus portadores. Luego venía el confuso montón de los acompañantes. Tal era el silencio, que se oía claramente el rumor de sus pisadas. El coro de los perros aulladores que venteaban la muerte produjo un escalofrío en las dos mujeres.

—¡Dios mío! —exclamó la muchacha.

—¡Esos malditos perros! —y la madre lo dijo entre dientes y temblando—. Vamos a rezar por él... ¡Dios te salve, María...!

Antoñita contestaba al rezo mecánicamente. Fueron varias avemarías... por fin el cortejo llegó frente a ellas, y Antonia pellizcó a la muchacha. Ladraban los perros y las manos de las gentes sobrecogidas trazaban el signo de la cruz.

—¡Santíguate! —ordenó la madre—. ¡Que mira tu padre!

Ambas se santiguaron ostensiblemente y Román volvió a mirar hacia delante.

—¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo!

Frente a ellas pasaba ya el tropel de los mendigos con sus zurriones auestas. Antoñita no pudo ya contestar. La ahogaban los sollozos. Entonces Antonia la cogió fuertemente de un brazo y la obligó a entrar en la habitación. Atravesaron así la sala, pero antes de trasponer el umbral de la puerta que daba al pasillo, Antonia pulsó el conmutador de la luz eléctrica. Brutalmente, como si estallase dentro de la casa una escandalosa alegría de fiesta, irrumpió la luz y la habitación quedó intensamente iluminada.

En el dormitorio de la chica y ya frente a frente las dos mujeres, la madre señaló las lágrimas que brillaban en los párpados de Antoñita.

—Pero vamos a ver... ¿No me habías dicho que lo hiciste sólo por encelar a Juanito?

Antoñita rehusó la mirada de su madre y fue a sentarse sobre su cama.

—Así fue, madre.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—Era tan jovencillo... No sé, pero me da una lástima que me hace llorar.

—¿Por qué se meterán a toreros, digo yo? No sé cómo hay madres que dejan a sus hijos ir por esos mundos a torear o a lo que sea, sin amparo de nadie. Yo creo que esa gente es como los gitanos.

—El otro, sí; pero este no parecía gitano.

—Es igual: un corremundos, un saltatrenes, un maleta. ¡Que Dios me perdone, pero creo que a toda esa gente que anda por los caminos no debían dejarla entrar en los pueblos!

La muchacha se miraba las manos y no contestó.

—Tienes que olvidar todo esto, hija —prosiguió Antonia—. Esta noche, al baile, como si no hubiera pasado nada. ¡Tú no sabes todavía lo que es el personal de este pueblo! Una mujer decente tiene que temer a las malas lenguas más que al tifus. De nada te levantan un cerro. Y a ti te tienen mucha envidia, ya lo sabes. Eres la hija de Román y basta. Y además...

Estaba en pie junto a su hija y metió sus dedos en la espesa cabellera de la muchacha y no acabó la frase. La luz hacía brillar el oro de aquellos finos cabellos que eran el orgullo de Román.

—Tienes un pelo tan bonito, hija... Ya sabes cuánto le gusta a tu padre. Yo también lo tuve casi tan bonito... Entonces se usaba moño, cuanto más grande mejor. Cuando me soltaba las trenzas me llegaba hasta la cintura... —Suspiró y, después de una pausa, agregó—: Y ahora, mientras yo preparo la mesa para cenar, tú te lo cepillas y te lo peinas un poco. Pronto volverá tu padre. Él querrá verte guapa. Luego de cenar iremos los tres a la plaza. Y tú bailarás, ¿eh? Ya sabes que la primera pieza es para tu padre. Así se creerá que vuelve a ser mozo de segundas. Él era el más majo de todo el mocerío y siempre me decía: «Si me han de ahorcar alguna vez, Antonia, que me ahorquen con tus trenzas...» ¡Tenía una labia!

Alzó la cara de su hija y la miró a los ojos.

—Hazme caso, hija. Nuestra vida es esta, ¿me entiendes?

Antoñita aún tenía lágrimas en los ojos.

—Sí, madre.

—Lo demás es locura.

—Sí, madre.

—Yo tuve suerte con tu padre. Tú la tendrás también, tonta.

—Sí, madre.

Entonces Antonia apretó la cara de Antoñita contra su pecho y miró al vacío misteriosamente...

Fina se levantó de la mesa y dijo:

—Ahora, como siempre, a dormir. No hago más que comer y dormir. Y siempre encerrada en casa. ¡Lo mismo que las esclavas moras!

—Pero lo que es comer, poco comes... —repuso tía Josefa, que masticaba una jugosa tajada de sandía—. Como sigas así vas a coger una «nemia»...

—Pues fíjese en lo que tiene dicho el carcamal de don Dimas: que tengo que ponerme a régimen para que no engorde más, porque a él no le gustan las mujeres como la Eulogia, su criada, que está como una vaca. ¡Mira que si yo me pusiera como la Eulogia!

—A muchos les gustan así, no creas. Será porque yo he sido siempre muy seca por lo que tu tío suspiraba tanto por las mantecas.

Fina sonrió. La nariz de Josefa se refrescaba también con la sandía.

—Me gustaría haberla visto a usted con el tío —y la muchacha se echó a reír.

—Era muy bruto el pobre y me tenía muy castigada.

—¡Jesús!

Fina se desperezó después estirando los brazos. Luego, palpándose sus redondeces, dijo:

—¿Verdad que así estoy muy bien? Tengo lo mío y nada más. Vamos, lo que se debe tener. Claro que si engordara más... Pero es lo que yo me digo: para evitarlo lo que yo tenía que hacer es correr por ahí como una cabra. ¡Tengo unas ganas de correr y saltar! Pero no puede ser... ¡Vamos, que no poder ir a la corrida siquiera! No crea que no es castigo. Y luego todos quieren estar con la Fina... Hay cosas, la verdad, que una no entiende...

Josefa dejó sobre el plato de rayas azules las mordisqueadas cortezas de sandía.

—Anda, anda, vete a dormir la siesta y no quieras saber tanto. Cada una tiene su cruz, muchacha. A ti te ha tocado esa. ¡Qué le vas a hacer!

Fina se encogió de hombros. Entre sus labios gordezuelos asomó una sonrisa mientras miraba por encima de la cabeza de su tía saboreando quién sabe qué succulentas visiones.

—A lo menos me aprovecharé de lo poco bueno que se presenta.

—Pues ya lo creo que sí. No, si tú no te andas con chiquitas para darte todo el gusto que puedes. No te pierdes ripio, muchacha.

—¡A ver! ¿Qué quiere? ¿Que sea como usted? ¡Ni hablar de eso! Ya que tengo que ser lo que soy, pues lo seré con provecho. Ahora estaba pensando en el torero, y...

—Me lo figuraba.

—Porque es muy joven, que si no... Pues a lo mejor me daba por escaparme con

él.

—¿Escaparte con él? ¿Adónde? Porque esos tipos no suelen tener más que los pies para andar por los caminos...

—¿Y qué? Pues con él a todas partes. ¡Poco bonito que tiene que ser ir de pueblo en pueblo, de fiesta en fiesta, sin nada que se ponga por delante y sin dejar nada detrás! Nadie te conoce y siempre ir con un torero le da a una categoría. Yo he oído que más de cuatro marquesas se han escapado con toreros dejándolo todo.

La vieja se levantó también y empezó a recoger los cacharros.

—Historias, chica, nada más que historias —dijo despectivamente.

—Pero es demasiado joven para irme con él —murmuró la moza, contestándose a sí misma.

—Además falta que él te quisiera llevar.

Fina cogió de los hombros a su tía, que en aquel momento pasaba junto a ella llevando una pila de platos al lebrillo de fregar.

—Que sí, tía, que me llevaría —le dijo, pegándole los labios a los oídos—. Que una es un lince para eso...

Josefa se sacudió los hombros.

—Anda, déjame, que se van a caer los platos.

Fina la soltó. Y, ya desde la puerta, se volvió para decirle:

—No se olvide de poner a la lumbre la olla grande llena de agua. Quiero darme un buen baño después de la siesta.

Hacía mucho calor y Fina empezó a desabrocharse la bata por el pasillo. Cuando llegó a su dormitorio, ya estaba desnuda. Entornó un poco más el balcón, por cuya rendija se colaba un cuchillo de sol y un olor de campo abrasado, y se sentó en la cama. Tiró desde allí la bata sobre una silla. Sacudió los pies, y las zapatillas salieron lanzadas contra la cómoda. Luego se tumbó en la cama, completamente desnuda. Le brillaba la piel morena. Se estiró como una gata perezosa y cerró los ojos.

El calor apretaba de firme. La tierra de los campos próximos crujía bajo el sol inclemente y era como cal viva en combustión. Y todo aquel ardor de la tierra calcinada se batía con redoblada furia contra las últimas casas del pueblo. Por toda la extensión de los barbechos y de los eriales no se divisaba un punto móvil. Porque nadie se aventuraba, ni bichos ni hombres, a desafiar la solina por aquellos campos sin sombra y sin vientos. La luz, amarilla de rabia, era un cauterio. Ni un pájaro en el cielo, ni siquiera un canto de cigarra en los rastrojos...

Pronto la frente de Fina se perló de sudor. Pronto pequeñas gotitas empezaron a escurrírsele por los párpados. La muchacha se rebulló suspirando. Y sus labios resecos se movieron como si hablase...

(Fina está en una plaza de toros. Hay mucha gente, pero ella no la ve. Ella sólo ve a Rafa, a un Rafa mayor, más hombre, vestido de torero. Hay otros toreros, pero ella

tampoco los ve. Rafa viene hacia donde está ella, por entre una lluvia de flores que cae de lo alto. Ella entonces se mira el pecho y ve que no ha traído el clavel que le prometió. Se queda dolorosamente sorprendida, pero él le sonrío. «No te preocupes —le dice—: tú tienes el cuerpo hecho de claveles.» Ahora ella recuerda: «Es que mi tía me lo quitó porque los claveles rojos traen mala suerte. Significan sangre». Él le pregunta: «¿Hay luna esta noche?» Ella mira al cielo. Se ha puesto oscuro y en él aparece, de pronto, una hermosa luna llena. «Sí, habrá luna», le dice. «Pues esta noche iré por ti.» La gente, invisible, grita. Ella tiene miedo. «No debí venir a verte dice al torero, que no hace caso del griterío. Seguramente querrán pegarme.» Rafa sonrío otra vez y le enseña el estoque. Entonces aparece el toro en medio de la plaza. Suena el clarín. Rafa se pone pálido. Le tira la montera. «Voy a matarlo por ti —le dice—. Va a ser la mejor faena de mi vida.» No hay barreras ni tendidos en aquella plaza. Rafa se va andando hacia el toro, que le espera con la cabeza erguida, pero que, a medida que el torero se le acerca, retrocede más y más, y así ambos se van alejando, alejando, hasta convertirse en dos puntitos negros sobre la lontananza... Ya no grita nadie. Hay un colapso de silencio pavoroso. Entonces ella se mira y se ve en la cama, sola. El balcón está abierto de par en par. Es de noche y brilla la luna. Asoma su tía por la puerta y dice: «Rafa está ahí». Fina se cubre el cuerpo con la sábana. «Dígale que pase, tía». Y entra Rafa, vestido aún de torero, de blanco y oro. «Vengo por los claveles de tu cuerpo», dice. Deja el capote a los pies de la cama. Fina le mira a los ojos y él entonces le pregunta: «¿Quieres que bebamos juntos?» Es otra vez un adolescente, casi un niño. Ella, mirándole siempre a los ojos, va descubriendo su cuerpo. Queda con los senos al aire. Pero en los ojos del muchacho no hay deseo. Ella vuelve a cubrirse. «Tienes unos hermosos pechos —dice él—. Pero no puedo quedarme a dormir contigo. Tengo que ir a matar otro toro.» «Pero si es de noche, Rafa.» «No importa —contesta el torero—. A la luz de la luna es como se torea mejor.» Y se levanta y coge otra vez el capote. «Siento miedo —añade— y quisiera quedarme a dormir contigo, pero tengo que irme a matar otro toro.» Ella se abalanza sobre el muchacho, pero al apretarlo contra su seno se da cuenta de que ya no es Rafa y lo suelta. El rostro juvenil se ha llenado de arrugas y toma la forma del de don Dimas. Es don Dimas con su calva, con su bigote gris, con sus dientes postizos... «¡No me abras, mala pécora! —le grita él—. Vengo por mis sábanas con encajes de Almagro. Son mías. Te las di para mí. Ahora me las llevo.» Tira de la sábana que cubre a Fina y se la arranca. Fina queda desnuda, pero el hombre sale corriendo. En la puerta aparece el rostro de su tía, que le dice: «¿Lo ves, idiota? Te ha quitado las sábanas buenas y ya no vuelve». Pero Fina le pregunta: «¿Y Rafa? ¿Dónde está Rafa?» La vieja pone cara de asombro. «¿Qué Rafa?» «Pues el torero, el que estaba aquí antes.» La vieja se barrena la sien con el índice y contesta: «No lo he visto en mi vida». Y desaparece. Se empieza a oír ruido en el balcón. La muchacha mira. Por

entre los barrotes de la baranda brilla la sudorosa jeta del «Raposo». El mozo se relame y grita: «¡Huy!» Ella entonces trata de cubrirse, pero no encuentra con qué. Los ojos lúbricos del «Raposo» van recorriendo todo su cuerpo. Además hace grandes esfuerzos por subir al balcón. Ella le mira, asustada, cubriéndose con las manos las partes de su cuerpo que van devorando los ojos del mozo. Este introduce un brazo por entre los hierros, como si quisiese alcanzarla. El brazo se estira, los dedos se alargan. El «Raposo» suda de deseo. «¡Trae que te tientel!», le dice, y la mano, como una garra de gavilán, se cierra en el aire. De repente se oye un griterío lejano que va creciendo, creciendo. El «Raposo» dice: «Vengo esta noche», y desaparece. El clamor de las voces lejanas aumenta.)

Fina se estremeció y abrió los ojos. Estaba toda brillante de sudor y respiraba con fatiga. Se incorporó torpemente sobre un codo y escuchó. Primeramente le pareció un trueno, pero en seguida se percató de que el ruido aquel era el estrépito de la plaza. De cuando en cuando crecía, se encrespaba, y era un alarido inmenso y penetrante. Otras veces se tornaba bronco y monótono como un redoble de tambores.

La muchacha se sentó en la cama y se pasó las manos por la frente y por los ojos, y al retirarlas las pudo ver chorreando sudor. Toda ella escurría humedad como si acabase de salir del baño. Se levantó dando traspiés a coger una toalla y luego se entretuvo en secarse con ella la cara, las axilas, los pechos, los brazos... Después se puso la bata y, sin agacharse, tanteando con los pies, logró calzarse las zapatillas.

Salió al pasillo y se dirigió a la cocina. Allí se encontró a Josefa dormitando sentada en la baja silla de anea. El fogón estaba encendido y el agua hervía en la olla grande, por lo que el calor era allí irresistible. Sin embargo, la vieja respiraba tranquilamente con la boca abierta, dejando oír sólo algún débil silbido.

Fina golpeó la puerta con los nudillos y Josefa abrió los ojos.

—Pero ¿cómo puede usted dormir con este calor y con el escándalo de la plaza?

—Si no dormía... Sólo un poco traspuesta...

—¿Que no dormía? Si hasta roncaba y todo...

—Tú sí que has debido dormir. Tienes los ojos como botas...

Fina parpadeó.

—He tenido un sueño malo. El caso es que no me acuerdo qué fue. Luego, con ese ruido de la plaza...

La vieja se levantó suspirando.

—¡Qué harta estoy de fiesta! —dijo—. Toda la fuerza se les va en formar escándalo. ¡Y todo para emborracharse! Como si no pudieran hacerlo dejándola en paz a una... Bueno, ¿te vas a remojar ahora o luego?

—¡Ahora, ahora mismito! Estoy encharcadita en sudor...

—¡Cuidado con la manía de ponerse a remojo como un pepino! —refunfuñó la vieja mientras destapaba la olla y se esparcía por el aire una nube de vapor de agua—.

En mis tiempos no se nos hubiera ocurrido hacer eso ni en broma.

Fina estaba apoyada contra la pared y se daba aire con la bata suelta.

—Ni ahora tampoco. Me parece que sólo me baño yo en todo el pueblo.

—Pues yo no sé para qué bañarse tanto, muchacha. Yo he sido toda mi vida como los chorros del oro y no me bañé nunca.

—Por eso dicen que yo huelo a gloria y que las demás apestan a perros muertos...

—Pues si tu tío me llega a ver a mí en «cueritates» metida en una tina, me mata a palos por guarra.

Rio la moza de buena gana. Cuando la vieja, siempre refunfuñando, le hubo traído el jabón de olor, la esponja y la toalla, le dijo:

—Ahora, mientras yo me baño, prepáreme en mi cuarto el juego nuevo, el de seda.

Josefa salió a cumplir la orden sin chistar y la muchacha se metió en la tina.

Después del baño se frotó todo el cuerpo con agua de colonia. Ya en su habitación tenía preparada la ropa interior más lujosa que poseía, la ropa más rica de su ajuar.

—Mientras acabo de arreglarme, va usted y le dice al «Quebrao» que le diga al torero que quiero verle esta noche aquí, en mi casa. Y al «Quebrao»... Es tan asqueroso y tan ladino... Pues le dice también de mi parte que a ver cuándo se viene por aquí otra noche, pero que me avise antes... Es que es capaz de no decirle nada al torero...

La vieja decía a todo que sí con la cabeza mientras en los ojos le saltaba la chispa escéptica y, en los labios, una sonrisa levemente burlona.

—¡Está bien! Descuida, que por lo que dependa de mí no te vas a quedar sin torero. ¡Jesús, y qué «repentes» los tuyos!

Josefa se fue como una sombra. El estruendo de la corrida seguía sonando en la redondez de la tarde como el mar en el fondo de una cacerola. De cuando en cuando se destacaban los chillidos de las mujeres. De pronto se levantaba el tableteo de los garrotes. La luz fulguraba en el campo, pero ya el sol se iba de retirada dejando un filo de sombra en el hueco del balcón... Fina se peinó y luego se puso gotas de perfume en las orejas y en la garganta. Y al terminar se contempló gozosamente en el espejo.

Después de darse ella misma el visto bueno, contenta de su hermosura, arregló la cama, alisándola y estirando los encajes del embozo. También perfumó el lecho con unas gotas de esencia. Como aún estaba en ropa interior, abrió el armario y estuvo un buen rato perpleja, sin saber qué vestido ponerse. Se decidió al fin por uno de seda roja y se lo puso. Le estaba algo estrecho, pero era su preferido porque le permitía lucir su carnoso descote y exaltaba la línea rotunda de sus caderas.

Fina se entretuvo luego en recorrer todas las habitaciones de la casa. Cerró la puerta de la cocina haciendo un mohín de asco, colocó sillas, estiró visillos... Cuando

puso en orden los cacharritos que tenía sobre la cómoda, se volvió al cuadro de las Ánimas y murmuró santiguándose:

—¡Que no le pase nada malo, ánimas benditas!

Se asomó al balcón. El campo continuaba solitario y respirando fuego, pero ya las sombras puntiagudas de los cipreses llegaban hasta la carretera, ya jugaban en el cielo las golondrinas, y en torno a los muladares de las afueras empezaban a moverse los canes husmeadores... Junto a una tapia, un viejo se dobló en cuclillas y la muchacha cambió de postura y se puso a mirar para el lado contrario.

El clamor de la plaza se encrespó. Era un trueno creciente. Parecía una ola que fuera a reventar. Pero, de pronto, cesó. Sobrevino un silencio seco y Fina, un poco sobresaltada, se quedó escuchando atentamente. El silencio puso a la tarde más triste. El campo parecía más desolado. Y el viejo que estaba en cuclillas junto a la tapia, levantó la cabeza, sorprendido también.

Largo rato estuvo todo quieto, mudo, como suspendido. Fina siguió inmóvil en el balcón, con el rostro vuelto en la dirección de la plaza, embargada de emoción. Hasta que, como un llanto de plañideras, se expandió por la tarde y por el campo el triste toque de agonizantes. Entonces la muchacha empezó a temblar y se santiguó maquinalmente. Se volvió para mirar el cuadro de las Ánimas y vio que la llamita de la lámpara de aceite temblaba también. Abandonó el balcón y fue a arrodillarse ante el cuadro de sus devociones para sufrir rezando. Un sollozo contenido sacudía su hermoso cuerpo y, asimismo, sus labios, por donde salía el bisbiseo de los rezos vehementes salados con lágrimas...

Pero otra vez estalló en el aire, como una tormenta de verano, el rugido de las gentes que presenciaban la corrida y el estruendo de las estacas. Y voces. Voces de angustia y de exaltación. Olés roncós. Gritos ebrios...

Fina olvidó los rezos y se asomó al balcón como arrebatada. Y hasta su rostro, como un soplo caliente, llegó una vaharada de delirio. La tarde volvía a estar caliente y menos solitario el campo. El sol se hundía ya y ceñía sobre la cintura del horizonte una roja faja de torero. A Fina se le secaron las lágrimas. Ella empezó a temblar, pero de otra manera. Le hacía temblar la fiebre del aire.

Olés que sonaban como petardos. Un silencio. Un estallido. Otro silencio. Voces. Vivas. Fina abandonó el balcón y anduvo otra vez recorriendo las habitaciones, nerviosa, sin poderse estar quieta. En una de esas idas y venidas se fijó en el aparato de «radio». Lo encendió sin saber por qué.

—Desde esta sala de fiestas transmitiremos para ustedes música de baile interpretada por su orquesta americana —dijo una voz—. Oirán ustedes el mambo número ocho. ¡Prepárense!

Aquello no era música, era un mambo. Fina empezó a sudar nada más empezar la audición de aquellos estridores epilépticos. Al mambo siguió un «fox», y eso ya le

gustó más. Sin darse cuenta se había sentado. Después del «fox» sonó una rumba. Fina sudaba. Siguió otro mambo, y, a este, otro «fox»... Fina miraba muy lejos y no veía las sombras que, a través de la ventana, invadían la habitación...

—¡Fina! ¡Apaga esa «radio», por Dios!

Era su tía, que subía fatigosamente la escalera. La muchacha apagó la «radio». Josefa apareció por el pasillo. Parecía más flaca y con color de tierra.

—Pero ¿es que no se te ha podido ocurrir otra cosa, criatura?

—¿Y qué quiere que se me ocurriera, sola toda la tarde? Yo que usted, no vengo ya.

Josefa se dejó caer en una silla. Se pasó los dedos por los labios y después habló, escondiendo los ojos tras las cejas fruncidas:

—Ya te puedes quitar ese vestido, anda.

Fina dio un respingo y se adelantó hacia Josefa.

—¿Es que no quiere decírselo el «Quebrao»? ¡Si es un envidioso el lisiado ese! ¡Cochino, puerco!

Estallaba de indignación y daba pataditas en el suelo. Josefa la miraba en silencio.

—¡Pues yo he de hacer que Agustina sepa muchas cosas de su asqueroso marido!

—¡Calla, chica, calla! —dijo la vieja duramente.

—¡No me he de callar, ea!

—Que el «Quebrao» no tiene la culpa. Él estaba conforme porque es tan alcahuete como yo.

—Entonces...

—¡Déjame hablar! —exclamó irritada la tía; y prosiguió en un tono más apaciguado y grave—: ¡Le ha matado el toro!

—¿Que le ha matado el toro? ¿A quién?

—A tu torero.

—¿Al jovencito?

—¡Sí, mujer, sí!

Fina quedó paralizada al pronto, pero luego echó a correr pasillo adelante. La vieja oyó su hipo y sus sollozos y la siguió renqueando. Y al entrar en su alcoba la vio de rodillas rezando delante del cuadro de las Ánimas. El rezo fue corto. Fina se levantó y fue a dejarse caer sobre su cama, boca abajo, sollozando ahogadamente.

La tía Josefa salió al balcón. La noche dominaba el campo, y de él llegaba una oscuridad densa, palpitante y cálida. Parecía que las sombras se arremolinaban en aquellas últimas esquinas sin luces.

—Porque soy mala, porque soy mala... —gemía quedamente Fina—. ¡Dios me lo ha quitado por eso! ¡Tenía que traerle yo la desgracia!

Los ojillos de la vieja divisaron la vacilante luz del farolillo del acólito. Se volvió.

—¡Chica, que ya lo traen!

La muchacha levantó la cabeza y se la quedó mirando. Tenía la cara amarilla y los ojos enrojecidos.

—¿Que lo traen aquí?

La tía meneó la cabeza.

—Lo llevan a la capilla del cementerio.

Fina se levantó de un salto y fue a salir al balcón, pero la tía Josefa la detuvo cogiéndola de un brazo.

—¡Cuidado, que ya llegan!

Y la muchacha cayó de rodillas en el umbral, en tanto que Josefa se escondía tras los batientes...

* * *

Al pasar frente al balcón de Fina los hombres del cortejo levantaron la cabeza para mirarla. Román también lo hizo, suspirando profundamente. Y todos pudieron ver el bulto de la mujer arrodillada, sobre cuya cabeza fulgía una tenue claridad parpadeante. Y todos pudieron escuchar el llanto de la muchacha. El único llanto de corazón que arrancaba en su último paseo Rafael García, el «Filigranas».

El cortejo continuó su camino. Se fue alejando el rumor de sus pasos sobre el polvo y la grava. La luz del farolillo parecía danzar entre las sombras. Serenos, altos, inmutables, los dos cipreses espiaban las sombras como dos centinelas.

Tomaron el camino de en medio. El farolillo del acólito descubría en ambos lados, alternativamente, cruces de hierro y pequeños túmulos. Al fondo del caminejo se veía una puerta iluminada por donde salía el rumor de una conversación de hombres.

Todo estaba preparado dentro de la pequeña capilla: la mesa cubierta con un negro paño, el crucifijo de metal, los cirios... Allí esperaban Juanito, el sacristán y el camposanero. Los tres estaban fumando, y al aparecer la fúnebre comitiva, Juanito tiró al suelo su cigarrillo a medio consumir y lo aplastó con el pie, pero los otros dos dejaron los suyos en un saliente del pequeño altar y luego se adelantaron para ayudar a poner el féretro sobre la mesa.

—Se conservará mejor destapado —advirtió don Pedro, el médico de El Pozo.

—Sí, es mejor que se oree —dijo el camposanero, alardeando de técnica.

Cuando levantaron la tapa del ataúd invadió la pequeña estancia un angustioso olor a rosas podridas. Don Primitivo se apresuró a asperjar el cadáver con agua bendita y a rezar un responso en latín, contestado por el monaguillo.

—¡Amén! —murmuraban al final muchos de los asistentes.

En seguida se organizó la desbandada. El sacristán y el camposanero volvieron a coger sus cigarrillos, ya apagados, y los hurgaron en la ceniza. Los hombres salían de

allí diciéndose unos a otros en voz baja:

—¡Qué se le va a hacer! ¡La vida es así!

—¡Al menos no deja hijos!

—Desde luego no somos más que un puñado de barro...

—Y para cuatro días que vive uno...

—No parece que vaya a refrescar esta noche...

—Como no refresque a la madrugada...

Los dos médicos salieron juntos. Don Pedro dijo al oído de don Juan:

—En medio de la desgracia nosotros hemos tenido suerte...

—Eso creo yo —contestó el otro enjugándose el sudor de la calva—. La cosa no tenía remedio y así nadie podrá decir nada. Pero lo que es el año que viene...

Se fueron perdiendo todos en las sombras. El camposantero, Acisclo y Maxi se quedaron en la puerta. Encendieron los chisqueros de mecha y comenzaron a fumar.

—Yo creo que aunque refresque algo, mañana va a estar deshecho —dijo el camposantero.

Nadie le contestó. Los mozos fumaban de prisa. De pronto dijo Maxi:

—¡Si casi no me lo puedo creer!

La oscuridad era una caricia viscosa y caliente como la lamida de un perro.

—¡Era un chaval más majo...! —exclamó Acisclo.

—Lo era.

—¡Qué mala suerte!

—En fin...

Se callaron. De pronto vieron una ráfaga de luz que partía del centro del pueblo. Y, en seguida, otra, y otra... Estas centellas se curvaban en el cielo y estallaban...

—¡Qué «cobetes» los de hogaño! —exclamó Acisclo con irrefrenable admiración.

—Ya, ya... —dijo Maxi—. ¡No falla ni uno!

Los tres hombres se quedaron mirando a lo alto con la boca abierta. Los cohetes siguieron abriendo heridas luminosas en la noche. Parecían salpicaduras de sangre... Los tres hombres se miraron luego en silencio. Tiraron las puntas de los cigarrillos con fuerza, hacia las sombras. Acisclo carraspeó.

—Yo creo que lo mejor es irse a cenar —dijo el camposantero, encasquetándose la gorra.

Los mozos no dijeron nada, pero cuando el camposantero se internó en la oscuridad se miraron indecisos. Se oyó al camposantero bostezar y decir después mientras se perdía de vista:

—¡Tengo más hambre...!

Entonces los mozos, a una los dos, le siguieron. A poco se desvaneció el rumor de sus pasos que se alejaban...

En la pequeña capilla quedaba Rafa, solo, medio desnudo, con su perfil afilado, con su carne translúcida, con su olor a rosas podridas...

XI

LE costó bastante esfuerzo limpiarse aquellas manchas de sangre reseca con un agua tan áspera. Aun después de frotarse mucho le quedaron unos residuos negros en los escondrijos de las uñas. Se estiró el pelo rebelde y se puso su trajecillo de «paisano». Y apenas hubo terminado de vestirse cuando sonaron en la puerta los golpes de unos nudillos. Sin darle tiempo siquiera a otorgar su permiso, apareció el «Quebrao» diciendo:

—Dos señores de Madrid que quieren hablar contigo...

El «Aceituno» hizo un gesto de extrañeza.

—¿Conmigo? —preguntó.

—¡A ver! Aquí no hay más torero que tú, que yo sepa...

El «Aceituno» se encogió de hombros.

—Está bien —dijo.

—¿Suben ellos o bajas tú?

Tras unos segundos de vacilación, el torero contestó:

—Mejor es que suban ellos. Y tráigame un bocado y un trago, ¿sabe?

—¿No vas a cenar abajo con los demás?

El «Aceituno» movió negativamente la cabeza mientras el «Quebrao» le miraba con sus ojillos maliciosos.

—Haces mal —dijo el tabernero—. Esta tarde has quedado como Dios y todo el mundo quisiera convidarte.

—No estoy para alegrías, «Quebrao».

—Bien mirado, tú no tienes la culpa de nada.

El «Aceituno» apretó los dientes y cerró los puños.

—El «Filigranas» estaba muy verde todavía —continuó diciendo el tabernero—. A nadie se le ocurre querer torear al natural a un toro quedón. ¡Y mirando al tendido, mira tú!

—¡Miente! —exclamó el torero, fuera de sí de rabia—. Yo debí hacerle el quite, pero no me moví. ¡Eso lo sabe usted, y lo sabe el «Raposos» y todo el mundo! —Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, hundió los hombros y, mirando ya al suelo, añadió—: Me quedé espantado, atontolinado, como si me hubieran arreado un palo en la cabeza... No pude hacer nada... —Bajó aún más la voz y terminó por decir—: Yo creo que fue el miedo...

—Lo del miedo no tiene nada de particular...

Habían aparecido tras el «Quebrao» los dos forasteros de las gafas negras que presenciaron la corrida desde la tribuna de las autoridades. Había hablado el periodista y prosiguió diciendo:

—Todos los grandes toreros han padecido de miedo, amiguito. ¡Si eso es

precisamente lo bueno, hombre! Bueno, «Aceituno», yo soy el crítico «Cantares», y este amigo mío se llama José Encinas, un novelista joven de mucho mérito.

Mientras se daban las manos, el periodista examinó rápidamente la habitación, paseando su mirada por las paredes sucias de sangre y de huellas de zapatos, por el desvencijado y horrible mobiliario, y vio las prendas del traje de luces del «Aceituno» desparramadas por el lecho y por las sillas. Los pantalones colgaban grotescamente a horcajadas de los pies de la cama de hierro, y las zapatillas habían quedado en medio de la habitación, vueltas al revés, con las suelas para arriba.

—Ya me parecía conocerle a usted —dijo tímidamente el «Aceituno».

El periodista se le quedó mirando fijamente, como quien trata de grabarse bien una imagen en la memoria.

—Hemos venido a felicitarte por tu actuación —le dijo sonriendo—. Has estado inmenso. Ya tenía yo ganas de ver una faena como la tuya de esta tarde.

El «Aceituno» miraba como abstraído los zapatos del periodista, sucios de polvo... El «Quebrao» aproximó dos sillas.

—Pueden sentarse, señores. Yo, con el permiso de ustedes, voy a preparar algo para que coma el «Aceituno», que bien se lo ha ganado.

Los demás le contestaron con un gesto mudo y el tabernero desapareció sonriendo humildemente. Cuando hubo cerrado la puerta tras de sí, los visitantes tomaron asiento en las sillas y el torero en su cama.

—Es que mañana voy a publicar en mi periódico la crónica de la corrida y me interesa conocer algunos datos de tu vida, «Aceituno». Vamos a ver: ¿cuántos años tienes?

El «Aceituno» se le quedó mirando con ojos de asombro.

—¿Que va a hablar de mí en su periódico?

—Claro, hombre. Si lo que has hecho aquí hoy lo repites en Madrid, se pegarán las empresas por contratarte.

El «Aceituno» meneó la cabeza. Sonreía tristemente.

—No se pegarán. Descuide —dijo.

—Yo sé lo que me digo, muchacho —continuó diciéndole el periodista—. Lo que tú has hecho con ese manso no lo hace ningún fenómeno del día ni aun con toretes afeitados. Precisamente lo que está necesitando la fiesta son toreros machos.

El novelista, hasta entonces callado, intervino para decir:

—Yo no entiendo mucho de toros, la verdad, pero usted me ha impresionado como ningún torero. Cuando usted se fue para el toro en un arranque de furia, con la ropa en desorden, con las greñas pegadas a la frente... ¡qué estampa inolvidable! Ya anocheía y era tal el silencio que se podría haber oído el aleteo de una mosca. Luego, de rodillas y desarmado, hizo usted retroceder a la fiera paso a paso... No podíamos respirar de angustia. Nos tenía usted con el corazón en un puño. ¡Y usted

parecía un gigante! Dudo que se pueda lograr una expresión más viril, más heroica, ni crear un clima de tragedia auténtica como aquel...

Al novelista le brillaban los ojos de entusiasmo y sudaba. Tuvo que enjugarse la frente con el pañuelo.

—Para mi amigo ha sido un descubrimiento —dijo el crítico, poniendo una mano sobre el hombro del novelista—. Yo ya conocía estas cosas. Fui torero también; vamos, quise serlo hace muchos años, y he tomado parte en capeas... No tuve paciencia ni tesón para resistir la prueba y lo dejé. Es que en aquellos tiempos se la jugaba todo el mundo. Hoy es diferente. Hoy cualquiera puede hacerse el amo. Con poco corazón que se le eche a la cosa basta para ser figura. Por eso te digo que lo que has hecho tú hoy ya no se suele ver en ninguna corrida. ¡Ya verás lo que diré en mi crónica! Tú eres de Córdoba, ¿no?

—Sí, de Córdoba —contestó el torero sin mirarle.

—¡Tierra de grandes toreros!

—Para mí, Manolete... —empezó a decir el novelista.

—¡El mejor! —le interrumpió el «Aceituno».

—Sin duda —aseveró el crítico—. Y dime: ¿llevas mucho tiempo toreando, «Aceituno»?

El torero se le quedó mirando inexpresivamente.

—Digo que si llevas toreadas muchas corridas —añadió el otro.

—¿Y qué importa eso ya? —dijo el «Aceituno», levantándose.

—Hombre, es un dato interesante.

—No lo crea usted.

El crítico le miró a su vez, desconcertado. El «Aceituno» se había vuelto de espaldas a los visitantes.

—Yo te digo que sí, muchacho.

—Y yo le digo que no.

El crítico se levantó de un salto y el novelista hizo un gesto de asombro.

—Pero ¿qué estás diciendo? —y el periodista puso una mano sobre el hombro del limpiabotas. Y este se volvió, mostrando una sonrisa blanda y unos ojos caninos.

—¿Sabe usted en lo que estaba pensando? —preguntó al periodista. Y como este se encogiera de hombros, añadió—: En lo sucios que lleva usted los zapatos... Se ve que son buenos, de artesanía, a pesar de todo.

«Cantares» miró, asombrado, a su amigo, y luego dijo al torero:

—¿Estás loco?

—¡Que va! Son cosas del oficio. El mío es el de betunero.

Hubo un paréntesis de perplejidad. Y, luego, «Cantares», el célebre crítico taurino que hacía y deshacía reputaciones, habló un poco excitado:

—Bueno, mira, «Aceituno»: yo no acostumbro a perder el tiempo. Si he venido a

verte es porque creo de verdad que en ti hay un gran torero. Quiero escribir una crónica en mi periódico que puede ser el toque de atención a las empresas y que, sin duda, te abrirá las puertas de la plaza de Madrid. Es decir, he venido a ayudarte. Sé lo que son los comienzos. Hace falta un empujón. Y ese empujón estoy dispuesto a dártelo yo, ¿estamos?

Por los ojos del «Aceituno» se sucedieron luces y sombras. Tembló el pobre betunero.

—Yo también te ayudaré —dijo el novelista—. Contaré lo que he visto, citaré tu nombre...

El «Aceituno» miró a los dos hombres con una mirada húmeda y luego bajó la cabeza como avergonzado.

—Es tarde —dijo con la voz quebrada—. Yo ya tengo treinta años. Esto lo tenía que haber oído hace una docena de años por lo menos. Entonces me hubiera vuelto loco. Pero entonces fracasé. Me faltó valor. Y tuve que retirarme. Si he venido aquí ha sido por compromiso, para acompañar a «Filigranas» solamente. Y ya han visto lo que ha pasado... Ya es tarde. ¡No hay nada que hacer!

—Eso mismo les pasó a otros. Ortega y Manolete fracasaron al principio y después llegaron a la cúspide —repuso nerviosamente el crítico.

—Pues yo no quiero verme otra vez delante de un toro. Ya ve lo que son las cosas. ¿Es que no se acuerdan ya de la «espantá» mía de esta tarde?

—Sí, pero después...

—¿Después?

El «Aceituno» se dirigió a la ventana en el momento en que estallaba un cohete en la noche oscura. Fue como un latigazo para él. Se volvió rápido hacia sus interlocutores, lívido y desencajado.

—¡Malnacidos! —exclamó—. ¡Pues no están tirando cohetes delante de un hombre muerto de una cornada!

Los dos forasteros se habían adelantado hacia él.

—Ellos no tienen la culpa —dijo el «Cantares»—. Es el día de su fiesta. Bien que ha habido un muerto, pero... En el toreo ya se sabe. Además que se han llevado el cadáver al cementerio. Ya es un respeto.

—Al cementerio, ¿eh? —exclamó el «Aceituno», excitadísimo y abriendo mucho los ojos—. Es que yo lo estoy viendo aquí, en su cama, como esta mañana, como esta tarde. Y ahora en el cementerio, ¿eh? —Se tapó la cara violentamente con ambas manos y después gritó—: ¿Y qué le digo yo mañana a su madre? ¿Y qué le digo a don Ventura? ¿Y a mis amigos y a todo el mundo en Córdoba?

Descubrió la cara y miró a sus visitantes, acentuada la fealdad de su rostro, con un gesto de infinito desprecio hacia sí mismo.

—Torero yo, ¿eh? ¿Dicen ustedes que torero? Cuando oí las campanadas, no sé

qué es lo que pasó por mí. Me acordé de mi amigo despanzurrado por mi culpa y me fui derecho al toro para que me matase también. ¡Para que me matase! Pero ¡ca!, el toro era aún más cobarde que yo. Y le gané la partida sin querer. Por eso no tiene mérito lo que hice. No tiene mérito ninguno. Aquello era como suicidarse, ¿entienden? Yo estaba desesperado. Eso es todo. ¿Y quieren que vuelva a repetir eso? ¡Ni hablar! ¡Yo, betunero para siempre! Ese es mi oficio, porque no he valido para más. ¿Qué es lo que quieren ustedes? ¿Que vuelva a sentir angustias de muerte cada vez que tenga que salir a la plaza? ¿Que se me revuelvan las tripas y que luego eche a correr delante del toro?

El periodista le dejó desahogarse y luego le habló con voz cálida y tranquila:

—A ti lo que te pasa, muchacho, es que todavía estás bajo la impresión de la desgracia de tu amigo. Pero yo te digo sinceramente que tú no tuviste la culpa de lo que le pasó. Yo te oí, y este amigo también, decirle al «Filigranas» que no torease al natural. Era tu obligación decírselo porque el pobre muchacho estaba muy crudo. No sabía nada de toros. Tú cumpliste con tu deber. ¿Que él no te hizo caso? Desgraciadamente le ha costado la vida. Ya es bastante castigo. De haberte hecho caso, estaría aquí, con nosotros. Tú no te lanzaste al quite. ¡Bien! Cualquiera se «arruga» en una situación semejante. No es que quiera disculparte, no. Pero yo he toreado y sé lo que es eso. Y, además, aunque lo hubieras hecho, el resultado hubiese sido el mismo. No le salvaba al pobre ni la paz ni la caridad. Cuando lo enganchó y lo meneó en el aire firmaba su partida de defunción. ¿Está claro? —y zarandeándole suavemente, añadió—: Tú no tienes la culpa de la muerte del «Filigranas». Se la buscó él en su afán de lucirse con un toro que no tenía faena y al que había que despachar de cualquier manera... ¿Me entiendes? ¡Métetelo esto bien en la cabeza, muchacho!

Cuando soltó al «Aceituno», este había cambiado de expresión, ahora otra vez blanda.

—¡No sabe usted el peso que me quita de encima! —exclamó, aliviado.

El periodista se sonrió. Luego dijo:

—El toreo en los pueblos es lo difícil. Después... ya todo es más fácil. Tú ya estás en situación de abandonar los pueblos. No te olvides de una cosa. ¿Ves este cuartucho? Pues te esperan los mejores hoteles. Y nada de ir por ahí rodando por los trenes. Te espera un coche. Te esperan muchas mujeres. Tendrás amigos a puñados. Millones a puñados. ¡Todo! ¡Que no se te olvide de lo que te digo! Si lo piensas bien y te decides, ya sabes que te esperamos en Madrid.

El novelista le dio unos golpecitos en el hombro.

—¡Ánimo! —le dijo—. Yo haré todo lo posible en tu favor. Te prepararemos un buen «debut». ¡Ya lo verás!

—¡Hasta más ver! —dijo el «Cantares».

Y el «Aceituno» los vio desaparecer como en el aire turbio de un sueño.

... ..

El «Quebrao» le trajo un plato lleno de chuletas, media hogaza de pan y un frasco de vino. El «Aceituno» se había olvidado del hambre, pero a la vista de las viandas se le despertó rabiosamente el apetito. De pronto sintió ese deseo apremiante de las vísceras que claman como lobos. El tabernero colocó el pan y el plato sobre una silla y le entregó la botella, diciendo:

—Primero, un trago, hombre, para entonarte.

El «Aceituno» bebió largamente y luego se limpió la boca con el envés de la mano.

—¡Buen vino, por mi «mare»! —exclamó, chascando la lengua.

—Es lo bueno de aquí, pero tampoco el cordero es malo, ¿eh? —dijo el «Quebrao», sonriendo maliciosamente.

El «Aceituno» había echado ya mano a una chuleta. La mordió y, mientras masticaba, contestó:

—¡Superior!

El «Quebrao» sacó la petaca y empezó a liar un pitillo.

—Hambre, ¿eh? —preguntó.

Ya el torero rebañaba un hueso. Alzó los ojos hasta el «Quebrao» y, dándose con la palma de la mano un golpe en la boca del estómago, exclamó:

—¡Es que tenía ya un vacío aquí...!

Mordió el pan, bebió y siguió atacando a las chuletas mientras el tabernero le miraba y fumaba pausadamente.

—Está visto que los disgustos no quitan el apetito —dijo el «Quebrao»—. A mí me pasa igual. Cuando tengo una pelea con la Agustina o una bronca con alguien porque no me quiere pagar, lo paga el magro...

Rio, arrugando la cara y abriendo toda la boca. El «Aceituno» afirmó con la cabeza sin dar descanso a las mandíbulas trituradoras.

—Y con el canguelo que has pasado esta tarde... Para entre nosotros, te diré que se te veía el pánico a la legua.

El «Aceituno» no dijo nada. Tenía la boca llena. Y en el silencio que siguió a las palabras del tabernero se oía el ruido de su masticación.

—Pero, a pesar de todo —volvió a decir el «Quebrao»—, has estado muy bien, como nunca se ha visto aquí. ¿Sabes lo que han dicho esos señores de Madrid?

El torero le miró interrogativamente.

—Han estado hablando con todos en la taberna. El más joven de los dos hablaba poco, pero el más viejo qué sé yo las cosas buenas que ha dicho de ti. Te advierto que

el mocerío no estaba muy conforme. Había algunos, los menos, que sí, pero la mayoría, no. Claro, entienden poco de toros. Nada. Además se dejan llevar por el «Raposo». Y yo no sé, pero este le había tomado interés al chaval. Desde luego a ti no te importa un pepino lo que piense el «Raposo».

Sin embargo, el «Aceituno» le interrumpió para preguntarle:

—¿No ha vuelto por aquí?

—No. Siempre que se cabrea se marcha por ahí a emborracharse solo. Seguramente por no pegarse con alguien, seguramente por no darle un navajazo o algo así al primero que se le enfrente, porque cuando se emborracha... Tiene mal vino el «Raposo». Por eso se emborracha solo por ahí... Pero a lo que te iba diciendo: cuando terminó de hablar el más viejo de los dos forasteros, todos se quedaron conformes. ¡Es que habla como Dios el tío ese! Que si tienes estilo, que si conoces los toros, que si el miedo no importa cuando se puede sacar partido de él... ¡La mar! Ya te digo que te ha puesto por las nubes.

—¿Y qué más?

—¿Es que te parece poco todavía?

Tras una pausa, el «Aceituno», que había seguido las palabras del tabernero con mucha atención, pero sin dejar de comer, suspiró débilmente, como quien acaba de realizar un esfuerzo. Y es que había dado fin al refrigerio de un tirón y acababa casi sin aliento.

—¡Pero, hombre —exclamó el tabernero—, descansa un poco! ¡Dios, cómo has devorado! Si llego a descuidarme un poco en subirte la cena, yo creo que te da un síncope de hambre...

El «Aceituno» sonrió y, volviéndose a golpear el estómago, repitió:

—¡Es que tenía aquí un vacío...! A mí también los follones me dan hambre.

Se levantó y estiró. El tabernero le preguntó:

—¿Y qué piensas hacer ahora, «Aceituno»?

El torero había ido a ponerse de codos sobre el alféizar de la ventana.

—Pues ir a velar a Rafa.

El «Quebrao» se encogió de hombros.

—Compañía no le va a faltar desde luego al pobre —dijo.

El «Aceituno» miraba la noche. El tabernero añadió:

—De todas formas bien podrías alternar un ratejo en la taberna con todos. No quita lo uno para lo otro, digo yo...

Entonces el torero, aspirando fuertemente el aire, exclamó:

—¡Huele a «gachí», «Quebrao»! Esta noche huele a «gachí». No sé si será por la pólvora, por la fiesta o por qué... ¡Pero huele a «gachí»!

El «Quebrao» se sonrió a espaldas del limpiabotas.

—Pues, duro, muchacho. Ya sabes que la Fina te espera. Y es una hembra de

postín.

—A quien ella esperaba era a mi compañero y no a mí —dijo el torero, volviéndose rápidamente.

—Bueno, pero se ha equivocado. A ella, al fin y al cabo, ¿qué más le da? Si vas tú, no creas que te va a hacer ascos. Y ahora el torero eres tú.

—Es negra como yo, pero me gusta —murmuró el limpiabotas.

—No hace falta que lo jures, «Aceituno».

—Pero era para el otro.

—¡Qué bobada! Aquí no hay otro que valga. Aprovéchate y nada más.

Al «Aceituno» le brillaron los ojos un momento.

—No estaría mal. ¡Te juro que esta noche tengo más ganas de mujer que nunca! Me pasa con eso lo que con el hambre... —Se calló de repente. Después se apagó el brillo de sus ojos y la expresión de su cara se entenebreció como si hubiera pasado una sombra por delante de él—. Pero no puede ser, «Quebrao». Lo siento. No crea que no lo siento, pero me parecería que le estaba robando algo a Rafa. —Meneó la cabeza—. ¡No! ¡De ninguna manera!

El «Quebrao» se había puesto serio.

—Si es por eso, me parece bien —dijo—. Bien mirado estaría mal que te liaras de juerga con mujeres en una noche como esta. Una cosa es beber una copa con los admiradores y otra irse con una fulana. No lo había pensado yo antes, pero veo ahora que es lo cabal lo que acabas de decir. Así que ¡a otra cosa! Anda, vámonos para abajo, te estás un poquejo con nosotros y luego te vas al velatorio.

El «Aceituno» no opuso ya ningún reparo, pero al llegar a la puerta dijo al tabernero:

—Pero sólo unos minutos, ¿eh?

—Está bien, hombre. Como quieras.

—Y ahora dame un pito porque me he quedado sin una mota de tabaco.

El «Quebrao» le entregó la petaca, murmurando:

—También jugarse la vida para no tener ni para tabaco... No es por el pito, ¿sabes? Ni por diez paquetes. Es que...

Pero el «Aceituno» le había cogido ya la petaca y trasponía la puerta...

... ..

Nubes de humo de tabaco flotaban en torno a las luces de la taberna. Y el techo de la misma estaba negro de moscas adormiladas. Entre las emanaciones del alcohol y de la pólvora y del tabaco sobresalía un olor a cuero sudado de atalajes. El local estaba repleto de bebedores que hablaban disparando interjecciones rotundas y sonoras. Hacía un calor tremendo transido de biología.

Entraban de cuando en cuando grupos de mozos alborotadores, trasudados, empujándose y llamándose a gritos. Se dirigían al mostrador y pedían de beber dando manotazos.

—¡Dios, cómo está la Rita! Pero le he hecho sudar como a una vaca en este pasodoble. ¡Muchacho, me echaba el aliento a la cara!

Rieron sus amigos. Y uno de pelo ensortijado y grandes orejas dijo:

—Pues el «Tírire» se ha llevado a la novia a la era.

—¡Quiá!

—¡Lo he visto yo!

—¿Y qué? Tú no te llevas a la tuya porque no puedes.

—¿Que no puedo? —y el del pelo ensortijado y las grandes orejas, con los ojos brillantes de alcohol y de petulancia varonil, se tiró de los pantalones hacia arriba—. Esa hace todo lo que yo quiera. Y si no me la llevo es porque no quiero yo.

—Una apuesta. ¿Queréis que nos las llevemos los cuatro? ¡A que no sois capaces! —propuso el contradictor.

El del pelo ensortijado se rascó la cabeza.

—Cada uno que haga lo que quiera —dijo—. No es por falta de ganas, pero yo no doy una campanada como esa en el pueblo.

Los otros dos fueron de la misma opinión.

—Ni yo. No es por falta de ganas, no.

El desafiador entonces dijo riendo para atenuar la fuerza del adjetivo:

—¡Badanas!

Luego apuró su vaso. Entonces entró otro tropel de mozos.

—¡Muchachos! —gritó uno de los que acababan de entrar— ¡Se han marchado los «currinches»!

—¡Ahí va la!

—¿Que se han marchado?

—Acaban de coger la camioneta. ¡Dios, y qué cabreados iban! Como que no han podido bailar ni una pieza en lo que va de baile. Ni tan siquiera el novio de la Patro. Les hicimos el corro y tuvieron que dejarlo. La Patro nos llamó de todo, pero no bailaron.

La marcha de los «currinches» fue considerada como una gran victoria de los del pueblo. Todo el mundo quiso celebrar el acontecimiento y veinte voces gritaron:

—¡«Quebrao»!

Agustina atendía a los bebedores, pero no daba abasto.

—Pero ¿dónde anda el «Quebrao»? —preguntaban.

Agustina, lacia y muerta de cansancio, contestaba sin cesar, secándose el sudor de la frente con el mugriento delantal:

—Con el torero, hombre. No tardará en bajar.

Cuando mayor era el alboroto sonó la música en la plaza y los mozos salieron corriendo para no perderse aquel baile. Fue como un tropel de ganado lo que se lanzó a ganar la puerta. El aire se movió y se hizo más respirable.

El tabernero apareció al fin precediendo al «Aceituno». En cuanto los bebedores se dieron cuenta de la presencia del torero, le hicieron corro y empezaron a darle golpes en la espalda, acompañando la acción con exclamaciones:

—¡Hombre!

—¡Enhorabuena!

—¡Bien!

—¡Velay!

—¡Hala, una copa!

El «Aceituno» acogía estas efusiones sonriendo, con el cigarrillo pegado a los labios y entornados los ojos.

—Lo que se ha podido, nada más —dijo varias veces. Luego, cuando llegó el momento de las libaciones, les advirtió—: Porque no crean que es desprecio, pero no es porque apetezca. ¡Tiene uno lo del compañero clavado aquí! —y se señalaba el pecho—. Yo lo quería como a un hermano. No me hizo caso y... ¡Era valiente y hubiera llegado a ser un verdadero fenómeno!

Le sirvieron coñac y bebió.

—¡Tú sí que eres un fenómeno, «Aceituno»!

—¡Eso!

—¡Vaya que sí!

Más copas. Cada uno quería que aceptase la suya. Y todos a la vez.

—Pues yo creí que a ti también te llegaba el «trámite».

—Y yo.

—Que sí, que sí.

—¡Hala, otra copa!

Coñac fuerte que sólo olía a alcohol. Al «Aceituno» empezó a chisporrotearle el cerebro. Y el «Quebrao» se desvivía por llenar las copas cada vez que se vaciaban. Tenía también los ojos como carbunclos.

Agustina, que ya parecía un andrajo, le dijo con voz agria:

—Que se te va a enfriar la cena, tú.

—Pues vete tú —le contestó su marido—. ¿No ves que ahora es cuando estoy más a gusto con el personal?

Agustina desapareció y el «Quebrao» siguió su charla con los parroquianos. Dijo al torero:

—Yo les dije a todos esta mañana que el «aquel» de torero lo tenías tú.

Los admiradores del «Aceituno» tenían los rostros empurpurados y brillantes de sudor. Se le aproximaban como para enseñarle sus dentaduras verdosas. Todos los

ojillos, brillantes. Palabras, siempre las mismas:

—¡Muy bien!

—¡Sí, hombre!

—¡A ver!

—¡Hala, otra copa!

De pronto, una de aquellas bocas se acercó a su oído. Oyó que le decía:

—Y no hagas caso de lo que dice el «Raposo». Es un bocazas, ¿sabes?

El «Aceituno» se estremeció sin querer.

—¿Y qué es lo que dice el «Raposo»? —preguntó al hombre aquel.

El hombre se encogió de hombros.

—Si no es nada —dijo.

—Venga, déjalo —intervino el «Quebrao».

—Si no es nada —remachó el otro.

—No hay que hacer caso de nada —dijo un tercero.

—De nada.

Sin embargo las sonrisas se apagaron un poco. Ya no eran tan abiertas. El «Quebrao» llenó otra vez las copas, pero el «Aceituno» rehusó beber.

—¡Venga, hombre!

—¡Hala, otra más!

El torero movió negativamente la cabeza.

—Me voy —dijo, y guiñó el ojo al tabernero.

Los demás no querían dejarle ir, pero el «Quebrao» intervino en su favor:

—No seáis así. Ahora tiene que cumplir una obligación con su compañero.

De momento se quedaron indecisos, turbados. El «Aceituno» aprovechó la oportunidad para marcharse. Entonces fue cuando el «Quebrao» le guiñó el ojo a él...

XII

NADA más salir a la calle percibió en toda su intensidad el barullo del baile. A los pocos pasos se detuvo para contemplar el espectáculo que ofrecía la plaza. Habían desaparecido galeras y empalizadas, quedando sólo en pie los altos postes que sostenían los focos eléctricos, y la tribuna de las autoridades donde el comedor de albondiguillas marcaba con el cogote el compás a sus compañeros de orquesta. La gente joven y moza bailaba en el centro, en lo que por la tarde fuera coso taurino. Los casados y elemento maduro de la población ocupaban los balcones iluminados o permanecían sentados a las puertas de las casas, alrededor de los lebrillos de zurracapote. Mientras ellos bebían zurra, ellas mascaban confituras, y los chiquillos se pringaban con las dulzanías que cogían de las bandejas circulantes. Los mozalbetes correteaban por entre las parejas de bailarines, tropezando con las mozas y sembrando el desconcierto y el griterío por donde caían. Muchos de ellos preferían tirar petardos buscapiés, zigzagueantes al ras del suelo y que iban a reventar entre las piernas de las muchachas. Otros, escondidos en las sombras, disparaban sus tirabeques contra las sartas de las bombillitas eléctricas que cruzaban la plaza de punta a punta, logrando estallar muchas de ellas con la consiguiente algarabía. Intermitentemente rasgaban el aire los cohetes voladores de crines encendidas. Arrancaban con furia y estruendo y, al llegar a lo alto, reventaban estrepitosamente en tres o cuatro golpes de luz. Grupos de mozos borrachos cantaban coplillas venenosamente alusivas, formando pequeños corros, cogidos por la cintura y juntas casi las cabezas. Cantaban con voces de vino y se interrumpían ellos mismos de cuando en cuando con explosiones de carcajadas y ululeos. Otros mozos, con aire hostil y agresivo y vara en mano, merodeaban en torno a los grupos de cantadores. Estos eran, sin duda, los forasteros que no podían bailar, y aquellos, mozos del pueblo, encargados de su vigilancia y prestos al combate en cuanto surgiera el motivo. Una asfixiante polvareda velaba, como una nube de vapor, la estampa viva y bullente de la fiesta nocturna. El polvo subía y bajaba constantemente, embarrando bocas y narices, irritando los ojos... Los estallidos y el humo de la pólvora, por otro lado, escocían e irritaban los nervios. La noche estaba en calma y caliente. Del campo sólo llegaba una impalpable brisa que era como un jadeo ardoroso, como un aliento de hogueras extintas. Y así, entre escozores y estridencias, sudor y polvo, alcohol y deseo, la fiesta nocturna de la plaza era como un orgasmo múltiple e irrealizable.

El «Aceituno» dio media vuelta y echó a andar a paso ligero por una de las callejas perpendiculares a la calle mayor. La calleja estaba solitaria, sin luces municipales y con las casas silenciosas y a oscuras. Sólo al final de ella brillaba una débil lucecita señalando los límites entre el pueblo y el campo. Desde allí marchó el torero ya en dirección paralela a la calle mayor, por las afueras, rodeando el pueblo.

Brillaban pocas estrellas y en el horizonte se levantaba la media luna creciente, que expandía una leve claridad polvorienta por el cielo. El «Aceituno» se quedó mirando aquellos dos cuernos de plata, finos y agudos, de la media luna. Y entonces el cielo le pareció una gran plaza remota donde un toro negro, de cuernos brillantes y enormes, perseguía a unos toreros vestidos de plata...

Y el «Aceituno» sintió miedo de pronto.

—Me parece que estoy borracho —murmuró, y se detuvo.

Frías gotas de sudor empezaron a caerle por la espalda. Todo a su alrededor estaba sumido en la más negra oscuridad, pero sentía ruidos cautelosos reptando entre las sombras y una extraña palpitación en el aire. Trató de abrir los ojos cuanto pudo y aguzar la mirada.

—¡Por mis muertos que por aquí anda algún toro desmandado! —murmuró.

Algo le rozó las piernas y no pudo gritar ni correr porque el miedo le había agarrotado. Se quedó encogido, sin atreverse a respirar, inmóvil como un muerto. Otro golpe más en las piernas, pero ya suave, casi como una caricia. Tuvo que respirar y entonces miró hacia abajo. Y distinguió un pequeño bulto que le saludaba con el rabo amistoso. El «Aceituno» sintió un repentino golpe de calor en la cara.

—¡Maldita sea! ¡Chucho! —gritó con voz ronca, dando una patada en el suelo.

El animalillo salió corriendo con el rabo entre las piernas y el «Aceituno» respiró a pleno pulmón. Jadeaba y todos los poros de su cuerpo se abrieron a una para escupir sudor pringoso sobre su piel. La súbita relajación de sus nervios le obligó a hacer aguas y, mientras tanto, pudo observar a su derecha la línea de muladares que fajaba al pueblo, por donde pululaban los perros buscones, y a su izquierda, las eras, con los montones de sombras espesas de sus hacinas. Olía a paja y el aire tenía un picor de tamo.

Se quedó ya más tranquilo, y cuando reanudó la marcha, todo era más claro a su alrededor. Entonces es cuando advirtió ciertas siluetas escurridizas perderse entre los montones de haces. Aquel hallazgo le produjo una sacudida eléctrica y una locura en el corazón, que empezó a saltarle en el pecho como un pájaro salvaje.

—¡Escucha! —se dijo a sí mismo temblando.

Se había detenido al hablar, pero en seguida echó a andar de nuevo, dirigiéndose silenciosamente hacia las hacinas. Se detuvo otra vez, suspenso, conteniendo la respiración, pero sonándole dentro el golpeteo febril de la sangre. Sangre de mozo atormentado por el miedo, amarga de angustia. Se puso a escuchar. Y entonces pudo percibir murmullos ahogados y vergonzosos, crujidos, y hasta risas...

—¡Dios, cómo se aprovechan estos bestiajos!

Ya no pudo contenerse. La noche era una canción lasciva que le espoleaba.

—¡Huele a «gachí»! —murmuraba, mientras, guiado por el instinto, corría hacia la punta extrema del pueblo.

—¡Huele a «gachí»!

Sudaba más y más, y pronto divisó la última luz del pueblo sobre la carretera. Siguió, de prisa, tropezando. Y desde el fondo de su sangre brotó un nombre de mujer:

—¡Fina!

Se arrimó a las tapias de enfrente. Desde las sombras miró a la casa de la muchacha, en cuya esquina parpadeaba la última luz del pueblo, envuelta en una nube de mosquitos. El balcón estaba cerrado. En la blanca pared percibió algo que no había visto por la mañana y se estremeció sin saber por qué. Era una *P* enorme y tosca, trazada con una pintura chorreante. El tremendo insulto había quedado fijo en la pared y parecía llorar lágrimas negras y nauseabundas...

La puerta estaba también cerrada, pero sobre su fondo oscuro creyó distinguir una figura humana recostada en ella. Para verla mejor, y esquivar la reverberación de la luz, se puso las manos sobre los ojos. Y, en efecto, había un hombre echado en el suelo, que parecía dormir o esperar pacientemente, descansando la espalda sobre la puerta. El «Aceituno» trataba en vano de identificarle, no sin cierta comezón de miedo, hasta que la figura se rebulló. El hombre aquel golpeó, aunque sin gran violencia, la puerta con el puño, y gritó con una voz adormilada y ebria:

—¡Fina!

El «Aceituno» sintió frío.

—¡El «Raposos»! —murmuró para sí, empavorecido.

Sintió deseo de escapar a la carrera, pero se contuvo por temor a hacer ruido y llamar la atención del «Raposos».

—¡Despacio, niño! —se dijo, sudando.

A grandes zancadas, lentas y silenciosas, abandonó las tapias y se internó otra vez en la zona sombría de los muladares. Luego, ya a cubierto de la vista del «Raposos», siguió la dirección de la carretera, bordeándola. Así anduvo un corto trecho, sin propósito decidido y sin rumbo, hasta que, de pronto, surgió ante él la masa negra del cementerio. Los cipreses se destacaban sobre el fondo débilmente iluminado de la noche, imponiendo silencio y parando el aire de la vida, juntando la tierra con el cielo.

El «Aceituno» hizo un alto, indeciso. A sus espaldas crujía la fiesta. Sonó en aquel momento el triple estampido de un cohete. El rumor de la música llegaba hasta allí en bocanadas. Delante, todo parecía estar quieto y dormido. Entonces el corazón se le encogió en el pecho y sintió ganas de llorar.

—¡Rafa! ¡«Filigranías»!

Y echó a correr hacia el camposanto, ya por medio de la carretera. Sonaban sus zapatos sordamente, levantando polvo. Y se alzó del campo invisible un estridor creciente de grillos...

(Rafa, con los ojos infantiles iluminados, le dice:

—Me espera mi madre, me esperan mis hermanas... ¡Tengo que triunfar!

Rafa le sonrío:

—Para ti también habrá, «Aceituno». Serás como un apoderado mío, mi hombre de confianza, y vivirás como un señorito: bien comido, bien trajeado... De tus tiempos de limpia, ni el recuerdo. Ya verás...

Rafa, vestido de luces, le ordena:

—Tú, ahí, «Aceituno».

Rafa, toreando. ¡Qué pequeño, qué débil! El toro le clava el cuerno en la ingle. Rafa grita:

—¡«Aceituno»!

Se llevan a Rafa sangrando. Rafa, desnudo sobre la mesa del secretario. Le habla, le grita, pero el pobre torerillo ya no puede oírle...)

—¡Rafa! ¡«Filigranías»!

La puerta del cementerio estaba abierta, pero el «Aceituno» tuvo que hacer alto para respirar. Apoyó una mano en el quicio y la frente sobre el brazo, y así estuvo unos momentos con los ojos cerrados. Pero un rumor de voces femeninas le hizo levantar la cabeza y mirar a su alrededor con ojos incrédulos. Las voces venían de enfrente, donde brillaba una luz, allá en el fondo del cementerio. Escuchó y casi tuvo que pellizcarse para convencerse de que no estaba soñando. En efecto, dos mujeres hablaban.

—Ande, ayúdeme —decía una de las voces, fresca y cantarina.

—¡Mira que tienes unos caprichos!... ¡No me gusta nada esto, ea! —repuso la otra voz, seca y agria.

—Bueno, pues lo haré yo sola.

El «Aceituno» apareció en la puerta de la capilla como perseguido por fantasmas. Jadeando, con los pelos revueltos, desmesurados los ojos. Las mujeres se sobresaltaron.

—¡Jesús! —exclamó la vieja santiguándose.

La joven, que mantenía desplegado un gran lienzo blanco, se quedó rígida y muda, con los ojos muy abiertos.

—¡Buenas noches! —dijo el «Aceituno», y al ver la expresión de las dos mujeres, añadió—: Dispensen si las he asustado...

La vieja le miró con una chispa de desconfianza bailándole en los pequeños ojos.

—Después que ha hablado ya es otra cosa. Pero parecía usted un alma en pena. ¡Y así se le da un susto al miedo!

El torero trató de sonreír y sólo consiguió hacer una mueca. La joven permanecía callada e inmóvil.

—¿Y quién es usted? Porque, vamos, no vaya a ser usted de verdad un muerto... —preguntó la vieja.

Antes de que el «Aceituno» pudiera contestar, la joven se adelantó a decir:

—Es el otro torero, tía.

—¡Acabáramos! —y la vieja rio con los ojos—. ¡Así está de asustado todavía! Claro, como que pudo ser usted el que estuviera ahí, ¿no es eso? —y señalaba el ataúd donde se perfilaba la efigie de cera de Rafa.

—¡No diga eso ahora, tía! —exclamó la joven.

—Pero si es la verdad, mujer... Pero ha tenido más suerte que ese pobrecillo.

—Bueno, pero cállesele.

El «Aceituno» había seguido el rápido diálogo de las dos mujeres saltando con los ojos de una a otra, hasta que los detuvo en la más joven, que le miraba en aquel momento y le decía:

—No le haga caso. Es que está enfadada por haberla hecho venir aquí...

La joven seguía sosteniendo desplegado el lienzo por delante de sí, y sólo asomaba por encima de él el cuello y la cabeza. El «Aceituno» la miraba de hito en hito con ojos de asombro. Entre los dos se interponía el féretro y las miradas de ambos jóvenes se cruzaban por encima del cadáver. La vieja se pasó los dedos por los bordes del negro pañolón que le cubría la cabeza, ahuecándosele.

—Pues ya estoy callada, ea. Pero yo no aguanto mucho tiempo este olor y este ahogo.

—No se apure, que ahora terminaremos pronto —dijo la joven, y mirando al «Aceituno», prosiguió—: Usted me ayudará, ¿verdad?

El torero no había dejado de mirarla y cuanto más la miraba más turbado se sentía.

—Tú eres la Fina, ¿verdad? —preguntó a la muchacha con voz quebrada.

—Sí.

—Nos conocimos esta mañana, cuando te asomaste al balcón.

Ella le dijo entonces sonriendo:

—¡Buena memoria!

—Mujeres como tú no se olvidan nunca.

Fina pasó un brazo por encima del ataúd.

—Bueno, coja esa punta ahora —y le alargó el lienzo al «Aceituno».

El lienzo aquel era una finísima sábana de hilo adornada con espumosos encajes. El «Aceituno» tomó la punta que le ofrecía la muchacha y sintió el contacto fugaz de la mano de ella.

—Estírela hacia arriba. Así.

El tórax y la cabeza de Rafa quedaron cubiertos.

—Claro que primero habría que quitarle ese mandil con que le quisieron tapar —

dijo Fina.

Entonces el «Aceituno» miró al guardapolvo de oficinista, lleno de manchas negras, y se estremeció.

—No. Se lo quitaremos después que lo cubra todo la sábana.

Ella no hizo ninguna objeción y extendieron la sábana por encima del cadáver hasta quedar colgando por los pies. Entonces la muchacha metió la mano por debajo y, tras unos cuantos tirones, sacó el horrible guardapolvo gris. Fina lo tiró a un rincón.

—Bueno, ya no puedo más —dijo la vieja, tapándose la nariz—. Me voy afuera, porque si sigo aquí me voy a ahogar.

Fina le dijo:

—Haga lo que quiera. Desde luego, aquí no se puede estar mucho tiempo sin marearse. Pero procure no dormirse porque tenemos que marcharnos antes de que vengan los mozos.

La vieja salió refunfuñando:

—Pues sí que es un sitio aparente para dormir...

—Ahora hay que remeterle bien la sábana por los costados —dijo Fina al «Aceituno» cuando se quedaron solos.

Empezaron la faena cada uno por un lado. Tembló el ataúd varias veces y varias veces se miraron a los ojos.

—No iba a permitir que lo enterraran desnudo. Esta es mi mejor sábana —dijo Fina de pronto.

—Te gustaba el chaval, ¿eh?

Fina contestó sin mirarle:

—Porque era muy blanco. Pero ahora me daría miedo un hombre con las carnes así. Me parecería un muerto.

—También a mí me gustaban las mujeres muy blancas, pero ya no.

Los dos sudaban.

—Este olor tan dulzón me pone mala.

—Y a mí.

—¡Uf, qué calor!

Junto a la cabecera se emparejaron. Entonces él percibió el perfume de Fina y vio de cerca su carnoso descote y su cara arrebolada. Fina, temblándole las manos, dobló el embozo de la sábana, rodeando con él la cara ya descubierta de Rafa, que parecía así emerger de una fantástica gorguera de encajes. El rostro afilado y totalmente exangüe del muerto hizo exclamar al «Aceituno»:

—¡Si no parece Rafa!

—Claro, como que está muerto.

—Será por eso.

—¡Pobre! Cuando llegué estaba solo.

—Yo es que no pude venir antes.

Fina le miró. Estaba pegada a él y recibía plenamente el acre olor de hombre.

—Creo que tú estuviste muy valiente, ¿no?

—¡Psché! No se dio mal —y el «Aceituno» se dobló un poco sobre ella, dominándola—. Pero tú hubieras querido lo contrario. Ya me dijo el «Quebrao» que le esperabas esta noche en tu casa...

Ella parpadeó y apartó la vista de él.

—¡Ah! —exclamó nerviosamente—. Se me olvidaban los claveles.

El «Aceituno» la vio agacharse a recoger unas flores que había en un rincón. El cuerpo de la moza estallaba bajo el vestido colorado. Le vio las corvas de las piernas y las pantorrillas desnudas... Ella se volvió diciendo:

—En el pueblo no hay casi flores y he tenido que cortar los cuatro únicos claveles de mis macetas...

Fina sintió la mano fuerte del «Aceituno» en la suya mientras colocaba los claveles sobre el muerto. No la rehuyó ni dijo nada.

—¡Fina! —dijo él con voz ronca.

Ella le miró turbada y le indicó con un gesto el cadáver.

—Ya no nos oye ni nos ve —dijo el hombre.

—Pero era tu amigo...

—Venía acompañándole nada más.

Fina tuvo que limpiarse el sudor de la frente con el brazo. La proximidad del hombre la quemaba. Tantos olores penetrantes y diversos la enervaban.

—Creo que me voy a marear —dijo.

Entonces el «Aceituno» la cogió por la cintura y la apretó contra sí. Fina profirió un débil grito:

—¡Por Dios!

Todo era hombre en su torno, un hombre que irradiaba fuego, que temblaba, que la envolvía en una mirada refulgente.

—Anda, vámonos afuera, gachona.

Tropezaron en una esquina del féretro. Él la llevaba cogida por la cintura y ella apenas podía andar... En la puerta se encontraron a Josefa dormitando.

—Váyase a acostar, tía. Luego iré yo.

La vieja se chupó los labios reseco y apenas pudo ver a Fina y al «Aceituno» desaparecer en la oscuridad.

—¡Dios mío, qué condenados! —exclamó santiguándose.

La pareja se había detenido y el «Aceituno», impaciente, estampó un beso brutal en los labios de Fina. Luego intento desabrocharle el vestido por la espalda.

—Allí detrás está la pared medio caída y podremos llegar a la cueva del castillo —dijo Fina, desfalleciente.

Dieron la vuelta a la capilla. Era una zona sin sepulturas, cubierta de cardos y de matojos. Pero ellos no sentían los pinchazos ni que se dejaban jirones de los vestidos en los pequeños garfios que trataban de detenerles.

—Yo es que no puedo resistir que un hombre me ponga la mano encima...

—¡Gachona!

—¡Que Dios me perdone, pero no lo puedo remediar!

Iban ciegos. Pasaron por el portillo a trompicones. Y no oían ni el estampido de los cohetes ni el rumor de la fiesta...

* * *

Por el horizonte asomaba tímidamente la aurora, apenas un resplandor indefinido todavía. Sin embargo, anunciaba al nuevo día que intentaba trepar por los bordes de la inmensa llanura redonda.

Estaban de pie, apoyados cada uno en un extremo del arco de entrada a la cueva. Apenas les separaba un poco de aire, podían tocarse con sólo estirar el brazo, y no obstante, parecía como si se interpusiera entre los dos una larga y difícil distancia de tristeza. Ambos tenían la mirada perdida a lo lejos y callaban.

A Fina le hizo encogerse un poco el fresco aliento del alba. El «Aceituno» se hurgó el bolsillo del pantalón y extrajo de él la funda de una cajetilla de tabaco. La puso boca abajo sobre la palma de la mano, sacudiéndola suavemente. Pero estaba vacía. Hizo con ella una pelota y la arrojó lejos de sí.

—¡Es uno un tirado! —masculló.

Fina le miró.

—Y yo, una tirada —dijo.

Se volvió él a mirarla.

—Dos tirados entonces.

—No debimos hacer esto, «Aceituno».

Él se encogió de hombros.

—Claro que no, pero ya no tiene remedio. Después de todo, son cosas de la vida. ¡Qué pena de vida! Cuando quise ser torero, no pude. Y cuando lo tenía olvidado, me mandan a este pueblo a acompañar a Rafa. Él sí que tenía ilusiones. Pero a él le mata el toro. Yo hubiera querido huir entonces, pero me obligan a torear. Otras veces me daba miedo el toro, pero esta es el toro el que me tiene miedo a mí. Yo quería morir y no pude. No me importaba triunfar y triunfé... Y tú... ya ves: le esperabas a él y me presenté yo. Y aquí estamos. ¡La vida!

El «Aceituno» se volvió a mirar a lo lejos. Entonces sonó el canto de un gallo. Un canto tímido, tartamudeante, que cesó en seguida.

—¡Qué miedo tiene ese gallo! —comentó «Aceituno» entre dientes.

—Como que la fiesta se ha llevado por delante a casi todos —y Fina se aproximó al hombre—. ¿Qué piensas hacer ahora?

El «Aceituno» le echó un brazo por la espalda.

—Marcharme a Madrid a probar fortuna, a ver si es cierto lo que me dijo «Cantares».

—¡Quédate un día más siquiera! —le rogó la muchacha, apretándose contra él.

—No puedo. ¿Qué voy yo a decir a la madre de Rafa? Me miraría con odio por haber tenido más suerte que su hijo. ¿Y qué les diría a todos los demás que no me han visto velándole? Les parecería un Judas. ¡No! Ya está amaneciendo y me marcho.

Otro gallo contestó al primero. Luego, otro, y otro..., tímidos y acobardados aún.

Pero Fina suplicó:

—Pues llévame contigo. Yo tampoco quiero vivir más en este pueblo.

Él le levantó la cara y se miraron intensamente. Los dos estaban terrosos, marchitos, derrotados por la noche insomne y el cansancio.

Un mechón de pelos le caía al «Aceituno» sobre los ojos.

—Pero ¿no has visto que no tengo ni tabaco? ¡Cómo quieres que te lleve conmigo! Algún día puede que vuelva por ti. Depende. Yo quisiera volver por ti. Falta que la vida quiera también.

La estrechó fuertemente, sintiéndola temblar de congoja.

—¡Nunca he tenido entre los brazos una mujer tan hermosa como tú, Fina!

La soltó de pronto y echó a correr por en medio del campo. Oyó los gemidos de Fina, pero siguió, mordiéndose los labios, con ganas de llorar también. Cuando ya estuvo lejos, se volvió. Ella apenas se distinguía de las sombras. La saludó agitando los brazos.

Fina le había visto alejarse hacia la luz que, a cada paso del hombre, parecía aumentar. Cuando él la saludó por última vez con los brazos en alto, su figura se destacaba ya claramente sobre el horizonte iluminado, y el canto de los gallos, múltiple y frenético, era un himno de clarines saludando la esperanza del nuevo día.

—¡Hay que ver qué cosa es la vida! —se decía después la muchacha, con las lágrimas ya frías sobre el rostro, andando torpemente al amparo de las sombras de las paredes del cementerio—. ¡Hay que ver qué cosa es la vida!